

Brianne Miller

*Un reencuentro  
inesperado*



El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Mayo 2018

Título original: Un reencuentro inesperado

© 2018 Brianne Miller

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: Shutterstock

## Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

## Epílogo

# Prólogo

La reina Victoria no dejaba de pasearse por su despacho esperando que alguien trajese buenas noticias sobre la desaparición de unos de sus nobles. Aunque todos los agentes de Scotland Yard estaban ya inmersos en la búsqueda, había reunido a su guardia personal en cuanto Lowell les comunicó la espantosa noticia de la desaparición de Anthony Cavendish en alta mar. Su barco había sido atacado a pocos días de las cosas de Inglaterra terminando en el fondo del océano, y nadie había sabido nada del marqués desde que subió a él meses atrás.

—¡Encontradle! —rugió, enfatizando sus palabras con un golpe del puño sobre su escritorio— ¡Buscad debajo de cada piedra, en cada rincón del país! ¡No quiero veros regresar si no es con el marqués de Huntington con

vosotros!

—¡Pero majestad! —protestó el jefe de la guardia— ¡No podemos hacer eso! ¡No puede quedarse sin protección!

—Alberto es totalmente capaz de cuidar de mí, Heath.

—¡Pero alteza!

—Nada... —susurró Victoria con los dientes apretados— Nada es más importante ahora mismo que traer a Huntington a casa sano y salvo, ¿me oyes? ¡Nada en absoluto! ¡Y ahora desapareced de mi vista!

Victoria se recogió las faldas con furia y salió de la habitación dando un portazo. ¿Dónde estaría Anthony? ¿Estaría muerto? No... no debía pensar en ello. Su amigo estaba vivo, tenía que estar vivo... Se reunió con el resto de sus amigos, que se encontraban en su salón privado a la espera de nuevas noticias. Sarah y Mary permanecían sentadas en el sofá sujetándose las manos la una a la otra e intentando no sucumbir a las lágrimas. Stefan permanecía en el sillón de orejas perdido en sus pensamientos mientras su esposa le apretaba los hombros para infundirle ánimos, sentada en el brazo junto a él. Nunca había visto a su amigo pasarlo tan mal, y su pena la estaba matando a ella también. Tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas que se negaba a derramar, pues debía mantenerse entero por ser ahora el cabeza de familia.

La reina pasó por su lado y le apretó con fuerza el hombro antes de sentarse en el sillón de al lado.

—Le encontraremos, Stef —susurró—. Te doy mi palabra.

—No prometas cosas que no puedes cumplir, Vicky —susurró—. Mi hermano puede estar... —¡No lo digas! —exclamó Sarah ahogando un sollozo— ¡Ni se te ocurra decirlo!

—Cálmate, hija... —pidió su madre.

—¡Anthony está vivo! ¿Me oís? ¡No puede estar muerto! —dijo llevándose la mano al corazón— Si estuviese muerto lo sentiría aquí... ¡Lo sabría!

Su esposo se acercó a ella y la apretó contra su cuerpo. Victoria suspiró

ante la desesperada seguridad de su amiga. Todos tenían esperanzas de que Anthony siguiese con vida, pero debían tener en cuenta todas las opciones. Cabía la posibilidad de que Anthony hubiese perdido la vida en alta mar, era más que probable y debían estar preparados para afrontarlo. Pensó en Eleanor, la hermana pequeña del duque de Sutherland, que permanecía ajena a todo lo que estaba sucediendo. Anthony le había confesado antes de marcharse sus intenciones de pedir su mano en matrimonio cuando regresara de su viaje, estaban muy enamorados y temía que la noticia rompiese el corazón de esa pobre muchacha.

El duque de Sutherland entró en ese momento seguido de Henry Lowell, inspector jefe de Scotland Yard y otro de sus mejores amigos de la infancia.

—He dejado a Beth y a Eleanor en casa —dijo Francis—. En su estado mi esposa tiene que estar tranquila y todo este asunto no ayuda demasiado.

—Has hecho bien, Fran —contestó la reina—. Beth no soportaría la pérdida de otro bebé.

—Deberías contarle a Eleanor lo que está ocurriendo —protestó Sarah levantándose a mirar por la ventana—. Tiene derecho a saberlo también.

—No quiero que se disguste —contestó el duque—. Tiene a tu hermano en muy alta estima y la noticia la destrozaría. Es demasiado dulce y delicada para soportarla.

—Subestimas a tu hermana —añadió Ivette—, pero es tu decisión.

Mary dejó escapar entonces un sollozo y Lowell se sentó junto a ella para sujetar las manos de la dama entre las suyas.

—Tengo a mis mejores hombres peinando la costa de Londres, excelencia —susurró el agente—. Le encontraremos, le doy mi palabra.

—Avisa a la guardia marítima —ordenó la reina—. Encontrad a los desgraciados que han hundido el *Mary* y apresadles. Les haré colgar en la horca por esto.

—¿Y si no ha logrado llegar a Inglaterra? —preguntó Ivette— Tal vez la corriente lo haya arrastrado hasta la costa de América.

—Eso es imposible, Ivy —contestó Lowell—. El barco ha sido

encontrado a un par de días de Inglaterra. Es imposible que haya llegado tan lejos con vida.

—No puedo permanecer aquí sentado por más tiempo sin hacer nada — protestó Stefan levantándose—. Tengo que ir a buscar a mi hermano.

—Te acompaño —dijo Andrew, su cuñado, levantándose—. No puedo permitir que hagas esto tú solo.

—Voy con vosotros —añadió Francis levantándose—. Seis ojos ven más que cuatro.

Victoria vio a sus amigos salir por la puerta y se sentó frente a Mary, que no podía dejar de llorar abrazada a su nuera.

—Anthony aparecerá, querida, ya lo verás —susurró—. Volverá a casa sano y salvo.

—Dios te oiga, Victoria... Dios te oiga —contestó la mujer persignándose.

La reina dejó intimidad a las damas para que llorasen su pena. Ella necesitaba desahogarse también, pero su posición la obligaba a mantener la compostura. Con paso lento, se dirigió a la capilla. La cruz dorada que colgaba en la pared desprendía destellos al incidir en ella un rayo de sol que se filtraba por la ventana, casi como si Dios quisiera infundirle los ánimos que tanto necesitaba. Se acercó al primer banco y cogió su rosario antes de arrodillarse y cerrar los ojos para alzar su plegaria al cielo.

—Aquí estás —dijo Alberto sentándose a su lado—. Estaba preocupado.

—Necesitaba estar sola unos minutos.

—Lo estás haciendo muy bien, mi amor —susurró él abrazándola con cariño.

—¿Cómo voy a mantenerme impasible cuando es uno de mis mejores amigos quien ha desaparecido, Alberto? ¿Cómo puedo aparentar calma si estoy tan destrozada por dentro como ellos?

—Podrás hacerlo porque eres fuerte y valiente, Victoria. Ellos te necesitan entera, mi amor, tienes que estarlo, porque esta vez Stefan te necesitará para encontrar la fuerza necesaria para seguir adelante.

—¿Y si ha muerto? ¿Cómo podremos superarlo?

—Nos ocuparemos de ello a su debido tiempo, aún le estamos buscando.

—Espero de todo corazón que eso no ocurra, pues su muerte dejará demasiados corazones destrozados.

—Ahora solo podemos rezar por él y esperar buenas noticias.

—Tienes razón, querido —dijo levantándose—. Voy a mandar a las mujeres a descansar. No pueden hacer nada, y quedándose aquí lo único que conseguirán será terminar cayendo enfermas.

—Tú también deberías irte a descansar, Vicky. Vamos, te acompaño.

Alberto abrazó a su esposa y suspiró. Si Anthony no volvía a casa iba a tener que ser él quien mantuviese la compostura, porque sabía a ciencia cierta que su esposa se desmoronaría en cuanto diesen por terminada la búsqueda.



Anthony se despertó sintiendo un tremendo dolor en la parte de atrás de la cabeza. ¿Dónde demonios se encontraba? Lo último que recordaba era ver un barco acercarse a ellos por barlovento... Volvía a Londres desde Nueva York después de cerrar varios tratos mercantiles y dejar todos sus asuntos atados para no tener que volver a embarcar y ocupar el lugar que le correspondía como marqués de Huntington. En cuanto pisase tierra firme iría a pedir la mano de Eleanor, la mujer de la que había terminado perdidamente enamorado. Nada había salido como había planeado, pero el amor es una fuerza ingobernable y nada ni nadie es capaz de controlarlo.

Conocía a Eleanor desde que era una niña, aunque siempre la había visto como a la hermana menor de Francis. Siempre había sido una niña tímida con impecables modales y sonrisa dulce, pero cuando regresó a Londres tras la boda de su hermano Ely se había convertido en toda una mujer... y no había podido evitar sucumbir a sus encantos. Con el paso del tiempo habían entablado una bonita amistad que se había transformado en puro amor, y no veía la hora de convertirla en su esposa y poder tenerla entre sus brazos.

Cuando su dolor de cabeza se calmó un poco se incorporó lo suficiente para poder mirar a su alrededor. Aunque la estancia estaba en penumbra, pudo vislumbrar que se trataba de una celda de no más de dos metros

cuadrados. Carecía de ventanas que dieran al exterior, a excepción de un diminuto ventanuco cubierto de barrotes en la parte de arriba de la puerta, y el único mobiliario con el que podía contar era un orinal en la esquina opuesta y la cama infectada de piojos en la que estaba recostado. Intentó levantarse con cuidado, pero todo empezó a darle vueltas y tuvo que sostenerse la cabeza con ambas manos antes de volver a dejarse caer sobre el colchón. Su estómago dio entonces un vuelco y cayó de rodillas al suelo para intentar llegar a tiempo hasta el orinal, pero terminó vomitando en el centro de la habitación.

Como pudo, logró volver hasta la cama y cerró los ojos con un suspiro, ansiando un trago de agua que terminara con el regusto amargo que se le había quedado en la boca, y se centró en recordar... Nada, ni un leve atisbo de lo que había ocurrido ni qué maldito lugar era aquel. Pensó en Eleanor, que esperaba en Londres pacientemente su regreso. ¿Cuánto tiempo llevaría encerrado allí? ¿Días, o tal vez meses? Fran no tenía ni idea de sus intenciones de pedir su mano en matrimonio, ¿y si la temporada había terminado y había prometido a su hermana con otro hombre? Pensar en perder a la mujer que amaba le dio fuerzas para volver a incorporarse. Posó de nuevo sus pies descalzos sobre la fría madera del suelo, y se percató del breve balanceo típico del mar.

—Así que estoy en un barco... —susurró.

Intentó ponerse de pie agarrándose a la pared. Paso a paso logró llegar a la puerta de la habitación, que como suponía estaba cerrada con llave, y la golpeó con todas sus fuerzas antes de dejarse caer hasta el suelo con un suspiro.

—¡Maldita sea!

Recuperó el aliento lo suficiente para volver a la cama, pero el esfuerzo le había dejado exhausto y se durmió a la espera de que alguien fuese a decirle qué demonios hacía en ese lugar. Horas más tarde se abrió una trampilla por debajo de la puerta, en la que no había reparado hasta entonces, y lanzaron por ella una bandeja con comida. Anthony se lanzó hacia la abertura con rapidez para intentar ver algo que le diese alguna pista sobre su paradero, pero su captor la cerró antes de que pudiese llegar a ella.



—¿Quién eres?! —rugió Tony golpeando la portezuela— ¿Por qué demonios me tienes encerrado en este cuartucho?! ¡Contesta, maldita sea!

Pero no obtuvo respuesta alguna. Apoyó la espalda sobre la fría superficie de hierro y cerró los ojos con fuerza después de mirar la bazofia que le habían servido de almuerzo. Su olor era repugnante, pero el cansancio estaba haciendo estragos en su cuerpo y si no se alimentaba no tendría las fuerzas suficientes para escapar de su prisión. Apartó de una patada a una rata que se acercaba peligrosamente a la bandeja e intentó tragar el espeso mejunje, que ayudó a bajar por su garganta con pequeños trozos de pan y sorbos de agua. Cuando terminó de comer se tumbó en el catre e intentó conciliar el sueño, pero no podía apartar de su mente a Eleanor y la promesa que le había hecho antes de marcharse. Tenía que escapar de allí y volver a ella costase lo que costase. Encontraría la manera de hacerlo aunque le llevase la misma vida.

Tiempo después, escuchó un ruido a través de la puerta. Ni siquiera sabía si habían pasado días, horas o solo unos pocos minutos desde que comió, pero se incorporó de inmediato cuando escuchó una llave colarse en la cerradura. Se agazapó tras la puerta con la idea de atacar a su captor y huir de aquel lugar, pero lo primero que vio fue el cañón de una pistola apuntando a su nariz.

—Ni lo intentes, muchacho —dijo el intruso—. Soy más viejo y por tanto tengo más experiencia que tú, así que te aconsejo que desistas de tu intento de huir de aquí si quieres permanecer con vida.

Anthony volvió a su catre sin apartar la mirada de su atacante. Se trataba de un hombre de mediana edad, no tan alto como él pero desde luego sí mucho más musculoso. Sus brazos debían tener la envergadura de uno de los muslos del marqués, y sus manos tenían el doble de tamaño que las suyas. No lograba distinguir el color de sus ojos, pero sí vislumbró la determinación que desprendían. Una espesa barba color caoba cubría su cara, y un aro de oro colgaba de su oreja izquierda.

—¿Quién demonios eres y por qué me tienes encerrado? —preguntó el marqués.

—Mi nombre es John Williams, y soy el dueño de esta preciosidad, el *Quimera*. No te lo tomes como algo personal, muchacho, pero pusiste

demasiada resistencia cuando abordamos tu barco y no nos diste más opción que capturarte.

—¡Piratas! —escupió Anthony.

—No somos piratas, muchachos, sino corsarios. Hacemos encargos para otros, por lo que nuestro trabajo no puede considerarse piratería.

—¿Y quién os contrató para atacar mi barco?

—Nadie que te importe. Deberías haberte estado quieto y ahora estarías en casa sano y salvo... aunque sin un centavo. Ahora volvemos a América, ya pensaré qué hacer contigo cuando lleguemos allí.

—¿América? ¡Debo regresar a Inglaterra de inmediato!

—Haberlo pensado antes de resistirte a nuestro asalto.

—¡Da la vuelta de inmediato o...

El golpe de la culata de la pistola llegó sin esperarlo. La sangre comenzó a brotar de su labio partido, y escupió a la cara de su agresor con el odio dibujado en su rostro.

—Tienes agallas, debo reconocerlo. Pero que no se te olvide que aquí yo soy la ley. Más vale que te calles si no quieres terminar siendo comida para tiburones. Y ahora, si me disculpas, tengo otros asuntos que atender.

El capitán se marchó dejándole más confuso que antes. ¿Quién habría encargado el robo de su barco? Se dejó caer en el camastro y descosió el forro de la chaqueta que aún lucía para sacar la foto que Eleanor había escondido en él, junto a su corazón. En ella su amada sonreía abiertamente mientras el fotógrafo la retrataba el año anterior en el Palacio de Cristal. Recordó el momento con nitidez. Habían acudido todos juntos a la inauguración del monumento y Ely y él se habían distanciado del resto de sus amigos para poder pasar algo de tiempo a solas. Pasearon por los jardines y Anthony logró robarle su primer beso escondidos tras un enorme cerezo que daba sombra a uno de los innumerables bancos que habían colocado para poder tomar un refrigerio. Al principio, las mejillas de la muchacha enrojecieron, pero un segundo después sus labios esbozaron una dulce sonrisa que hizo aflorar un par de hoyuelos en ellas. Las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas del marqués, que las apartó con furia.

—Volveré a tu lado, mi amor, te lo prometo —susurró—. Nada ni nadie va a impedir que cumpla

la promesa que te hice. Te doy mi palabra.

A la mañana siguiente, uno de los piratas entró en la celda para colocarle un par de esposas en las muñecas y los tobillos y llevarle a empujones hasta la cubierta del barco. El sol dañó sus ojos grises e intentó cubrírselos con los brazos, pero su carcelero tiró de las cadenas para que aligerase el paso. La cubierta estaba repleta de marineros de dudosa reputación que le miraban con interés, y al fondo pudo ver a Ian Monroe, el capitán que había contratado para que se ocupase a partir de ese momento de su barco. En cuando Monroe le vio, sus ojos se abrieron por completo, reflejando el terror que sentía.

—¡Milord! ¿Qué está pasando? ¿Por qué nos han capturado?

—¡Cállate! —ordenó uno de los piratas.

—¡Tengo derecho a saberlo! —protestó el capitán.

La mano del pirata se estampó de lleno contra la cara de Monroe, y un par de dientes saltaron de su boca junto con un caño de sangre.

—¡Que te calles he dicho! —gritó el pirata.

—Oliver, aún no me conviene que le mates, así que por favor, contén tu mal humor.

La voz provenía de detrás de Anthony, y era la misma que él mismo había oído la noche anterior. Se volvió para mirar a Williams, que permanecía sentado sobre un barril mirándoles divertido.

—Bien —prosiguió—, como aún quedan varias semanas para arribar a puerto he pensado que podéis sernos de alguna utilidad aquí en el barco. Deberéis ganáros el sustento con el sudor de vuestra frente, muchachos. No hay trabajo, no hay comida.

—Lo haremos, capitán Williams —dijo el marqués alto y claro.

—¡Pero milord! —exclamó Monroe.

Anthony le miró con severidad ordenándole silencio, pero el hombre pareció no entender sus intenciones.

—Pero...

—Tu capitán te ha ordenado callar, muchacho —dijo Oliver—. Deberías hacerle caso.

—¡Yo soy el capitán del barco, idiota! —gritó Monroe— ¡Él es un par del reino y la reina de Inglaterra os hará colgar por esto!

—¡Vaya! Así que tengo en mi poder ni más ni menos que a un par del reino, ¿mmm? —preguntó Williams andando en círculos alrededor de Anthony.

Él maldijo en silencio. Sabía que ahora que conocía su identidad ese desgraciado sería capaz de cualquier cosa por sacar una buena tajada. Debía urdir un plan para encontrarse más cerca de la costa y poder escapar.

—Soy el marqués de Huntington —dijo por fin con voz alta y clara.

—Así que un marqués... Y supongo que tendrás mucho dinero.

—No solo eso, mi hermano pagará muy bien mi regreso. Es el duque de Devonshire, ¿ha oído hablar de él?

—¡Eres amigo de la reina Victoria! ¡Maldita sea! —exclamó el pirata bastante asustado.

—Ella también pagaría una succulenta recompensa por mi vida.

—¿Crees que soy estúpido? La reina mandará un ejército a matarme y no voy a arriesgarme a que eso ocurra. Volvemos a Nueva York, muchachos.

—¡Espera un momento! —gritó Anthony desesperado— Mi hermano hará cualquier cosa con tal de tenerme de vuelta, incluso ocultarle la verdad a Victoria.

El capitán se detuvo, pero no le miró.

—Para Stefan la familia es más importante que el honor, Williams, no se arriesgará a que me mates por avisar a la reina.

—Muy bien, en ese caso cambiaremos el rumbo. Pero si descubro que todo esto es una artimaña para escapar, muchacho, tendrás una bala alojada en la mandíbula antes de que puedas pestañear.

Anthony suspiró aliviado. Estando cerca de Inglaterra tenía muchas más

posibilidades de sobrevivir si lograba escapar, y sabía que su hermano no le decepcionaría en el caso de que no lograra hacerlo. Sintió un puntapié en la espalda y se volvió para ver a un hombre de unos cuarenta años y menos de media dentadura apuntarle con su arma.

—Tal vez no esté acostumbrado a hacerlo, señor marqués, pero en este barco va a aprender a trabajar —dijo el pirata con sorna—. Empezarás limpiando las letrinas, un trabajo muy acorde con tu posición.

Les arrastraron a ambos a empujones hasta la planta inferior y les hicieron acarrear cubos de agua antes de ponerles a limpiar. El hedor a orines de la habitación hizo vomitar a Monroe varias veces, pero consiguió arrancar un trozo de su camisa para taparse la nariz y poder respirar. Anthony hizo lo mismo y permanecieron en silencio hasta que su guardián salió a cubierta a respirar aire fresco.

—Lo siento mucho, milord —se disculpó el capitán—, no debería haber desvelado su identidad. Ahora van a chantajear a su familia y...

—Está bien, Monroe, no pasa nada. Escucha, no tenemos mucho tiempo para hablar sin que nos escuchen. Tenemos que urdir un plan para escapar de aquí cuando estemos cerca de la costa.

—Haré lo que haga falta, milord.

—Lo único que debes hacer por el momento es mantener la boca cerrada, obedecer sin rechistar y no tratarme como si fuera tu superior. Cuanto más lo haces más se ríen de ti.

—Entendido, milord.

—Deja de llamarme milord, mi nombre es Anthony. Y debes comer aunque la comida sea repugnante, debemos mantener las fuerzas.

—¡Pero esa bazofia es...

—Lo sé, pero se traga mejor con un trozo de pan y un sorbo de agua. Debemos tener fuerzas para llegar a la costa, Monroe, así que haz un esfuerzo.

—De acuerdo, lo haré. Supongo que terminaré por acostumbrarme a ella.

—Te aseguro que yo nunca me acostumbraré.

—¡Eh, vosotros dos! —gritó su vigilante entrando de nuevo— ¿Qué cuchicheáis?

—Intento animar a mi compañero, ¿es eso un delito? —dijo Tony.

—¡A trabajar y a callar! Sigue desobedeciendo e informaré al capitán de tu comportamiento.

—Lo siento, señor.

Anthony miró a Monroe, que asintió imperceptiblemente y continuó vaciando los orinales por el ojo de buey. Cuando terminaron su trabajo, el vigilante les llevó a la cubierta y les permitió lavarse con un poco de agua en un barril. Les llevó a sus celdas, que descubrieron que estaban unidas, y les dejó una bandeja similar a la anterior junto a la puerta. Tony comió y se dedicó a buscar a lo largo de la pared alguna tabla suelta que pudiese levantar para poder comunicarse con Monroe, pero todas estaban bien clavadas.

—Monroe, ¿me oyes? —susurró, pero no obtuvo respuesta.

Se dejó caer de nuevo en la cama y suspiró. Iban a ser las semanas más largas de su vida, pero todo merecería la pena con tal de volver con su familia... y con Eleanor.

## Capítulo 1

*Tres meses más tarde...*

Hacía ya tres meses que Anthony estaba cautivo en el *Quimera*. Tres insufribles meses trabajando al servicio de Williams sin encontrar una única oportunidad viable de escapar. Monroe y él habían ido ganándose poco a poco la confianza de sus captores, lo que les confería la oportunidad de pasar tiempo a solas en el que poder urdir un buen plan. A apenas dos semanas de arribar a puerto inglés, sabían que sus posibilidades de escapar menguaban, y debían intentar hacerlo lo antes posible si no querían terminar muertos. Monroe y él habían logrado improvisar un pequeño escondite en el cuarto donde guardaban las escobas, en el que habían conseguido almacenar víveres y provisiones suficientes para sobrevivir hasta que lograsen llegar a Londres. Con suerte, esa misma noche podrían escapar de ese maldito barco y llegar a la costa, donde pedirían ayuda para volver a su hogar.

Esa mañana habían ido a limpiar la cubierta con Joseph, que estaba

tumbado a la sombra del palo mayor durmiendo bajo su sombrero. Anthony y Monroe se aseguraron de que su vigilante estaba completamente dormido y se alejaron hasta la proa del barco para poder hablar tranquilamente sin que nadie les oyese.

—Tenemos que hacerlo esta misma noche —dijo Anthony.

—Pero aún no se divisa tierra, Anthony. Es demasiado arriesgado.

—Lo sé, pero cuando lleguemos a puerto nuestras posibilidades de escapar serán mínimas, y no quiero meter a mi hermano en problemas.

—¿Y cómo llegaremos a la costa? Estamos demasiado alejados de ella para llegar nadando.

—Tenemos que hacernos con una de las barcas de remos de popa.

—Ni siquiera tenemos aún las llaves de las celdas, Tony. Esto es una locura.

—¿Quieres calmarte? El contramaestre es el encargado de nuestra vigilancia de esta noche, y sabes cuánto le gusta que le acompañemos cuando bebe.

—Sí, es un borracho de primera, pero nos encerrará en las celdas antes de perder el sentido.

—No si le hacemos creer que ya lo ha hecho, ¿verdad? Cuando dé la primera cabezada nos meteremos en la celda y cerraremos la puerta como si él mismo nos hubiese encerrado, y cuando se quede profundamente dormido escaparemos.

—No sé si es muy buena idea, Tony.

—Ya lo sé, pero es la única oportunidad que tenemos de escapar. Ve a nuestro escondite y lleva las provisiones a una de las barcas. Lo único que nos falta es un cuchillo con el que poder cortar las cuerdas que la sujetan, nos haremos con él en la cena.

—Que Dios nos ayude. Si algo sale mal...

—Nos ayudará, no te quepa la menor duda. Nuestro destino no puede ser terminar muertos en un barco de mala muerte.

Monroe asintió, cogió su cubo y sus trapos y se alejó silbando hasta la popa del barco. Anthony continuó limpiando la cubierta sin levantar sospechas, aunque su vigilante no tardó en percatarse de la ausencia de su compañero.

—¡Eh, tú! ¿Dónde se ha ido Monroe? —preguntó incorporándose.

—Ha ido a limpiar las letrinas, señor. Como aquí queda poco por hacer se ha ofrecido a empezar a limpiarlas él mismo.

—Tienes suerte de poseer el título de marqués, Huntington, el pobre diablo aún te considera superior a él y haría lo que fuera por complacerte. Si yo estuviera en su lugar no tendría tantas consideraciones, ¿sabes, muchacho?

—Por suerte para mí no lo está, ¿verdad?

Joseph soltó una carcajada, palmeó la espalda de Anthony y volvió a recostarse contra el palo mayor a seguir con su siesta. En cuanto el marqués terminó con su tarea se apresuró a limpiar las letrinas para no levantar sospechas. Monroe bajó poco después y se acercó a ayudarlo.

—Cuando volvamos a Londres contaré a todo el mundo que el marqués de Huntington ha pasado tres meses limpiando las letrinas de unos piratas —bromeó su amigo.

—Si esto sale de este barco te juro que te cortaré la lengua.

—No hará falta. Tu olor te delatará.

—Tienes razón, creo que el olor a alcantarilla se ha adherido a mi piel de por vida.

—Dudo mucho que lady Levenson quiera casarse contigo oliendo a orín —dijo Monroe con una carcajada.

—Créeme, antes de ir a verla pienso darme un buen baño... o puede que tres.

—La echas de menos, ¿no es cierto?

—Cada segundo del día. Íbamos a casarnos cuando volviese de mi viaje, pero hace demasiado tiempo que la temporada terminó y seguramente su hermano ya la habrá casado con otro.



—No pienses eso, seguro que ella te estará esperando.

—Hace mucho tiempo que desaparecí, Monroe. Probablemente ya hayan encontrado los restos del *Mary* y me hayan dado por muerto.

—Pero no estás muerto, y cuando vuelvas tu familia te recibirá con alegría. Tienes suerte, yo no tengo a nadie que me reciba.

—Aún estás a tiempo de formarla.

—Y lo haré si logramos salir de esta. En cuanto llegue a Londres compraré una casa en el campo con el dinero que tengo ahorrado y me dedicaré a criar cerdos y cultivar verduras. Se han acabado para mí los días en el mar.

—Has sido un amigo fiel, Monroe, cuando volvamos a Londres te compensaré bien por todo lo que has hecho por mí.

—Ha sido un placer. ¿Y tú qué piensas hacer a tu regreso?

—Si Eleanor sigue soltera me casaré con ella de inmediato, nos mudaremos a mi casa en el campo y nos dedicaremos a hacer bebés.

—Es muy buen plan, Tony. Ojalá puedas llevarlo a cabo.

Horas más tarde, Anthony permanecía tumbado en el catre de su celda esperando pacientemente que llegase la hora de la cena. Había conseguido descansar un par de horas, y ahora que se acercaba la hora de su huida su sangre bullía con fuerza en sus venas. Podía escuchar con tal nitidez el latido de su corazón que temía que en cualquier momento terminase escapándose por su boca. Estaba en relativa buena forma física gracias a que el cocinero había cambiado la bazofia de los primeros días por algo de carne seca con judías, así que tenía la esperanza de lograr llegar a tierra firme a nado si se presentaba la oportunidad de hacerlo.

En ese momento el capitán entró en su celda, sorprendiéndole. Como cada vez que Williams se presentaba ante ellos, Anthony se levantó y se colocó con las piernas abiertas y las manos cogidas en la espalda, mirando al suelo.

—En un par de semanas estaremos cerca de la costa de Inglaterra, Huntington —dijo el capitán acariciándose la espesa barba—. Mañana

escribirás una nota a tu hermano solicitando tu rescate y serás libre de marcharte.

—No me venga con esas, Williams. Ambos sabemos que me hará pasear por la plancha.

—Tienes razón, te mataré, aunque me conformo con darte un tiro entre los ojos. Pero tu hermano no lo sabe, ¿verdad?

—¿Y por qué demonios no me ha matado ya? No le hago falta de todas formas.

—Has sido un buen sirviente durante todo este tiempo. Mis hombres están muy agradecidos porque les haya librado del trabajo duro. Además, si la carta está escrita de tu puño y letra tu hermano sabrá que estás a salvo y pagará sin rechistar la cantidad que le pida.

Anthony se tragó la maldición que se le había atascado en la garganta. Si contrariaba de cualquier forma al capitán no tendría la oportunidad de escapar esa noche, así que permaneció en silencio.

—Veo que estás aprendiendo a obedecer, muchacho. O quizás estás demasiado cansado para responderme. Ve a la cocina y ayuda al cocinero a pelar patatas para la cena.

Dicho esto, el capitán salió de la celda y Anthony se dejó caer en la cama con la ira bullendo en sus venas.

—¡Maldito hijo de puta! —siseó.

En cuanto entró en la cocina, el cocinero le lanzó un cuchillo y señaló una montaña de patatas que tenía esparcidas sobre la mesa.

—Vamos, muchacho, no tenemos todo el día —ordenó.

Anthony se quedó mirando el cuchillo que sujetaba en las manos. Aunque no era gran cosa, sería de mucha más utilidad que el cuchillo sin filo que les daban para cortar la carne, así que peló patatas hasta que le dolieron los dedos sin apartar la vista del cocinero. En cuanto el hombre se dio la vuelta para remover el guiso de la olla, estiró la mano y agarró el cuchillo que él estaba utilizando para esconderlo en el puño de su camisa. Cuando el cocinero volvió a su tarea disimuló sin apartar la vista de la patata que estaba

pelando.

—¿Has visto mi cuchillo, Huntington? —preguntó mirando a su alrededor.

—No lo sé, señor. Se lo habrá llevado al fregadero.

—Lo he dejado justo aquí, muchacho. ¿Estás seguro de que no lo has visto?

—Completamente, señor. No he parado de pelar patatas en ningún momento.

—Levanta —ordenó.

Anthony obedeció, y abrió los brazos en cruz para permitir el cacheo del cocinero, que no se acercó al cuchillo escondido ni un centímetro. Cuando terminó su escrutinio le hizo señas para que siguiera pelando patatas y cogió un nuevo cuchillo del cajón para seguir con su trabajo. De vuelta a su celda, Anthony se apresuró a guardar el cuchillo bajo el colchón de su cama y se sentó a la espera de la llegada de la cena. Los nervios le atenazaban el estómago, y fue incapaz de pegar ojo. Cuando el contraamaestre llegó a traerles la bandeja, abrió las celdas como hacía cada vez que era su turno de vigilarles. Monroe y él se sentaron junto a él en la mesa y cenaron mientras el hombre bebía ron. Comieron con tranquilidad, saboreando cada bocado, sabiendo que iba a ser la última comida mediocre que tomarían en sus vidas. Anthony echaba de menos el sabor del venado asado, del pichón y la tarta de melocotones maduros que preparaba Eleanor. Cuando terminaron de cenar, su captor se llevó las bandejas y les sirvió un vaso de ron mientras jugaban a las cartas.

—Esta noche estáis muy callados, muchachos —dijo de repente.

—Hemos trabajado muy duro y estamos cansados —se disculpó Monroe.

—¿Me vais a dejar a medias con la partida? —protestó Neeson.

—Estamos cansados, no muertos —contestó Anthony—. Te pienso desplumar esta noche.

—¡Así se habla, Huntington! —rió el contraamaestre— Demuéstrame de qué estás hecho, muchacho.

Cada partida ganada significaba una copa de ron ganada, y Anthony y Monroe se dedicaron a perderlas todas, consiguiendo que copa tras copa cayese por la garganta de su guardián. Pronto los ojos del conremaestre se cerraron y su cabeza cayó hacia atrás, y ambos aprovecharon la oportunidad de entrar en sus celdas y cerrar las puertas simulando estar encerrados.

—Buenas noches, Neeson —dijo Anthony conscientemente para sacarle de su duermevela.

—¡Eh! ¿Cómo habéis ido a parar ahí dentro? ¡Estábamos jugando a las cartas!

—Neeson, tú nos encerraste —añadió Monroe con una carcajada— ¿Tan borracho estás que no te acuerdas?

—¡Claro que no, imbécil! Lo recuerdo perfectamente.

La lengua del marinero se trabó un par de veces dejando ver su estado máximo de embriaguez, y antes de lo que imaginaron su cabeza cayó sobre la mesa y un profundo ronquido escapó de su garganta. Anthony cogió el cuchillo de su escondite y salió de su celda sin hacer ruido. Monroe ya estaba fuera de la suya, cogiendo el puñal que el pirata había dejado encima de la mesa. Anthony se acercó a Neeson con la idea de quitarle la pistola que llevaba sujeta al cinturón, pero no vio una botella que había tirada en el suelo y le dio una patada, despertándole.

—¡Sabía que no os había encerrado! —farfulló Neeson.

Anthony salió a correr escaleras arriba detrás de Monroe, maldiciéndose a sí mismo por haber sido tan estúpido. Monroe ya estaba sobre el bote cuando él saltó dentro y empezó a cortar las cuerdas del otro extremo de la barca.

—¡¡Los prisioneros escapan!! —gritó Neeson dando la voz de alarma.

El revuelo que se montó en un momento hizo maldecir a Anthony, que se empeñaba en cortar la cuerda con el cuchillo de cocina.

—¡Maldita sea! ¡Vamos, rómpete! —gritaba.

—Ve al otro lado, que casi está —dijo Monroe apartándole y cortando la cuerda con el puñal.

Pronto las cuerdas empezaron a ceder, y la barca cayó al mar con un

golpe seco. Las balas empezaron a silbar a su alrededor, y los hombres remaron con todas sus fuerzas en un intento de alejarse lo antes posible del barco. Cuando parecía que habían logrado apartarse de la línea de fuego, una bala atravesó el corazón de Monroe, que cayó sin vida hacia adelante por la fuerza del impacto.

—¡¡Nooooo!! ¡¡Monroe noooo!!

Anthony cerró los ojos de su compañero y le tumbó en el fondo de la barca con la idea de llevarle a tierra firme. Su amigo se merecía tener un entierro decente en un cementerio, no terminar hundido en alta mar, y él se ocuparía de ello. Comenzó a remar con ímpetu hacia donde suponía que estaría la costa, pero las balas de las pistolas fueron sustituidas por balas de cañón, y una de ellas colisionó con la parte de atrás de la barca, haciéndola volar en mil pedazos. Anthony salió despedido de la embarcación y en la caída se golpeó la cabeza con unas rocas. Un dolor agudo atravesó su mejilla como un rayo, sintió cómo su carne se abría en canal y gritó al hundirse bajo el agua helada. Vio cómo el cuerpo sin vida de su amigo se hundía poco a poco en la negrura e intentó rescatarlo sin éxito. Intentó volver a salir a flote, pero la corriente le arrastró sin remedio hasta el fondo. Movié los brazos con fuerza para intentar escapar, pero la corriente era demasiado fuerte para luchar contra ella y sus pulmones se estaban quedando sin aire. De pronto todo empezó a volverse negro... y su último pensamiento fue que iba a morir sin haber cumplido su promesa.



Stefan llevaba tres meses viviendo un tormento ante la desaparición de su hermano pequeño. Tres meses de incertidumbre que iban a acabar con su cordura. Había peinado Inglaterra de cabo a rabo sin encontrar ni una sola pista que le llevase hasta el paradero de su hermano, y había tenido que interrumpir la búsqueda porque su hijo había caído enfermo y había permanecido a su lado hasta que su salud mejoró. Esa mañana se encontraba en su despacho respondiendo algunas cartas antes de retomar su búsqueda, pero cuando su mayordomo, Christopher, hizo pasar a la reina, su corazón se detuvo por completo. Negó con la cabeza, pero el rostro de su amiga era un libro abierto que no dejaba lugar a dudas. Sus ojos hinchados le dijeron que era portadora de muy malas noticias. Victoria se dejó caer en el sillón de

cuero apretando fuertemente el pañuelo de seda que traía en las manos, y miró a su amigo con una mezcla de desolación y rabia similar a la que él mismo estaba sintiendo en ese momento.

—Mis hombres acaban de volver —dijo Victoria con voz queda.

—No me interesa lo que tengan que decir, Vicky. Sé que mi hermano está vivo. En cuanto termine de contestar estas cartas saldré de nuevo a buscarle.

—Stefan... esta mañana han apresado a los culpables del hundimiento del *Mary* y han confesado. Apresaron a Anthony con la intención de pedir un rescate, pero tu hermano huyó en una barca y chocó contra las rocas.

—En ese caso, mañana mismo comenzaré de nuevo la búsqueda. Si ha naufragado no debe haber llegado demasiado lejos.

—Estaban muy lejos de la costa, Stefan. Tu hermano se ahogó en el mar —dijo por fin.

El duque cerró los ojos con fuerza ante las palabras que todos se negaban a pronunciar desde la noche de final de año. Una lágrima solitaria rodó por su mejilla y la apartó con fuerza antes de levantarse de su silla y colocarse frente a la ventana.

—Anthony no está muerto —dijo con los puños y los dientes apretados—. ¡Si fuera así yo lo sabría, maldita sea!

—¿Y qué pretendes hacer, Stefan? ¿Seguir buscándole hasta la saciedad? ¿Dejar a tu familia y tus obligaciones de lado para salir a la caza de un fantasma?

—¡Es mi hermano!

—¡Y está muerto! —exclamó la reina, haciendo después una pausa para que su amigo asimilara sus palabras— Se ahogó cuando su barca estalló en mil pedazos, asúmelo de una vez. No puedes seguir torturándote con ello, Stefan, tienes que seguir adelante.

—No puedo, Vicky —sollozó—. ¡No puedo! ¿Cómo voy a aceptar que ya no esté? ¿Cómo voy a soportarlo?

—Lo siento, querido —susurró la reina abrazándole, también con los ojos anegados en lágrimas—. Lo siento muchísimo.

—¿Qué voy a hacer ahora? —lloró el duque dejándose caer al suelo—  
¿Cómo voy a decírselo a mi madre y mi hermana?

—Yo me ocuparé de eso. Tú tienes que preparar un funeral.

—¿Dónde está su cuerpo? ¿Lo han encontrado?

La reina negó, bajando la mirada a modo de disculpa.

—¡Quiero sus cabezas! —rugió Stefan—. ¡Voy a matarles con mis propias manos!

Stefan se levantó con la intención de salir de la habitación, pero Victoria se lo impidió.

—No vas a ensuciarte las manos, Stefan, eres el duque de Devonshire y tienes que mantenerte impasible.

—¡Al diablo el título! ¡Era mi hermano!

—Lo sé, y te juro que les haré pagar por sus pecados. Serán ahorcados al amanecer.

—Quiero estar presente, Vicky.

—Ni hablar, tú tienes que estar con tu familia.

—Mi familia tendrá tantas ganas de verles morir como yo, te lo aseguro.

—No creo que sea buena idea, Stefan.

—Necesito verles morir —susurró el duque con desolación.

El atisbo de locura que vio Victoria en sus ojos la asustó un poco, pero asintió y Stefan se dejó caer sobre la falda de su soberana llorando con desconsuelo, sin fuerzas para moverse. La reina permaneció de rodillas en la alfombra acariciando la cabeza de su amigo, llorando con él la pérdida de Anthony. Ivette había escuchado toda la conversación desde la puerta, pero no quería llorar delante de su esposo y permaneció en segundo plano, llorando en silencio, hasta que los sollozos de su marido se calmaron. Cuando entró en la habitación Stefan permanecía hipnotizado mirando por la ventana, y le abrazó con fuerza para darle los ánimos que sabía que necesitaba para superar la dura prueba que Dios había puesto en su camino.

—Está muerto, Ivy —sollozó el duque abrazando a su esposa con fuerza

—. Anthony ha muerto.

Eleanor paseaba esa misma tarde por el jardín de la casa que su hermano poseía en la ciudad, acariciando distraídamente los pétalos de las últimas orquídeas de su cuñada. Había llegado a Londres desde Bath esa misma mañana deseando que por fin el marqués de Huntington diese señales de vida, pero la bandeja del correo estaba tan vacía como cuando se marchó con su madre a su retiro. Llevaba meses esperando pacientemente la llegada de Anthony a Londres, lo que significaría su compromiso con él, pero ese día parecía no llegar nunca. El marqués le prometió volver antes de que terminase la temporada pasada, pero el año había tocado a su fin meses atrás y no había tenido noticias de él, ni siquiera una mísera carta. Por suerte para ella, su hermano no había hecho alusión alguna al compromiso, así que aún tenía esperanzas de poder casarse con su amado.

Francis la había mandado llamar días atrás para su vuelta a Londres, pues la temporada estaba a punto de empezar. Era su última temporada, la última oportunidad que tenía de encontrar un esposo, y tenía miedo de que su hermano llevase a cabo la promesa que le hizo el año anterior. Francis la animaría a buscar un pretendiente adecuado para ella, pero si no elegía a alguien por sí misma él se ocuparía de verla casada antes de que la temporada terminase, aunque ella no podía dejar de pensar en Huntington y en los maravillosos días que había pasado con él. ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde habían quedado las promesas de amor susurradas y los besos robados al amparo de la oscuridad? ¿Acaso Anthony los había olvidado por completo? Volvió a imaginarse felizmente casado con una americana y su corazón se saltó un latido. Quizás había cambiado de idea, quizás había conocido a una señorita más bella que ella y se había olvidado de la promesa que le había hecho...

Apartó esa macabra idea de su mente y se dio la vuelta al escuchar unos pasos resonar por el camino de piedra, sorprendiéndose al descubrir a la reina acercándose a ella con paso cansado. ¿Qué haría allí Victoria? Su hermano estaba en el palacio de Buckingham ocupándose de unos asuntos reales...

En cuanto su soberana estuvo a su altura, la joven hizo una reverencia, pero la reina la levantó y la llevó de la mano hasta un banco cercano.

—Qué agradable sorpresa verla por aquí, majestad —dijo Eleanor



ofreciéndole asiento en el banco de piedra—. Pero tengo entendido que mi hermano está en palacio ocupándose de unos asuntos...

—No es a Fran a quien vengo a ver, querida, sino a ti.

Un sudor frío recorrió su espalda ante las palabras y el gesto de la reina ¿Acaso le había ocurrido algo a su madre?

—¿Mi madre está bien? —preguntó.

—Sí, tesoro. Volverá mañana a primera hora de Bath, como tenía previsto.

—¿Entonces qué ocurre, majestad? Me está preocupando.

—Me temo que soy portadora de malas noticias, pequeña. El *Mary* fue atacado por unos corsarios americanos y terminó en el fondo del mar.

El corazón de la joven se detuvo de inmediato.

—¿Dónde está Anthony? —preguntó llevándose una mano al corazón— ¿Qué le ha pasado?

—He ordenado peinar la costa de Londres, Ely. Llevamos meses buscándole, pero me temo que no hay ni rastro de él.

—¿Meses? —preguntó sin comprender.

—Anthony se ahogó, tesoro. Lo siento mucho.

—¡No! —sollozó la joven— ¡No!

Eleanor empezó a verlo todo borroso. ¿Anthony, su amor, había muerto? ¿Llevaba meses desaparecido y nadie se había dignado a contarle nada? Ahora entendía que su hermano no hubiese intentado buscarle esposo, estaba demasiado ocupado buscando a Anthony como para preocuparse por una nimiedad como esa. De repente comprendió las palabras de Victoria con total nitidez. Anthony Cavendish estaba muerto, por eso no había vuelto a ella. Lo había maldecido infinidad de veces, había llorado desconsolada por su traición... y la única que había traicionado su memoria había sido ella. El mundo a su alrededor se desvaneció, y la reina la sostuvo a tiempo de impedirle caer sobre la gravilla. Pasó su frasco de sales bajo la nariz de la muchacha, y cuando esta se recuperó la acunó en sus brazos para que pudiese llorar su pérdida. Bien sabía Dios que su madre no poseía instinto maternal

alguno, y de no ser por su cuñada Eleanor se encontraría desamparada en esos momentos tan delicados.

Francis esperó pacientemente a que la reina hablase con su hermana y se tragó el nudo que sentía en la garganta al escuchar los sollozos desolados de Eleanor antes de acercarse hasta las mujeres. Cuando la triste mirada de su hermana se posó sobre él, abrió los brazos de par en par para acunarla y calmar el dolor desgarrador que estaba sintiendo.

—Lo siento, mi niña —susurró el duque en su cabello—. Lo siento muchísimo.

—¡Me lo prometió! —sollozó— ¡Me prometió que volvería!

—Lo sé, cariño... Lo sé.

—¿Por qué tuvo que irse? ¿Por qué no pudo esperar a que nos casáramos?

Francis quedó impactado ante la confesión de su hermana. ¿Tony pensaba pedir su mano? ¿Y por

qué no lo hizo antes de irse? ¿Por qué no había confiado en él lo suficiente como para confesarlo?

—Quería dejarlo todo arreglado para ti, pequeña —dijo la reina acariciándole el cabello y leyendo los pensamientos de su hermano—. Te prometo que se hará justicia.

Media hora antes de que el amanecer despuntara en el cielo al día siguiente, cinco hombres encapuchados desfilaron ante la multitud que se amontonaba frente al palacio de Buckingham esperando un ahorcamiento. Los abucheos y los agravios no cesaron en su paseo desde la cárcel de New Gate hasta su destino, pues los asistentes conocían los cargos de los que se les acusaban. La reina Victoria los recibió al pie de la escalinata principal del palacio, ataviada con un vestido de crespón negro, con el rostro cubierto con un velo, mostrándole a su pueblo su dolor por la pérdida. El príncipe Alberto estaba junto a ella, sosteniendo su mano con fuerza, y tras ellos, los familiares del marqués de Huntington miraban sin piedad a los culpables de su muerte, que eran abucheados en su ascenso hasta la plataforma donde cinco gruesas sogas colgaban esperando sus cabezas. El duque de Devonshire les miraba sin pestañear, con el odio fruto de la pérdida grabado en su retina.

A su lado, su hermana Sarah lloraba desconsolada abrazada a su madre, cuya desolación le impedía permanecer de pie por sí sola. Eleanor ni siquiera fue capaz de mirar a los asesinos de su amado. Ya no le quedaban lágrimas que derramar por Anthony, su pena era tan grande que se mantenía de pie gracias al abrazo de su hermano, que la sostenía con fuerza pegada a su pecho.

Uno a uno los cinco altos cargos del navío que había atacado al *Mary* subieron a la horca, cada uno de los ellos sintió abrazarse a su cuello el tacto de la gruesa sogas que sellaría para siempre su destino... El resto de la tripulación encontraría la muerte más tarde, fusilada en los patios de New Gate, pero Victoria quería dar ejemplo con sus superiores. El verdugo ajustó los nudos para que ninguno de ellos tuviese la oportunidad de seguir respirando cuando se abriesen las trampillas y miró a la reina, que miró a su vez a la familia del marqués de Huntington antes de dirigirse hacia su pueblo.

—Esta mañana se hará justicia en esta plaza. Estos desgraciados se han atrevido a atacar uno de los barcos de Inglaterra, acabando así con la vida de uno de mis nobles más queridos.

La multitud se enardeció, pero solo bastó una señal de Victoria para que se instaurara el silencio más absoluto.

—Condeno a John Williams, capitán del *Quimera*, Oliver Thomas, su teniente, Noah James, condestable, Michael Neeson, contramaestre, y Tom Murphy, oficial, a morir en la horca por piratería con violencia, por el asesinato del marqués de Huntington y por alta traición a la corona de Inglaterra.

Los vítores de los presentes hicieron que a Eleanor se le revolviera el estómago. La gente disfrutaba de un linchamiento público tanto que no importaba si los damnificados sufrían por los actos de los criminales, y de buena gana se habría marchado de allí si las piernas le hubiesen respondido. Stefan apretaba la mandíbula con fuerza para no ceder el impulso de acercarse a ellos y hundir su estoque en sus miserables gargantas, e Ivette apretó su puño cerrado entre sus manos para calmar la furia que bullía en su interior.

A la señal de la reina, el verdugo accionó la palanca que habría las compuertas bajo los pies de los asesinos del marqués. Eleanor apartó la mirada para no ver cómo se sacudían sus cuerpos y sus vidas perdían poco a

poco la luz. Stefan no apartó la mirada en ningún momento. No disfrutó de ello, pero observó cómo intentaban deshacerse de la cuerda, cómo sus pieles tomaban un tono azulado debido a la falta de aire, cómo sus cuerpos terminaban quedando suspendidos en el aire, sin vida. Su venganza había sido llevada a cabo y podría celebrar el funeral de su hermano en paz. Ahora los culpables estaban pagando sus pecados quemándose en el fuego del Infierno.

Tras la ejecución, familiares y amigos del marqués se reunieron en la casa de su hermano a llorar la pérdida de Anthony. Sin cuerpo al que enterrar, se limitaron a celebrar un simple funeral con los amigos más allegados, con una misa en su honor. Stefan permaneció en un rincón de la sala durante toda la ceremonia, sin apartar su mirada de la ventana, deseando con todas sus fuerzas que su hermano apareciese por el camino de entrada con su sonrisa de siempre.

—Creo que necesitas una copa, Stefan —dijo Andrew palmeándole la espalda.

Stefan se volvió saliendo de su ensimismamiento, y vio a su cuñado tenderle una copa de whisky.

—Gracias —contestó aceptando el trago.

—¿Qué haces aquí? Deberías estar atendiendo a los invitados con tu esposa.

—Entenderán mi ausencia, Drew. Acabo de perder a mi hermano.

—Lo sé, amigo, todos le hemos perdido.

—Aún creo que voy a verle en cualquier momento aparecer por la puerta —susurró volviendo la mirada hacia el camino de entrada—. No sé cómo voy a poder superarlo.

—Lo harás —dijo Francis acercándose a ellos—. Sé que es muy duro, pero lo conseguirás.

—¿Cómo está Ely? —preguntó Andrew cambiando deliberadamente de tema.

—Está destrozada. No sé cómo voy a lograr que se recupere de esto. Se

pasa el día llorando y no sé cómo ayudarla.

—No creo que ninguno de nosotros consigamos superarlo del todo —susurró Stefan.

—Lo sé, pero ella es demasiado joven y ha perdido al hombre al que ama.

—Ahora necesita ser fuerte y descansar —comentó Andrew—. Su juventud es una ventaja para ella, logrará rehacer su vida.

—Lo sé, y estoy pensando enviarla a Bath con mi madre un par de semanas más para apartarla de todo.

—Esa no es la solución, tu madre no es la persona más indicada para ayudarla —protestó Andrew—. En vez de animarla la hundiría mucho más en su pena.

—Lo sé, pero Beth no está en condiciones de hacerlo. Su embarazo es complicado y todo esto solo empeora las cosas. Si pierde de nuevo al bebé también la perderé a ella y no pienso consentirlo.

—Tal vez Ivette pueda ocuparse de ella —propuso Stefan.

Sus amigos se miraron antes de que Francis contestara.

—Creo que tu esposa ya tiene bastante con ocuparse de ti, Stefan.

—Mi mujer no tiene que ocuparse de mí, Fran. Soy un hombre y estaré bien. ¿Cómo está mi hermana? —preguntó a su cuñado— No la he visto desde que hemos llegado.

—Está con tu madre, sentada en el sillón del fondo —contestó Andrew señalándolas—. Lo intenta llevar bien por los niños. No quiere que vean a su madre llorar, pero cuando estamos a solas me destroza verla tan desolada.

—Sarah es una mujer muy fuerte —dijo Stefan—. Lo superará.

—Ayer me enteré de que Anthony pensaba pedirme la mano de Eleanor —confesó Francis.

—Lo sé, Victoria me lo confesó tras su marcha —dijo Stefan.

—Me sorprende que no lo supieras, Fran —dijo Andrew—. Estaba claro que sentía algo por tu hermana.

—¿Y por qué no me dijo nada? Yo nunca me habría opuesto a su

matrimonio, era uno de mis mejores amigos.

—A mí tampoco me contó nada y soy su hermano —dijo Stefan.

—Nadie sabía nada acerca de sus planes —añadió Andrew—. Sarah tampoco sabía nada, y eso que estaban muy unidos.

—Quizás quería dejar las cosas solucionadas antes de hacerlo oficial —dijo Fran.

—En cualquier caso ya no importa, ¿verdad? —susurró Stefan— Le hemos perdido y ya nada nos lo devolverá.

Fran apretó el hombro de su amigo con cariño. No sabía qué hacer ni qué decir para que se sintiese mejor, sobre todo porque él mismo estaba destrozado por dentro. Conocía a Anthony desde que nació y se había acostumbrado a llevarlo siempre corriendo detrás de sus pasos y los de su hermano mayor. Cuando crecieron, Anthony se convirtió en uno más, y ahora que no estaba no sabía cómo iban a lograr superar su pérdida.

Se alejó de sus amigos para ir a buscar a su hermana, a quien no veía desde hacía rato. La encontró sentada en el sofá de la biblioteca, con la mirada perdida en la chimenea. La taza de té que tenía entre las manos corría el riesgo de terminar hecha añicos en la alfombra, así que se acercó lentamente y se la quitó, pero Ely ni siquiera pestañeó.

—¿Qué haces aquí sola? —preguntó— Llevo un buen rato buscándote.

—Necesitaba estar sola

Su hermana le miró sin verle, y volvió a perder su mirada en la chimenea.

—Aún no puedo respirar, Fran —sollozó.

—Tranquila, te llevaré a tomar un poco de aire fresco, te sentirás mejor.

—¿Podemos irnos a casa, por favor?

—¿Estás segura de que quieres irte?

Ely asintió, y su hermano fue a despedirse de sus anfitriones y a buscar su capa y sus guantes. Sarah se acercó a ella en ese momento portando en sus manos una pequeña caja de terciopelo azul que dejó en su regazo.

—¿Qué es esto? —preguntó Ely sin comprender.

—Es para ti.

Eleanor abrió la caja con manos temblorosas para descubrir un anillo de oro y diamantes con tres zafiros engarzados.

—Lo eligió antes de marcharse —dijo la marquesa—. Es tu anillo de compromiso, lo encontré entre sus cosas esta mañana.

—No puedo aceptarlo, Sarah. Yo...

—Él querría que te lo quedaras, tesoro —susurró con lágrimas en los ojos.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas sin control. Apretó el anillo con fuerza contra su pecho, y Sarah la abrazó con cariño.

—Gracias —sollozó Eleanor.

—Anthony te amaba, pequeña. Te amaba muchísimo.

—¿Y cómo voy a seguir viviendo sin él, Sarah?

—Debes ser fuerte, tesoro. Aún eres muy joven y tienes toda la vida por delante.

—Yo no tengo vida si Anthony no está en ella —sollozó.

—No digas eso, Ely —dijo Mary acercándose a ellas—. Encontrarás a alguien a quien amar cuando se calme el dolor de la pérdida.

—Él era el amor de mi vida, Mary. Nunca volveré a amar a nadie.

—Créeme, lo harás con el tiempo. El padre de Anthony fue el amor de mi vida, y cuando murió creí que no encontraría a nadie más, pero apareció James en mi vida y todo cambió.

—Pero tú eres una mujer fuerte. Yo no lo soy.

—Tú también lo eres, Ely, pero acabas de perderle y el dolor es insoportable. Algún día dejará de doler tanto, te lo prometo —contestó la duquesa besándola en la frente.

Francis llevó a Eleanor a casa, donde Beth la esperaba aún despierta. En cuanto la vio llegar, la acunó entre sus brazos para llevarla a su habitación, la ayudó a ponerse un camisón y cepilló su cabello mientras su cuñada lograba serenarse. Cuando el llanto cesó, lavó su cara con una toalla humedecida y la

metió en la cama.

—Llámame si me necesitas, Ely —dijo.

—Debería ser yo quien cuidase de ti.

—Lo harás cuando te encuentres mejor.

—¿Cómo está el pequeño?

—Esta noche está tranquilo, creo que lograré descansar.

—Pues ve a la cama, aprovecha la calma.

—¿Me llamarás?

—Estaré bien, Beth. Ve a descansar.

—Prométemelo, por favor.

—Te lo prometo.

—Buenas noches, Ely.

—Buenas noches.

Cuando la puerta se cerró tras su cuñada, Eleanor cogió el anillo de compromiso y lo ensartó en la cadena de oro que siempre llevaba al cuello, junto al guardapelo que Anthony le regaló con su retrato días antes de marcharse. Cerró los ojos para recordar los últimos momentos que pasaron a solas antes de que él se marchara, y las lágrimas cayeron por sus mejillas al recordar el sabor de los besos de Anthony, el confort de su abrazo, la calidez de su sonrisa.

*—Es mi fiesta de despedida y tú permaneces demasiado callada — protestó Anthony el día anterior a su marcha.*

*—No quiero que te vayas —susurró ella con voz lastimera.*

*—Debo hacerlo, mi amor. Tengo que dejar todo resuelto antes de volver a casa para casarme contigo.*

*—Mi hermano le ha dicho a mi madre que si no elijo pretendiente cuando termine la temporada, él elegirá a mi esposo.*

*—Eso lo dice para que tomes una decisión, Ely, no le hagas caso.*



—Esta vez lo ha dicho en serio, Tony. Yo no estaba presente.

—¿Y entonces cómo te has enterado?

—Porque estaba escuchando desde el pasillo.

Anthony sonrió con ternura y la abrazó antes de rozar sus labios con los de él.

—Mírame —dijo el marqués levantando su rostro con los dedos—. Volveré antes del último baile de la temporada y pediré tu mano a tiempo, te lo prometo.

—¿Y si no es así? El viaje es demasiado largo y puede haber problemas... —¿Confías en mí?

—Por supuesto que sí.

—Entonces deja de preocuparte.

—¿Me echarás de menos? —susurró la joven.

—No imaginas cuánto.

—Dame tu chaqueta.

Anthony obedeció sin entender nada, y sonrió cuando Eleanor sacó de su ridículo un juego de costura y una foto de ella misma.

—¿Recuerdas este día? —dijo la muchacha acariciando la fotografía.

—¿Cómo no hacerlo? Fue el día que te besé por primera vez.

—Voy a coser esta foto bajo el forro de tu chaqueta, para que siempre me lleves junto a tu corazón. Así nunca te olvidarás de mí.

—No te olvidaría ni aunque me golpease la cabeza con una roca, Ely. Te quiero demasiado.

—Ojalá termine pronto este viaje para volver a estar entre tus brazos.

—Contaré los días para volver a ti, mi amor. Y ahora volvamos dentro, no podemos poner en peligro tu reputación.

Un sollozo escapó de la garganta de la joven al recordar su último beso. Todos le decían que lo superaría, ¿pero cómo hacerlo si su corazón había muerto con Anthony? Se arrodilló junto a su cama y rezó para que Dios le

diera fuerzas para seguir adelante, porque en ese momento ella solo quería estar con Anthony... viva o muerta.

## Capítulo 2

Lo primero que vio Anthony al abrir los ojos fue el rostro de un ángel de rasgos delicados, cabellos rubios como el trigo y ojos del color del musgo. Sentía su cuerpo arder a causa de la fiebre, pero el ángel pasó un paño húmedo por su cuello y su frente, refrescándole. Intentó hablar, pero su boca era incapaz de articular una sola palabra. Sus manos tampoco respondieron a su orden de acariciar su mejilla, y cuando intentó incorporarse la oscuridad volvió a consumirle. La siguiente vez que despertó volvió a ver el mismo rostro angelical junto a su cama. La joven estaba sentada en una silla, leyendo un libro. Intentó moverse, pero un fuerte dolor en la mejilla le hizo gemir, atrayendo la atención de la muchacha, que soltó el libro de inmediato.

—No, milord, no se levante —susurró la joven—. Está malherido y debe descansar.

¿Malherido? ¿Qué demonios le había pasado? Intentó recordar, pero su mente estaba completamente en blanco. No recordaba nada de lo que había pasado, ni su nombre, ni siquiera de dónde venía. Se llevó la mano al rostro para averiguar qué había provocado que aullase de dolor, y se encontró con una gruesa venda que le cubría gran parte de la mejilla izquierda. Una punzada de dolor le cruzó entonces las sienes y se dejó caer en la almohada con un nuevo gemido.

—Duerma un poco, se encontrará mejor cuando descanse.

La mujer vertió entre sus labios unas gotas de un líquido amargo y transparente y poco tiempo después Anthony perdió la consciencia. Cuando volvió a despertarse, en el aire flotaba el delicioso aroma de un guiso que se cocinaba al fuego de la chimenea. El ángel permanecía arrodillado junto a la olla, removiendo su contenido con una cuchara de madera.

—¿Dónde estoy? —susurró Anthony, atrayendo la atención de su acompañante, que dejó la cuchara sobre un plato y se acercó a él con una dulce sonrisa.

—Bienvenido de nuevo, milord. Está usted en Telby, un pequeño pueblo costero al sur de Londres. Le encontramos malherido en la playa hace cinco días.

—Es la segunda vez que me llamas milord. ¿Acaso soy noble?

—¿No lo recuerda? —preguntó la mujer mirándole con una ceja arqueada.

—No... mi mente está completamente en blanco.

—Se ha dado un golpe muy fuerte en la cabeza, el médico ha dicho que es normal que no recuerde nada. Es usted el marqués de Huntington, milord. Desapareció hace meses en el mar y su familia le ha estado buscando incansablemente.

Huntington... el nombre le sonaba vagamente familiar, pero por más que se esforzó en recordar a su mente no se asomó ningún recuerdo.

—¿Quién eres tú? —preguntó el marqués al cabo de un rato.

—Soy Gillian Mallory, maestra de los niños de este pequeño pueblo. Llevo varios días ocupándome de usted porque las demás mujeres están muy ocupadas con sus tareas, y los hombres salieron a pescar el día antes de su llegada.

Anthony cerró los ojos y Gillian se levantó de su lado.

—Debe estar muy cansado, discúlpeme. He preparado una olla de caldo, debería tomar un poco para empezar a reponer fuerzas antes de volver a dormirse.

Pensar en la comida consiguió que una arcada subiese por su garganta, y negó con la cabeza.

—No podría tragar nada, gracias.

—Debe comer algo. Es un caldo suave, verá como le sienta bien.

Anthony asintió e intentó incorporarse, pero el movimiento le ocasionó un nuevo dolor de cabeza y terminó vaciando su estómago en el suelo.

—Lo... siento —gimió dejándose caer de nuevo sobre la almohada.

—No tiene que disculparse, milord, el golpe le dará dolor de cabeza durante un par de días más. Pero acaba de despertarse y debe tomarse las cosas con más calma, así que pídamle ayuda siempre que me necesite.

Gillian limpió el estropicio y se acercó a él con un tazón de caldo

humeante. Colocó con cuidado algunos almohadones bajo la cabeza de Anthony y se encargó de alimentarle a pequeños sorbos, esperando pacientemente cada vez que el marqués necesitaba descansar. Cuando terminó, puso el tazón en la mesa y acercó un recipiente lleno de agua caliente, un frasco de ungüento y algunas vendas limpias.

—Debo curarle la herida del rostro, milord. Lo haré con sumo cuidado.

—¿Es muy grande? —La mujer agachó la cabeza evitando contestar—. Tráigame un espejo, por favor.

—No creo que deba...

—Necesito ver la herida.

Gillian suspiró, pero asintió e hizo lo que Anthony le pidió. El marqués esperó a que la muchacha apartase las vendas de su cara e intentó subir el espejo, pero ella se lo impidió con una mano.

—Espere que la limpie, el ungüento le da peor aspecto del que realmente tiene.

Anthony asintió y aguantó sin moverse el dolor que le provocaba el roce de la tela empapada en jabón. Cuando Gillian terminó su tarea, el marqués subió por fin el espejo para quedar horrorizado ante el aspecto que lucía su rostro. Un corte irregular nacía sobre su ceja izquierda y cruzaba su ojo hasta terminar sobre su mentón. Alzó una mano temblorosa para posarla sobre la herida, pero fue incapaz de tocarla. Lanzó el espejo con furia contra la pared con un aullido de dolor. ¡Parecía un maldito monstruo!

—Tranquilícese, milord —dijo la muchacha intentando que se tumbara de nuevo sobre las almohadas—. Sé que ahora mismo parece horrible, pero cuando cure mejorará bastante, se lo prometo.

—¡Seré un maldito monstruo el resto de mi vida! —escupió— ¡Nadie pueden verme así!

—Hallaremos una solución para eso, no se preocupe. Y ahora debe descansar. —Gillian acercó una cucharada de brebaje pringoso a la boca de Anthony—. Esto le ayudará a descansar.

Anthony tragó el jarabe sin rechistar, aunque sabía a demonios. No tenía

ni idea de quién le había desfigurado la cara, pero le haría pagar por ello en cuanto recuperase las fuerzas. Poco a poco el cansancio le venció y cayó en un profundo y reparador sueño.



Eleanor llevaba varios días sin salir de la cama siquiera. Nada podía animarla, nada aliviaba el dolor de haber perdido al hombre que amaba. Pasaba las noches en vela recordando sus momentos juntos y llorando por todas las maravillosas cosas que esos malditos piratas les habían arrebatado, por la preciosa vida que se habían llevado demasiado pronto. La mirada divertida de Anthony llenaba sus pensamientos día y noche. Su sonrisa traviesa, adornada con ese par de hoyuelos que a ella tanto le gustaban, la perseguía a todas partes. Un nuevo sollozo escapó de sus labios sin poder evitarlo. ¿Por qué Dios la castigaba de aquella manera? Siempre había sido una dama ejemplar, obediente y delicada. ¿Por qué le había arrebatado al amor de su vida?

Ivette entró en la habitación como cada mañana, con una triste sonrisa en los labios. Su hermano la había obligado a pasar unos días en casa de los Devonshire, pues su cuñada no se encontraba bien y no podría cuidarla de ella, pero desde que llegó había permanecido metida en la cama. No había probado apenas bocado, a excepción que lo poco que Ivette conseguía obligarle a comer a punta de tenedor, pero Eleanor había perdido por completo el apetito... y las ganas de vivir. Tampoco ayudaba demasiado escuchar noche tras noche a Stefan llorar amargamente mientras se emborrachaba en su despacho hasta perder el sentido, ni que todo el mundo la mirase con lástima cuando se encontraban en la misma habitación que ella.

—Buenos días, Ely —dijo Ivette abriendo las gruesas cortinas de terciopelo dorado de su habitación.

—Déjame dormir, por favor...

—Ni hablar, jovencita. Estoy cansada de verte encerrada en este cuarto hundiéndote más y más en la pena. Vas a levantarte de esa cama y vas a bajar a desayunar conmigo al comedor.

—Ivy, de verdad, no tengo hambre.

—Tienes que hacer un esfuerzo, Ely... por favor.

—No puedo hacerlo, Ivy... de verdad.

Ivette suspiró y se sentó a su lado en la cama.

—Sé que estás triste y que no soportas que él ya no esté a tu lado, pero Anthony no querría verte así.

—No sabes cómo me siento.

—Tienes razón, no lo sé y seguiré sin saberlo si te encierras de nuevo en ti misma y no hablas conmigo. Yo también le he perdido, Ely, era mi cuñado y le quería muchísimo.

—¿Cómo te sentirías si perdieses a Stefan? ¿Acaso tú no te encerrarías como yo en tu habitación?

—Sé cómo me siento cuando cada noche le veo autodestruirse en su despacho consumido por la pena.

—Le entiendo. Todas las noches siento unas terribles ganas de bajar a emborracharme con él.

—Ely... por favor... no digas eso. Ya es bastante duro verle a él en ese estado como para que tú caigas en su misma situación.

—¿Y qué quieres que haga, Ivette? ¿Qué sonría como si nada me importase? ¿Que sea una hipócrita y piense en bailes y adornos?

—¡Claro que no! ¿Cómo se te ocurre pensar eso?

—Lo siento —contestó Eleanor agachando la cabeza—. No quería decir eso.

—Lo único que quiero es que no te encierres en ti misma. Sé que estás sufriendo mucho, pero no podré ayudarte si no me dejas hacerlo.

—Ojalá muriese para estar de nuevo con él.

—¡Ely, no! Esa no es la solución, cariño —susurró su amiga abrazándola—. El tiempo curará la herida poco a poco.

—Jamás le olvidaré.

—Nadie te pide que lo hagas, pero con el tiempo el dolor será mucho más soportable.

—Ahora mismo solo quiero dormir.

—Pues no pienso dejarte que lo hagas —protestó Ivette tirando de las mantas—. Bajarás a desayunar tanto si quieres como si no, y después iremos a dar un paseo por los jardines. El sol te hará bien.

La sola idea de salir a la calle hizo que a Eleanor la recorriese un escalofrío. No estaba preparada para enfrentarse al mundo, aunque solo fuera en el jardín de los Devonshire.

—Bajaré a desayunar —claudicó—, pero por favor, Ivy, déjame volver después a mi habitación. —Pero hace un día estupendo, Ely... —Aún no estoy preparada.

—De acuerdo —suspiró la duquesa—. Un pasito cada vez.

Ivette ayudó a su amiga a ponerse la bata, le lavó la cara con cuidado y se dedicó a desenredar la maraña de rizos en la que había quedado convertido su cabello debido a los días que llevaba sin levantarse de la cama. Una vez recogido en una espesa trenza, bajaron al salón a tomar el desayuno. Sus hijos ya estaban allí, sentados en sus troncos, y balbucearon estirando los brazos hacia su madre cuando la vieron aparecer.

—Buenos días, mis angelitos —susurró Ivette besando sus cabecitas cubiertas con sendos gorritos de lana.

Eleanor casi esboza una sonrisa al ver a los pequeños mellizos, que gorjeaban intentando captar la atención de su madre. Ivette, al ver la reacción de su amiga, cogió en brazos a la pequeña Mary y la puso sobre el regazo de su amiga antes de coger en brazos a Christopher.

—Sostenla un momento, por favor. Voy a cambiarle el pañal a su hermano.

Mary alargó su rolliza mano hasta la trenza de Eleanor y empezó a jugar con ella. La muchacha la miró embelesada, con tal mezcla de amor y ternura en su mirada que Ivette supo que sus pequeños serían la cura perfecta para su amiga... y también para su esposo.

—¿Dónde está Stefan? —preguntó Eleanor.

—Durmiendo. Los sirvientes le subieron a rastras a nuestra habitación de



madrugada. Estoy pensando en mudarme a otro cuarto con los niños hasta que termine esta tortura, no quiero que vean a su padre en ese estado.

—Son demasiado pequeños para entender lo que ocurre, Ivette, no te preocupes.

—Ojalá se me ocurriera alguna forma de ayudarle.

—La encontrarás. Eres muy inteligente, Ivy, no te des por vencida.

Cuando Ivette cambió a los dos pequeños, asegurándose de que Eleanor les sostuviera en brazos en el proceso, sirvió un plato repleto de comida a su amiga acompañado de una taza de té. La observó mientras ella misma desayunaba, dándole conversación para intentar que sus pensamientos no estuviesen centrados en Anthony, pero Ely se limitó a marear la comida en el plato sin probar bocado.

—Tienes que comer algo, Ely —la reprendió—. Vas a terminar enferma.

—No tengo apetito, Ivy, lo siento.

—Come aunque sea un poco, por favor...

Eleanor pinchó un trozo de jamón de su plato y se lo llevó a los labios, y su amiga sonrió con satisfacción. Pero al cabo de un momento Eleanor soltó el tenedor en el plato y se levantó.

—Lo siento, de verdad, pero me vuelvo a mi habitación —dijo.

—Ese no era el trato —protestó Ivette—. No has comido casi nada.

—Lo he intentado pero se me ha revuelto el estómago. Mañana volveré a intentarlo, te lo prometo.

—Está bien, vuelve a tu habitación.

Ivette suspiró mientras veía a su amiga volver a su escondite. Había comido menos que un pajarillo, pero al menos lo había intentado. Al día siguiente tal vez terminaría de desayunar, y con suerte, en un par de días la tendría paseando por el jardín. Un pasito cada vez...

Stefan se despertó sintiendo un golpe seco sobre su estómago que le dejó sin aire en los pulmones. Abrió un ojo para encontrarse con los enormes ojos grises de Christopher, que le miraba sonriente con su carita redondeada y la

boca llena de babas. El duque gruñó e intentó taparse la cabeza con las mantas, pero Mary las apartó con su manita rechoncha y balbuceó algo parecido a “papá”, dejando caer un reguero de babas hasta el ojo del duque.

—¡Ivette! ¿Quieres llevarte a los niños? —gritó limpiándose la cara.

—Lo siento, mi amor, pero estoy en la bañera, así que tendrás que aguantarlos un poco más.

El duque abrió los ojos de golpe y se sentó en la cama con furia, haciendo que su hija rodase por la manta hasta el suelo, soltando una estruendosa carcajada.

—¡Maldita sea, Ivy! —protestó recogéndola y sentándola junto a su hermano, entre sus piernas

— ¡Llama a la niñera!

—Es su día libre, ¿no te lo dije?

—¿Su día libre? ¡Es martes!

—Lo sé, pero necesitaba hacer unos recados y pensé que podríamos pasar el día con los niños, así que le dije que no volviera hasta la hora de la cena.

Stefan suspiró y se apoyó en el cabecero de la cama para jugar con las pequeñas manos de sus hijos.

—Sé lo que pretendes, y no funcionará —dijo sin apartar la mirada de los pequeños.

—No sé de qué me hablas, Stefan. Lo único que pretendo es darme un baño tranquila.

Christopher gateó por la cama hasta sentarse sobre las rodillas de su padre y tiró de su barba.

—¡Auch! Maldito diablillo...

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Ivette con gesto cansado.

—Chris me ha tirado de la barba.

—Si te afeitases no te tirarías.

—Ivette, mi amor... ¿Estás intentando decirme algo?

—¿Yo? Claro que no, ¿de dónde sacas esa idea?

Stefan suspiró y cogió a su hijo en brazos para lanzarlo un par de veces por los aires. El pequeño reía sin cesar, y su hermana se acercó gateando a su padre para que le prestase la misma atención. El duque no pudo evitar sonreír con cariño a sus hijos, que eran su mayor debilidad. Ahora mismo no existía la resaca de la noche anterior, y la pena por la pérdida de su hermano dolía menos al pensar en los pequeños que tenía entre los brazos.

Observó a Ivette salir de la bañera. Sus preciosas curvas marfileñas brillaban por las gotas de agua que las recorrían, y sintió un deseo irrefrenable de acercarse a ella y hacerle el amor. Su esposa le privó de la visión demasiado pronto, pues se envolvió en su bata antes de acercarse a él y apoyarse en el dosel de la cama.

—Te lo estás perdiendo, mi amor —susurró mirando a sus hijos—. Ahogando tu dolor en la bebida te estás perdiendo lo maravillosos que son nuestros hijos.

Un nudo en la garganta le impidió continuar. Apretó el puño contra su boca para evitar romper en llanto, y volvió la cabeza para que su marido no la viese llorar. Stefan la cogió de la cintura y la atrajo hasta su cuerpo para besarla en los labios, un beso dulce y suave que le llenó de calidez.

—Lo siento, cariño —susurró—. Sé que te estoy haciendo daño con mi comportamiento.

—Entiendo que el dolor sea insoportable, Stefan, pero no puedes dejar que te supere.

—No puedo evitarlo, Ivy... Era mi hermano...

—Y yo soy tu mujer, y se me desgarran el alma cada vez que te encierras en ese despacho para beber hasta perder el sentido. Anthony no querría verte así, mi amor.

—Al menos consigo olvidar mi dolor por un momento.

—¿Y te compensa? ¿Te compensa terminar por la mañana con un dolor de cabeza horrible con tal de olvidarte unos minutos de tu pena? ¿Te compensa olvidarte de nosotros para ahogarte en tu sufrimiento?

Stefan negó con la cabeza y apoyó la frente en el pecho de su esposa con un suspiro.

—Perdóname, mi amor. No volverá a pasar, te lo prometo.

—No puedo lidiar con los dos, Stefan. No puedo intentar animaros a ambos.

—¿Los dos?

—Eleanor lleva en casa una semana, pero no quiere salir de su habitación.

—Estará destrozada...

—Me cuesta la misma vida que pruebe bocado. Se pasa las horas metida en la cama llorando su muerte y va a terminar cayendo enferma.

—Soy un auténtico idiota. Siempre estás ayudando a los demás sin pensar en ti misma y yo no he sido capaz de ocuparme de ti.

—Estás sufriendo —intentó defenderle.

—Eso no es excusa. Mi deber es cuidarte y lo estoy haciendo de pena. Pero eso va a cambiar a partir de ahora, te lo prometo.

—Solo tienes que dejar de beber. Es lo único que necesito.

Stefan besó a su mujer con pasión por primera vez desde que la reina les dio la terrible noticia. Estaba sucio, olía a una mezcla de sudor y whisky rancio, pero su esposa se abrazó a él con tanta fuerza como si acabase de salir de la bañera. Intentaría reponerse sin recurrir a la bebida por ella, porque no se merecía tener que lidiar con más preocupaciones de las que ya tenía.



Cuando Anthony se despertó nuevamente, la luna estaba bien alta en el cielo. Buscó a Gillian con la mirada, pero no logró verla por ninguna parte. Se incorporó poco a poco para no terminar vomitando de nuevo, y cuando todo a su alrededor dejó de girar posó los pies en el frío suelo con la intención de levantarse para ir al excusado. Sus rodillas empezaron a temblar cuando intentó apoyar en ellas su peso, y volvió a dejarse caer en la cama con frustración a sabiendas de que necesitaría ayuda para poder vaciar su vejiga. Gillian entró en ese momento en la habitación acarreado una enorme cesta repleta de leña, y Anthony se maldijo por no ser capaz de ayudar a una dama.

La muchacha tarareaba una canción y su melodiosa voz le transmitió serenidad. La observó arrodillarse junto a la chimenea para apilar la leña en su lugar y se llevó la mano al rostro para acariciar levemente el vendaje que cubría su cara desfigurada. Haría pagar al culpable de aquella atrocidad en cuanto pudiese volver a casa... si lograba recordar dónde vivía.

Intentó incorporarse de nuevo en la cama, pero un dolor punzante le atravesó el costado haciéndole maldecir y atrayendo la atención de Gillian, que se acercó de inmediato para ayudarlo.

—Le he dicho que me llame si me necesita, milord. Aún está muy débil y puede hacerse daño. —Necesito ir al excusado, Gillian, y la verdad es que habría preferido no tener que necesitar tu ayuda para dicha tarea.

—Vamos, apóyese en mí.

—¡No pienso hacer mis necesidades contigo mirándome, por Dios!

—¿Prefiere hacérselas encima como si fuese un bebé? —preguntó ella soltándole de golpe— Muy bien, milord, adelante. Compórtese como un hombre.

Anthony intentó ponerse de nuevo de pie ante la atenta mirada de la joven, que esperaba con los brazos cruzados a que el marqués terminase de bruceos en el suelo. Tony apoyó todo el peso de su cuerpo en sus puños cerrados sobre la cama para incorporarse, pero sus rodillas flaquearon de nuevo y volvió a caer sobre la cama con un golpe seco. Gillian le miró con una ceja arqueada y una sonrisa de autosuficiencia que a Anthony le habría gustado borrar poniéndose de pie, pero sabía de sobra que era incapaz de hacerlo sin ayuda, así que elevó los ojos al cielo y extendió el brazo hacia ella para dejarse ayudar. Cuando vació su vejiga Gillian le ayudó a sentarse en una hamaca junto al fuego y acercó a él una mesita en la que puso un tazón de caldo, un trozo de queso y varias rebanadas de pan.

—Tendrá que comer si quiere recuperar fuerzas, milord.

—¿Esto es todo? —preguntó él con el ceño fruncido.

—Es todo por ahora. Lleva muchos días inconsciente y el doctor ha dicho que debe comer cosas ligeras hasta que su estómago admita comidas más fuertes.

—Lo que daría por comerme un buen guiso de venado...

—Pues por ahora tendrá que esperar. Si se porta bien mañana le dejaré comer algo de pescado.

Anthony comió en silencio mientras su acompañante cosía algo sentada a la mesa, y cuando terminó de cenar echó la cabeza hacia atrás con un suspiro.

—¿Tú no comes? —preguntó.

—Hace rato que lo hice, milord. Son más de las diez.

—Deje de llamarme milord, por favor. Usted debe saber mi nombre, pues sabe quién soy.

—Pero es marqués, no debo llamarle por su nombre de pila.

—Que yo sepa aquí solo estamos tú y yo, y al cuidar de mí te has ganado ese derecho. ¿Cómo me llamo?

—Su nombre es Anthony Cavendish.

—Entonces llámame Anthony a partir de ahora.

—Muy bien.

—Cuéntame todo lo que sepas de mí.

—Vive en Londres, en el barrio de Mayfair. Supongo que tendrá una casa de campo, pues es noble, pero desconozco su ubicación.

—¿Tengo familia?

—La suya es una de las familias más influyentes del país. Su hermano es el duque de Devonshire, y su hermana está casada con el marqués de Somerset. Su padre falleció hace unos años, y su madre acaba de contraer matrimonio con el duque de Hamilton.

—Sí que es influyente mi familia.

—Eso sin contar que es usted íntimo amigo de la reina Victoria.

—¿Amigo de la reina? —preguntó sorprendido.

—Así es. Tengo entendido que se criaron juntos.

—¿Estoy casado? ¿Tengo hijos?

—Es usted uno de los solteros más codiciados de la sociedad londinense. Las matronas venderían su alma al diablo por conseguir que contrajese matrimonio con alguna de sus hijas, créame.

—Le aseguro que ahora no darían ni un solo penique por ese matrimonio.

—¿Por qué dice eso? Es usted apuesto, y además marqués. Cualquier mujer estaría más que dispuesta a casarse con usted.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente, Gillian? —preguntó él cambiando de tema.

—Los pescadores le encontraron hace una semana tumbado en la playa, inconsciente.

—¿Y se sabe algo de los culpables?

—La reina les mandó ahorcar delante de toda la ciudad en cuanto les atraparon. Ya no tendrá que preocuparse por ellos. Y ahora debería volver a la cama. Tengo que curarle la herida y debe descansar.

—Debería irme a una posada. No creo que a tu esposo le guste que haya un hombre rondando su casa mientras él está faenando.

—Soy viuda, Anthony. Mi esposo murió hace cinco años en el mar y vivo sola desde entonces.

—¿No hay nadie que te proteja?

—Sé cuidar de mí misma. Que sea una mujer no significa que no pueda defenderme. Le aseguro que puedo empuñar un arma tan bien como usted.

—No pretendía ofenderte, perdona.

Anthony se apoyó en Gillian para volver a la cama donde había pasado los últimos días. Se tumbó en ella con un suspiro y esperó pacientemente a que la mujer calentase agua para lavarle la herida. Sus cuidados eran delicados, y cuando acercó su mano para esparcir por ella el ungüento Anthony la cogió por la muñeca.

—Lo siento, Gillian —susurró.

—¿Qué es lo que siente?

—Todo. Haberte puesto en una situación comprometida, el gasto que

estoy suponiendo para ti... todo.

—Mi reputación no corre peligro alguno. No soy una dama de la alta sociedad a quien puedan echar a perder. En cuanto a lo demás, los habitantes del pueblo me están ayudando mucho, no se preocupe por eso. Y ahora tómese la medicina e intente descansar.

—No quiero tomar más láudano. No necesito una droga para poder pasar la noche. —Pero le vendrá bien para el dolor... —Lo soportaré.

Gillian asintió y apagó la lámpara de la mesita para dejarle descansar. Anthony la vio desaparecer por una puerta situada junto a la cocina, posiblemente su habitación. Pensó en la manera de recompensarla por toda la ayuda que le estaba brindando. Era una buena mujer, y tal vez pudiese plantearse tomarla por esposa. A fin de cuentas, cuando volviese a Londres nadie la conocería y podría fingir perfectamente que era una dama, ya que sus modales eran exquisitos. Sería mejor pasar el resto de su vida con una mujer con la que pudiese entablar una bonita amistad y que no le despreciase por su cicatriz que hacerlo con una dama de alta cuna a quien le repugnase mirarla. Con ese pensamiento en mente se quedó profundamente dormido.



## Capítulo 3

Una semana después, Anthony se encontraba mucho más recuperado. Se sentía mucho más fuerte, había cogido algo de peso y se sentía listo para enfrentarse a cualquier cosa. Cuando Gillian se encontraba en la escuela, ocupaba su tiempo leyendo algún libro o cortando leña para el fuego, y los domingos iban a la iglesia y después a pasear a la playa, donde pasaban horas enteras charlando. Lo único que le mantenía atado ya a ese lugar era la cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda. Sabía que el día de su marcha había llegado por fin, pero no podía evitar sentir pavor ante la idea. Pero debía hacerlo, tenía una familia que se había preocupado por él y que se alegraría de verle con vida aunque él no les recordase. Gillian le contó que le habían dado por muerto y no quería alargar más el dolor de una pérdida ficticia.

Miró por la ventana esperando el regreso de la muchacha, que volvería de un momento a otro de la escuela. En cuanto tuviese una oportunidad pensaba proponerle matrimonio. Habían pasado mucho tiempo juntos y se habían hecho grandes amigos, y aunque no estaba enamorado de ella, Gillian era una mujer preciosa y sabía que las cosas podrían salir bien. Sería un acuerdo ventajoso para los dos, desde luego. Ella obtendría un título y una estabilidad económica que hasta el momento no poseía y él no tendría que perder el tiempo buscando a una debutante que fuera capaz de mirar su cicatriz sin apartar la mirada. Además, ella le transmitía una seguridad que necesitaba fervientemente en su vuelta a Londres. Tenía miedo de no ser capaz de recordar a su familia y terminar sintiéndose un extraño que vivía una vida que no le correspondía.

Durante los días que estuvo convaleciente, Gillian le había contado todo lo que sabía sobre su vida anterior. Su hermano se había casado hacía un par de años con una mujer encantadora con la que se llevaba a las mil maravillas, y ahora eran padres de dos niños. Conocía al nuevo esposo de su madre desde que era niño, pues había sido íntimo amigo de su tío Joseph, de quien su hermano había heredado el título. Su hermano era íntimo amigo de Francis Levenson, duque de Sutherland, quien acababa de contraer matrimonio con Elisabeth Hamilton, una joven que le había dado muchos dolores de cabeza en el pasado a su familia... y era la mejor amiga de Ivette.

Había muchas personas que le querían sufriendo su pérdida en Londres, personas a las que él también había querido mucho cuando escapó del barco que le apresó, pero no recordarles era un duro tormento que no sabía si sería capaz de soportar. Gillian estaba convencida de que en cuanto les viese recuperaría la memoria, pero él no estaba tan seguro de ello. Se esforzó de nuevo en recordar algo, lo que fuera de su vida anterior, pero su mente estaba completamente en blanco, así que golpeó la pared con el puño y volvió a ocuparse de poner leña en el fuego. Gillian llegó en ese momento acarreado la pesada cesta de la compra, y Anthony se apresuró a acercarse para cogerla de sus manos y colocarla sobre la mesa.

—Me han dicho las mujeres del pueblo que los pescadores llegarán esta madrugada a puerto — dijo sacando los víveres de la cesta—. Mañana comeremos pescado fresco por fin. Quizás pueda preparar un buen guiso, ¿qué te parece?

—Tenemos que hablar, Gil —dijo Anthony sentándose frente a ella.

Gillian le miró a la cara un segundo antes de soltar lo que tenía en las manos sobre la mesa y tomar asiento.

—Es hora de que vuelva a casa —continuó el marqués—. Ya he pospuesto mi marcha demasiado tiempo.

—¿Estás seguro, Tony?

—En absoluto, pero tengo un título y debo cumplir con mi deber.

—Te echaré mucho de menos, pero tienes razón.

—Tengo una proposición que hacerte, Gil.

—¿Una proposición?

—He estado pensando mucho en el asunto y he llegado a la conclusión de que sería lo mejor para los dos. Quiero que te cases conmigo, Gil. Quiero que seas mi esposa.

—¿Estás mal de la cabeza? ¡No puedo casarme contigo, Tony!

—¿Y por qué no?

—Porque eres marqués y yo una simple maestra de escuela. Vivimos en mundos distintos, no funcionaríamos.

—Tienes unos modales excelentes y puedo ofrecerte una vida llena de comodidades.

—No tienes que hacer eso, Tony. No me debes nada.

—Te debo mi vida, Gil. Te lo debo todo.

—No voy a casarme contigo solo porque estés agradecido.

—No es solo por eso. Somos buenos amigos y me gustas, podría funcionar perfectamente.

—Pero no me amas, Tony. Ni yo te amo a ti.

—Nadie se casa por amor, Gil.

—Pero yo sí lo hago. Me casé con mi marido porque estaba enamorada de él y si vuelvo a casarme será por la misma razón.

—Es por mi cicatriz, ¿no es cierto? No serías capaz de estar conmigo por mi aspecto.

—¿Pero qué tonterías estás diciendo? Llevo semanas ocupándome de tu cicatriz. ¿Alguna vez has visto algún gesto por mi parte que te lleve a pensar eso?

—¿Entonces cuál es el motivo de tu rechazo? Me gustas, Gil, y sería muy sencillo vivir contigo.

—Yo te aprecio mucho, Tony... pero de la misma forma en la que aprecio a mi hermano. Eso no puede ser la base de un matrimonio, ¿no lo ves?

Anthony se levantó y miró por la ventana para que Gillian no viera lo frustrado que se sentía por su rechazo. Ella se acercó a su espalda y le abrazó con cariño.

—Tal vez haya alguna dama esperando tu regreso —se atrevió a decir.

—Si así fuera saldría despavorida al verme.

—Tu cicatriz no es tan horrible, ¿sabes? Eres el único que la ve así.

—La aristocracia es cruel, Gil. Seré el cotilleo más succulento de la temporada en cuanto me vean aparecer.

Gillian se le quedó mirando con una sonrisa.

—¿Qué? —preguntó el marqués ofuscado.

—¿Cómo sabes que la aristocracia es cruel?

—No tengo ni idea, simplemente lo sé.

—Empiezas a recordar pequeños detalles, Tony. Eso es muy bueno.

—Estás cambiando deliberadamente de tema, Gil.

Gillian suspiró y se acercó a la bolsa en la que guardaba sus utensilios de costura. Sacó de ella una pequeña caja de cartón que puso en las manos de Anthony. El marqués la abrió con cuidado para encontrar una máscara parcial realizada en fino cuero negro y con un par de lazos con los que se ataba a la nuca. Llevó la máscara a su rostro como hipnotizado, y la ató con fuerza antes de colocarse frente al espejo. Ahora, el hombre que le miraba no solo era apuesto, sino que poseía cierto misterio al llevar medio rostro oculto tras la máscara.

—Esperaba que no te hiciese falta —dijo Gillian—, pero creo que vas a necesitarla.

—Gracias, Gil.

—La he estado haciendo mientras dormías —aclaró la mujer—. Es mi regalo de despedida.

Anthony se llevó la mano a la máscara y acarició el cuero con la yema de los dedos. Se volvió hacia Gillian y descubrió un traje tendido sobre la mesa. La chaqueta y los pantalones eran de suave ante color gris; el chaleco de seda negro estaba bordado con hilos plateados, y el pañuelo era de lino suave, a juego con el chaleco.

—Las mujeres del pueblo han querido colaborar, así que ahorraron un poco entre todas para que el sastre te confeccionara un traje digno de un marqués.

—Dales las gracias de mi parte —susurró acariciando la tela—. Han sido muy amables conmigo.

—Entre todos hemos ahorrado lo suficiente para que puedas viajar en tren hasta Londres. No es tan cómodo como el carruaje, pero servirá.

—Os compensaré por todo, Gil, te lo prometo.

—Lo hacemos con mucho gusto, Tony. Eres un buen hombre y mereces volver a casa y ser feliz.

—Aún estamos a tiempo de casarnos, Gil. Todavía...

Ella cubrió su boca con la mano y posó un suave beso sobre su mejilla sana.

—Vuelve a casa y recupera tu vida, Anthony Cavendish. La mía está aquí, en este pueblo de pescadores.

—Ni siquiera sé dónde vivo —susurró.

—Cuando llegues a Londres toma un coche de postas y pídele que te lleve a la residencia del duque de Devonshire. Tu hermano se ocupará de todo.

Anthony asintió y bajó a la playa a buscar un poco de aire fresco. Se sentó en la orilla a disfrutar

del atardecer, pero el agua fría del mar cubrió sus pies descalzos e hizo que un escalofrío subiese por su espalda. Se apartó de ella de inmediato, como si temiese volver a acabar prisionero de algún barco en alta mar. No recordaba qué había pasado, pero debía haber sido terrible para que reaccionara así. Con un suspiro, volvió a la casa. Se sentía frustrado por no recordar, sentía vértigo ante lo que se avecinaba. Sentía que estaba de pie frente a un precipicio al que caería en cuanto subiese a ese tren por la mañana, pero Gillian se había negado a ir con él, así que debía hacerlo solo. Al día siguiente recuperaría su vida... aunque no la recordara.



Eleanor observaba a los pequeños Devonshire sentada en la pérgola que el duque había hecho construir para su esposa en el jardín trasero de su mansión de Mayfair. Su amiga le había pedido que la acompañara para ayudarla a cuidarles, y hacía un buen rato que había desaparecido para hacer algún recado. Los pequeños estaban sentados en una mullida alfombra en el centro de la estancia jugando con sus juguetes, y ella les miraba con cariño y amor. Si Anthony no hubiese fallecido en alta mar, ahora ella sería su tía. Una lágrima resbaló por su mejilla al recordarle, como cada vez que el

hombre de su vida volvía a su mente. La apartó con furia, estaba cansada de sentirse vacía y maldijo a Anthony por haberla abandonado.

Hacía varios días que se obligaba a bajar al salón a desayunar con Ivette y Stefan. El duque había cambiado drásticamente su comportamiento, había dejado de beber por las noches y pasaba el tiempo agasajando a su mujer y a sus hijos con sus atenciones, pero ese día había tenido que acudir al despacho de su abogado para ocuparse de unos asuntos referentes al título de su hermano. Esa mañana era la primera vez que se atrevía a salir de la casa, y reconocía que había echado de menos sus paseos por el jardín, como hacía en casa de su hermano. Se sorprendió al ver a Francis acercarse por el camino. El brazalete negro que llevaba en el brazo derecho destacaba sobre su chaqueta color caramelo, recordándole que no era la única que estaba sufriendo la pérdida. Eleanor vestía de luto desde el funeral a pesar de no haber tenido la oportunidad de casarse con Anthony, y aunque Ivette le había pedido que cambiase el riguroso negro de su vestido de día por el azul oscuro e incluso el gris, ella era incapaz de hacerlo.

—Buenos días, Ely —dijo su hermano besándola en la frente—. Me alegra ver que por fin te has decidido a salir de tu habitación.

—No lo he decidido, Fran. Ivette me ha obligado.

—Bien por ella, entonces.

El pequeño Christopher gateó hasta Fran y se agarró a su pierna con fuerza para intentar ponerse de pie, y terminó cayendo de culo y rodando por la alfombra, arrancándole a ambos una carcajada.

—Aún eres muy pequeño para eso, diablillo —susurró Fran cogiéndole en brazos.

El niño gorjeó y tiró de su pañuelo, deshaciendo el nudo. Francis le sentó sobre sus rodillas y comenzó a moverlas como si se tratase de un caballo.

—Vamos, pequeño, haz sonreír a tía Ely —susurró.

—No soy su tía —protestó ella.

—Claro que lo eres.

—No formo parte de su familia.

—¿Quién lo dice? Eres una de las mejores amigas de su madre y les quieres, ¿no es cierto?

—Muchísimo.

—No se trata de sangre, Ely, se trata de amor y confianza. Les quieres y harías lo que fuera por ellos como si fueses su tía, y terminarán por llamarte tía Ely. Todos somos familia aunque no compartamos la misma sangre, ¿sabes?

—¿A qué has venido? —pregunto Eleanor cambiando de tema.

—¿Tengo que tener un motivo para venir a casa de mi mejor amigo?

—Si es la casa en la que casualmente se encuentra tu hermana de visita, sí.

—Tienes razón, he venido a hablar contigo.

—¿Ocurre algo? ¿Beth está bien?

—Sí, tranquila. Está perfectamente. No es de eso de lo que quiero que hablemos.

—¿Entonces?

—En unos días empezará la temporada social, Ely. Tu tercera y última temporada.

—No pienso asistir a ningún baile, Fran, no estoy preparada para hacerlo.

—Lo entiendo, pero no puedes permitirte quedarte encerrada en casa. Acabarías siendo una solterona.

—No me importa, no volveré a amar a ningún hombre como amé a Anthony.

—No te estoy pidiendo que ames a otra persona, Ely, sino que consideres casarte con algún caballero con el que puedas llegar a llevarte bien.

—¿Pretendes que acepte un matrimonio de conveniencia?

—Yo lo acepté.

—Tu matrimonio fue cosa de la reina, Fran. No es lo mismo.

—No voy a permitir que ingreses en un convento —protestó su hermano.

—Dese luego no es lo que quiero, pero si tengo que hacerlo, lo haré.

—Como sabía que ibas a reaccionar de esta manera, me he ocupado yo mismo del asunto.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas al conde de Vane? Hace unos días vino a verme para pedir tu mano en matrimonio.

—Te habrás opuesto a ello, ¿verdad?

—Pues no, no lo he hecho, aunque tampoco le he dado una respuesta.

—No pienso casarme con Vane, Fran. No pienso casarme con nadie.

—Entiendo que la pérdida aún es muy reciente, cariño, y por eso le he pedido al conde que pase algún tiempo contigo para que consideres su proposición. Creo que es un candidato muy adecuado, Ely. Beth opina que es bastante apuesto y su fortuna es considerable.

—No me importa lo que tú pienses, Fran. Lo que me importa es lo que siento yo.

—Ely, estás siendo obstinada. Vane es un buen tipo y sé que te tratará bien.

—Pero no le amo.

—Tampoco yo amaba a Beth, y mírame ahora.

—Eso es distinto. Era evidente que terminaríais enamorados el uno del otro y la reina supo jugar muy bien sus cartas.

—Has perdido al hombre al que amabas y sé que te costará superarlo, pero con el tiempo tal vez logres enamorarte de Vane. Eres muy joven y ahora no lo entiendes, pero...

—No quiero seguir escuchándote —dijo Eleanor levantándose y dándole la espalda—. Es mejor que te marches.

—¿Que me marche? —preguntó Francis— ¡Eres mi hermana! ¡Soy responsable de ti!

—Ahora estoy bajo el cuidado de Ivette.



—Estás bajo su cuidado porque yo lo quise así, Ely, no lo olvides.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Arrastrarme a casa?

—¡Sí, maldita sea! ¡Si es lo que tengo que hacer lo haré!

—Puedes arrastrarme al Infierno si quieres, Francis Levenson, ¡pero jamás me casaré con Vane!

—¡Harás lo que yo te diga, maldita sea!

—¡Ni lo sueñes!

Ambos hermanos se quedaron mirándose frente a frente, con la furia y la determinación reflejadas en sus caras. Los dos tenían un carácter muy fuerte, pero Francis no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Ver a su hermana consumiéndose de esa manera le ponía enfermo y no iba a consentir que siguiera haciéndolo ni un minuto más.

—Sube a tu habitación y prepara tus cosas, mañana volverás a casa, que es donde debes estar.

—Muy bien.

—Y vas a casarte con Vane en cuanto la temporada llegue a su fin, Ely, tanto si quieres como si no.

—Convertiré su vida en un Infierno, Fran, te lo aseguro.

—No me importa en absoluto. Cuando vuelvas a casa te acompañaré a la modista para confeccionarte un nuevo guardarropa. Beth no está para andar de compras, pero te aseguro que yo sí.

—Vas a gastar el dinero inútilmente porque no pienso vestir de otro color que no sea el negro.

—¡Te vestirás como yo te ordene! ¡Anthony está muerto, pero tú no! Estoy cansado de ver cómo te consumes por él.

—¿Cómo te sentirías tú si Beth muriese, Fran?

—No es lo mismo.

—¡Por supuesto que lo es!

—¡Beth es mi esposa! Anthony ni siquiera se dignó a venir a pedir tu

mano.

—¡Pensaba hacerlo a su vuelta!

—¡Pues debería haberlo hecho antes! Fue un cobarde marchándose sin dar la cara por ti. No estabais prometidos, así que no tienes que guardar luto por él.

Eleanor cruzó la cara de su hermano de una bofetada, que inspiró hondo para contener su rabia y no terminar dándole unos buenos azotes.

—¡Te odio, Fran! —gimió ella con los ojos anegados en lágrimas—  
¡Ojalá no fueras mi hermano!

Eleanor salió a correr hacia la casa sollozando, y Francis se pasó las manos por el rostro con frustración. Había intentado ser comprensivo con ella, por Dios que lo había intentado, pero su obstinación había terminado por acabar con su paciencia.

—Te lo dije.

Ivette estaba apoyada en la puerta de la pérgola con los brazos cruzados, mirándole con reproche.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó Francis.

—El suficiente.

—No puede permitirse terminar la temporada sin un prometido y lo sabes tan bien como yo—se defendió él.

—Lo sé, pero lo único que acabas de conseguir es que se obstine en no hacer lo que tú quieres que haga.

—¿Y qué debería haber hecho? ¿Dar mi brazo a torcer?

—Tal vez podrías haber adornado un poco la realidad, lo suficiente para que ella accediese a pasar tiempo con Vane y le diese la oportunidad de conocerle. Las grandes cosas se consiguen poco a poco, deberías saberlo.

—No tiene todo el tiempo del mundo.

—¿Y crees que por repetirlo más veces eso va a cambiar? Tu hermana acaba de perder al hombre que ama, Fran. No puedes pedirle que le olvide de la noche a la mañana. ¿O acaso tú serías capaz de olvidar a Beth de esa

manera?

—No, no podría —reconoció.

Ivette se acercó a Mary y la cogió en brazos.

—Vamos, ayúdame a llevar a los niños adentro y ve a tomarte una copa con Stefan, la necesitas. Intentaré hablar con ella y arreglar las cosas.

—Gracias, Ivette.

—No la presiones, Fran —advirtió su amiga—. Si lo haces terminará por romperse y ya no tendrá remedio.

—No lo haré, te lo prometo.

Francis ayudó a Ivette a meter los niños en la casa y se acercó al despacho de su amigo, que estaba repasando las cuentas.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó Stefan si levantar la mirada de los papeles.

—Puedo oír un leve tono de superioridad en tu voz, Stef. Ni lo intentes.

—Solo he preguntado cómo te ha ido.

—La verdad... no podía haber ido peor. He conseguido que mi hermana me odie y que no quiera ni oír hablar de Vane.

—No seas melodramático, Fran. No habrá sido para tanto.

—Me ha abofeteado un segundo antes de decirme que ojalá no fuera su hermano, Stef. No exagero.

—¿Qué demonios le has dicho?

—He intentado razonar con ella, pero...

—Pero te has impuesto y has metido la pata.

—No empieces tú también, ya he tenido bastante con la reprimenda de tu mujer.

Stefan soltó la pluma sobre el papel y le miró con los brazos cruzados.

—¿Qué sucedió cuando le ordené a Ivette que no viniese a Londres hace dos temporadas? —preguntó.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que me desobedeció y vino, ¿no es cierto? Lo mismo que cuando Victoria le dijo a Beth el año pasado que debía casarse contigo, que se coló en tu casa de noche para impedir esa boda. A las mujeres no se les ordena hacer las cosas, Fran, se las convence de hacerlas.

—¡Lo he intentado! He intentado hacerla entrar en razón, pero es tan obstinada...

—Acaba de perder al hombre que ama, ¿qué esperabas? ¿Qué aceptase dispuesta la proposición de Vane?

—¡Dios, todos me decís lo mismo!

—Tu problema es que piensas que porque mi hermano no llegó a pedirte su mano su amor no es tan intenso como el tuyo o el mío, Fran. Solo Anthony sabe por qué quiso esperar a su regreso para hacerlo, pero se amaban lo suficiente como para planear pasar el resto de su vida juntos.

—Ya me ha quedado muy claro que he metido la pata. Ahora tendré que arreglarlo.

—Mejor estate quieto y deja que mi mujer se encargue de todo. Como vuelvas a hablar con ella apuesto a que te tirará un jarrón a la cabeza.

—Créeme, lo haría —contestó Fran sentándose con un suspiro—. ¿Y tú cómo estás llevando todo esto?

—Mal, Fran. Hay días que no soy capaz de levantarme de la cama, y para colmo de males tengo

que ocuparme de su título hasta que Christopher tenga la mayoría de edad.

—¿Y cómo consigues no caer en la bebida?

—Pensando en mi mujer. Lo único que conseguí al emborracharme cada noche fue hacerle daño y es lo último que quiero.

—Tal vez te vaya bien ir esta noche al club. Deberías intentar salir y despejarte.

—Quizás tengas razón.

—Entonces nos vemos allí a las seis. Mándame una nota si cambias de

opinión, lo entenderé.

—No, tranquilo, allí estaré.

Francis asintió y volvió a su casa con el sabor amargo de la derrota. No había conseguido arreglar nada con su hermana y esperaba de corazón que las cosas fuesen distintas cuando Ivette hablase con ella. Se alegraba de que al menos su mejor amigo estuviese consiguiendo salir a flote gracias a su mujer. De no ser por ella, Stefan terminaría hundido sin remedio.

Mientras tanto, Ivette pensaba en la mejor manera de hacer entrar en razón a su amiga mientras subía las escaleras hasta su habitación. Golpeó suavemente con los nudillos antes de abrir la puerta, y la encontró llorando desconsolada tumbada sobre la cama. Se acercó a ella lentamente y acarició su espalda hasta que la tormenta amainó.

—¿Qué se ha creído? —sollozó Eleanor apoyando la cabeza en su regazo  
— ¡Ni siquiera tiene en cuenta mis sentimientos!

—Ely, por favor, tranquilízate.

—¿Cómo voy a tranquilizarme, Ivy? Mi hermano quiere casarme con un hombre al que ni siquiera conozco.

—Francis solo vela por tu bienestar, cielo.

—¡Pero no me escucha! He intentado explicarle que...

—Ely, sé que amabas mucho a Tony y que lo estás pasando muy mal, pero tu hermano tiene razón. Es tu última temporada y debes encontrar marido si no quieres terminar siendo una solterona.

—No me importa.

—No te importa ahora porque la muerte de Anthony es muy reciente, pero cuando pasen los años te arrepentirás de no haberlo intentado siquiera. El dolor pasará, Ely, y no quiero que te despiertes un día lamentando no haber puesto de tu parte para conseguir un marido.

—¡Pero Fran no me ha dado elección!

—Claro que te la ha dado. Le ha pedido al conde que pase tiempo contigo antes de que tomes una decisión. No tienes que aceptar el compromiso si no te gusta.

—Pero...

—Te estás comportando como una niña malcriada, Ely. Me recuerdas a Beth cuando se propuso encontrar a toda costa un hombre con quien casarse.

—Solo que yo no quiero hacerlo.

—Pero si no das tu brazo a torcer aunque sea un poco, tu hermano te obligará a casarte con quien él quiera y te aseguro que eso será mucho peor.

—Lo va a hacer de todas formas...

—Pasa tiempo con Vane, y si no te cae bien siempre puedes intentarlo con alguien con quien puedas mantener una amistad. Por algo de tu parte, Ely, no lo hagas todo más difícil de lo que ya es.

—Pero quiere hacerme un guardarropa nuevo y no quiero quitarme el luto...

—Es que no deberías llevarlo. No te estoy diciendo que lleves vestidos en tonos brillantes, puedes optar por el azul, el borgoña o el lavanda. Negocia con Francis, Eleanor, ganarás mucho más así.

—Pero es que aún duele tanto, Ivette...

—Ya lo sé, tesoro —susurró abrazándola—. Pero tienes que ser fuerte y superarlo. Anthony no querría ver que echas tu vida a perder por ser fiel a su recuerdo, él querría que te casaras con un buen hombre e intentaras ser feliz.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque le conocía, y sabes que él pensaría así.

—Muy bien, lo intentaré. Pero por favor, acompáñame tú a la modista. No quiero ir con mi hermano.

—Ely...

—Estoy negociando. Si quiere que me haga un guardarropa nuevo será bajo mis condiciones.

—Muy bien, hablaré con él cuando venga a recogerte mañana. Y ahora levántate de ahí y vamos a preparar tu equipaje. Debes volver a casa.

Ivette salió de la habitación horas más tarde con un peso menos sobre los hombros. Había convencido a su amiga de intentar hacer al menos lo mejor

para ella, y aunque sabía que iba a ser muy duro asistir a los bailes mostrando una sonrisa, esperaba de todo corazón que hubiese algún caballero que lograra sacarla del estado en el que se encontraba.

## Capítulo 4

A la mañana siguiente, Eleanor se levantó al alba para terminar de preparar su equipaje y cambió su vestido negro por un vestido de viaje marrón oscuro. Apretó con fuerza el anillo de compromiso que Anthony había comprado para ella, colgado de su cuello por una sencilla cadena de oro, y bajó las escaleras con la cabeza bien alta y la determinación de ser ella misma quien eligiese a su futuro esposo. Después de haber hablado con Ivette sobre el asunto se dio cuenta de que su hermano solo quería lo mejor para ella, pero no quería casarse con un hombre al que no fuera capaz de apreciar. Jamás podría amar a otro hombre como amaba a Anthony, pero sí podía llevarse bien con su esposo.

Stefan se encontraba ya disfrutando de su desayuno mientras leía el periódico en el comedor, y le sonrió por encima del papel cuando la vio aparecer por la puerta.

—Buenos días, Ely. ¿Has dormido mejor? —preguntó.

—La verdad es que no demasiado. He estado pensando en lo que dijo ayer mi hermano.

Stefan soltó el periódico en la mesa y se levantó para servirle un plato de comida. Acto seguido, se sentó cruzando los brazos y la miró con seriedad.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—Sí, que tiene razón. No tengo demasiadas oportunidades y no puedo permitirme el lujo de desaprovechar la temporada.

—Me alegra que hayas pensado las cosas. Tu hermano solo se preocupa por ti.

—Lo sé, pero no conozco a Vane y todo esto me pone un poco nerviosa.

—Ivette piensa que es apuesto —dijo el duque con una mueca—, y más allá de eso, he tratado varios asuntos con él y ha demostrado ser un hombre justo. Tendrás una buena vida con él, te lo aseguro.

—Solo espero poder sentir afecto por él. Quiero tener al menos un matrimonio feliz.

—Lo tendrás, pequeña, porque de lo contrario yo mismo retaré a Vane a duelo —bromeó Stefan con un guiño.

—Gracias por intentar animarme, Stefan. Sé que tú tampoco lo estás pasando nada bien y espero que pronto el dolor de sea menos insoportable para ti también.

—Tengo algo que me da fuerzas cada día: mi mujer y mis hijos. Sin ellos no creo que hubiese podido soportarlo.

Una hora después, el mayordomo avisó de la llegada del carruaje del duque de Sutherland, en el que Eleanor debía volver a casa. Apenas estaban a un par de manzanas de allí, pero su equipaje era pesado, así que los mozos subieron los baúles al carruaje. Eleanor se volvió hacia su amiga, que la envolvió en un fuerte abrazo y le sonrió.

—Envié a primera hora de la mañana una carta a tu hermano para avisarle de nuestros planes respecto a las compras —dijo la duquesa—. Nos vemos esta tarde.

—Hasta luego, y gracias por todo, de verdad.

Eleanor se subió al carruaje con los ojos húmedos y puso rumbo a su hogar. Cinco minutos después entraba por las puertas de la casa de su hermano con un suspiro. Aún no se había deshecho de su abrigo y los guantes cuando su cuñada se acercó a abrazarla con fuerza. Su enorme barriga la hacía tambalearse hacia los lados, y Ely no pudo evitar reírse.

—Me alegro de que mi forma de andar te haya arrancado una sonrisa —dijo Beth—. ¿Qué tal lo has pasado en casa de Ivy?

—Sabes de sobra que he pasado mucho tiempo encerrada en mi habitación, Beth. Apuesto a que Ivette te ha mantenido informada en todo momento.

—Tienes razón, Ivette me ha escrito todos los días, y me alegro de que por fin te hayas animado a salir aunque solo haya sido al jardín.

—No ha sido fácil, pero tampoco fue tan duro como imaginaba.



—También me ha contado que has decidido hacer caso a tu hermano. Me alegro.

—Estoy dispuesta a conocer a Vane. Tenéis razón, he sido una cabezota y lo siento.

—¿Conocer a Vane? Si ya le conoces, Ely.

—¿En serio? Ni siquiera le recuerdo.

—Si hubieses prestado atención la pasada temporada le recordarías. Es un caballero muy apuesto y más rico que Creso, por no hablar de su fama de hombre cortés y delicado con las damas a las que corteja.

—¿Acaso ha estado casado alguna vez?

—No. Estuvo prometido con la hija del conde de Ross, pero la muchacha murió de fiebres el otoño pasado. Lady Ross dice que siempre trató a su hija con cariño y que eran constantes los detalles que le enviaba.

—¿Y si no me gusta, Beth? ¿Y si no soy capaz de soportarle?

—Por ahora no tienes más opciones, me temo. Pero estaría bien que estuvieses receptiva y fueses amable con los caballeros esta vez, tal vez alguno de ellos se interese por ti.

—Necesito pedirte un favor, Beth. Necesito que intercedas ante mi hermano para que me deje tomarme las cosas con calma. La temporada aún no ha empezado y lo último que necesito es que me atosigue.

—Lo haré, pero tendrás que prometerme que pondrás de tu parte para que todo salga bien.

—Te lo prometo. ¿Y tú cómo estás?

—Cansada de permanecer encerrada en casa. El bebé está muy bien, pero el doctor no quiere arriesgarse a que haya algún problema en estos últimos meses, así que me obliga a guardar reposo.

—Ahora que estoy aquí serán menos aburridos, ya lo verás. Estoy deseando darte una paliza a las damas.

—Eso será si mi enorme barriga me permite llegar al tablero —rió Beth—. Cada día que pasa me siento más como un pato y menos como una mujer.

—Estás preciosa, Beth —susurró Eleanor acariciando su tripa—. El bebé ha hecho que estés más guapa que antes.

Las dos mujeres pasaron gran parte de la mañana poniéndose al día, y tras la comida Eleanor subió a su cuarto a descansar. Cuando se tumbó sobre la cama no pudo evitar pensar de nuevo en Anthony. Le resultaba muy duro pensar en un futuro sin él, sentía que estaba siendo desleal, pero todos tenían razón: él ya no estaba y habría querido que ella fuera feliz aún sin formar parte de esa felicidad.

Se levantó de la cama dispuesta a pasar página y bajó a dar un paseo por el jardín. El de Beth no era ni de lejos tan impresionante como el de los Devonshire, pero en él se respiraba tanta paz y tranquilidad que se sentó en un banco a leer un libro. A la hora del té llegó su hermano a casa, besó a su mujer y se acercó a besarla en la frente, aunque la miraba con recelo.

—He estado pensando en tu proposición, Fran —dijo cuando su hermano se sentó.

—Espero que hayas cambiado de opinión al respecto.

—Entiendo que esta es mi última temporada y que mis oportunidades de encontrar un marido son limitadas, así que pondré todo mi empeño en encontrar a un caballero adecuado. Tendré en cuenta al conde, por supuesto, pero quiero poder elegir por mi cuenta si aparece algún otro pretendiente.

—Nunca he dicho que tuvieras que casarte con Vane por la fuerza, Ely. Me parece estupendo que elijas tú misma a tu pretendiente, pero nadie más ha pedido tu mano.

—Todavía. Quiero que hables con Vane y que le digas que tendré en cuenta sus atenciones, pero que barajaré otras opciones y no tomaré una decisión hasta que termine la temporada —¿Y si nadie más hace una oferta de matrimonio?

—Si no hay más candidatos a los que tener en cuenta me casaré con el conde de Vane.

—Me alegra que hayas pensado en ello, Ely, sé que no fui demasiado comprensivo ayer y te pido disculpas.

—Yo tampoco es que prestara mucha atención a mi situación. Una cosa

más —prosiguió Eleanor levantando la mano—. Accedo a confeccionarme un guardarropa nuevo, pero mis vestidos serán de tonos oscuros. Nada de trajes de debutante color pastel, Fran. Ya no soy una niña.

—No creo que sea demasiado acertado, Ely.

—No me importa. No voy a llevar luto, eso te lo concedo, pero mis trajes no serán de colores vivos. Aún no estoy preparada para ello.

—Está bien. Confío en el buen juicio de Ivette a la hora de elegirte el guardarropa.

—¿Irá con Ivette? —preguntó Beth ilusionada.

—Sí, me escribió una nota esta mañana para ofrecerse a acompañarla, y la verdad es que lo agradezco.

—Fran, a mí también me apetece ir —dijo su esposa—. Llevo mucho tiempo sin salir de casa y la modista no está demasiado lejos.

—¿Crees que es adecuado que lo hagas? —preguntó su esposo.

—En madame Andrée lo único que voy a hacer es sentarme en un enorme sillón a tomar té con pasteles mientras veo desfilar a Ely. No correré ningún peligro.

—Está bien, pero si te sientes mal volverás de inmediato a casa, ¿de acuerdo?

—Te lo prometo —contestó Beth besando a su esposo en los labios—. Vamos a vestirnos, Ely, que Ivette llegará en una hora.

Pasar la tarde con sus amigas fue lo primero divertido que hizo Eleanor desde la desaparición de Anthony. Se lo pasó en grande probándose vestidos ante la atenta mirada de sus amigas, y la glotonería de su cuñada consiguió arrancarle alguna que otra carcajada.

—¿Cómo está Sarah? —preguntó Beth cuando salieron de la tienda—. Creí que vendría con nosotras.

—Quería hacerlo, pero su niñera ha enfermado y no tenía a nadie con quién dejar a los pequeños —explicó Ivette—. Me temo que no la veremos hasta que empiece la temporada.

—Es una lástima, yo no asistiré y me muero de ganas de verla.

—Organizaré una pequeña recepción para la familia cuando pase el baile de Almack's. Allí podrás verla de nuevo.

Decidieron volver directamente a casa de los Sutherland, porque Beth no podía pasar mucho tiempo de pie, y pasaron la tarde charlando. Durante la cena, su hermano estuvo más animado que los últimos días, cosa que relajó bastante a Ely porque sabía que eso significaba que estaba satisfecho con su pequeño trato.

—Me he encontrado a Vane en el club y he hablado con él —dijo Francis al cabo de un rato—. Ha accedido a tu petición, Ely. Quiere venir a visitarte mañana para presentarte sus respetos y le he dicho que sí.

—¿Mañana? —preguntó Eleanor— ¿No debería esperar a que nos presenten en algún baile?

—Os presenté yo misma la temporada pasada, Ely —aclaró su cuñada—. Ya no son necesarios más formalismos.

—La temporada pasada solo tenía ojos para Anthony —reconoció ella con tristeza—. Ni siquiera recuerdo su rostro.

—No te preocupes —dijo Beth sosteniendo su mano por encima de la mesa—. No tiene por qué saberlo, ¿verdad?

Eleanor sonrió y terminó de cenar, aunque realmente había perdido el apetito. Tras la cena, se disculpó y subió a su habitación para leer un poco antes de acostarse. Hizo un esfuerzo por acordarse de Vane, pero la verdad era que no recordaba demasiado de lo ocurrido la temporada anterior, a excepción de los pocos momentos que había pasado con Anthony antes de su marcha. Con un suspiro, cerró su libro e intentó dormirse, pero el sueño tardó en llegar.

Al alba, decidió levantarse de la cama. Estaba cansada, pero no era capaz de conciliar el sueño después de que una pesadilla la sacara de su breve descanso, así que se puso su traje de montar y decidió salir a dar un paseo por Hyde Park. Se llevó con ella a uno de los mozos de cuadra para cumplir con el decoro y no tener que despertar a su hermano, y disfrutó del roce del aire fresco de la mañana sobre su rostro. Apenas había personas a esas horas por

el parque, así que puso al trote a su caballo para evitar pensar por una vez. Su sombrero terminó saliendo volando cuando *Star* saltó unos arbustos, y al volverse a recogerlo se sorprendió de ver a un caballero acercarse sonriente con él en la mano.

—Buenos días, lady Levenson. Creo que esto le pertenece —dijo el caballero.

Eleanor le miró con atención. Era bastante alto, llevaba el cabello leonado peinado hacia atrás y sus ojos color caramelo la miraban divertidos.

—Veo que no me recuerda, milady —añadió el caballero ante su escrutinio—. Soy el conde de Vane, a su servicio.

—Lo siento, milord, pero me temo que no le he reconocido.

—Es lógico, pues solo nos hemos visto una vez y de eso hace ya mucho tiempo —aclaró él ofreciéndole el brazo—. ¿Le apetece caminar a mi lado? Creo que a su caballo le hace falta un respiro.

—Con gusto.

Eleanor aceptó el brazo que el conde le ofrecía y caminaron unos minutos en silencio.

—Gracias por recoger mi sombrero, milord —dijo de pronto—. Es uno de mis preferidos.

—Ha sido un placer —contestó él—. Supongo que su hermano le habrá comentado que he accedido a su petición.

—Así es, y se lo agradezco.

—Entiendo que necesite pensarlo. A fin de cuentas no nos conocemos en absoluto.

—Me ha dicho mi hermano que vendrá esta tarde a tomar el té a casa.

—Esa es mi intención. Tal vez le apetezca jugar una partida de ajedrez conmigo, aún no he encontrado un rival a mi altura.

—Pues me temo que no será el caso, milord. Soy pésima jugando al ajedrez. Pero si lo cambia por las damas, estaré encantada de ganarle con elegancia.

—Me encantaría ver cómo lo intenta —dijo él con picardía—. Le advierto que mi madre es la mejor jugadora del mundo y me ha enseñado bastante bien a jugar, así que seré un gran rival para usted.

—En ese caso nos vemos esta tarde, milord. Ahora debo marcharme.

El conde ayudó a Eleanor a montar en su caballo y se despidió de ella con una breve inclinación de cabeza.

—Ha sido un placer verla de nuevo, milady.

—Lo mismo digo, milord.

Eleanor puso a su caballo en camino y miró un par de veces por encima del hombro al conde. Se había sentido a gusto con él, y tenía que darle la razón a Ivette... era un hombre muy apuesto. Tal vez nunca llegase a amarle, pero podrían llegar a ser buenos amigos y un matrimonio entre ellos sería un buen acierto.

Cuando llegó a casa, su hermano y su cuñada ya estaban desayunando. Se acercó a su hermano y le besó en la mejilla antes de dejar su sombrero sobre una silla y acercarse a besar a Beth.

—Te veo muy contenta, hermanita —dijo Francis—. Me alegro mucho de volver a ver esa sonrisa.

—Me ha sentado muy bien el paseo a caballo —contestó ella.

—¿Has ido a Hyde Park? —preguntó Beth— Ojalá yo pudiese volver a montar pronto. Lo echo de menos.

—Me temo que no vas a montar hasta que nuestro pequeño decida nacer, mi amor —contestó Fran cogiéndole la mano por encima de la mesa—. Pero te prometo que lo primero que harás en cuanto el doctor te dé permiso será pasear a caballo por la playa.

—¿Y has encontrado a alguien conocido en el parque? —preguntó Beth.

—La verdad es que sí. He conocido al conde —dejó caer Eleanor.

—¿A Vane? —preguntó su hermano.

—Así es. Estaba montando también y rescató mi sombrero de unos arbustos.

—¿Y qué te ha parecido? —preguntó Beth apoyando la barbilla sobre las palmas de sus manos.

—Es muy apuesto —reconoció— y muy amable. Vendrá a jugar conmigo a las damas esta tarde.

—En dos días es el baile de Almack's —dijo Beth—. Tal vez le pida a lady Pembroke que le permita bailar contigo el vals.

—¿A tía Regina? —rió Ely— Me temo que antes de concederle permiso le haría un interrogatorio en toda regla. Soy su sobrina preferida y me cuida con mucho celo.

—Hablaré con ella para que le dé su permiso si se da el caso —dijo Francis.

—No lo hagas, me gustaría ver cómo se desenvuelve el conde en esa situación —añadió su hermana.

—No seas mala, Ely —la reprendió Beth—. Vane es un buen partido y deberías sentirte orgullosa porque se haya fijado en ti.

—Creo que Ely tiene razón —dijo Francis con una sonrisa—. Si Vane no es capaz de lidiar con tía Regina no se merece que le conceda la mano de mi hermana.

—Eso significa que me tocará a mí ser su aliada —suspiró Beth.

—Lástima que no puedas acudir a los bailes esta temporada, mi amor —contestó su esposo—. Me temo que esta batalla va a tener que lidiarla él solo.

—Te recuerdo que Ivette es mi mejor amiga y sí estará en los bailes, Fran —dijo Beth alzando las cejas—. Será mi sustituta en mi cometido.

Eleanor aún sonreía cuando subió a su habitación para elegir la ropa que se pondría esa tarde. Le encantaba ver a su hermano y a su cuñada bromear aunque su pretendiente fuese el objetivo de sus burlas. Sabía que Francis terminaría hablando con su tía, pero había sido divertido imaginar a Vane lidiando con ella para conseguir un baile. La tarde anterior había comprado un par de vestidos en la tienda de madame *Andrée* hasta que tuviese listo su guardarropa, un vestido de día y otro para el baile de Almack's. Había escogido para el evento un vestido de raso color borgoña, con fruncidos en

las mangas y el bajo, con un adorno de encaje negro alrededor de la cintura. Sacó el otro vestido del armario, que era de seda azul oscuro, con bordados blancos en el escote y la cintura. Le había encantado en cuanto lo vio, era elegante y recatado, justo lo que ella necesitaba para su visita de esa tarde.

Su cuñada entró en la habitación con una sonrisa y se sentó a su lado sobre la cama.

—Es un vestido precioso —dijo—. Estoy deseando tener al bebé para recuperar mi figura.

—Estás preciosa así, Beth. Mi hermano te mira con tanto amor en sus ojos que a veces siento envidia.

—Quizás el conde termine mirándote a ti de la misma manera.

—No quiero que lo haga.

—¿Por qué no?

—Porque no seré capaz de corresponderle, Beth.

—Eso dices ahora. Es normal que pienses así, Ely, pero el dolor pasará y volverás a ilusionarte.

—¿Y si no soy capaz de hacerlo?

—Hay muchos buenos matrimonios basados en la amistad y el respeto. Puedes ser feliz igualmente.

—Pero sentiré que me falta algo. No tendré una felicidad completa.

—Vane es atractivo, admítelo.

—Es muy guapo y parece divertido, pero no es Anthony.

—¡Mi pobre Ely! —suspiró Beth abrazándola— Deberías dejar de hablar de él, eso solo consigue hacerte más daño.

—No puedo olvidarle de la noche a la mañana —protestó.

—No le olvidarás nunca si no te lo sacas nunca de la boca.

—He accedido a conocer a Vane, ¿qué más quieres que haga?

—Que le veas por lo que es, no por cuánto se parece a Anthony. ¿Es mucho pedir?



—No —suspiró—. Supongo que no.

—No seas la niña caprichosa y malcriada que yo fui una vez, Ely. Te aseguro que no te irá nada bien y terminarás pagando las consecuencias.

Eleanor vio salir a su cuñada de su habitación y suspiró. Recordó el comportamiento infantil de Beth cuando puso en peligro a Ivette, y por nada del mundo quería ser como ella por aquellos entonces. Volvió a colgar el vestido en el armario, cogió su libro de la mesita de noche y salió al porche a leer un poco. Observó a las parejas que paseaban por la acera, ajenas a su mirada. ¿Cuántas de esas mujeres habían tenido la suerte de atesorar en su corazón un amor correspondido?

Posiblemente la mayoría de ellas habían sido víctimas de un matrimonio concertado, y solo algunas tenían la suerte de haber conseguido tener un buen marido. Ella había amado con todo su corazón y su amor había sido correspondido. Además, tenía la suerte de contar con un hermano que la quería tanto que buscaría al mejor partido para ella, un hombre que la tratase con respeto y cariño.

Dejó el libro sobre el banco y se dirigió a la cocina con la intención de preparar ella misma un bizcocho. Seleccionó de la cesta de la fruta las mejores fresas para hacer una compota con la que rellenarlo, y adornó el pastel con azúcar glass. Beth entró en la cocina guiada por el delicioso aroma de la compota de fresa, y encontró a su cuñada mirando el postre con gran satisfacción.

—Huele de maravilla —dijo sentándose en un banco.

—Lo he hecho yo misma.

—¿Y puedo saber a qué se debe?

—Lo he preparado para el té. Espero que al conde le guste.

—Si sabe igual que huele, te aseguro que sí. ¿Y habrá un trocito para mí?  
—preguntó poniendo cara de pena.

—Por supuesto, no pienso permitir que a mi sobrina le salga una mancha en forma de pastel —sonrió.

—Fran opina que será niño.

—Mi hermano puede opinar lo que quiera. Cuando tengas entre los brazos a una niña preciosa me encantará decirle “te lo dije”.

—Me alegra ver que has cambiado de actitud respecto a Vane.

—Me cae bien. Además, tenéis razón. Tengo que superarlo y ya es hora de que empiece a intentarlo.

Tras la comida, Eleanor subió a su habitación a descansar un poco antes de la llegada del conde. Se arregló con esmero, ató sus rizos con un lazo a juego con el vestido y se puso un poco de perfume antes de bajar al salón. El conde de Vane llegó exquisitamente puntual a su cita. Iba vestido con un elegante traje de chaqueta color musgo debajo de su abrigo. La saludó rozando los nudillos de su mano con los labios y la acompañó hasta la salita para tomar el té. Eleanor sirvió el té con la elegancia que le caracterizaba y cortó el pastel en varios trozos.

—¿Le apetece un trozo de pastel? —preguntó ella con una sonrisa— Lo he hecho yo misma.

—En ese caso me gustaría probarlo. Estoy seguro de que será delicioso.

—Solía preparar dulces con mi madre todos los domingos antes de que papá falleciera. Después de su muerte mi madre cambió y dejó de hacerlos, pero yo suelo prepararlos de vez en cuando.

—Tiene usted muy buena mano en la cocina, milady. Está exquisito.

—Gracias, milord.

—Confío en que mañana acuda usted al baile de Almack’s. Sé que su familia ha sufrido la pérdida de un amigo muy querido y entendería que no lo hiciera, pero me gustaría verla allí.

Eleanor hizo una mueca de dolor ante la mención del conde, que soltó el plato de inmediato sobre

la mesa y cogió sus manos entre las suyas.

—Siento haberlo mencionado, milady —susurró—. Debería haber tenido en cuenta sus sentimientos.

—Debo ser sincera con usted, milord. Amaba al marqués de Huntington y voy a tardar algún tiempo en superar su muerte.

—Así que debo luchar  
contra un fantasma... —

Yo no he dicho eso.

—Seguramente me comparará con él, y no quiero que me elija por cuánto  
nos parecemos.

—¡Claro que no haré tal cosa! ¿Cómo se le ocurre pensar eso?

—¿Seguro que no lo hará? El amor es la fuerza más poderosa del  
universo, y ante él...

—No voy a negar que aún sigo enamorada de él, pero lo único que tendré  
en cuenta si le acepto será lo bien que nos compenetremos usted y yo, nada  
más que eso.

—En ese caso, creo que lo mejor será que empecemos por ser buenos  
amigos, ¿qué le parece? Cuando nos conozcamos mejor podremos pensar en  
el matrimonio.

—Es usted muy amable, milord, y se lo agradezco.

—Muy bien, vamos a jugar esa partida que teníamos pendiente. Me  
gustará ver cómo intenta ganarme en vano.

—Está usted infravalorando mis palabras y voy a disfrutar enormemente  
haciéndole tragar las suyas.

—Deberíamos hacer algún tipo de apuesta, ¿no cree?

—No me gusta apostar.

—Vamos, será algo inocente. Si gano, me gustaría que me preparase  
usted un pastel de fresas como el que ha hecho para esta tarde.

—¿Solo eso?

—Eso es más que suficiente por ahora. ¿Qué le gustaría ganar a usted si  
pierdo?

Eleanor se quedó mirando al cielo, golpeándose la barbilla con una  
perfecta uña esmaltada.

—Quisiera que me regalase una pluma para mi sombrero nuevo.

—¿Alguna en especial?

—Eso lo dejaré a su elección.

Vane se puso de pie y alargó la mano hasta ella tras una exagerada reverencia.

—En ese caso, milady, guíeme hasta el tablero de juego.

## Capítulo 5

El día de la vuelta de Anthony a Londres había llegado y él apenas había podido pegar ojo en toda la noche. Estaba impaciente por volver a su vida para ver si lograba recordarla, pero también estaba aterrado por lo que pudiese llegar a encontrar. Se levantó de la cama con un suspiro y puso a calentar una olla de agua para lavarse. Decidió no afeitarse la barba, tal vez así su cicatriz sería menos visible, y se vistió con la ropa que habían comprado para él. Tras el desayuno, en el que reinó el más absoluto silencio, metió sus pocas pertenencias en una maleta y se volvió hacia Gillian. La muchacha permanecía sentada junto a la mesa mirando el fuego de la chimenea. Anthony la hizo levantarse con cuidado y envolvió su cuerpo en un cálido abrazo al que ella respondió sin pensárselo dos veces.

—Ha llegado la hora —susurró Anthony.

—Así es. Ojalá no tuvieras que irte —dijo Gillian haciendo el nudo de su corbatín de seda— pero tu vida te espera.

—Aún estamos a tiempo de casarnos, Gil. Sería lo más cómodo para los dos.

—Ya hemos hablado de ello, Tony. No estoy enamorada de ti y tú tampoco lo estás de mí. No funcionaría y lo sabes.

—Pero eres mi mejor amiga.

—Solo soy una mujer a quien Dios envió para cuidar de ti. En cuanto vuelvas a tu vida de bailes y comodidades te olvidarás de mí.

—Jamás podría olvidarte.

—Eso dices ahora, pero el tiempo lo dirá.

Gillian tomó la máscara de piel que había confeccionado para él y cubrió con ella su rostro herido. Acto seguido, le entregó un bote de ungüento.

—Debes lavarte la herida cada vez que sientas la piel tirante y untarla con la crema. ¿Lo harás?

—Lo haré.

—Es importante que lo hagas, Tony. Si la descuidas, te quedará una

cicatriz mucho peor.

—Tranquila, Gil. Me ocuparé de la herida.

—Muy bien. ¿Listo?

—Estoy asustado —reconoció Anthony.

—¿Por qué?

—¿Y si me rechazan por mi aspecto?

—Eso no es posible. Son tu familia y te quieren, una simple cicatriz no va a cambiar eso.

—No me refiero a mi familia, sino a la alta sociedad.

—Solo es una herida, Tony. Tal vez no lo veas, pero no es tan grave como tú imaginas.

—Tengo el rostro desfigurado, Gil. Creo que eso es suficientemente grave.

—Lo llevas cubierto, nadie lo verá.

—¿Y si no logro recordar? ¿Y si termino siendo un extraño en ese mundo de locos?

—Recordarás. Y ahora márchate, el tren no espera a nadie.

Anthony unió sus labios a los de Gillian en un suave y tierno beso. No hubo nada sexual en él, tan solo era un beso de agradecimiento por todo lo que ella había hecho por él. Cuando se separó de Gillian, se dio cuenta de que ella tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No llores, Gil —susurró abrazándola de nuevo—. Volveré en cuanto tenga todos mis asuntos resueltos.

—No, no lo harás. Porque si lo haces no pienso recibirte.

—Quiero que sigamos siendo amigos. ¿Por qué no podemos serlo?

—Porque eres el marqués de Huntington y debes actuar como tal.

—Te echaré de menos —susurró él.

—Y yo a ti.

Anthony recogió su maleta de encima de la cama y salió de la casa sin mirar atrás. Jake, uno de los hombres del pueblo, le esperaba en su carro para llevarle a Plymouth, donde Anthony cogería el tren que le llevaría hasta Londres.

—¿Preparado para volver, muchacho? —preguntó Jake poniendo en marcha a los caballos.

—Sinceramente, preferiría quedarme.

—Lo dices porque no recuerdas la buena vida que llevabas en Londres. Si la recordases te habrías marchado hace días.

—No sé si es por mi pérdida de memoria, Jake, pero creo que soy un hombre diferente ahora.

—La vida nos cambia, muchacho, y lo que tú debiste vivir en ese barco debió de ser horrible, pero nadie cambia tanto como para despreciar la buena vida.

—Ojalá recordase quién soy. Todo sería mucho más fácil.

—En cuanto estés de nuevo con los tuyos comenzarás a recordar.

Llegaron a Plymouth al mediodía. Anthony sacó de su maleta la comida que Gil le había preparado para el viaje, algo de pescado seco, pan, queso y una botella de vino. Comió mientras esperaba la llegada del tren, que llegó a la estación con diez minutos de retraso. Compartió vagón con una dama con su bebé, y permaneció gran parte del viaje mirando por la ventana.

—¿Es usted de por aquí? —preguntó la dama al cabo de un rato mientras mecía entre sus brazos a su bebé dormido.

—No, vivo en Londres —contestó Anthony sorprendido porque se dignase a hablarle a pesar de su aspecto—. Viajo de vuelta a casa.

—Yo soy de Plymouth, voy a Portland a visitar a mi hermana. Soy Winifred, encantada de conocerle —La mujer alargó la mano hacia él, que la estrechó con gusto.

—Mi nombre es Anthony. Un placer.

Anthony continuó el resto del trayecto mirando por la ventana. Estaba nervioso por su llegada a Londres, lo único que quería era que el viaje

terminase, y la verdad es que no le apetecía nada conversar con nadie. En el siguiente pueblo subió al tren un párroco que compartió vagón con ellos dos. Se sintió aliviado porque la mujer entabló conversación con el cura, mucho menos reacio a charlar, y él pudo seguir contemplando el paisaje.

—¿Cómo se hizo eso, hijo? —preguntó el párroco señalando su mejilla cubierta.

—Fue una caída en las rocas —dijo sin pensar.

—Debió ser terrible —gimió la mujer.

—Lo fue.

De pronto leves imágenes de lo que ocurrió volvieron a su mente. Vio bajo sus pies un pequeño bote que caía al mar con un golpe seco, y se vio remando a toda prisa para alejarse de un barco mucho más grande. Se oyó gritar desesperado, sintió el dolor de la pérdida, y una terrible explosión que le lanzó sobre las rocas. Recordó el horrible dolor que sintió cuando aquella roca punzante cortó su mejilla centímetro a centímetro, y el miedo de haber perdido el ojo le inundó de nuevo. Inconscientemente se llevó la mano al rostro, y su mueca de dolor no pasó desapercibida para sus acompañantes, que le miraron preocupados.

—¿Se encuentra bien, milord? —preguntó la mujer.

—Sí, es solo el recuerdo.

—Debe dolerle mucho, hijo —dijo el cura—. Rezaré por usted.

—Gracias, padre, pero lo único que necesito es recordar quién soy.

—Dios escuchará su plegaria, hijo. Solo tiene que tener fe.

El tren llegó a Londres la tarde del día siguiente. Había sido un suplicio intentar dormir en el tren, pues era bastante alto y no logró encontrar una postura cómoda para hacerlo a pesar de que por la noche se había quedado solo en el compartimento. Conseguir un coche no fue difícil, solo tuvo que levantar la mano y un carruaje se paró de inmediato a su lado.

—Buenas tardes, lord Huntington —dijo el cochero.

—¿Me conoce? —preguntó él extrañado.



—Todo el mundo le conoce en Londres, milord. ¿Se dirige a su casa?

—No, voy a casa de mi hermano. ¿Podría llevarme hasta allí?

—Con gusto, milord.

Gillian tenía razón, había sido muy fácil llegar hasta la casa de su hermano. Permaneció mirando por la ventana por si el paisaje le ayudaba a recordar algo, pero cuando el carruaje paró frente a una enorme mansión de fachada color marfil seguía sin reconocer el lugar. Lo peor de todo el viaje fue atreverse a llamar a la puerta. Subió los escalones más de diez veces para volver a bajarlos segundos después, y se habría vuelto a Telby de buena gana de no ser porque no le quedaba dinero suficiente para hacerlo. Cuando por fin tuvo agallas de llamar, le abrió la puerta un hombre de edad avanzada, alto, desgarbado, con el cabello canoso recogido en la nuca. Cuando el hombre alzó la vista y posó sus mirada en el rostro de Anthony, abrió los ojos como platos, empezó a tartamudear cosas sin sentido, trastabilló al apartarse para dejarle entrar y paseó sus manos por todo el pecho del marqués para asegurarse de que no era ningún fantasma.

—¡Milord! —exclamó— ¡Es... es usted! ¡Está vivo! ¡Alabado sea Dios!

—¿Está...

está mi

hermano? —

En... en su

despacho...

subiré a... —

Permítame

que le avise

yo mismo.

Anthony echó a andar hacia las escaleras ante la atónita mirada del mayordomo, pero se paró en seco al darse cuenta de que no recordaba dónde estaba el despacho de su hermano.

—¿Podría indicarme dónde está el despacho de mi hermano?

—Donde siempre—dijo el mayordomo extrañado.

—Perdóneme, pero ni siquiera recuerdo quién soy, así que no sé dónde ha estado siempre el despacho del duque —contestó con una sonrisa de disculpa—. Tampoco recuerdo quién es usted, lo siento.

—Soy Stuart, milord, el mayordomo de su hermano. El despacho se encuentra en la primera planta, la segunda puerta a la derecha.

—Gracias, Stuart.

Anthony se dio la vuelta dispuesto a subir al primer piso, pero las siguientes palabras del mayordomo le hicieron pararse en seco.

—¿Por qué diantres lleva esa espantosa máscara? Aún falta mucho para carnaval.

—No es una máscara de carnaval, Stuart. He sufrido un accidente.

—Llamaré al doctor Brown de inmediato, entonces.

—No se moleste, ya está curada.

—Me alegro de su regreso, milord. Su hermano se alegrará mucho de tenerle de vuelta.

Anthony asintió y subió uno a uno los escalones hasta la primera planta. Escuchó voces en el despacho y esperó a que su hermano terminase la conversación antes de irrumpir en la habitación.

—Así que tu hermana por fin ha entrado en razón.

Era la voz de su hermano. No sabía por qué, pero sabía que era Stefan quien hablaba.

—Gracias a Dios —contestó el otro—. Vane vino ayer a casa a tomar el té y parece que han congeniado bastante bien. Con suerte mi hermana aceptará el matrimonio antes de que termine la temporada.

—Vane será afortunado si Eleanor le acepta como esposo.

Ese nombre de mujer hizo que su corazón diese un vuelco. Un escalofrío recorrió su espalda y tuvo que sujetarse a la pared para no terminar de bruces en el suelo. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué había reaccionado así?

—Eso quiere decir que el compromiso es un hecho —prosiguió su hermano—. Brindemos para celebrarlo.

Anthony respiró hondo y entró en la habitación.

Cuando la puerta del despacho se abrió, Stefan creyó estar viendo a un fantasma. El vaso que sostenía entre los dedos resbaló hasta terminar hecho añicos sobre la alfombra de cachemir, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sus pies apenas le respondían, pero paso a paso se acercó hasta el intruso que le miraba desde la puerta. Su hermano, ese a quien todos creían muerto en alta mar, había regresado a casa. Había perdido mucho peso, llevaba la mitad del rostro cubierto con una especie de máscara y llevaba el pelo demasiado largo para lo que dictaba la moda... pero era su hermano. Alargó una mano temblorosa y la posó en su rostro para asegurarse de que no se trataba de ningún fantasma. El pelo de su barba le raspó la palma, y empezó a sollozar al darse cuenta de que no estaba soñando.

—¿Tony? —preguntó Fran a su espalda, tan sorprendido como él.

—¡Gracias a Dios! —suspiró Stefan.

El duque atrajo a su hermano hacia sus brazos y le apretó con fuerza contra su pecho. Hundió la cabeza en su hombro y dio rienda suelta a su llanto. ¡Su hermano estaba vivo!

—¡Estás vivo! —gimió— ¡Estás vivo!

Fran se acercó a ellos tan afectado como Stefan y se unió al abrazo. Toda aquella situación incomodó a Anthony, que aunque sabía que ellos eran su familia no sintió absolutamente nada. Francis le miró cuando se dio cuenta de su pasividad y se apartó para dejar espacio a los dos hermanos.

—¿Dónde has estado? —preguntó Stefan— Hemos peinado toda Inglaterra buscándote y no logramos encontrarte.

—Yo... desperté en Telby, un pueblo pesquero del sur. Una maestra de escuela se ocupó de mí hasta que he estado lo suficientemente recuperado para volver a casa.

—No nos recuerdas, ¿verdad? —preguntó Francis perspicaz.

Anthony le miró y negó con la cabeza.

—Me golpeé fuertemente en la cabeza y cuando desperté ni siquiera sabía quién era.

—¿No me recuerdas? —preguntó Stefan.

—Lo siento... pero no.

—Yo soy Fran —dijo su amigo—. El duque de Sutherland. Nos criamos juntos y soy el mejor amigo de tu hermano.

—Sé que tú eres mi hermano —dijo Tony a Stefan—. Al oír tu voz lo he sabido, pero no sé por qué.

—Te dimos por muerto. ¡Hasta celebré tu funeral! —gimió Stefan— He llorado durante semanas tu muerte... ¡Y aquí estás!

—¿Por qué llevas eso en la cara? ¿Qué te ha pasado? —preguntó Francis señalando su rostro.

Anthony se llevó las manos a la nuca y desató los lazos que mantenían la máscara sujeta en su lugar. Los ojos de ambos hombres se abrieron por completo al ver el estado en el que había quedado su mejilla, y Stefan acercó los dedos con sumo cuidado para tantear la herida irregular.

—Lo solucionaremos, hermano. Mandaré llamar a los mejores médicos de Inglaterra para curarte.

Anthony se sentía abrumado por la situación. Su hermano le quería, había llorado su muerte y él se sentía culpable por no recordarle, por no ser capaz de sentir el mismo amor por él. Se acercó al sillón más cercano y se dejó caer en él con un suspiro.

—Creí que al verte lo recordaría todo, pero no ha sido así —se lamentó.

—No te preocupes, recordarás —dijo su hermano palmeándole la espalda—. Fran perdió temporalmente la memoria el año pasado y terminó por recuperarla.

—¿Recuerdas algo de lo que ha pasado? —preguntó el aludido.

La puerta del despacho se abrió de repente dando paso a una mujer alta, voluptuosa, de cabellos castaños y ojos almendrados.

—¿Ocurre algo? He oído...

La mujer se tapó la boca con las manos y comenzó a sollozar en cuanto posó la vista sobre él. Le lanzó los brazos al cuello y le apretó con fuerza,

llorando desconsolada sobre su hombro sin dejar de repetir su nombre una y otra vez.

—¡Tony, tu cara! —gimió al darse cuenta de su herida— ¿Qué te han hecho?

—Ivy, mi amor, le estás abrumando —susurró su hermano apartando a la mujer de él.

—¡Está vivo, Stefan! ¡Tony está vivo!

—Es Ivette, mi mujer —aclaró el duque mirando a su hermano.

—¡Sabe perfectamente quién soy! —protestó ella— ¿No es así?

—Ha perdido la memoria, Ivy —explicó Fran—. Se golpeó la cabeza y no recuerda nada.

—Llamaré al doctor Brown de inmediato —dijo la dama cogiendo a Anthony del brazo—. Te llevaré a tu habitación, allí podrás descansar.

—No hace falta, de verdad —se disculpó él—. Debería volver a mi casa.

—Tonterías. No vas a irte de aquí hasta que el doctor me diga que estás bien.

—Pero...

—Escúchame bien, Tony —protestó ella apuntándole con un dedo—. Te hemos perdido una vez, no vamos a perderte de nuevo. Te quedarás en casa hasta que te recuperes por completo, ¿entendido?

Miró a su hermano con su ceja sana arqueada, y él se encogió de hombros con una sonrisa idéntica a la suya.

—Tal vez no lo recuerdas, pero te aseguro que a mi esposa no se le puede llevar la contraria —dijo Stefan—. Ve a descansar, ya tendremos tiempo de ponernos al día.

Anthony asintió y se dejó llevar por los corredores hasta una habitación en la planta superior. Era enorme, con cortinas de terciopelo y cama con dosel, por completo distinto a lo que estaba acostumbrado.

—Mandaré que te preparen un baño caliente —dijo Ivette—. Debes estar cansado.

—El viaje ha sido demasiado largo y apenas he podido dormir.

—También haré que te suban algo de comer. Estás en los huesos.

—¿No era así antes? —preguntó mirándose al espejo.

—En absoluto. Siempre has sido fuerte y atlético. No tanto como tu hermano, pero... —Supongo que tres meses son capaces de hacer estragos en un hombre.

—En cuanto el doctor Brown te examine podrás descansar.

Su cuñada de arrodilló frente a la chimenea para prender el fuego, y cuando las llamas empezaron a caldear la habitación se sentó a su lado y cogió sus manos entre las de ella.

—Ahora estás en casa, nosotros nos ocuparemos de ti.

—Gracias, Ivette.

—¿Recuerdas algo de lo que ocurrió?

—Cuando venía en tren recordé algo. Escapé de un barco, pero la persona que me acompañaba murió. Le apreciaba, porque sentí el dolor de la pérdida. Después hubo una explosión, la barca voló por los aires y caí sobre unas rocas. —Así te heriste en la casa... —Creo que sí.

—Te ayudaremos a recordar, Tony. Ahora estás en casa.

Vio a su cuñada salir por la puerta cerrando suavemente. Se sentó en un sofá de orejas junto al fuego a la espera de que subieran el baño, y se quedó mirando fijamente las llamas. Ahora estaba en casa... aunque no lo sintiera así. Se sentía abrumado y agobiado a partes iguales. Le frustraba no haber recordado a su hermano en cuanto le vio, pero lo único que había sentido al verle fue... indiferencia. Un golpe en la puerta le sobresaltó. Acto seguido, un par de sirvientes transportaron unos cubos de agua caliente que vertieron en una bañera colocada tras un biombo. Se deshizo de la ropa y se metió en ella con un suspiro. Con Gillian no había tomado nunca un baño, y sabía que ese era uno de sus grandes placeres: quedarse sumergido en el agua caliente hasta que se tornase fría. Sus músculos se relajaron al instante, apoyó la cabeza sobre una toalla enrollada en el borde de la tina y permaneció en ella con los ojos cerrados. Tras el baño, se puso el camisón que uno de los

sirvientes había dejado sobre la cama, se metió bajo las mantas y se quedó profundamente dormido.

Cuando despertó apenas habían pasado un par de horas. Abrió los ojos y vio a una mujer sentada en el borde de su cama, mirándole con ternura mientras las lágrimas caían sin cesar por sus mejillas.

Su rostro reflejaba alivio y amor, un amor tan grande y tan puro que Anthony supo de inmediato que ella era su madre. Sin poder evitarlo, un nudo se atascó en su garganta y le impidió decir palabra alguna, pero la dama apartó un mechón de pelo de su frente y volvió su cara para inspeccionar su herida casi curada.

—Debí haberte protegido —sollozó—. Debí haber estado allí para...

—Mamá, no es culpa tuya —la interrumpió Anthony apretando la mano de su madre contra su mejilla—. No es culpa de nadie.

—¿Me recuerdas?

—Alguien que me mira con tanto amor en sus ojos solo puede ser mi madre.

—Estoy tan contenta de que hayas regresado, hijo mío —susurró ella abrazándole—. Cuando te dimos por muerto quise morir yo también, me sentía tan culpable por haber permitido que emprendieras ese viaje... —¿Qué viaje?

—Viajaste a Nueva York para dejar tus asuntos bien atados antes de volver a ocupar tu lugar en la cámara de los lores, mi vida. Pero a tu regreso unos corsarios americanos atacaron tu barco.

—¿Por qué mi barco?

—Cuando la guardia real atrapó a los culpables se negaron a abrir la boca. Fueron colgados hace dos semanas por orden de la reina, ya no tendrás que preocuparte por ellos.

—Lo único que recuerdo es caer por la borda de un barco sobre un acantilado. Después de eso desperté en un pueblo costero, donde se ocuparon de mí hasta que estuve lo suficientemente recuperado para viajar.

—¿Y cómo has podido volver si no recuerdas nada?

—Ellos supieron en todo momento quién era yo.

—Tu hermano peinó la costa antes de que atrapasen a los corsarios, tal vez por eso supieran quién eras. Gracias a Dios que aún existen buenas personas, de no ser por ellos no te habría recuperado.

—Debo compensarles por lo que han hecho por mí, mamá.

—Lo harás cuando te encuentres mejor. Ahora el doctor Brown va a echarte un vistazo.

—Me encuentro bien, de veras.

—Quiero que vea esa herida, Tony. Tal vez no desaparezca del todo, pero con las medicinas adecuadas podremos suavizar la cicatriz.

Anthony asintió y su madre se acercó a la puerta para hacer pasar al médico. Sin embargo, ella no se movió de su lado en ningún momento. Se sentó en el otro extremo de la cama y sostuvo la mano de Anthony entre las suyas durante todo el examen médico.

—Parece que no hay daños graves, milord —dijo Brown hurgando en su maletín—. Su pérdida de memoria se debe posiblemente al golpe que recibió al cortarse la mejilla, así que volverá a recordar poco a poco. Debe tener mucha paciencia, no será cosa de dos días.

—Entendido —susurró Tony.

—En cuanto a la herida, es bastante irregular pero parece estar sanando bien. La persona que le rescató supo limpiarla bien, así que no hay riesgo de infección.

El médico entregó a su madre un frasco de un líquido transparente y un bote de una especie de crema blanquecina.

—Las gotas son para el dolor. Disuelva un par de ellas en un vaso de agua cuando empiece a molestarle la herida y cuando vaya a dormir. La crema ayudará a la sanación de la mejilla y evitará que la cicatriz sea demasiado visible.

—¿Se borrará? —preguntó Anthony esperanzado.

—Me temo que no, milord. Si el corte hubiese sido más regular tal vez sí, pero en el estado en que se encuentra tendrá que aprender a vivir con ella.



—No creo que pueda acostumbrarme —protestó él.

—Mírelo de esta forma: ahora está enrojecida e hinchada, pero cuando termine de curar solo será una leve línea blanquecina en su piel.

Dicho esto, el doctor salió de la habitación dando paso a Ivette, que traía una bandeja con un plato de asado, fruta y pan.

—Supongo que tendrás hambre —dijo poniendo la bandeja sobre la cama.

—No estoy inválido, Ivette —protestó él—. Soy capaz de bajar al comedor a cenar.

—Tal vez sí, pero no puedes culparme por consentirte un poco. Al fin y al cabo has regresado de entre los muertos.

—Solo estaba perdido, no es para tanto.

—¿Que no es para tanto? He tenido que sacar a tu hermano de su despacho noche tras noche porque tu muerte le parecía tan insoportable que debía hasta perder el sentido, así que no me digas que no ha sido para tanto.

Las palabras de su cuñada le impactaron y le hicieron sentir avergonzado.

—Lo siento, no pretendía decir eso —se disculpó.

—Sé que ahora mismo somos unos extraños para ti, hijo —añadió su madre—, pero somos tu familia y te queremos muchísimo. No puedes culparnos por alegrarnos de tenerte de regreso.

—Lo sé, es que todo esto es tan abrumador...

—Intenta comer algo y descansa —dijo su cuñada con una sonrisa—. Mañana tendremos tiempo de recuperar esa memoria perdida.

—Gracias por entenderme.

—No hay de qué. Y ahora a comer.

Anthony dio buena cuenta de su cena y se tomó obedientemente las gotas que el médico le había recetado. El sabor del asado le trajo muy buenos recuerdos, y saboreó cada bocado como si fuera el último. Cuando terminó de comer, su madre insistió en curarle la herida, pero se sintió tan incómodo que quiso hacerlo él mismo. Era curioso, nunca se había sentido incómodo

porque Gillian le cuidara. Esta era su familia, pero él no se sentía en casa. Cuando terminó su tarea, volvió a la cama y descansó hasta bien entrada la mañana.

La luz del sol entró a raudales por la ventana cuando un lacayo abrió las cortinas de par en par.

—Buenos días, milord. Espero que haya dormido bien —dijo colocando un traje sobre la cama—. Su hermano me mandó llamar esta mañana. No sabe cuánto me alegro de su regreso.

—¿Quién eres tú?

—¿Perdone?

—He perdido la memoria —aclaró Anthony.

—¡Santo cielo! ¡Qué fatalidad!

—El médico dice que volveré a recuperarla con el tiempo, por fortuna.

—Me alegra oír eso. Mi nombre es Nicholas, milord. Soy su ayuda de cámara.

—Encantado de volver a conocerte, Nicholas. Y ahora, si me disculpas, quiero vestirme.

—Muy bien, milord.

El sirviente cogió los pantalones de la cama y se colocó en cuclillas frente a él para ayudarlo a vestirse.

—¿Qué haces? —preguntó Tony extrañado.

—Ayudarlo a vestirse, como me ha dicho.

—Yo no le he dicho nada de eso.

—Acaba de decirme que quiere vestirse...

—Y así es, pero si no te importa me gustaría hacerlo solo.

—¡Pero milord! ¡Es usted el marqués de Huntington!

—¿Y por eso no puedo vestirme yo solo?

—Los nobles no se visten solos, milord. Para eso están sus ayudas de

cámara.

—Pues yo pienso vestirme solo a partir de ahora, así que si no te importa...

Anthony le señaló la puerta, y el hombre abandonó la habitación con la derrota dibujada en el rostro. Anthony sonrió ante la situación. ¿En serio antes él necesitaba que alguien le ayudase a vestirse? ¿También tendría un sirviente que le diese de comer? Sacudió la cabeza y se vistió para bajar al salón... si es que lo encontraba. Bajó las escaleras y siguió el sonido de una risa de mujer, una risa que le resultaba muy familiar. Encontró en el salón a una dama de cabellos rojos y mirada divertida sentada en un sofá, que reía ante las travesuras de dos bebés sentados sobre la alfombra. Su cuñada estaba sentada junto a ellos en el suelo, mirándoles con amor.

—Discúlpeme, señoras, pero creo que no encuentro el comedor —dijo tras un carraspeo.

La dama, en avanzado estado de gestación, se levantó con dificultad del sillón y se acercó a él con los brazos abiertos. Le apretó como pudo contra su menudo cuerpo y suspiró.

—Gracias a Dios has regresado —dijo soltándole y agarrando sus manos—. Estás muy cambiado, pero sigues siendo tú.

Anthony sonrió, pero en su cara debió notarse su frustración, porque la dama rió y le arrastró hasta el sillón.

—Olvidé que has perdido la memoria. Soy Elisabeth Levenson, la esposa de Francis.

—Encantado de conocerla, milady.

—Déjate de formalismos, Tony —protestó ella—. Somos buenos amigos y puedes llamarme Beth.

—Déjame presentarte a tus sobrinos —dijo Ivette cogiendo a los bebés en brazos—. Ella es Mary y él es su hermano y heredero del ducado, Christopher.

Ivette colocó a los niños en sus rodillas y se sentó frente a él a mirarle con una sonrisa. Los niños empezaron a tirar de su pelo, a intentar escalar por su

cuerpo, y Mary hasta se metió un dedo en la boca antes de acurrucarse y cerrar los ojos.

—Parece que les gusto —rió él.

—Eres su tío favorito, ¿cómo no ibas a gustarles? —añadió Beth.

Anthony pasó la dormida pequeña a su madre, que la acostó en su capazo, y puso al niño en la alfombra para dejarle jugar con sus juguetes. En ese momento Sarah irrumpió en la sala con la fuerza de un huracán y cayó sollozando en los brazos de su hermano, que la miraba sin comprender absolutamente nada.

—¡Lo sabía! —sollozó— ¡Sabía que no habías muerto! ¡No quisieron creerme, Tony! ¡No quisieron creerme!

Anthony miró a su cuñada, que se acercó a Sarah y la apartó de su hermano.

—¿Pero qué haces, Ivy? —protestó ella intentando zafarse— ¡Déjame estar con mi hermano!

—No te recuerda —susurró su cuñada—. Le estás agobiando.

Sarah le miró con los ojos como platos y se acercó lentamente hasta quedar cara a cara con él.

—¿Es cierto? ¿No me recuerdas?

—No recuerdo nada, lo siento.

—Soy Sarah, tu hermana.

—Un placer volver a conocerte, hermana —dijo él sonriendo para aliviar la tensión.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

Sarah acercó la mano a su rostro, pero Anthony se apartó de inmediato y lo cubrió lo mejor que pudo con su pelo suelto.

—Vamos, Tony, te mostraré el comedor —dijo Ivette cambiando deliberadamente de tema—. Tu hermano y Francis están allí.

Anthony dejó a su hermana en el salón con Beth y siguió a su cuñada un par de puertas más allá.

Entró en la habitación sintiéndose un intruso aunque realmente perteneciese a la familia.

—¿Le has dicho algo ya a Eleanor? —preguntaba un hombre alto de cabello rubio que permanecía apoyado en la chimenea.

—Aún no. Debo prepararla para esto.

—¿Quién es Eleanor? —preguntó él desde la puerta.

Los tres hombres se miraron antes de que el desconocido se acercase a darle un fuerte abrazo.

—Me alegro mucho de tenerte de vuelta, Tony. Soy Andrew, el esposo de tu hermana.

—¿Quién es Eleanor? —volvió a preguntar.

—Eleanor es mi hermana pequeña —contestó Francis.

—Oí ayer que la has prometido a un caballero, ¿me equivoco? —preguntó Anthony.

—Me temo que las cosas han cambiado ahora que has regresado—dijo Fran.

—¿A qué te refieres?

—Viajaste a Nueva York para dejar la vida en alta mar —dijo su cuñado.

—Lo sé, mi madre me lo dijo ayer.

—Lo que no te dijo es que lo hiciste por un motivo —dijo Fran—. Casarte con mi hermana.

—¿Estoy prometido con tu hermana?

—No exactamente —dijo Stefan—. La verdad es que solo Victoria sabía tus intenciones de pedir su mano. Nosotros nos enteramos después.

—¿Por qué iba a casarme con ella?

—¿Cómo que por qué? —protestó Francis.

—¿Era un matrimonio ventajoso para la familia?

—Estabas enamorado de ella, Tony —dijo Andrew.

Intentó recordarla, pero a pesar de las mariposas que sentía en el estómago cada vez que oía su nombre, no consiguió ni un solo atisbo de la mujer por la que iba a dejar su vida en el mar.

—Ni siquiera la recuerdo —susurró frustrado.

—Es normal que no lo hagas, Tony —contestó Stefan—. No recuerdas a nadie.

—Entiendo que ahora tengas dudas, pero podemos hablar de ello cuando vuelvas a ver a mi hermana y tengas más trato con ella —dijo Francis.

—No creo que sea justo crearle falsas esperanzas, sobre todo cuando ni siquiera sé si volveré a recupera mi memoria, y por tanto mis sentimientos hacia ella.

—¿Qué intentas decir? —preguntó su hermano.

—Dijiste que parece estar contenta con tu pretendiente, ¿no es así? —preguntó a Fran.

—Sí pero...

—Y oí que esta era su tercera temporada. No voy a poner su futuro en peligro, así que no voy a pedirte su mano. Mucho menos en mi estado actual.

—¿En tu estado? —preguntó Andrew confundido.

—¿Me habéis visto bien? ¡Soy un monstruo!

—¿Pero de qué demonios estás hablando, Tony? —preguntó su hermano sorprendido— Has perdido mucho peso, pero en cuanto te recuperes volverás a ser el de siempre.

—No me refiero a eso, Stef. —Apartó el pelo de su cara para enseñar su cicatriz—. ¿Qué mujer querría casarse con alguien con este aspecto?

—¿Piensas que mi hermana es tan superficial como para dejarse guiar por una estupidez como esa? —protestó Fran— Si no fueras mi amigo te retaría a duelo por lo que acabas de decir.

—No voy a casarme, Fran, ni con ella ni con nadie, así que más vale que mi hermano se ponga manos a la obra para engendrar a otro varón que herede mi título. Y ahora, si me disculpáis, debo volver a mi casa. Supongo que

habrá asuntos de los que tenga que ocuparme después de tres meses de ausencia.

Los tres hombres miraron sorprendidos a Anthony, que salió de la habitación sin tan siquiera despedirse.

—¿Qué demonios le hicieron en ese barco, Fran? —preguntó Stefan.

—No tengo ni idea, pero tuvo que ser terrible para que se haya vuelto una persona tan fría.

—Ojalá tu hermana sea capaz de salvarlo —deseó Andrew.

—Créeme, rezaré para que así sea.

## Capítulo 6

Cuando Anthony abrió la puerta de su casa, su mano temblaba. No sabía qué iba a encontrarse, pero fuera lo que fuera sería una imagen de lo que él era, de su forma de ver la vida. Crespones de seda negros cubrían todas las ventanas impidiendo que entrase la luz, y tuvo que quitarlos uno a uno para descubrir que los muebles estaban cubiertos por sábanas blancas. Ostentación, lujo y dinero. Eso era lo que veía a cada mueble que destapaba. Su casa no tenía nada que ver con la pequeña cabaña de Gillian, pero sí mucho con la casa de su hermano.

—La casa ha estado cerrada desde el funeral.

El susurro de su hermana a su espalda le sobresaltó, pero se volvió hacia ella con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Stefan me dijo que te habías marchado, y apenas me has saludado esta mañana.

—Lo siento, pero todo esto me abrume.

—Lo entiendo. ¿Hay algo que recuerdes?

—Por ahora no recuerdo nada. Me esfuerzo por hacerlo, pero no consigo que los recuerdos vuelvan a mi cabeza.

—Debes tomarte las cosas con calma, no es algo que vaya a ocurrir de la

noche a la mañana.

—Lo sé, pero creí que estar en casa me haría recordar algo y no ha sido así.

Su hermana le cogió de la mano y le llevó hasta el salón, donde se sentó en el sofá junto a él.

—Esta es nuestra casa, en la que nacimos y nos hemos criado. Recuerdo haber pasado las tardes lluviosas de invierno jugando a las muñecas en este sofá mientras Stefan y tú jugabais a los soldados en la alfombra. Papá murió hace cinco años y desde entonces has vivido aquí con mamá.

—Pero mamá se ha vuelto a casar, ¿verdad?

—Sí. Ella y James viven en Edimburgo desde su boda, pero han venido a pasar la temporada social en Londres.

—Me han dicho que estaba enamorado de la hermana de Francis.

—Así es, pero nadie tenía conocimiento de tus intenciones de pedir su mano. Solo se lo dijiste a Victoria y ella guardó bien el secreto.

—Ni siquiera la recuerdo... El estómago me da un vuelco cada vez que escucho su nombre, pero no recuerdo nada de ella.

—Pronto la conocerás, estoy segura. Tal vez cuando la veas los recuerdos fluyan de nuevo.

—¿Tú crees? Ni siquiera contigo y con mamá ha ocurrido. ¿Por qué iba a ser diferente con ella?

—Porque el amor es la fuerza más poderosa que existe, Tony.

—Ni el amor es capaz de obviar esto —dijo señalando su rostro.

—¿Por qué te empeñas en ver tu cara peor de lo que está? Es normal que tenga ese aspecto, Tony,

la herida es reciente y aún está sanando.

—¿Crees que alguien querría casarse conmigo con esta cara?

—Eleonor estaría más que dispuesta de hacerlo porque te ama.

—No voy a arruinar su futuro, Sarah. No pienso interferir en sus planes



de matrimonio.

—Ni siquiera han hablado sobre el tema, ¿sabes? Vane y ella se están conociendo y Ely no tomará una decisión al respecto hasta que la temporada esté llegando a su fin.

—En cualquier caso ya no importa, no voy a hacer nada al respecto.

—Eres un cabezota, Anthony. Espero que no te arrepientas de la decisión que has tomado.

Sarah se levantó y se acercó a la habitación contigua, trayendo de vuelta una montaña de papeles.

—Esta es tu correspondencia. La he estado guardando todo este tiempo aunque mamá me dijo que me deshiciera de ella. Yo nunca he creído que estuvieses muerto.

—¿Por qué estabas tan segura?

—Si lo hubieses estado, yo lo habría sentido.

Observó marcharse a su hermana en silencio. Se había sentido realmente a gusto con ella, algo nuevo desde su vuelta a Londres. Pasó gran parte de la mañana repasando la correspondencia que tenía acumulada desde que se marchó a Nueva York. La primera carta del montón era de esa misma mañana, escrita por la marquesa de Londoderry, una de las matronas de Almack's. Le parecía ridículo que a pesar de haber olvidado por completo cualquier detalle sobre su vida, aún siguiese recordando los pequeños detalles sobre la alta sociedad. En la carta, lady Londoderry se alegraba enormemente de su regreso y le invitaba a asistir al baile que se celebraría esa misma noche en el club. La verdad es que le horrorizaba la idea de aparecer en público con el rostro desfigurado, pero por otro lado sabía que si no lo hacía las habladurías no tardarían en aparecer.

Como su vista empezaba a flaquear después de varias horas trabajando, dejó los papeles a un lado y salió al pasillo a buscar a Nicholas, a quien su hermana mandó llamar en cuanto se marchó. Le encontró en la cocina, coqueteando descaradamente con la que supuso que sería la cocinera.

—Buenos días, Nicholas. Necesito hablar contigo un minuto.

—Por supuesto, milord, pero la próxima vez solo tiene que hacer sonar la campanilla que tiene sobre su escritorio. No tiene que bajar a la cocina para nimiedades como esa.

—Últimamente me he acostumbrado a valerme por mí mismo, así que posiblemente haré cosas como esta, nada usuales en mí. No os sorprendáis si hago algo que no es típico de la alta sociedad, porque las últimas semanas he vivido en un humilde pueblo de pescadores y he tenido que ayudar como los demás.

—No se preocupe, milord, lo entendemos. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me gustaría ir a casa de mi hermano, tengo que hablar con mi cuñada. ¿Podría decirme dónde están las cuadras?

—Le diré al mozo de cuadra que prepare su montura y la traiga hasta la puerta.

—No es necesario, puedo hacerlo yo mismo.

—A riesgo de perder mi empleo voy a decirle algo, milord. Sé que usted es perfectamente capaz de valerse por sí mismo, llevo mucho tiempo trabajando a su servicio y lo he visto con mis propios ojos, pero hay muchas personas que dependen de que las deje hacer las cosas por usted, como yo mismo o su mozo de cuadra. Por favor, milord, no nos deje sin trabajo.

—No he visto por aquí al mayordomo.

—Volverá en un par de días, milord. Su hermano le mandó a su casa de campo para cerrarla antes de su regreso. Yo me ocuparé de su puesto hasta que vuelva, no se preocupe.

—Gracias, Nicholas. Ahora dime dónde están las caballerizas. El mozo preparará mi montura, pero necesito recordar dónde está todo en esta casa.

Anthony reparó entonces en la cocinera, que permanecía cabizbaja, de pie frente a la cocina, y se acercó a ella y levantó su barbilla con los dedos.

—No sé qué clase de patrón era antes de irme de aquí, pero no me gusta que la gente que trabaja para mí sienta miedo ante mi presencia —dijo con una sonrisa—. ¿Cómo te llamas?

—Eloise, milord.

—Mucho gusto, Eloise. Quisiera pedirte que prepares una tarta de melocotón para mí. No sé por qué, pero algo me dice que es mi favorita.

—Lo es, milord. Solía tomarla a menudo a la hora del té.

—En ese caso, quiero tomar tarta con el té de esta tarde.

—La prepararé con mucho gusto, milord.

—Gracias.

—¿Tiene alguna petición especial para el almuerzo?

—No recuerdo qué me gusta y qué no, así que dejaré el menú a su elección hasta que decida mis preferencias. Pero ahora debo ir a casa de mi hermano, y por lo que pude comprobar ayer, mi cuñada es una mujer de carácter e insistirá en que me quede a comer con ellos, así que no te preocupes por el almuerzo de hoy.

La joven asintió y salió a toda prisa de la cocina para ir a hacer la compra. Anthony siguió a su mayordomo hasta las caballerizas, donde encontró un precioso pura sangre español de color negro con espesas crines onduladas y una larga cola pulcramente trenzada. Entró en el cubículo del animal casi hipnotizado, acarició la espaldilla del corcel con la palma de la mano y el animal hundió el hocico en su cuello con un relincho suave, señal de reconocimiento.

—Buenos días, *Diamante* —susurró—. ¿Me has echado de menos?

—¡Recuerda su nombre, milord! —dijo el mozo con satisfacción.

—Sí... lo recuerdo...

Anthony acercó una manzana a la boca del caballo y sonrió cuando la comió de un solo bocado.

—Ya veo que sí, rufián —rió.

—Ha estado muy decaído en su ausencia, milord. Su hermano venía a montarlo a menudo, pero se notaba que el caballo notaba su falta.

—Es un caballo muy inteligente, ¿verdad?

Anthony observó cómo el muchacho colocaba su silla sobre el lomo de *Diamante*, montó sin esfuerzo y puso al caballo al galope hasta Hyde Park.

No sabía el camino, pero su instinto junto con el del jamego le llevó ante las puertas de hierro forjado de los grandes jardines. Trotaron por el parque sintiendo el aire fresco en la cara y se detuvieron en el arroyo para que el caballo calmara su sed. Una vez calmadas sus ganas de respirar aire libre se encaminó hasta la casa de su hermano, donde un mozo le recibió y se llevó a *Diamante* hasta las cuadras.

—Cepíllale bien, muchacho —ordenó— y dale un par de manzanas, se las ha merecido.

—Por supuesto, milord.

Entró en la casa mucho más animado, e interceptó a su cuñada antes de que lograra salir a recibirle con un beso en la frente.

—¿No te habías ido a casa? —preguntó ella con una sonrisa.

—Y lo hice, pero he vuelto.

—Estás muy contento.

—He recordado a mi caballo —reconoció.

—Como dijo el doctor... Pero deberías haberte quedado aquí unos días más, no me gusta que estés solo en esa enorme casa.

—Estoy bien, Ivette, de verdad. Además, no estoy solo, tengo un ayuda de cámara muy eficiente. ¿Podemos hablar un momento?

—Por supuesto —dijo ella sentándose—. ¿Qué ocurre?

—He recibido una invitación de la marquesa de Londoderry para asistir al baile de esta noche.

—¡Sí que han volado las noticias! —protestó su cuñada— Lady Londoderry siempre quiere ser el centro de atención.

—Creo que voy a asistir a ese baile.

—Y yo creo que es demasiado pronto para eso. Acabas de regresar, Tony, nadie te culpará por querer permanecer en casa.

—Algo me dice que debo asistir, Ivy. Además, mi hermano y tú estaréis allí, ¿no es cierto? —Todos estaremos allí, pero... —

Entonces asistiré al baile.

—En ese caso, hay algunas cosas que deberías saber. —Su cuñada le arrastró hasta su sala de estar, donde le invitó a sentarse junto a ella en el sofá—. Lady Londoderry es una mujer mayor algo complicada, muy chismosa y sobre todo le encanta hacerse notar.

—Así que esta noche seré su mono de feria.

—Por así decirlo. Le encantará presumir porque volviste a aparecer en sociedad en su baile, me temo.

—Pero no es solo su baile, ¿no es cierto?

—Así es, Almack's lo regentan varias damas más, entre las que se encuentra Regina Pembroke, tía de Francis y Eleanor.

—Háblame de ella.

—¿De lady Pembroke?

—No, de ella no, de Eleanor Levenson.

—Ely es la muchacha más dulce que jamás hayas conocido —dijo Ivette con una sonrisa—. Es todo lo contrario a Beth: es prudente, calmada y su educación es exquisita. Además es una joven preciosa, con su cabello castaño y sus almendrados ojos color caramelo. No me extraña en absoluto que terminases enamorándote de ella, Tony.

—Pero ahora no la recuerdo. Además, está comprometida con otro hombre, ¿no es así?

—El compromiso no se ha firmado todavía. Francis le pidió a Vane que le diese a su hermana la oportunidad de conocerle antes de decidir, así que aún estás a tiempo de pedirle su mano.

—¿Con mi aspecto? —escupió él— Soy un monstruo, Ivette. ¿En serio crees que alguien querría casarse conmigo?

—¡Por supuesto que sí! ¿De dónde sacas que eres un monstruo, Tony? ¡Tu cicatriz no es tan terrible!

—¿La has visto bien?

—La curé durante toda la noche, ¿sabes? Ahora está hinchada y roja, es

cierto, pero cuando sane por completo se suavizará. No te niegues la oportunidad de ser feliz por una insignificancia como esa, por favor.

—Eleanor estará mejor sin mí.

—Eleanor solo estará bien si es contigo. Te ama, Tony, ha pasado un infierno pensando que te había perdido para siempre.

—No soy el mismo que partió hace un año, Ivy. He cambiado mucho y apuesto a que no le gustará el hombre en el que me he convertido. Además, he oído que Vane es un buen partido, será mejor que siga pensando en él como futuro marido.

—¿Y por qué no le das la oportunidad de conocer al nuevo Anthony? Deberías dejar que sea ella quien decida si quiere casarse con él o no.

—Sería perder el tiempo —dijo levantándose—. Ahora que lo pienso, creo que será un error asistir a ese baile. No quiero que todos me miren horrorizados al verme aparecer.

—Si tan poco soportas tu aspecto, ponte la máscara —sugirió Ivette—. Nadie tiene que ver tu rostro si no quieres, pero no te niegues a recuperar tu vida por ello.

—Me lo pensaré.

—Stefan y yo estaremos en tu casa a las ocho —dijo su cuñada levantándose—. Decidas lo que decidas, te apoyaremos. Y ahora debo irme, los pequeños tienen que comer. ¿Te quedarás a almorzar?

—Claro.

—Tu hermano está en la biblioteca. Ve con él hasta que me reúna con vosotros.

Ivette se dio la vuelta para marcharse, pero Anthony la cogió de la muñeca.

—Gracias por comprenderme, Ivy —dijo—. En estos momentos me siento muy perdido y estás siendo una gran ayuda para mí.

—No tienes que dármelas, Tony. Somos familia.

Familia... esa palabra le llenaba el corazón de calidez. Por todo lo que

había vivido desde su regreso sabía que siempre había mantenido una muy buena relación con su familia, y esperaba de veras poder compensarles de alguna manera por hacerle sentir tan querido y arropado en estos momentos en los que todo era un caos de pensamientos y sentimientos sin sentido. Por ahora, Sarah e Ivette eran lo más parecido a unas amigas que tenía en Londres, alguien con quienes poder contar... como hacía con Gillian.



A Eleanor no le apetecía acudir esa noche al baile de Almack's, pero su hermano había sido muy tajante en ese aspecto. Si quería elegir por sí misma un marido debía hacer de tripas corazón y aparecer en la temporada social sin que se notase un solo atisbo de su tristeza. Sacó de su armario su precioso vestido de noche, lo colocó sobre la cama y acarició la tela con la yema de los dedos antes de hacer caso de las protestas de su cuñada y sentarse frente a su tocador.

—Vamos, Ely, vas a llegar tarde —protestó Beth.

—Cálmate, tenemos tiempo.

—¿Tiempo? ¡Ni siquiera te has peinado! Sabes cómo se pone tu hermano cuando le hacen esperar, ¿verdad?

—Ya lo sé. Lástima que no puedas venir con nosotros, Beth.

—Ivette y Sarah estarán allí.

—Lo sé, pero me lo pasaría mejor si estuviésemos todas juntas.

Beth sonrió y acarició su hombro con cariño.

—Hoy será un día muy importante, Ely. Quiero que lo disfrutes al máximo.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella con una ceja arqueada.

—Lo sabrás a su debido momento.

Su hermano y su cuñada llevaban dos días comportándose de una manera muy extraña. En varias ocasiones les había sorprendido susurrando y enmudecían en cuando ella se acercaba. No tenía ni idea de qué ocurría, pero fuera lo que fuese tenía que ver con ella. ¿Y si el conde de Vane había planeado hacer alguna locura esa noche? ¿Acaso tía Regina le había

concedido el vals después de todo? Tras su conversación con el conde el día anterior creía que podía confiar en él, pero los hombres eran tan impredecibles que... No, no debía pensar en ello. Era su última temporada y debía pensar en bailar y divertirse. Su doncella la ayudó a colocarse el traje de baile y cerró los lazos y los botones de su espalda con cuidado mientras ella permanecía absorta en sus pensamientos.

Anthony estaría orgulloso de ella. Había pasado página y se disponía a continuar con su vida tal y como él habría querido. Jamás dejaría de amarle, pero al menos honraría su memoria haciendo que se sintiera orgulloso de ella allá donde estuviera. Apretó el anillo que siempre llevaba colgando en el cuello antes de quitarse la cadena, darle un beso y guardarlo en su joyero. Lo sustituyó por un collar de brillantes y zafiros que su hermano le había regalado en su debut en sociedad, con pendientes de lágrima y pulsera a juego. Cogió su abanico del tocador y bajó las escaleras para encontrarse con Francis, vestido pulcramente de etiqueta, que la miró con admiración antes de cubrir sus hombros con una capa de piel de armiño.

—Estás deslumbrante, Ely —susurró—. Vas a ser la envidia del baile.

—Ya estoy un poco mayor para serlo, Fran —contestó ella sonriendo—. Apuesto que Almack's estará plagado de jovencitas debutantes mucho más bonitas que yo.

—Eso es imposible, Ely —dijo su cuñada desde la puerta—. Tal vez ya no seas una joven debutante, pero tu belleza eclipsará a cualquier muchachita que se cruce en tu camino.

—Yo también te quiero, Beth —rió ella besándola en la mejilla.

—Lo digo porque es cierto, no porque te quiera —protestó su cuñada—. Que os divirtáis.

—¿Seguro que no quieres que me quede, mi amor? —preguntó su marido abrazándola para besarla en los labios—. Ivette puede hacer de carabina de Ely esta noche.

—¡Claro que no! Ve al baile y diviértete. —Bajó la voz hasta apenas un susurro—. Ambos sabemos que va a necesitarte.

Ambos hermanos montaron en el carruaje y pusieron rumbo a Almack's



para la primera de muchas noches en vela. Su hermano parecía muy preocupado, no dejaba de mirar por la ventana y su pierna no dejaba de moverse con nerviosismo.

—¿Quieres parar? —dijo Ely parando el movimiento de la pierna de su hermano con su mano enguantada— Cualquiera diría que vas a casarte de nuevo, estás tan nervioso como el día de la boda.

—Lo siento. Es que el hecho de que sea tu última oportunidad de encontrar marido me pone nervioso —mintió Francis.

—Ya tienes un candidato bajo la manga, Fran. Te prometí que me casaría con Vane si no encontraba un hombre que me gustase lo suficiente.

—Lo sé, lo sé.

—Pues entonces quita esa cara de preocupación y disfruta de mi decisión de seguir adelante. Yo pienso disfrutar del baile sin preocuparme por nada.

—Te estás volviendo igual de mandona que Ivette, ¿lo sabías? No sé si fue buena idea mandarte a pasar tiempo con ella...

—Cállate —dijo ella con una sonrisa.

Su hermano sonrió, pero estaba realmente preocupado por la reacción de Eleanor cuando viese aparecer a Anthony en el baile. Stefan le había enviado una nota al respecto y ya no tenía tiempo de rectificar su decisión de mantenerla en la ignorancia de su regreso. Su hermana se enfadaría... ¡Vaya si se enfadaría por no haberle contado nada! Pero no sabía cómo actuar ante la decisión de Anthony de negarse a pedir su mano. Si bien Ely se sentiría feliz por su regreso, quedaría destrozada igualmente cuando él le comunicase su decisión. Esperaba de todo corazón que su hermana se hubiese endurecido en estos meses lo suficiente para poder soportar un golpe más, o de lo contrario esta vez nadie podría sacarla de su dolor.

Cuando llegaron al baile, Francis bajó del carruaje y extendió la mano para ayudar a bajar de él a su hermana. La cogió suavemente de los hombros y la miró a los ojos.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—¿A qué viene eso ahora, Fran? Vamos a entrar de una vez.

—Sabes que haría lo que fuera por evitarte cualquier tipo de sufrimiento, ¿no es así?

—Yo también te quiero. No sé a qué viene este ataque de amor fraternal, pero estoy deseando bailar, así que entremos de una vez.

Francis la miró un segundo, besó su frente con ternura y le ofreció su brazo para entrar en Almack's. En cuanto entraron en el salón de baile, Eleanor sintió un fuerte nudo en el estómago. De repente volvieron a su mente todos los bailes, los paseos a la luz de la luna, las sonrisas veladas de Anthony. Tragó saliva y se sacudió la falda para recuperar la compostura antes de soltarse de su hermano e ir a saludar a su tía, que estaba charlando con un grupo de damas.

—Buenas noches, querida —dijo lady Pembroke con una sonrisa al verla llegar—. Veo que has decidido deshacerte de ese estúpido duelo. Es lo indicado, dadas las circunstancias.

—Buenas noches, tía Regina —contestó ella besando a la anciana en la mejilla—. Me alegro de verte.

—Aquí está mi tía favorita —bromeó Francis acercándose a besar su mano.

—Mi sobrino preferido ha llegado por fin —contestó ella besándole en la mejilla—. ¿Cómo se encuentra tu esposa?

—Está bastante bien. El bebé no está dando problemas, pero aun así el médico le ha mandado reposo.

—Se sube por las paredes, tía. Ya sabes cómo es —rió Ely.

—Mañana mismo iré a visitarla. Con todo el ajetreo del baile no he tenido un solo minuto libre, y apuesto a que agradecerá la distracción de mi visita.

—Ella sabe que has estado ocupada, tía, y estará encantada de verte —añadió Fran—. Disfrutará enormemente chismorreando sobre los bailes ahora que ella no puede asistir.

—Las damas no chismorrear, jovencito —le reprendió su tía—. Simplemente comentamos la velada.

—Como tú digas. Voy a ver si encuentro a Stefan. ¿Te quedas al cuidado

de Ely?

—Ya no soy una niña, Fran —protestó su hermana—. Puedes irte tranquilo.

—Yo la cuidaré, querido —intervino su tía mirando a Ely con reproche—. Aunque ella no lo crea, aún necesita una carabina que la acompañe.

En cuanto su hermano se alejó, su tía se disculpó con su interlocutora, cogió a Ely de la mano y la llevó hasta unos sillones cercanos, donde se sentaron a charlar.

—Me ha dicho tu madre que has aceptado la petición del conde de Vane —dijo su tía—. Me alego por ti, el joven es un buen partido.

—Aún no he aceptado su proposición, tía —protestó—. Mamá siempre ve lo que a ella le interesa.

—No le hagas caso, ya sabes cómo es.

—He accedido a conocerle, a pasar tiempo en su compañía, pero sin cerrarme otras puertas. Quiero ser yo quien elija a mi futuro marido, pero si al final de la temporada nadie ha logrado captar mi atención me casaré con él.

—Me parece una muy buena elección, querida. La temporada acaba de empezar y tal vez te depare alguna sorpresa inesperada.

—Háblame de Vane, tía. Tú conoces a todo el mundo, ¿no es así?

—Tenemos conocidos en común, es cierto. Tengo entendido que heredó su título hace dos años, cuando su padre falleció por unas fiebres, y es un hombre muy rico.

—Al menos sé que no va detrás de mi dote. Ayer estuvo tomando el té en casa y me pareció un hombre simpático.

—Y es bastante apuesto, ¿no es cierto?

—Sí que lo es. Pero no es Anthony.

—Querida, ningún hombre será como Anthony, pero debes rehacer tu vida sin él. Eres muy joven para cerrarte al amor, Ely.

—Tú lo hiciste.

—Estás equivocada, querida.

—Pero no te volviste a casar tras la muerte de tío Arthur.

—Quise muchísimo a vuestro tío, Ely, pero él no fue el gran amor de mi vida.

—¿No lo fue?

—Todo el mundo sabe que antes de ser lady Pembroke estuve casada con el conde de Carrick, Ely. Él fue mi gran amor.

—Nadie me dijo nada.

—Cuando tú naciste hacía cinco años que me había casado con tu tío, y la verdad es que llegué a amarle con todo mi corazón. No de la misma forma en que amé a Carrick, pero le quise muchísimo.

—No lo sabía —se disculpó Ely.

—No tenías por qué saberlo, querida, eres muy joven.

—¿Y no tuvisteis hijos?

—Mi matrimonio con Carrick apenas duró un año. Enfermó de repente y se fue en pocas semanas, así que no tuvimos tiempo de engendrar a un heredero.

—Lo siento mucho, tía Regina.

—No lo sientas. Si él no hubiese fallecido no habría conocido a tu tío, y por tanto no tendría dos hijos maravillosos con él.

—¿Y por qué no has vuelto a casarte?

—Porque a mi edad no necesito que un hombre que vele por mí, tengo más dinero del que puedo llegar a gastar y hago lo que quiero siendo la viuda de tu tío. Pero tú estás empezando a vivir, tesoro, y no es justo que te cierres las puertas solo porque Huntington ya no esté.

—Tienes razón, por eso lo estoy intentando.

—Ahora ve y diviértete, Ely. Seguro que hay muchos caballeros deseosos de bailar contigo.

—Lo dudo mucho, tía. Ya no soy una fresca debutante a la que quieran agasajar.

—Puede que no lo seas, pero eres hermosa y dulce, cualidades que cualquier hombre desearía en una mujer.

En ese momento entró en el salón de baile el conde de Vane, y Eleanor se movió incómoda en su asiento.

—¿Ocurre algo, querida? —preguntó su tía.

—Acaba de llegar Vane —susurró Ely.

—Absolutamente irresistible —dijo su tía mirando al conde con atención.

—¿Puedo pedirte un pequeño favor, tía Regina?

—Claro que sí, tesoro.

—No le concedas a Vane permiso para bailar el vals conmigo aunque Fran te lo pida, por favor.

—¿Y eso por qué?

—Aún no estoy preparada para bailar con él.

—Ely, es solo un baile, cariño.

—Creí que lo estaría, pero en cuanto he entrado al salón de baile he recordado mis bailes con Huntington, tía.

—Mi querida niña...

Lady Pembroke abrazó a su sobrina con fuerza y apartó un rizo rebelde de su frente con cariño.

—Voy a concederle ese baile, Ely, porque necesitas olvidarte de Huntington de una vez por todas.

—Pero tía...

—No pienso permitir que el recuerdo de un fantasma se interponga en tu felicidad, cielo.

Su tía tenía razón, desde luego. ¿Cómo iba a saber si Vane podría llegar a gustarle si no le daba la oportunidad de cortejarla? Asintió levemente y su tía la recompensó con una enorme sonrisa. Vane las divisó en ese momento y se acercó a ellas con paso decidido.

—Buenas noches, lady Pembroke, lady Levenson...

Eleanor sonrió a Vane mientras hacía una exquisita reverencia.

—Buenas noches, milord —susurró.

—Qué gusto que haya podido asistir al baile, Vane —dijo su tía—. Es un placer tener caballeros apuestos rondando por aquí.

—Me preguntaba si me concedería el honor de permitirme bailar el vals con su sobrina.

—Veo que ha hecho los deberes, jovencito —dijo la anciana mirándole a través del monóculo que llevaba colgando de su muñeca—. Será un placer concederle permiso, lord Vane.

—Muchas gracias, lady Pembroke.

Vane se volvió hacia Eleanor ofreciéndole su brazo.

—¿Me concede este baile, lady Levenson?

—Con gusto.

Eleanor aceptó el brazo que Vane le ofrecía y se dejó llevar hasta la pista de baile. El conde colocó su mano en la parte baja de la espalda de la joven y la guió para comenzar a dar vueltas por el salón. La verdad es que Vane bailaba de maravilla, Eleanor parecía flotar a través de las demás parejas de baile. Fijó su mirada en los ojos del conde y pudo distinguir vetas de color esmeralda en sus ojos castaños. Los labios de Vane dibujaron una sonrisa, y Eleanor no tuvo más remedio que devolvérsela.

—Parece que se divierte, Lady Levenson —dijo el conde.

—Mucho. Había olvidado cuánto me gusta bailar.

—Espero que me permita concederle el capricho tan a menudo como el decoro lo considere oportuno, milady. Es una delicia bailar con usted.

Eleanor se relajó entre los brazos del conde, y por un segundo olvidó a Anthony, su dolor y su tristeza. Por un momento tan solo fue una dama disfrutando de un baile junto a un caballero apuesto, y le gustó mucho sentirse de nuevo así.

De pronto, los músicos dejaron paulatinamente de tocar. Las parejas se detuvieron en mitad de la pista a mirar con absoluta fascinación hacia la

puerta de la sala, y los murmullos inundaron la habitación. Vane dejó caer las manos al seguir esas miradas y descubrir lo que había causado tanto revuelo.

—¡Santo cielo! —susurró.

Eleanor volvió la cabeza para mirar en la misma dirección, y su corazón dejó de latir al ver la figura alta y esbelta que entró en el salón seguido de Ivette y Stefan. No... no podía ser... ¿Acaso estaba inmersa en un maravilloso sueño? La reina victoria se levantó de su asiento lentamente, como si temiera terminar desmadejada en el suelo, y corrió hacia él con los ojos anegados en lágrimas, dejando de lado cualquier atisbo de protocolo.

—¡Eres tú! —sollozaba— ¡De verdad eres tú!

—¡Por Dios santo! —exclamó el príncipe— ¿Huntington?

—Excelencia... —dijo Anthony inclinando la cabeza, pues el abrazo de la reina le impedía hacer una reverencia.

—¡Déjate de formalidades, Tony! —protestó Victoria— ¿Dónde has estado? ¡Creímos que habías muerto!

—Compórtate, Victoria —la reprendió Alberto—. Estamos en Almack's.

—¡Me importa muy poco dónde estemos! —exclamó la reina— Mi querido Tony ha vuelto a casa sano y salvo y estoy tan contenta que sería capaz de gritar.

Eleanor observó la escena como si fuesen parte de un sueño. Empezó a verlo todo borroso, y cuando los ojos grises de Anthony se posaron sobre ella con tanta intensidad como en el pasado se acercó a él con pasos erráticos. Había perdido mucho peso, y sus fuertes músculos apenas se distinguían a través de la chaqueta de ante que llevaba puesta. Su antiguo olor a sándalo y madera había sido sustituido por uno más intenso que no logró descifrar. Alargó la mano hasta posarla sobre el chaleco de seda para cerciorarse de que era real, no una visión, y apretó la tela entre sus dedos antes de mirarle a la cara con asombro.

—¿Anthony? —susurró.

Él no tuvo tiempo a contestar. Sus piernas flaquearon, el mundo se esfumó a su alrededor y cayó desmayada en los brazos de su amado.

Anthony sintió una descarga recorrer todo su cuerpo al posar su mirada en la muchacha que acababa de desmayarse entre sus brazos. La conocía, aunque no la recordase sabía que la conocía con tanta certeza que se sintió mareado. Recordaba nítidamente el sabor de sus besos, el olor de su perfume y el sonido de su risa. También recordaba el tacto de su piel de terciopelo, la forma de sus senos turgentes y el tacto de su sedoso cabello entre los dedos. Sacudió la cabeza para reponerse y llevó a la dama a una sala contigua. La colocó con cuidado sobre una otomana cercana y apartó un mechón de cabello que caía por su frente para observarla con atención. Se sentía abrumado por su presencia, y le inundó la imperiosa necesidad de llevarla hasta el lecho más cercano para hacerle el amor en cuanto despertara. Acarició suavemente su mejilla, pero su cuñada le apartó y pasó un bote de sales bajo la nariz de la muchacha para despertarla.

—Despertará en un momento —aclaró Ivette, que estaba bastante calmada.

—Ha sido la impresión —dijo su hermano.

—Ella es Eleanor, ¿verdad? —susurró Anthony sin apartar la mirada de ella.

—¿La recuerdas? —preguntó Stefan sorprendido.

—No, pero sé que es ella. No puedo explicarlo, pero lo sé.

—Esperad un momento —dijo la reina mirando a los dos hombres—. ¿No recuerdas a Ely?

—No recuerda nada, Vicky —aclaró Stefan—. Ni su vida, ni a su familia... nada.

—Lo único que recuerdo es haberme golpeado la cabeza con unas rocas al caer de un barco, majestad —dijo Anthony.

—Sigo siendo tu amiga Vicky aunque no me recuerdes, Tony.

—Debo acostumbrarme de nuevo a ello —se disculpó él.

—¿No has sentido nada al verla? —preguntó Ivette.

—Es muy extraño. Su olor me resulta familiar, y sé cómo es su risa sin haberla escuchado. Es una locura, lo sé, pero...



—No es ninguna locura —dijo la reina acariciándole el brazo con cariño—. Tú no la recuerdas, pero sí lo hace tu corazón.

En ese momento, la joven abrió sus ojos color avellana y volvió a fijarlos en él. Se levantó de un salto del sillón y se lanzó a sus brazos sollozando, y Anthony acunó su cabeza junto a su hombro. Sus manos temblaban al tocarla, y de su garganta escaparon susurros de aliento hasta que la tormenta amainó.

—Has regresado, mi amor... —susurró Ely acercando sus labios a los de Anthony.

En ese momento Anthony se acordó de su cicatriz y se apartó con brusquedad de ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eleanor— ¿Por qué me rechazas?

—Ely, vamos al jardín —la interrumpió Ivette sacándola de la sala—. Te lo explicaré todo.

Eleanor se dejó arrastrar por su amiga sin apartar la mirada de Anthony, que permaneció quieto en el sitio y apartó la mirada de ella.

—¿Lo sabías? —espetó Eleanor a su amiga— ¿Sabías que ha regresado?

—Lleva en casa un par de días —reconoció Ivette.

—¿Lo sabías y no me dijiste nada! ¿Por qué?

—Anthony ha perdido la memoria, Ely.

—No... —Eleanor negó con la cabeza alejándose de su amiga—. Estás mintiendo, me ha recordado.

—Al escapar del *Quimera* se golpeó la cabeza contra unas rocas, Ely. No recuerda absolutamente nada.

—¿Y por qué me ha abrazado? ¡Me recuerda, Ivy! ¡Me recuerda!

—Lo ha hecho por cortesía, Ely. Yo también caí en sus brazos llorando al verle.

—¡Otra vez no! —gimió al recordar la amnesia de su hermano— ¡Ya tuve bastante con Francis!

—Lo sé, pequeña.

—Le haré recordarme de nuevo —sentenció—. Conseguiré que recupere la memoria igual que hizo Francis.

—Esto es distinto, Ely. No se trata solo de su memoria.

—¿A qué te refieres?

—Anthony ha cambiado. Ya no es el mismo que conociste y debes hacerte a la idea.

—¿Es por lo que le hicieron en ese barco?

—Eso creo.

—No importa. Volveré a conseguir que me ame.

—No será nada fácil, Ely. ¿Acaso no te has fijado en su rostro?

—¿Qué le pasa a su rostro?

Eleanor cayó en la cuenta de que Anthony llevaba la mitad del rostro cubierto con una máscara de seda blanca.

—¿Por qué lo lleva oculto?

—Las rocas le han desfigurado el rostro. el doctor Brown dice que tendrá una cicatriz que le cruzará toda la cara.

—¿Pero se curará?

—¡Sí, sí! Por suerte la persona que se ocupó de él supo curarla muy bien y no hay riesgo de infección.

—¿Entonces cuál es el problema?

Ivette inspiró hondo y la miró con fijeza.

—No debería ser yo quien te lo dijera, pero creo que tienes que saber algo. Anthony habló ayer con tu hermano, le dijo que siguiera adelante con tu compromiso con Vane.

—¿Qué?

—No quiere casarse contigo, tesoro. No quiere casarse con nadie.

Eleanor se dejó caer en un banco con el corazón completamente destrozado... una vez más. Anthony había vuelto, pero no era el mismo

hombre que marchó a América para volver a casarse con ella. Por un segundo había creído que le había recuperado, pero no había sido más que un espejismo. Por desgracia, su amor por ella se había esfumado junto con su memoria.

## Capítulo 7

De pronto, la idea de permanecer en ese baile un segundo más le pareció a Eleanor insoportable. Se alejó de su amiga y regresó al salón en busca de su hermano, que hablaba con Stefan. El muy traidor... había sabido todo el tiempo que Anthony había regresado y no había tenido la decencia de contárselo, y aunque el marqués le hubiese dicho que siguiera adelante con el compromiso con Vane ella tenía derecho a saber de su regreso.

Se acercó a ellos con paso decidido y miró a su hermano con reproche.

—Quiero irme a casa —dijo.

—Ely, no creo que sea decoroso marcharse tan pronto —dijo su hermano con cautela.

—Últimamente hay muchas cosas que das por sentado, Fran, pero pienso irme a casa tanto si me acompañas como si no.

—Ely... —advirtió su hermano.

—Muy bien, si quieres que hablemos de por qué me habéis ocultado que Anthony estaba vivo en medio de este salón...

—Llévala a casa, Fran —intervino Stefan—. Será mejor para los dos.

—Está bien. Ve a despedirte de Vane, iré a por tu abrigo.

Ely se volvió con ímpetu y caminó hasta el otro extremo del salón, donde se encontraba el conde hablando con otros caballeros.

—¿Podemos hablar un segundo, lord Vane? —preguntó.

Vane asintió y le ofreció el brazo para apartarse de sus acompañantes lo suficiente como para que no escuchasen su conversación.

—¿Se encuentra bien, milady? —preguntó— Me tenía preocupado.

—No me encuentro demasiado bien y le he pedido a mi hermano que me

lleve a casa.

—Entiendo. Es por Huntington, ¿no es cierto?

—No puedo mentirle. Su regreso me ha dejado un poco aturdida.

—En ese caso, milady, retiro formalmente mi oferta de matrimonio, aunque espero que podamos ser amigos.

—Se lo agradezco de veras, milord. Todos los que creía mis amigos me han decepcionado.

—¿Qué le parece si me cuenta lo que ocurre? Le vendrá bien desahogarse.

—Tal vez en otra ocasión, milord. Ahora estoy muy cansada y quiero irme a casa.

—En ese caso, que descanse, lady Levenson —dijo Vane besando su mano enguantada—. Y acépteme un consejo, todo se verá mucho más alentador por la mañana.

—Ojalá tenga razón.

Eleanor hizo una reverencia y se encaminó hasta la puerta, donde la esperaba su hermano, pero en vez de detenerse y permitirle ayudarla a ponerse el abrigo se lo arrancó de las manos sin contemplaciones y se dirigió con paso enérgico hasta su carruaje.

—¿No piensas hablarme? —preguntó Francis cerrando la puerta del carruaje tras de sí.

—Este no es un buen momento, Fran. Hablaremos cuando estemos en casa y yo haya conseguido calmarme.

Hicieron todo el camino en silencio. Eleanor no apartó su mirada de la ventana por miedo a terminar saltando antes de tiempo. Debía ser una dama recatada y obediente, pero en ese momento su sangre bullía con tal intensidad que de buena gana habría aporreado a su hermano con su zapato de baile por haber sido tan canalla. Cuando llegaron a casa, ella subió los escalones de la entrada de dos en dos, y en cuanto su hermano cruzó la puerta clavó su dedo índice en su pecho.

—¡Cómo has podido! —espetó— ¡Cómo has podido ser tan canalla!

—Cálmate, Ely...

—¿Que me calme? ¡Lo sabías, Fran! ¡Lo sabías y me lo ocultaste, maldito canalla!

Beth bajó las escaleras lo más deprisa que le permitió su enorme barriga al oír los gritos de su cuñada.

—¿Se puede saber qué os pasa a vosotros dos? —protestó.

Francis miró a su esposa un instante, y ella suspiró bajando los escalones que la distanciaban de su cuñada.

—¿Tú también lo sabías? —espetó Ely.

Beth asintió y bajó la cabeza, avergonzada

—¡Claro que lo sabías! ¡Todo el mundo lo sabía menos yo! ¡¿Cómo habéis podido ocultarme que Anthony no está muerto?!

Su hermano intentó acercarse a ella para abrazarla, pero ella apartó su mano de un golpe.

—¡No te atrevas a tocarme! ¿Crees que puedes arreglarlo todo dándome una palmadita en la espalda?

—Ely... creí que era lo mejor para ti.

—¿Lo mejor para mí? ¡Estaba muerta por dentro por su pérdida, Fran! ¡Saberlo me ha devuelto a la vida!

—¿Y de qué sirve que lo sepas? ¡Te ha rechazado cuando has intentado besarle!

—¡Si me hubieses contado lo que dijo acerca del compromiso no habría hecho el ridículo! ¡Todo es culpa tuya, Fran! ¡Tuya y de tu manía de protegerme de todo!

—Ely... —intentó intervenir su cuñada.

—¡Tú cállate! Eres tan culpable como él —sollozó— ¡Confiaba en ti, Beth! ¡Confiaba en ti y me has traicionado!

—Creíamos que Anthony no aparecería en el baile —reconoció Fran—. Creímos que podrías disfrutar de tu primer baile sin preocupaciones. Lo siento.

—Ahora ya no importa, ¿verdad? Anthony debe pensar que soy patética por intentar besarle a pesar de que te dijo que no quería seguir adelante con nuestro compromiso.

—No estabais comprometidos.

—¡No formalmente, maldita sea, pero lo estábamos!

—Ely... —susurró Beth.

Eleanor subió las escaleras derrotada y se dejó caer sobre la cama con los ojos anegados en lágrimas. Su familia le había fallado, Fran y Beth la habían decepcionado. Tony estaba vivo, pero ya nunca querría volver a saber nada de ella. Se borró las lágrimas con furia del rostro y salió al balcón. El aire fresco de la noche reseco sus mejillas húmedas, pero no le importó. Miró la luna como cada noche desde que Anthony se había marchado. Él le dijo que esa luna les uniría a pesar de la distancia, que nada ni nadie lograría separarles. Entró en el dormitorio con la intención de recuperar a Anthony, costase lo que costase.

Anthony permanecía sentado en el salón donde los caballeros bebían whisky o fumaban puros alejados de las damas, pero no prestaba atención a nada de lo que ocurría a su alrededor. Se sentía abrumado por el cúmulo de sensaciones que le había recorrido al encontrarse con Eleanor Levenson. No podía recordar ninguno de los momentos que vivieron juntos, pero lo que había sentido al tenerla entre los brazos era sin duda fruto de la pasión, una pasión abrumadora e intensa que le había dejado sin aliento. En cuanto sus ojos almendrados se posaron sobre él su corazón dio un vuelco en su pecho, y deseó con todas sus fuerzas acercarse hasta ella para atraparla entre sus brazos y besarla hasta dejarla sin aliento. Pero su cicatriz era una carga que no podía obviar. Eleanor no se merecía cargar con un hombre deformado por el resto de su vida por mucho que él la deseara.

Su hermano se acercó a él sacándole de sus cavilaciones y se sentó a su lado con una copa de whisky similar a la que él sostenía entre los dedos desde hacía rato. Esperó pacientemente a que Stefan comenzase su sermón, pero este nunca llegó. —Suéltalo ya, Stefan —protestó al cabo de un rato — ¿Que suelte qué?

—Di lo que tengas que decirme, ambos sabemos que mi comportamiento

ha sido deplorable.

—Ya eres mayorcito para que tenga que ir detrás de ti sermoneándote por tus actos, Tony.

—Tienes razón, lo soy.

—Además, tendrás suficiente con Ivette, te lo aseguro.

—Tu mujer no me da miedo —dijo con una sonrisa.

—Pues créeme, debería dártelo. Está muy enfadada y no dudará en hacértelo saber en cuanto nos vayamos a casa.

—En ese caso debería marcharme ya —contestó levantándose—. Si me marchó por mi cuenta no tendrá ocasión de hacerlo, ¿no es cierto?

—No te librarás tan fácilmente, Tony. Ni por asomo.

—Entonces iré a dar una vuelta por el salón de baile. Me molesta enormemente el humo del tabaco.

—Tú fumas, Tony.

—Antes tal vez sí, pero ahora no lo soporto.

—¿Te encuentras bien? —preguntó por fin su hermano.

—La verdad es que no lo sé.

Anthony volvió al salón de baile e inspiró hondo para enfrentarse a la alta sociedad. Se sentía incómodo por las miradas curiosas de la gente, pero sobre todo por los cuchicheos sobre su paradero, su máscara y su comportamiento. Había quedado patente que el Anthony de ahora no tenía nada que ver con el marqués de Huntington que todos conocían, pero iban a tener que acostumbrarse.

Divisó a su hermana al otro lado del salón y se adentró entre la multitud para llegar hasta ella. En cuanto le vio, le miró con cariño y enganchó el brazo al suyo para pasear alrededor de la pista de baile.

—Deberías haber esperado un poco antes de volver a enfrentarte a la alta sociedad, Tony —le reprendió.

—Créeme, lo sé. Todos me miran como si fuese un mono de feria.

—Están sorprendidos de verte, hermano. La mayoría de los asistentes acudieron a tu funeral.

—Un funeral que no debería haberse celebrado.

—Te buscamos por todas partes pero no encontramos ningún indicio de que estuvieses vivo. No puedes culparnos por ello.

—Me he encontrado con Eleanor, Sarah —dijo a bocajarro.

Su hermana se detuvo en seco y le miró a los ojos con detenimiento.

—No la he reconocido —dijo él adivinando sus pensamientos.

—¿Estás bien?

—En absoluto. He sentido un cúmulo de sensaciones tan intenso que me ha dejado mareado.

—La amas, Tony. Eso es lo que has sentido.

—¿Amor? Yo no he hablado de amor.

—¿Entonces?

—He sentido lujuria, Sarah. Lujuria en estado puro.

—¿Cómo dices?

—De buena gana la metería en mi cama, ¿pero casarme con ella? Dudo mucho que esas fueran mis intenciones respecto a ella. Stefan dice que nadie sabía de mis intenciones. ¿Y si todo fuese fruto de la mente fantasiosa de una niña enamorada?

—Nadie sabía que ibas a pedir su mano excepto la reina. Se lo confesaste el día antes de tu marcha para que te diese su consentimiento, y me parece que Vicky es cualquier cosa menos una niña fantasiosa.

—En cualquier caso ya no importa. Le dije a su hermano que siguiese adelante con su compromiso con Vane.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No creo que sea justo para ella intentar recordarla, Sarah.

—Eso es una tontería y lo sabes.



Anthony desvió la mirada.

—Es por la cicatriz, ¿verdad? —adivinó su hermana.

—¿Crees que ella sería capaz de mirarme a la cara, Sarah? ¿Crees que Eleanor sería capaz de acostarse conmigo tras ver la cicatriz?

—¿Pero qué tonterías estás diciendo? Ely no es tan superficial, Tony.

—Soy un monstruo, Sarah. No puedo hacerla cargar con eso el resto de su vida.

—¿Quieres parar de decir eso? Tu aspecto mejorará con el tiempo, lo dijo el doctor Brown.

—¡Qué sabrá él!

—Pues mucho, es médico.

—Además, no soy el mismo hombre que era antes. Tal vez no le guste el cambio.

—Es cierto que has cambiado, pero...

—No insistas más, Sarah. He tomado una decisión al respecto y no pienso cambiar de opinión.

—Está bien, haz lo que quieras. Solo espero que no termines por arrepentirte de lo que estás haciendo.

—No lo haré. Y ahora debería volver a casa. Creo que todo esto está siendo demasiado para mí.

—Iré a hablar con Stefan y...

—Déjalo, me iré solo. Ivette estará deseando echarme un buen sermón, y la verdad es que no tengo ánimos para escucharla. Discúlpame ante nuestras anfitrionas, ¿quieres?

Su hermana asintió y le vio alejarse hasta la salida. Estaba tan apenada... Su hermano había cambiado tanto en estos meses que apenas le conocía, pero estaba segura de que si recuperaba la memoria la amargura que sentía desaparecería para dar paso al joven alegre y divertido de antes. Solo le quedaba rezar porque ese día llegase pronto... o perdería al amor de su vida.

Anthony tomó un coche de alquiler para volver a casa. No tenía ganas de

enfrentarse a su cuñada, estaba cansado y quería dormir. En cuanto llegó a su casa se deshizo de su ropa y se metió entre las sábanas, pero el sueño no tenía intención de hacer acto de presencia. En su lugar, imágenes de Eleanor Levenson llenaron su cabeza... imágenes tan eróticas y sensuales que Anthony maldijo al notar su erección. Se levantó de la cama y sumergió la cabeza en el lavamanos lleno de agua helada para que el ardor que sentía desapareciese, pero fue incapaz de alejar de su mente el rostro de la muchacha. Era una auténtica locura pensar en ella, debería volver a la cama y dejar de fantasear con una mujer que jamás sería suya. Volvió a recostarse sobre las almohadas, pero un ruido en la planta de abajo le hizo incorporarse de golpe.

—Lo entiendo, excelencia, pero... —se oyó decir a Nicholas.

Antes de que le diera tiempo siquiera de vestirse, Ivette irrumpió en la habitación haciendo que la puerta chocara contra la pared.

—¿Pero qué haces aquí? —protestó cubriéndose con las mantas— ¡Estoy desnudo!

—¡Como si fuera a asustarme a estas alturas por ver a un hombre desnudo! —dijo ella sin aminorar el paso.

Cuando las puntas de sus zapatos de baile chocaron contra el borde de la cama, hundió un dedo enguantado en su pecho, haciéndole gemir de dolor.

—¿Quién demonios te has creído que eres para tratar así a mi amiga? —espetó.

—¿Y yo qué he hecho?

—¡La has dejado en ridículo, Tony! ¿Cómo has podido?

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que le devolviese el beso para crearle falsas esperanzas?

—¡Podrías haber sido un caballero! Pero veo que has olvidado tus modales en el tiempo que has pasado alejado de nosotros.

—¡Me sentía abrumado, Ivy! —protestó— ¡Todo esto es demasiado intenso para mí!

—¡Te dije que era muy pronto para ir a los bailes!

—No me refiero solo a los bailes. ¡Es todo! Llevo apenas dos días en Londres y el número de mujeres que han llorado sobre mi pecho es abrumador. Todos me conocéis, pero yo estoy perdido con personas que no recuerdo y que me tratan como si lo hiciera.

Ivette se quedó mirándole con los ojos como platos e inspiró con fuerza.

—Siento mucho que el cariño de tu familia te parezca abrumador, Anthony.

—No he querido decir eso, Ivy.

—Tranquilo, no volveremos a molestarte —contestó ella dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Ivy, espera! —No obtuvo respuesta—. ¡Ivette!

Anthony golpeó la almohada con fuerza, visiblemente frustrado. No dejaba de meter la pata, primero con Eleanor y ahora con Ivette. ¿Por qué no podía ser todo más sencillo? Con Gillian no tenía tantos quebraderos de cabeza. A ella le podía decir las cosas sin tapujos y nunca se daba por ofendida. Se tumbó en la cama pensando en ella... ¿Qué estaría haciendo? ¿Cómo le iría ahora que no tenía que cuidarle constantemente? Se levantó y se dirigió a su escritorio para escribir una nota. Al día siguiente se acercaría al banco y le haría un pago justo por sus servicios. No quería que pasara apuros económicos, y si estaba en su mano remediarlo...

A la mañana siguiente, Eleanor se levantó mucho más animada que de costumbre. Tenía un plan, llevaría a Anthony a todos aquellos lugares en los que habían estado juntos e intentaría que los recordase poco a poco. Tal vez así él cambiase su opinión respecto a su compromiso y volvieran a estar juntos. Bajó a desayunar tarareando una bella canción irlandesa, y su cuñada la miró desde el otro lado de la mesa con una mezcla de alegría y arrepentimiento que casi le da ganas de reír.

—Buenos días, Ely —susurró.

—Aún no te he perdonado —protestó ella.

—Siento no habértelo dicho, pero tu hermano y yo creímos que sería lo mejor para ti.

—Pues no lo fue.

—Créeme, si hubiese sabido que Anthony se presentaría en el baile de Almack's habría insistido en contártelo, pero pensé que esperaría algún tiempo antes de volver al ajetreo de la alta sociedad.

—Tenía derecho a saberlo, Beth. Me da igual que asistiera a Almack's o al último baile de la temporada. Yo tenía derecho a saber que había vuelto.

—Tienes razón y lo siento muchísimo.

—No soy una débil dama a la que tengáis que proteger, Beth. Creo recordar que tengo solo un año menos que tú.

—Es cierto, pero...

—¿Podemos dejar el tema, por favor? Tengo asuntos que atender esta mañana.

—¿Y se puede saber cuáles son esos asuntos? —preguntó su hermano desde la puerta.

—Beth, por favor, dile al estúpido de mi hermano que mis asuntos no son de su incumbencia.

—Le tienes ahí mismo —contestó su cuñada divertida— ¿Por qué no se lo dices tú?

—¿Quieres que te perdone o no? —protestó ella.

—Fran, dice tu hermana que...

—¡La he oído, Beth, por amor de Dios! —exclamó Francis exasperado— Y por si no lo recuerdas, pequeña ingrata, soy tu tutor y por tanto responsable de ti.

—¡Ingrata! —bufó Eleanor— Hice el ridículo más absoluto por su culpa y encima tiene la desfachatez de llamarme ingrata.

Eleanor soltó la servilleta sobre la mesa con más fuerza de la que pretendía y se levantó dispuesta a abandonar el salón.

—Me voy a vivir con mamá —bufó—. Al menos ella no me hace preguntas sobre mis asuntos.

—Vuelve aquí, Ely —ordenó su hermano.

—Ni lo sueñes. Estoy harta de que me trates como si fuera una niña.

—Eres una niña. Solo tienes dieciocho años.

—¡Soy una mujer, Fran! Puede que aún no tenga la mayoría de edad, pero te aseguro que pienso y siento como una mujer. Y si no eres capaz de ver eso es mejor que me vaya a vivir con mamá.

—¡Mamá se ha ido! —exclamó él, dejándola perpleja.

—¿Cómo que se ha ido?

—Ha regresado a Bath.

—Muy bien, entonces le pediré a tía Regina que me permita quedarme en su casa.

—Eleanor... te estás pasando —advirtió su hermano.

—¿En serio? Pues yo creo que no.

Dicho esto, Eleanor subió a su habitación dando un portazo.

—¡Maldita sea! —gritó su hermano frustrado.

—Cálmate, Fran. No conseguirás nada de esta forma —dijo Beth.

—¿Cuándo se ha vuelto tan testaruda, Beth? Ella antes no era así.

—¿Puedes culparla? Le ocultamos que Tony no está muerto, Fran. Deberíamos habérselo dicho en cuanto lo supimos.

—Tienes razón, no ha muerto pero tampoco la quiere. Intenté evitarle más sufrimiento.

—Nuestras intenciones eran honorables, tienes razón, pero nos hemos equivocado. Sube a hablar con ella, discúlpate como he hecho yo y déjala que salga sin hacer preguntas.

—Tú sabes dónde va —la acusó su marido señalándola con el dedo.

—Tengo una leve sospecha.

Francis se quedó mirándola con una ceja arqueada y Beth rompió a reír a carcajadas.

—Tu mirada desafiante no me intimida, querido esposo. Ve a hablar con

tu hermana y tal vez te cuente lo que creo que va a hacer.

Su esposo suspiró y bajó los brazos, derrotado. Subió al piso de arriba a hablar con su hermana, pero por mucho que golpeó la puerta no obtuvo respuesta por su parte.

—Ely, por favor, déjame entrar.

El silencio fue su única respuesta.

—He venido a disculparme. Tienes razón, me excedí al ocultarte el regreso de Anthony, pero no quería causarte más sufrimiento del que ya padecías.

Suspiró ante el silencio de su hermana. ¿Tan grave era lo que había hecho que no se merecía ni una sola respuesta?

—Ely, por favor, deja de comportarte como una niña. Dices que eres una mujer, pues pórtate como tal. ¿Ely? ¿Te encuentras bien?

No era normal tanto silencio. Francis intentó abrir la puerta, pero esta permanecía cerrada por dentro. Tras un par de empujones logró sacarla de sus goznes para encontrarse una sábana colgando por la ventana y la habitación completamente vacía. Su hermana se había escapado sin decir ni una palabra.

—¡Maldita niña!

Beth subió las escaleras todo lo deprisa que le dieron sus piernas al oír los gritos de su marido.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué gritas de esa manera? —preguntó.

—¡Se ha escapado! ¿Puedes creerlo? ¡Se ha escapado por la ventana?

—¿Por la ventana?

Beth tuvo que aguantarse las ganas de reír para no contrariar más a su marido. Entró en la habitación y se asomó a la ventana para comprobar que la soga improvisada de su cuñada llegaba hasta el suelo frente a la ventana del despacho de Fran.

—Eleanor se ha vuelto loca —susurró—. Podría haberse roto el cuello.

—¿Cómo se atreve a desobedecerme de esa manera? —gimió Fran.

—No seas exagerado, Fran. Lo que ha hecho no es tan grave.

—¿En serio? ¡Se ha escapado!

—No exactamente. Yo no te escuché ordenarle permanecer en casa, verdad?

—¿Y por qué no se ha ido por la maldita puerta como las personas civilizadas?

—Porque sabía que te pondrías a gritar como un poseso y quería vengarse de ti.

—¿Cómo estás tan segura?

—Bueno... es lo que la antigua Beth habría hecho en su lugar —contestó con una sonrisa—. Cálmate, ya volverá.

—¿Tan mal me he portado con ella para que se comporte así?

—Claro que no, mi amor —dijo su mujer abrazándole—. Tú eres un buen hermano, pero ella está dolida y reacciona de manera exagerada.

—Siempre hemos estado muy unidos, no entiendo su cambio de actitud.

—Piensa que la hemos traicionado al ocultarle el regreso de Anthony y se ha alejado de nosotros. Cuando se calme pensará las cosas mejor y se dará cuenta de que no pretendíamos hacerle daño.

—¿Qué puedo hacer para recuperarla, Beth?

—Dale espacio. Déjala que haga sus cosas sin inmiscuirte, tal vez así logremos volver a llegar a ella.

—¿Y si no es así?

—Ya nos preocuparemos por eso entonces. Por ahora, tal vez sea buena idea que le pidas a lady Pembroke que se haga cargo de ella durante la temporada.

—¡Pero es mi hermana, Beth!

—¿Crees que no lo sé? Si quieres que considere desposarse con el conde de Vane tienes que dejarla volar a su aire. Si estás pendiente de ella le rechazará únicamente por despecho y se quedará solterona.

—Muy bien, mañana mismo iré a hablar con tía Regina para pedirle que acoja a Ely bajo su ala.

Beth se sentó junto a su marido y le abrazó.

—Estará bien, Fran, ya lo verás.

—Creo que todo este asunto está siendo demasiado para ella. Tengo miedo de que termine rompiéndose, Beth.

—No lo permitiremos, te lo prometo.



## Capítulo 8

Anthony se levantó esa mañana sin apenas haber pegado ojo en toda la noche. Se sentía mal por haber tratado a Ivette de una manera tan ruin la noche pasada después de todo el cariño que ella le había mostrado en los días que llevaba en Londres. Su cuñada había sido con él comprensiva y cariñosa, y él le había pagado con desprecio y mal humor. Pero eso iba a cambiar a partir de ese momento. Aunque no les recordara eran su familia, e iba a agradecerles como se merecían el apoyo que le estaban brindando en esos momentos tan complicados para él.

Llamó a su ayuda de cámara con un suspiro. Si bien no iba a permitir que el hombre le vistiera como si fuese inválido, al menos pensaba darle alguna utilidad. El hombre casi le hace reír al entrar en la habitación con una sonrisa de oreja a oreja, pero se limitó a acercarse a la jofaina y lavarse la cara.

—Buenos días, milord. ¿Cómo ha dormido esta noche? —preguntó Nicholas abriendo las cortinas de par en par.

—No demasiado, la verdad. ¿Te importaría afeitarme?

—Será un honor, milord.

—¿Podrás hacerlo con esto? —preguntó el marqués señalando la cicatriz.

—Le aseguro que he afeitado a nobles con mucho peor aspecto que usted, milord. Será pan comido.

Anthony se sentó en la silla que su ayuda de cámara le ofrecía y levantó la barbilla para que le colocase una toalla bajo ella.

—¿Elimino toda la barba, milord? —preguntó Nicholas.

—No, tan solo recórtala un poco y márcala mejor.

—Muy bien, estese quieto pues.

Anthony cerró los ojos cuando el hombre extendió el cremoso jabón por su cara con una brocha, y tragó saliva al oír el sonido de la cuchilla de afeitar al ser afilada.

El mayordomo eliminó con pericia el bello de su rostro, y cuando colocó el espejo frente a él Anthony se sorprendió gratamente al ver una perilla

pulcramente recortada.

—Con una barba completa su cicatriz sería más visible, milord —explicó el sirviente—. Pensé que así quedaría mucho menos expuesta.

—Muchas gracias, Nicholas. Has hecho un gran trabajo. Saca del armario mi traje de montar, por favor. Voy a salir en cuanto desayune.

El marqués fue a colocarse la máscara sobre el rostro, pero el sirviente se lo impidió.

—Tal vez me estoy metiendo donde no me llaman y esto pueda costarme el empleo, pero no creo que deba llevar la cicatriz cubierta. No es tan horrible como usted la ve, se lo aseguro.

—Efectivamente, te metes donde nadie te llama, pero no voy a dejarte sin empleo por ello.

Agradezco tus buenas intenciones, Nicholas, pero lo que yo haga con mi cara es asunto mío.

—Permítame al menos que le unte la crema que le recetó el doctor. Así no se reseca demasiado.

Anthony asintió y dejó al hombre curarle la cicatriz a pesar de su incomodidad. Tras vestirse, bajó a las caballerizas para preparar a *Diamante* él mismo. Después de vivir un par de semanas en Telby echaba de menos trabajar con sus propias manos, así que apretó las cinchas y se montó sobre el caballo. Poco después se encontraba de pie frente al mozo de cuadra de su hermano, en las caballerizas de los Devonshire.

—Buenos días, milord —dijo el muchacho—. Su excelencia acaba de salir a dar un paseo por Hyde Park, tal vez le alcance.

—Buenos días, muchacho. No vengo a ver a mi hermano, sino a mi cuñada.

Anthony entró en la casa con paso decidido y se encontró con el mayordomo ultimando los detalles del desayuno en el salón.

—Buenos días, Christopher. ¿Está la duquesa levantada?

—Buenos días, milord —contestó él con cara de fastidio—. Lo está, pero no va a recibirle a horas tan intempestivas.

—¿Disculpe?

Christopher se acercó a él y clavó su huesudo dedo de anciano en su pecho.

—Debería darte vergüenza, jovencito, tratar así a una dama... Esa no es la educación que te dieron tus padres, no señor.

Anthony se quedó perplejo ante la familiaridad con la que le trataba el sirviente, pero en vez de enfadarse se sintió... bien. Sí, sintió que algo así era lo normal, esa actitud desafiante la recordaba.

—Siempre me has tratado como a un igual, ¿no es así, Christopher? —preguntó con una sonrisa.

—Cuidaba de ti cuando aún llevabas pañales, jovencito. Eso me da el derecho de reprenderte cuando no haces las cosas bien.

—Es por eso que quiero ver a mi cuñada, Christopher, porque sé que me equivoqué y quiero pedirle disculpas.

—Pues no sé si me apetece avisarla. Si por mí fuera te echaría a patadas ahora mismo de esta casa.

—Vamos, Chris, por favor... —bromeó Tony— Me pondré de rodillas si hace falta, pero avísela de mi visita.

El anciano mayordomo le miró con una sonrisa en sus labios.

—¡Ahí está mi muchacho! —suspiró— Sabía que no se había perdido del todo. Iré a avisarla, John le servirá un café mientras tanto.

Anthony se quedó mirando la espalda del anciano sin entender demasiado bien qué había querido decir, pero sus pensamientos se volatilizaron cuando el sirviente se acercó a servirle una taza de humeante café.

Pocos minutos después Ivette apareció en la sala con cara de pocos amigos. Pasó por su lado sin dedicarle ni una triste mirada, se sirvió un plato de comida del aparador y se sentó a comer en silencio.

—¿Qué se te ha perdido por aquí, Tony? —dijo al cabo de un rato— Creí que nuestro cariño te abrumaba.

—Pensé que no me dirigirías la palabra en todo el desayuno —dijo él

aliviado.

—Tienes suerte de que mi curiosidad supere mi enfado.

—He venido a disculparme, Ivy. Anoche no pretendía herir tus sentimientos.

—No los heriste.

—Claro que lo hice. Di a entender que me abrumaba vuestro cariño y no era eso lo que quería decir. Lo siento.

—¿Y qué pretendías decir entonces? —Anthony suspiró.

—Me siento frustrado con toda esta situación. Sois mi familia y me queréis, y me siento un impostor al no recordaros. Me sabe mal no poder corresponderos con ese mismo amor, y que me agasajéis no ayuda demasiado.

—No puedes culparnos, creíamos que habías muerto.

—Lo sé y lo entiendo, de verdad, pero vosotros debéis entenderme a mí también. Apenas he recordado un par de cosas en estos días y el doctor Brown dijo que podían pasar años hasta que lograra recordarlo todo por completo.

—Pero si no nos dejas ayudarte...

—No me estáis ayudando tratándome como si fuera de cristal. Solo tenéis que ser conmigo como habéis sido siempre, Ivy.

—¡No te hemos tratado como si fueras de cristal! —protestó ella soltando los cubiertos sobre el plato.

—Claro que lo habéis hecho. No querías que volviese a mi casa, ¿recuerdas? Y tampoco que fuera al baile de Almack's. No voy a romperme por seguir con mi vida y debes entenderlo.

—Supongo que tienes razón.

—Tu instinto maternal debe ser solo para los niños, Ivy. Yo ya soy un hombre hecho y derecho.

—Lo sé, pero...

—Mi madre me ha permitido seguir por mi cuenta, ¿por qué no puedes

hacerlo tú?

—Tu madre no vio cómo tu hermano se autodestruía al perderte —reconoció.

—Sé que tuvo que ser duro ver a Stefan de esa forma, pero no vais a volver a perderme.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé porque no pienso volver a embarcarme en lo que me resta de vida. Cuando me encuentre mejor escribiré a mis contactos de Nueva York para comprobar qué medidas tomé al respecto de mis barcos y dirigiré la empresa desde aquí, te lo prometo.

—¿Cómo sabes que tienes negocios en Nueva York? —preguntó ella con una sonrisa.

—Stefan me lo habrá dicho.

—No, no lo ha hecho.

—Pues tal vez Francis, no sé.

—Nadie te ha hablado de los negocios de Nueva York, Tony. Lo has recordado por tu cuenta.

La sonrisa de Ivette logró arrancarle una carcajada.

—Lo he recordado, ¿no es cierto?

—Así es, lo has hecho.

—¿Ves? Solo necesito seguir viviendo mi vida como de costumbre.

—Tal vez tengas razón —suspiró ella.

—¿Serás capaz de evitar preocuparte tanto por mí, Ivy? Sé cuidarme solo, te lo aseguro.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada.

—Me conformo con eso. Y ahora debo irme, no eres la única dama con la que me debo disculpar.

—¿Eleanor? —Anthony asintió.

—Si bien no voy a casarme con ella, lo menos que puedo hacer es disculparme por ello. —Deberías pensártelo mejor, Tony. Tu corazón recordará ese amor en algún momento y... —No sigas, Ivy. He tomado una decisión y nada me hará cambiar de opinión.

Anthony besó a su cuñada en la frente y salió a la calle. Ahora que todo volvía a estar bien con Ivette, se sentía mucho mejor. Tal vez eran buenos amigos antes de su marcha y por eso se había sentido tan culpable por haberla contrariado. En cualquier caso, desde su vuelta se había portado con él como una hermana y se alegraba de volver a llevarse bien con ella. Con un suspiro, puso rumbo a casa de los Sutherland. Había una dama dulce e inocente con quien también se debía disculpar.

Eleanor se sacudió las briznas de hierba que se habían quedado adheridas al bajo de su vestido y salió a la calle principal con una sonrisa triunfal. Estaba deseando ver la cara de su hermano cuando descubriese que se había escapado de casa... Así tal vez aprendería a tratarla como a una adulta y no como a una colegiala. Caminó con paso rápido hasta alejarse lo suficiente de su casa sin ser vista y puso rumbo a Hyde Park. Un paseo bajo el sol de la mañana le permitiría pensar con mayor claridad.

Se había propuesto recuperar a Anthony llevándole a los lugares en los que habían estado juntos, pero para ello necesitaba que el marqués accediese a pasar tiempo con ella. Todos decían que Anthony había cambiado, que el tiempo que había pasado en cautiverio le había hecho ser un hombre más duro, pero ella sabía que en el fondo de toda esa coraza estaba el corazón del hombre al que llegó a amar más que a sí misma. Si escarbaba un poco a través de ella, tal vez él terminaría por recordarla, porque un amor como el suyo no podía olvidarse de la noche a la mañana.

Iba tan ensimismada en sus pensamientos que no vio un parterre de flores que se cruzaba en su camino, y habría terminado de bruces sobre la hierba si los fuertes brazos de un caballero no la hubieran enlazado de la cintura.

—Cuidado, milady. Podría hacerse daño —susurró en su oído el conde de Vane.

—Gracias por salvarme, milord —contestó ella zafándose de su agarre—. De no ser por usted habría hecho el ridículo más espantoso.

—Siempre es un placer salvar a una dama en apuros, lady Levenson. ¿Qué hace por aquí a estas horas y sin carabina?

—Salí a dar un paseo. Necesitaba estar sola y pensar.

—Tiene suerte de haberse topado conmigo y no con un libertino cazafortunas, milady. No debería haber salido de casa sola.

—La verdad es que ni siquiera me he parado a pensarlo —reconoció avergonzada.

—Por suerte ya me ocupo yo de protegerla —contestó Vane ofreciéndole su brazo con una sonrisa—. Vamos, deléiteme con el placer de su compañía.

—Con sumo gusto —contestó ella con una abierta sonrisa, enlazando su brazo con el del conde.

—Supongo que pensaba en el marqués de Huntington —contestó el conde con una sonrisa.

—Así es —dijo ella bajando la mirada con tristeza.

—¿Qué ocurre? Creí que estaba enamorada de él.

—Y lo estoy, es solo que...

Vane la llevó hasta un banco cercano y la ayudó a sentarse antes de ocupar asiento a su lado.

—Puede contármelo, lady Levenson. Somos amigos, ¿recuerda?

—Anthony no me recuerda. Sufre amnesia y le ha dicho a mi hermano que siga adelante con mi compromiso con usted.

—Ya veo... pero yo he retirado mi oferta, así que...

—Ayer, por un segundo, sentí que me conocía. Pero después se cubrió con esa máscara de frialdad que luce ahora y...

—Piense que todo esto debe ser abrumador para él. Ha vuelto a una ciudad que no recuerda, con una familia bastante intensa pero a la que tampoco recuerda y con una enamorada que cae en sus brazos en cuanto le ve llegar. ¿Cómo se sentiría usted al respecto?

—Tiene razón, pero...

—Necesita tiempo para hacerse a la idea de que esta es su vida, milady. Tiene que darle tiempo para recuperarse antes de exigirle un amor que no recuerda.

—Me he propuesto llevarle a todos aquellos lugares en los que hemos estado juntos. Tal vez eso ayude.

—Es un buen comienzo, pero para ello debe ganarse su confianza. No creo que deba agasajarlo

con salidas que no desea solo para obligarle a recordar.

—Tiene razón, debo tomarme las cosas con calma, pero no tengo mucho tiempo. Si no he elegido esposo al finalizar la temporada y nadie hace una oferta por mi mano...

—Hagamos un trato. Aún no he ido a hablar con su hermano sobre el compromiso, pensaba hacerlo esta tarde, así que mantendré mi proposición... aparentemente. Si cuando la temporada llegue a su fin no ha logrado que Huntington recuerde su amor por usted, entonces nos casaremos.

—¡No puedo permitir que haga ese sacrificio por mí, milord!

—No se engañe, para mí no es ningún sacrificio casarme con una dama como usted. No puedo negar que me atrae y prefiero casarme con una amiga que pasarme otra temporada buscando una debutante adecuada con la que tal vez me pase el día discutiendo.

—¿Está seguro, milord?

—Completamente. ¿Acepta el trato?

—Lo acepto, desde luego. Gracias por la paciencia que está teniendo conmigo, lord Vane. Otro caballero en su lugar me habría mandado a paseo.

—Digamos que sé lo que es estar enamorado, lady Levenson. Y ahora la acompañaré a casa. No creo que sea adecuado que vuelva sola.

Pasaron hasta la casa Sutherland charlando sobre su posible estrategia respecto a Anthony. Vane era un auténtico caballero, apuesto, pero sobre todo era un buen hombre y se estaba portando con ella tan bien que sentía remordimientos por utilizarle de aquella manera. Desearía poder enamorarse de él, poder corresponderle en sus afectos, pero su corazón hacía tiempo que



tenía dueño, aunque ese dueño se empeñara en apartarla de él. Cuando se despidió del conde entró en la casa de puntillas, casi esperando encontrarse a su hermano en cualquier esquina dispuesto a echarle una buena regañina, pero en su lugar Beth la interceptó en las escaleras.

—Te has pasado, Ely —protestó—. Podías haberte roto la crisma.

—No ha sido para tanto.

—Claro que lo ha sido. ¿Y si se hubiese deshecho el nudo de la sábana?

—Pero no lo hizo, ¿verdad?

—No puedes seguir así, Ely. Siempre estás peleando con tu hermano y él lo único que quiere es tu bienestar.

—Lo siento —reconoció sentándose en los escalones—. Reconozco que estoy siendo muy exagerada con todo esto, pero a partir de ahora voy a cambiar.

—¿Y ese cambio de actitud? —preguntó Beth con recelo.

—Me he encontrado con Vane en el parque y hemos estado hablando durante un buen rato.

—¿En serio? —preguntó su cuñada sentándose a su lado.

—Así es, y hemos llegado a un acuerdo. Si al terminar la temporada no he logrado que Anthony vuelva a amarme me casaré con Vane.

—No creo que eso sea justo para nadie, Ely. Deberías centrarte en el conde e intentar sentir afecto por él.

—Sé que es el mejor partido de Londres, Beth, me hago cargo. Pero el conde entiende que esté enamorada de Tony y me ha propuesto que consiga recuperarle.

—¿Y qué pasará con él si vuelves con Anthony?

—Que se verá obligado a buscar esposa la próxima temporada.

—Herirás su orgullo, Ely. ¿Lo has pensado?

—¡Claro que lo he pensado! Pero él me ve como una buena amiga, no está enamorado de mí.

—¿Estás segura?

—Es lo que me ha dicho. En cualquier caso, que intente recuperar a Anthony no significa que vaya a dejar de lado mi amistad con Vane. Me gusta pasar tiempo en su compañía.

—Espero que todo esto no termine estallándote en la cara, Ely. Creo que estás jugando con fuego. —Sé lo que hago, Beth. Solo tengo que ganarme de nuevo la confianza de Tony.

—Hablando de Tony, ha venido a verte esta mañana. Parece que la pérdida de memoria también le afecta a los buenos modales.

Eleanor se recogió las faldas y salió a correr hasta la puerta.

—¿Se puede saber a dónde vas ahora? —protestó su cuñada.

—¡Voy a ver qué quería!

—¡No puedes ir sola a casa de un hombre soltero, Ely!

Pero Eleanor ya no la escuchaba. Corrió hasta las cuadras, y cuando su yegua estuvo preparada montó en ella para ponerla al galope hasta la casa de Anthony. Sabía que no era decoroso. También sabía que no era hora de visitas, pero no podía esperar para saber qué había ido a decirle Anthony esa misma mañana. Subió de tres en tres la gran escalinata de la puerta principal de la mansión Huntington y se colocó las faldas y el cabello antes de llamar al timbre. Richard, el mayordomo del marqués, la miró con asombro al comprobar que había acudido a la casa de un caballero sin carabina.

—¿Milady? ¿Qué hace aquí tan temprano? ¿Ha ocurrido algo? ¿Los duques están bien? —preguntó.

—No ocurre nada, Richard. Solo necesito ver al marqués. Es urgente.

—Me temo que el marqués no podrá recibirla en este momento, lady Levenson. Mucho menos sin una carabina.

—Bobadas. Avísele de mi llegada, por favor.

Sin más dilación, Eleanor se coló por debajo del brazo del sorprendido sirviente y se dirigió con paso decidido al salón donde tantas veces había estado con Ivette y Beth.

—Lady Eleanor, debo pedirle encarecidamente que...

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí sin una carabina decente, Ely?

La voz de barítono Anthony tronó a través de la habitación, consiguiendo que su corazón diese un vuelco y comenzara a latir a mil por hora. Ella, en vez de sentirse intimidada por el arranque de furia del marqués, le miró con una gran sonrisa en los labios. Estaba tan guapo que tuvo que tragar saliva para poder hablar. No llevaba pañuelo al cuello ni chaleco, y su camisa estaba abierta hasta el inicio del esternón. Eleanor sintió el escandaloso deseo de tocar aquel amplio pecho masculino, de sentir entre sus dedos la carne musculosa que vislumbraba bajo la batista. Anthony arqueó una ceja ante su escrutinio, y ella carraspeó antes de acercarse al inicio de las escaleras.

—Me ha dicho Beth que fuiste a verme esta mañana —dijo con voz ronca—. He venido para saber qué querías, eso es todo.

—¿Que eso es... —Anthony se pasó las manos por el rostro, visiblemente exasperado—. ¿Y qué pretendes hacer cuando te vean salir de mi casa sin carabina? ¿Sonreír? —protestó.

—Nadie tiene por qué verme.

—Vivo en Mayfair. Apuesto a que a estas horas las calles ya están infectadas de gente. Créeme, te verán salir de aquí, ¡y yo estaré en serios problemas!

—¿Quieres calmarte? Nadie se sorprenderá de verme salir de tu casa, lo he hecho ya millones de veces.

—¡Con carabina, Ely, maldita sea! ¿Es que no piensas las cosas? ¡Tu reputación quedará arruinada y me veré obligado a casarme contigo!

—No me importa mi reputación. Además, deseo casarme contigo. ¿Cuál es el problema?

—¡Que yo no quiero hacerlo!

Por un fugaz momento, Anthony pudo ver el dolor reflejado en los ojos de Eleanor, pero pronto la muchacha forzó una sonrisa mordaz.

—Antes no pensabas así, y conseguiré que cambies de opinión —

sentenció.

El duque elevó los ojos al cielo, pasó por su lado como un rayo y se encaminó hasta la cocina, donde uno de sus sirvientes desayunaba con la cocinera.

—Por favor, James, ve inmediatamente a casa de mi hermano y entrégale esta nota a mi cuñada —ordenó garabateando algo en un papel—. Date prisa, por favor. Es de suma importancia que la reciba.

El joven asintió y cogió su gorra para salir de la casa a la carrera, y él volvió a lidiar con la joven Eleanor. La cogió de la muñeca al pasar por su lado y la llevó al salón, donde se enfrentó a ella.

—En cuanto Ivette venga a buscarte te marcharás y no volverás a esta casa si no es con una carabina adecuada —ordenó apuntándola con un dedo—. Mucho mejor, no vuelvas jamás, ya no eres bien recibida. ¿Me he explicado con claridad?

—No eres mi hermano ni tampoco mi prometido, así que no puedes darme órdenes como si lo fueras —protestó ella poniéndose de pie.

—Richard, déjanos solos —ordenó Tony al mayordomo sin apartar la vista de ella.

—¡Pero Milord!

—He dicho que te marches —dijo con más calma de la que sentía.

En cuanto el sirviente salió de la habitación se acercó a ella con paso decidido, y aunque Ely tuvo el buen tino de alejarse de él, terminó por arrinconarla contra la pared del aparador. Sentía la sangre bullir en sus venas, una mezcla de ira y deseo que le dejó mareado. ¿Cómo se atrevía esta mocosa insolente a desestabilizarle de aquella manera? ¿Acaso creía que por el hecho de haber intercambiado con ella un par de besos tenía derecho a hacerle bailar a su antojo?

—¿A qué has venido realmente, Eleanor? —susurró junto a su oído.

—Ya te lo he dicho —tartamudeó ella—. A ver qué querías de mí.

—¿Seguro que solo has venido por eso? Yo creo que no.

El ronco y sensual tono de su voz hizo que Eleanor se estremeciera de

placer. De repente se encontró mirando la carnosa y tentadora boca del marqués, recordando el sabor de sus besos, pero apartó la mirada para no terminar sucumbiendo al deseo de ponerse de puntillas para besarle.

—¿Qué es lo que realmente buscas, Ely? —ronroneó Tony— ¿Que te seduzca como si fueras una vulgar ramera?

—¿Cómo te atreves? —espetó ella.

Eleanor abofeteó al marqués en su mejilla sana, y acto seguido se llevó las manos a la boca, visiblemente arrepentida.

—Lo siento, yo...

—Dicen que cuando una mujer abofetea a un hombre lo que realmente quiere es que la bese, dulzura —dijo Anthony con una sonrisa.

—¡Lo último que me apetece ahora mismo es que me beses, truhan! —mintió—. ¿Quién te crees que eres para llamarme ramera?

—Tenía entendido que me considerabas tu prometido, Ely. Y creo que los prometidos tienen licencia para tomarse ciertas... libertades con respecto a sus damas.

Anthony sonrió ante el bufido nada femenino que salió de los labios de Eleanor. No podía evitar desear provocarla, aunque solo fuera por ver encenderse aquellos ojos desafiantes. La inmovilizó de pronto con una mano e introdujo el dedo de la mano que le quedaba libre por el escote del vestido hasta hacer aflorar su pezón, consiguiendo que ella gimiera echando la cabeza hacia atrás.

—¿Lo ves, preciosa? Esto es justo lo que buscabas, ¿mmm? Que me cuele bajo tus faldas y te haga sentir lo que es estar con un hombre de verdad.

Eleanor se retorció con fuerza para escapar de su agarre y alejarse de él.

—¿Quién te crees que eres, Anthony? —escupió con los dientes apretados— ¿Cómo osas tratarme de esa manera tan cruel?

—Solo te doy lo que has venido a buscar.

—¡Eres un desgraciado!

—Tal vez lo sea, pero tú te derrites cuando este desgraciado te toca, ¿no

es así?

—¡Te odio! ¿Me oyes? ¡Te odio!

—Te aseguro que tu odio será mucho más agradable que ese amor enfermizo que sentías por mí —dijo él—. Ahora al menos podré disfrutar de la temporada sin tenerte pegada a mi espalda.

Dos enormes lágrimas rodaron por las mejillas de Eleanor mientras veía al marqués salir de la habitación sin pararse siquiera a mirarla. El hombre que salía por la puerta no era su Anthony, sino un ser despiadado y sin corazón al que no conocía en absoluto, y solo de pensarlo sintió náuseas. Se dejó caer en el sillón y un sollozo escapó de su garganta. Richard entró a toda prisa en la habitación en cuanto el marqués se marchó y se arrodilló frente a ella, preocupado.

—¿Qué le ha hecho, milady? ¿La ha forzado?

Ella negó sin dejar de llorar, y el hombre la abrazó con un suspiro.

—¡Gracias a Dios! —suspiró el mayordomo.

—¡Le odio, Richard! ¡Le detesto!

—No diga eso, pequeña. Desde que volvió no es la misma persona a la que conocíamos, y aunque aún no lo sepa necesita su amor desesperadamente.

—¿Y por qué me trata como si fuera una cualquiera? —lloró— ¿Acaso ya no me ama?

—No sé qué ocurrió en ese barco, milady, pero tuvo que ser terrible para que el marqués se haya vuelto tan despiadado. Vamos, acompáñeme a la cocina a tomar un poco de té. La duquesa de Devonshire llegará en cualquier momento para llevarla a casa.

En cuanto Ivette entró por la puerta de la cocina media hora después, Eleanor se abrazó a su amiga, llorando.

—¡Le odio! —sollozó— ¡Es un desgraciado y un malnacido!

—No deberías haber venido, Ely, ¿no te das cuenta del escándalo que podrías haber montado?

—¡Eso no le da derecho a tratarme como a una cualquiera!

—¿Qué te ha hecho, por Dios? ¿Te ha forzado?

—No, pero lo habría hecho si no me hubiera resistido.

—¿No te parece que estás exagerando un poco? Sabes que Anthony jamás haría una cosa así.

—Ese hombre no es Anthony, Ivy. No sé quién es, pero desde luego no es el hombre del que me enamoré.

—Sube al coche, Ely. Subiré a hablar con él.

—No te molestes, Ivette, me lo tengo merecido. He sido una idiota al pensar que podría recuperar su amor. Ahora me doy cuenta de que eso es imposible. Aceptaré el compromiso con Vane y reharé mi vida sin él.

—Pero Ely...

—Por favor, Ivy, llévame a casa.

Ivette sintió su corazón romperse al ver a su amiga tan desolada. Creía que Tony iba a disculparse con ella, ¿qué había pasado para que todo se hubiera convertido en un auténtico desastre? Había quedado claro que por mucho que ella interviniese, su cuñado no iba a hacer las cosas como debía, así que le diría a Stefan que hablase con él. Debía conseguir que estos dos firmasen una tregua, o de lo contrario su amiga terminaría la temporada destrozada... y sin esposo.

## Capítulo 9

Anthony subió a su despacho en cuanto Eleanor se zafó de su agarre. Si la muchacha no hubiese huido de él... No tenía ni idea de por qué su sangre había reaccionado de esa manera ante su contacto, pero había estado a punto de perder el control y tumbarla sobre la otomana para hacerle el amor. Admiraba su audacia al presentarse allí, pero no podía evitar sentirse aturdido y vulnerable ante su presencia. ¿Por qué tenía que recordar lo que sentía estando con ella? Recordó sus ojos del color del caramelo líquido, los más enigmáticos que había visto nunca, que brillaban con inteligencia y calidez. Recordó la textura marfileña de su piel, su cálida suavidad, y su miembro abultó sus pantalones de montar. Estampó el vaso de whisky que tenía en la mano en la chimenea y bajó a las cuadras a por su caballo. Cabalgó hasta *Hampstead Heath*, un frondoso bosque al norte de Londres, y puso a su caballo a la carrera hasta detenerlo en seco frente a un pequeño lago en el que varias parejas se divertían dando un paseo en barca. De pronto vislumbró en su mente el rostro de Eleanor alumbrado por el sol en una calurosa tarde de verano. La recordó sentada en una barca frente a él, cubierta por una sombrilla color vainilla, a juego con su vestido de flores, y una dulce sonrisa dedicada solo a él.

—¿Te gustan los melocotones? —preguntaba ella.

—Me encantan, sobre todo si los sirven con crema batida.

—Entonces te prepararé una tarta de melocotón y crema.

—Pero tendrá que ser un secreto, o de lo contrario mi enorme cuñada se la quedará entera para ella y el bebé.

—No te preocupes por eso. Haré otra para Ivette y así no querrá quedarse con la tuya.

—¿Has visto el tamaño de su tripa, Ely? Me temo que tendrás que hacerle a ella al menos una docena para que deje la mía en paz —bromeó él.

—Muy bien, haré dos tartas para ella y una para ti.

—Me sitúas en desventaja, mi amor —dijo él tras una risa—. En ese caso exijo que me des un beso.



—¿Aquí, donde cualquiera puede vernos?

—Nadie puede vernos, Ely. Ese árbol nos oculta de miradas indeseadas.

—¿Y si me niego?

—Entonces tendrás que llamar al doctor Brown, porque destrozará mi pobre corazón.

El melodioso sonido de la risa de Eleanor llegó a sus oídos tan nítidamente que miró inconscientemente hacia atrás para comprobar que la muchacha no se encontraba en el mismo lugar. Sacudió la cabeza, confundido. ¿Sería un recuerdo o tan solo una fantasía de su mente lasciva? Con un suspiro, dio la vuelta a su caballo para volver a la ciudad. Debía solucionar algunos asuntos con su abogado y con su banco antes de volverse completamente loco por culpa de su virilidad.

Horas más tarde, se encontraba sentado en su mesa del *White's* tomándose un café. Observaba a los caballeros con curiosidad, saludando a todos aquellos que le saludaban aunque no tuviese ni idea de quiénes eran, e incluso se atrevió a unirse a una partida de cartas que se celebraba en la mesa de al lado. Vio a su hermano entrar por la puerta y se acercó a él con un suspiro de alivio. Al menos había una cara conocida en el club...

—Buenos días, hermano —dijo Stefan—. ¿Cómo tú por aquí?

—Fui a arreglar unos asuntos y mis pies me trajeron hasta aquí.

—Supongo que será la fuerza de la costumbre.

—Tal vez, pero saludar a las personas sin saber quiénes son es un poco incómodo.

—Vamos, invítame a un café y te diré quién es cada uno.

Stefan palmeó a su hermano en la espalda y le llevó hasta su mesa, donde un sirviente había colocado dos tazas de humeante café.

—¿Cómo va todo? —preguntó dando un sorbo de su bebida.

—Me viste ayer mismo, Stef, sabes perfectamente cómo va todo.

—Mira, la verdad es que mi esposa me ha mandado a hablar contigo sobre lo que ha ocurrido esta mañana con Eleanor.

—¿Y tú obedeces órdenes de tu esposa?

—No, pero esta vez tiene razón. Creo que te has pasado de la raya.

—Eleanor se presentó en mi casa sin carabina, Stefan —protestó—. ¿Qué querías que hiciera?

—No creo que fuese necesario asustarla de esa manera, ¿no crees? Si te hubieses limitado a esperar a mi mujer no estaríamos hablando de ello ahora mismo.

—No sé qué me pasó, hermano. Me sentí furioso con ella por exponerse de esa manera, y cuando me acerqué a ella...

—Cuando te acercaste a ella, ¿qué?

—Estuve a punto de tumbarla sobre la alfombra —reconoció.

—Así que te gusta.

—No lo sé, lo único que sé es que me hace sentir cosas que no quiero sentir.

—¿Pero por qué? Ella te quiere, Tony. ¿Por qué no intentarlo? Ya es hora de que pienses en formar tu propia familia, ¿no crees?

—No quiero que Eleanor sea el hazmerreír de toda la ciudad por mi culpa.

—¿Pero de qué demonios estás hablando?

—¿Acaso no ves cómo me miran todos? ¿Es que no te das cuenta de que soy la última atracción de feria de la alta sociedad?

—¿De dónde te has sacado tremenda estupidez? ¡Están sorprendidos de verte con vida! Celebré un funeral, Tony, y la mayoría de las personas que ahora te miran asistieron a él. ¿Puedes culparles por su curiosidad?

—Es por mi cicatriz por lo que me miran, Stefan —dijo levantándose—. A partir de ahora no volveré a salir de casa, de esa forma nadie tendrá que ver mi terrible aspecto.

—No miran tu cicatriz, sino esa estúpida máscara que te empeñas en llevar puesta.

—¿Y qué crees que ocurrirá cuando sea la cicatriz la que vean, Stef?

Terminaré siendo un paria.

—Estás sacando las cosas de quicio, hermano. No sé en qué endemoniado espejo te miras tú, pero desde luego yo no pienso que esa cicatriz sea tan horrible como tú la ves.

—Eres mi hermano, Stefan, y sé que me quieres, pero se te da fatal mentir. Y ahora, si me disculpas, me voy a casa. Ya estoy harto de miradas compadecidas.

—Espera un momento, hombre —dijo Stefan levantándose—. Te acompaño.

—No hace falta, de verdad. Necesito estar solo.

—Óyeme bien, Tony. Me parece estupendo que quieras estar solo, pero no me vas a apartar de ti como intentas hacer con todos. Me da igual que te sientas observado, eres marqués y tienes que hacer honor a tu título.

—Le cedo el título a Christopher, Stef, ya no tienes que preocuparte por ello.

—¿Pero a ti qué demonios te pasa? ¿Crees que con decir eso voy a permitir que te autodestruyas? Pues estás muy equivocado. Esta noche vas a acudir al baile de la baronesa Berkeley, vas a ir con tu mejor sonrisa y vas a ignorar a las alcahuetas que te miren con curiosidad.

—No eres mi padre, Stefan, no te comportes como tal.

—¡Soy el cabeza de familia, así que me comporto como me venga en gana! —Stefan inspiró hondo para intentar calmarse—. Vendrás al baile, Tony. No hagas que tenga que llevarte por la fuerza.

Anthony miró a su hermano un segundo antes de echar a andar hasta a la puerta. Stefan vio a su hermano alejarse calle abajo. Anthony tenía un serio problema y no sabía cómo demonios ayudarlo. Se empeñaba en esconderse tras esa estúpida máscara en vez de enseñar su cara al mundo, y aunque hacía varios días que no veía la herida, estaba seguro de que la hinchazón habría bajado y apenas sería una fina línea que atravesaba su rostro. ¿Cómo podía hacerle ver que estaba equivocado si no le dejaba acercarse demasiado? Echaba de menos a su hermano, y si no lograba recuperar la memoria, temía que terminaría perdiéndole para siempre.

Eleanor entró en su casa seguida de una preocupada Ivette. Aunque el llanto hacía rato que había parado, tenía los ojos tan enrojecidos e hinchados que cuando Beth las vio aparecer corrió escaleras abajo temiendo algo mucho peor de lo que había pasado. Eleanor vio a Ivette negar suavemente ante la pregunta silenciosa de su cuñada, que tras despedir a su amiga, la abrazó con cariño y la acompañó hasta su habitación.

—Te prepararé un baño caliente y haré que te suban algo para cenar, tesoro —dijo Beth deshaciendo los lazos de su vestido.

—No tengo hambre —susurró Eleanor.

—Estoy segura de que no, pero debes comer algo para reponer fuerzas. Esta noche es el baile en casa de la baronesa Berkeley y debes estar radiante.

—No estoy para bailes, Beth. Dile a mi hermano que estoy enferma y que envíe una nota.

—Ni lo sueñes. Aún no sé qué ha pasado, pero sea lo que sea lo superarás.

—Me ha tratado como a una vulgar ramera, Beth. Eso es lo que ha pasado.

—Si no hubieras ido a su casa sin carabina esto no habría pasado, ¿no crees?

—¡Pero eso no le da derecho a tratarme así!

—Por supuesto que no. Y por eso mismo vas a ir esta noche a ese baile, Ely. Vas a demostrarle que no te afectan sus juegos sucios, vas a ser encantadora con los caballeros y vas a bailar y a divertirte.

—¿Y si él está allí?

—Pues sonrío como si nada te hubiese afectado e ignórale. No tienes que hablar con él si no quieres, nadie te lo reprochará después de haberte rechazado públicamente.

—No sé si seré capaz de hacerlo...

—Claro que serás capaz. Además, Vane estará allí y tienes que permitirte conocerle.

Beth tenía razón... siempre podía acudir a Vane ahora que eran amigos. Tal vez él pudiese darle un consejo para lograr conquistar a Anthony nuevamente, y con suerte podría aprovechar la temporada para encontrarle a su amigo una mujer dulce y dispuesta a casarse con él. Con un suspiro se levantó de la cama y dejó caer el vestido para meterse en la tina.

—Así me gusta. Ya verás como todo se arregla, cielo —susurró su cuñada enjabonándole el rizado cabello—. Cuando Vane te vea esta noche no podrá apartar los ojos de ti.

La baronesa Berkeley había sido una de las antiguas conquistas de Anthony. Lo descubrió desafortunadamente esa noche, cuando la dama en cuestión le engatusó para llevarle a la sala de música y le arrinconó entre el piano y una espantosa figura de Atenea. Anthony intentó apartarse sin recurrir a la fuerza, pero la mujer era fuerte y estaba dispuesta a conseguir lo que quería costase lo que costase.

—¡Varonesa, por favor! —exclamó apartándola con las manos.

—Sabía que terminarías volviendo a mí, Huntington —ronroneó ella intentando bajar el escote de su vestido mientras Tony lo subía—. Sabía que el matrimonio no entraba en tus planes.

—¡Le he dicho que me suelte!

La voz de Anthony no dejó lugar a dudas, y la dama en cuestión se apartó de él con un bufido nada digno.

—¿Y por qué has venido al baile entonces? Creí que significaba que volvíamos a estar juntos.

—No te recuerdo, ¿de acuerdo? No recuerdo nada de mi vida anterior.

Una idea cruzó la mente de Anthony dejándole un sabor agrídulce en los labios. ¿Había tenido una amante a pesar de estar enamorado de Eleanor? No... por mucho que la hubiese olvidado, sabía que jamás haría una cosa así. Se dejó caer en un banco cercano y se pasó las manos por el pelo.

—¿Cuándo rompimos nuestro trato? —preguntó.

—¿Cómo dices?

—¿Cuánto hace que no estamos juntos?

—Desde que decidiste cortejar a lady Levenson. En cuanto posaste tus ojos de ella las demás dejamos de existir para ti.

El alivio le inundó arrancándole una sonrisa.

—Pero se dice que estás de acuerdo con que se comprometa con Vane, así que vuelves a estar en el mercado...

Intentó volver a acercarse a él, pero Anthony se parapetó tras el respaldo de un sillón de brocado color champán.

—Que no vaya a casarme con lady Levenson no significa que quiera volver contigo. De hecho, de no ser porque sería un escándalo me marcharía de inmediato de la fiesta con tal de no volver a ver tu cara.

La mujer le miró ofendida, recolocó sus senos en el escote de su vestido y se marchó dando un portazo. Anthony se dejó caer sobre el banco y miró al techo. Debía tener cuidado si no quería verse envuelto de nuevo en un suceso tan desagradable como el que acababa de vivir. Salió de la sala de música y buscó a su hermano por el salón. Le encontró frente a la mesa de las bebidas, charlando con su cuñado.

—¿Puedo hablar con vosotros dos un segundo? —preguntó— En privado.

Ambos hombres se miraron pero le siguieron hasta las puertas que daban paso al jardín, y se reunieron con él en una zona apartada del gentío.

—¿Qué ocurre? —preguntó Andrew— ¿Te encuentras bien?

—¿Por qué nadie me dijo que no podía acudir a este baile? —protestó— ¿Es que ninguno de vosotros sabía que la baronesa había sido mi amante?

—Es evidente que no —protestó su hermano—. De haberlo sabido te lo habría dicho esta tarde.

—¡Esa condenada mujer me ha arrinconado en la sala de música dispuesta a seducirme!

Su hermano y su cuñado estallaron en carcajadas ante la ridícula visión que Anthony les estaba describiendo. La varonesa de Berkeley era una mujer muy bella, de cabellos color azabache y mirada azul traviesa. Poseía una inconfundible seguridad en sí misma que solía espantar a los caballeros de su lado, pero por lo visto él no se había visto intimidado en absoluto por ello.

—No le veo la gracia —protestó él—. Esa mujer casi me devora y vosotros os reís de mí.

—Lo sentimos, Tony, pero es que es increíble que una mujer de metro y medio intimide de esa forma a un hombre de metro noventa —dijo Andrew aguantándose la risa.

—Creedme, esa mujer intimidaría al mismísimo Goliat si se lo propusiese.

De repente, la visión de un vestido color bronce atrajo la atención de Anthony como un imán. Se acercó lentamente a las cristaleras para fijar su vista en Eleanor, que estaba resplandeciente con su vestido de baile. Su mata de rizos color miel estaban recogidos en la nuca con horquillas adornadas con perlas color azabache, y de su cuello colgaba un collar del mismo color que descansaba justo sobre el valle de sus senos. Se encontraba junto a lady Pembroke charlando animadamente con un caballero y jugando con su abanico de plumas.

—¿Quién es ese? —preguntó, adivinando que su hermano le había seguido.

—¿Quién?

—El caballero que conversa con Eleanor.

—Es Vane, su prometido.

—¿Su prometido? —preguntó extrañado.

—Le dijiste a Francis que siguiera adelante con el compromiso, ¿recuerdas? —pinchó Andrew notando la furia que empezaba a bullir en su interior.

—Así que ese es Vane...

Anthony entró en el salón de baile y se acercó descuidadamente a Francis, que permanecía apoyado en una columna mirando a su hermana con una copa de champán.

—Buenas noches, Fran —saludó.

—Así que has venido... Me alegro de que te hayas atrevido hacerlo después del resultado del baile de ayer.

—No iba a hacerlo, pero Stefan me lo ordenó.

—Bien por él. Te hacía falta un toque de atención.

En ese momento, un grupo de petimetres recién salidos del colegio se acercó a donde se encontraba Eleanor, que sonreía coqueta mientras ellos la agasajaban con cumplidos y peticiones de baile. La sangre de Anthony comenzó a bullir de nuevo. ¿Es que no podían dejarla tranquila? Había infinidad de debutantes en el salón, ¿por qué solo se acercaban a ella? Miró a Francis, que miraba divertido la situación dando pequeños sorbos a su copa.

—¿Has visto a tu hermana? —preguntó Anthony intentando apaciguar su ira.

—Parece que se está divirtiendo, ¿no es así?

—Eso parece, pero ¿no te parece que ese vestido es indecente? ¿A quién se le ha ocurrido comprarle ese vestido a una debutante?

—Ivette lo eligió para ella. A fin de cuentas mi hermana ya no puede considerarse una debutante, ¿no crees? Está hecha toda una mujer.

—Por eso pienso que deberías vigilarla un poco más. No me gusta la clase de caballeros con los que se está relacionando.

—Solo son unos críos recién salidos de la escuela. Son inofensivos.

—Si tú lo dices...

Francis sonrió dentro de su copa mientras observaba a su amigo, quien evidentemente estaba teniendo un ataque de celos mal disimulado.

—Cualquiera diría que estás celoso, Tony —dijo Fran alzando una ceja.

—¿Celoso? ¡No digas bobadas! Solo me preocupo por la hermana de mi amigo, eso es todo.

—Si tú lo dices...

Anthony elevó los ojos al cielo, dejó la copa con un golpe sordo sobre la mesa y se dirigió hacia el grupo de caballeros con paso decidido. Pensaba rescatar a Eleanor de sí misma tanto si le gustaba como si no.

Eleanor estaba disfrutando de lo lindo viendo cómo Anthony no dejaba de mirarla mientras flirteaba con otros caballeros. Era refrescante ver que en



el fondo sí le importaba, así que se giró hacia Vane con una sonrisa.

—Gracias por ayudarme en mi misión, Vane —dijo a través de su abanico para que Anthony no fuese capaz de leer sus labios.

—Creo que a estas alturas puedes llamarme por mi nombre de pila, Eleanor.

—Tienes razón, Marcus. Disculpa, pero no termino de acostumbrarme.

—Creo que tu futuro prometido está que se sube por las paredes viéndote coquetear con estos caballeros.

—Cierto, pero la verdad es que ya me estoy cansando de tanto falso cumplido.

—¡Oh, oh! —susurró Vane en su oído— Me temo que un huracán viene hacia nosotros.

Eleanor se volvió para ver a Anthony cruzar el salón a toda prisa, con la mirada puesta en ella. Cuando estuvo a apenas unos pasos de ellos, recobró la compostura, enlazó sus manos en la espalda y miró a los caballeros con una sonrisa visiblemente envenenada.

—Disculpen, caballeros, pero me temo que lady Levenson tiene comprometido este baile. — Posó su intensa mirada sobre ella, como retándola a contradecirle—. Conmigo.

Los caballeros se apartaron y Anthony alargó el brazo para ofrecerle la mano, una mano que no podía declinar sin montar un escándalo. Aceptó la orden con una sonrisa, pero sus ojos se fijaron en Vane con pavor. Marcus asintió para calmarla, confirmándole que la rescataría si fuera necesario, y Anthony la llevó hasta el centro de la pista de baile para el vals. En cuanto la mano del marqués se posó en su cintura, una leve descarga eléctrica la recorrió, haciendo que estirase la espalda.

—¿Nerviosa por bailar conmigo? —susurró Anthony— No temas, no pienso hacer nada que ponga en peligro mi soltería.

—No estoy nerviosa, Anthony, sino hastiada. He llegado a la conclusión de que no soporto tu compañía, y preferiría mil veces pasar el rato con el conde que estar bailando contigo.

—Mala suerte entonces. La amistad entre nuestras familias te obliga a ser amable conmigo, así que sé una buena chica y compórtate.

Eleanor le miró con indignación.

—¿Que me comporte? Si mal no recuerdo has sido tú quien me ha tratado como si fuera una cualquiera esta mañana.

—Apuesto a que has aprendido la lección, querida.

Ese apelativo cariñoso dicho por sus labios consiguió que su corazón se saltara un latido. Por fortuna, la música comenzó y evitó que ella le diese una respuesta mordaz a su afirmación. Tan pronto como empezaron a girar, el resto del mundo desapareció. Eleanor solo podía fijar la mirada en los penetrantes ojos grises de Anthony, que la miraban con tal intensidad que a punto estuvo de perder el paso.

—Relájate, Eleanor —dijo el marqués con sorna—. No querrás terminar haciendo el ridículo.

—Te encantaría que así fuera, ¿no es cierto? Pues temo desencantarte, pero no pienso perder el paso por tu culpa.

Anthony sonrió, esa sonrisa de medio lado que a ella tanto le gustaba, y apretó sutilmente la mano en su cintura para pegar un poco más sus cuerpos. El roce del muslo del marqués contra su pelvis le arrancó un jadeo, y Anthony la miró con suficiencia antes de volver a separarse de ella.

—Lo perderás si me lo propongo, pequeña, no lo olvides.

—Eres un truhán y un desgraciado —escupió ella entre dientes.

—Lo sé, y más vale que lo recuerdes cuando se te vuelva a ocurrir rodearte de libertinos como hace un momento.

—Vane estaba conmigo, no corría peligro alguno.

—¿Ese petimetre? No es capaz de defenderse a sí mismo, no esperes que sea tu caballero de brillante armadura.

—Es mucho más caballero que tú.

—En eso estamos de acuerdo —susurró en su oído—, porque mis pensamientos en este momento no son nada caballerosos.

Por fortuna, el vals terminó y Vane se acercó a ellos de inmediato para rescatarla.

—Creo que la próxima contradanza me pertenece —dijo mirando fijamente a Anthony—. Si me permite, milady, me gustaría que paseara conmigo en vez de bailar. Debe estar agotada después del vals.

—Se lo agradezco mucho, lord Vane. Huntington...

Anthony la observó alejarse de él con paso decidido y se maldijo en silencio. ¿A qué había venido ese arranque de celos? Había decidido alejarse de ella, pero verla rodeada de caballeros le había hecho sentir tal arranque de posesión que en su cabeza solo resonaba una palabra: *mía*. Observó a la pareja pasear hasta las puertas abiertas del jardín, y decidió seguirles por si Eleanor se encontraba en peligro, pero se detuvieron justo antes de llegar a ellas. Incapaz de detenerse en seco sin levantar habladurías, pasó por su lado inclinando la cabeza y salió a la oscuridad de la noche. Al menos allí podría maldecir en silencio su tremenda estupidez. Ahora que le había mostrado a Eleanor un atisbo de celos, ya nunca lograría librarse de ella.

## Capítulo 10

Eleanor respiró por fin en cuanto perdió a Huntington de vista. Marcus había guardado silencio sabiamente, consciente de lo perturbada que se sentía.

—Siento no haber podido hacer nada, Ely, pero su posición y su amistad con tu familia le dan derecho a hacer cosas como esa.

—No te disculpes, Marcus. No es culpa tuya.

—Ese arranque de posesividad denota un ataque de celos en toda regla.

—¿Eso crees?

—¿Por qué si no iba a irrumpir de esa manera en nuestra conversación?

—Más bien creo que se ha propuesto incordiarme, y aprovecha cualquier situación para hacerlo.

—¿Qué ha pasado cuando has bailado con él? —preguntó el conde con una sonrisa traviesa.

—Ha estado lanzándome pullas todo el rato.

—Vamos, confiesa. Una brillante bailarina como tú no pierde el paso por una tontería como esa.

—Solo han sido los recuerdos—mintió—. Si dejamos de lado su nueva faceta cruel y despectiva, por un momento he visto al Anthony de antes, divertido y provocador. Eso es todo.

—¿Me permites un consejo? Olvídate del hombre al que conocías, Ely. Lo que vivió en los meses que estuvo cautivo le ha cambiado, y tienes que verle como el hombre nuevo que es, porque aunque recupere la memoria esas vivencias permanecerán en su recuerdo.

—Quizás tengas razón... pero no me gusta el hombre en que se ha convertido.

—En ese caso, olvídate de él y cástate conmigo —bromeó el conde, arrancándole una risita—. Hablo en serio, Eleanor. Si no te gusta el hombre en el que se ha convertido lo mejor que puedes hacer es alejarte de él.

—Aún no le conozco demasiado. Se ha empeñado en alejarme de él a toda costa y cualquier atisbo de acercamiento que haya entre nosotros se ve ensombrecido por algún comportamiento vil por su parte.

—Sigues enamorada de él aunque sea cruel contigo, por eso no aceptas la derrota.

—¡Eso no es cierto!

—¿Seguro? Pues yo creo que el nuevo marqués de Huntington te resulta excitante.

—Me resulta insoportable.

—Miéntete a ti misma todo lo que quieras, pero a mí no me engañas.

—Créeme, no quiero a mi lado al ser vil y despreciable en el que se ha convertido. Además, él no está en absoluto interesado en mí.

—Viene hacia aquí, querida —susurró Vane en su oído, simulando coquetear con ella—. Ríete como si lo que te cuento fuera lo más divertido del mundo, Ely. Veamos si lo de antes fueron celos o tan solo ganas de incordiar.

Eleanor hizo lo que Marcus le pedía. Escondió su rostro tras el abanico y rió con ganas, sin apartar la mirada de Anthony. Acto seguido, Marcus apartó un rizo rebelde de su frente aparentando una intimidad que realmente no existía, y se inclinó en su oído para susurrarle cosas sin sentido que la hicieron reír de nuevo. Realmente se estaba divirtiendo con esa patraña, y sabía que ella acabaría teniendo razón respecto a Anthony. El marqués pasó en ese momento por su lado con la espalda recta y les hizo una leve inclinación de cabeza, pero el inquietante brillo de sus ojos grises se oscureció de un modo primitivo y poderoso, mezcla de furia y algo más que Eleanor no pudo descifrar, y sintió una oleada de fuego líquido bajar por su espalda. Agradecía que la pared situada tras ella la estuviese sosteniendo, pues sus piernas hacía rato que habían dejado de hacerlo.

—Como predije, el marqués está celoso —dijo Vane con aire triunfal, sacándola de su estupor.

—¿Tú crees?

—¿Lo preguntas en serio? Si las miradas matasen, yo habría caído fulminado en el acto, Ely. Está celoso, aunque no quiera reconocerlo.

—En cualquier caso no importa, ¿verdad? Porque no quiere casarse conmigo.

—Tal vez es por la herida que esconde tras esa máscara —vaticinó el conde—. Quizás es tan espantosa que piensa que te horrorizará.

—Eso es una estupidez. La duquesa de Devonshire la ha visto y dice que no es tan horrible, y aunque así fuera no soy tan superficial como para dejar de amarle por algo tan nimio como eso.

—Pero él no te recuerda, y por tanto no conoce tu carácter.

—Tampoco me deja acercarme lo suficiente como para demostrarle que se equivoca.

—Siempre te queda la opción de casarte conmigo. Quizás no soy tan apuesto como el marqués, pero te aseguro que soy un buen partido.

—Te aseguro que no tienes nada que envidiarle, Marcus, y por eso deberías buscar una mujer de la que enamorarte locamente.

—Querida, me temo que eso no será posible.

—¿Y eso por qué?

—Algún día te revelaré mis secretos más ocultos, pero no será hoy.

Eleanor sonrió y se cogió del brazo que el conde le ofrecía para pasear por el salón.

—Necesito refrescarme un poco —se disculpó ella al cabo de un rato—. ¿Me esperas junto a la fuente de ponche?

—Por supuesto. Te recuerdo que me debes un vals.

—Es cierto, Huntington te ha robado el tuyo. Te prometo que el próximo es para ti. Iba a bailar con mi hermano, pero estoy segura de que lo entenderá.

Vane sujetó la mano de Eleanor por la punta de los dedos y depositó un suave beso en el dorso, sin apartar su mirada traviesa y divertida de ella, que rió a carcajadas ante el descarado gesto de su amigo. Le observó alejarse

hasta el ponche, donde se detuvo a charlar educadamente con la condesa de Jersey, y ella se acercó a su hermano, que permanecía repantigado en un sofá degustando una copa de champán.

—¿Te diviertes? —preguntó sentándose a su lado.

—En absoluto. Preferiría pasar la velada con mi esposa, pero en vez de eso debo pasarla sacando a escandalosas debutantes a bailar.

—Nadie te obliga a que lo hagas.

—Hermanita, si una debutante atrae la atención de un duque, el resto de caballeros se verán interesados en ella. Por eso las matronas no dejan de agasajarme para pedirme que las saque a bailar.

—Pobre Anthony...

—Ojalá Beth estuviese aquí. ¿Y tú? ¿Te diviertes?

—La verdad es que sí. Vane es un caballero muy divertido y me hace reír.

—Me alegro mucho por ti. Al menos así tu matrimonio empezará con una buena base.

—Aún no he aceptado el compromiso —protestó ella.

—Discúlpame, me he expresado mal. En el caso de que aceptes el compromiso, os irá bien.

—Precisamente vengo a pedirte un favor.

—Soy todo oídos.

—Querría recuperar el segundo vals, Fran. Anthony no me ha permitido bailar con Vane el que tenía reservado para él, y la verdad es que me apetece mucho hacerlo.

—¿Cómo que Anthony no te ha permitido bailar con Vane?

—Digamos que se ha tomado la libertad de pedirse el baile por su cuenta. Al parecer ha perdido los modales junto con la memoria.

—Así que él solito ha ido al rescate... —contestó Fran aguantándose la risa.

—¿A qué te refieres?

—Nada, cariño, son cosas mías. Baila con Vane ese vals, Ely. Yo seguiré disfrutando de mi hastiada soledad.

—La próxima temporada podrás bailar con tu esposa, no te preocupes.

—La próxima temporada no me veré obligado a asistir a los bailes como tu carabina, Ely. Podré quedarme en casa cuando quiera.

Ella alzó los ojos al cielo y besó a su hermano en la mejilla antes de encaminarse hasta los servicios, situados en la primera planta de la casa. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no se percató de la figura alta que permanecía apoyada de manera casual junto a las escaleras. Se llevó la mano al pecho y soltó un gritito, pero cuando el caballero se acercó a la luz y descubrió que no era otro que Anthony tragó saliva y elevó los ojos al cielo.

—¡Por Dios santo, Huntington! Casi me matas del susto. ¿Qué haces ahí parado?

—Siento no ser tu adorado pretendiente, milady, supongo que hacía lo mismo que tú.

—Yo me dirijo a los servicios, Huntington, así que dudo que estemos haciendo lo mismo.

—Vamos, no lo niegues. Has venido a encontrarte con tu amante, ¿no es así?

—No sé de qué estás hablando. Por favor, déjame pasar de una vez.

—Vamos, querida, que no nací ayer... Confiesa.

—Puedes creer lo que te dé la gana, Huntington, no tengo por qué darte explicaciones.

Eleanor intentó rodearle para entrar en los servicios, pero Anthony la sujetó de la muñeca y tiró de ella hasta la sala de música donde horas antes lo había asediado su anfitriona.

—¿Se puede saber qué haces? —exclamó ella intentando zafarse de su agarre— ¡Suéltame de una vez!

Anthony hizo caso omiso de sus palabras y cerró el pestillo de la habitación antes de encararse a ella.



—Lo estás haciendo a propósito, ¿verdad? —espetó el duque mirándola a los ojos.

—¿De qué demonios estás hablando? ¡Déjame salir!

—Las damas no blasfeman, Eleanor.

—Pero esta mañana dejaste patente que no era una dama, ¿no es así? Me trataste como a una vulgar ramera, ¿no es cierto?

—Te comportas como tal.

—¿Por intentar acercarme al hombre que amo? Pero no te preocupes, no pienso volver a acercarme a ti aunque seas el último caballero de Londres, puedes estar tranquilo.

—No pienso entrar en tu juego, ¿me oyes? No pienso caer en tus redes por muchas artimañas que utilices.

—Yo no estoy usando ninguna artimaña para atraparte, mucho menos después de cómo me has tratado esta mañana, así que si me disculpas...

—Reconoce que coqueteabas con esos caballeros para ponerme celoso, Ely. Te gustó lo que te hice sentir esta mañana y no sabes qué hacer para conseguir que vuelva a tocarte.

A Eleanor casi se le desencaja la mandíbula por la sorpresa.

—¿Pero tú te estás oyendo, Anthony? ¿Es que crees que eres el centro del mundo? ¡Me estaba divirtiendo, estúpido!

—Apuesto que el insulso de Vane es de lo más divertido —ironizó él.

—¡Desde luego lo es mucho más que tú! —espetó ella cruzándose de brazos.

—¿También te pones nerviosa cuando está cerca de ti? —susurró él acercándose peligrosamente a ella— ¿Tu corazón se acelera de la misma forma cuando se acerca? —Eres un engreído y un... —¿Un qué, dulzura?

—¡Un canalla!

—Pues creo que este canalla va a besarte, preciosa, y tú no vas a hacer nada por impedirlo.

—Si lo intentas, gritaré.

—No, no lo harás.

—¿Quieres apostar?

—Voy a besarte, Eleanor —susurró.

Su aproximación fue lánguida e íntima. No la tocó, tan solo su pecho rozó el escote de la joven, que inspiró con fuerza ante el contacto. Anthony entornó sus negras pestañas sobre sus ojos plateados y se inclinó acercando su boca cálida y dulce para posarla en la suya con lenta y segura presión. La engatusó hasta que Eleanor quedó laxa entre sus brazos, e inmediatamente su lengua profundizó en el interior de su boca, explorándola con una sensual invasión que la dejó aturdida y sin aliento. Eleanor cerró los ojos ante la oleada de deseo que la recorrió, inconsciente de todo salvo del movimiento de sus labios y de la seductora magia de su lengua. Anthony interrumpió entonces el beso, pero lejos de alejarse, desplazó sus labios hacia arriba, aleteando por su mejilla hasta llegar a la sien, arrancándole un quedo gemido que le hizo sonreír.

—¿Ves? —susurró— No has puesto resistencia alguna.

—¡Eres un desgraciado!

Eleanor le empujó, abrió la puerta con más fuerza de la que pretendía y se alejó por el pasillo ante la carcajada de Anthony. Se sintió estúpida por haber sucumbido al beso, pero echaba tanto de menos sus labios que no había sido capaz de oponer resistencia alguna. Se llevó los dedos enguantados a los labios hinchados. Anthony jamás la había besado de esa manera, con tanta pasión y tanta intensidad que estuvo a punto de caer desmallada. Su Tony había sido un tierno enamorado que la trató con dulzura, como si temiera asustarla, en cambio el hombre que la había besado hacía un momento era tan sensual y avasallador que su cuerpo se convertía en mantequilla entre sus brazos.

Se refrescó la nuca con una toallita y volvió a la pista de baile. En cuanto Vane la vio aparecer tan sofocada se acercó a ella y la llevó al jardín.

—Cuéntame qué ha ocurrido, Ely. Estás sofocada y tienes los labios hinchados.

—¿Tanto se nota?

—Lo suficiente como para que la gente empiece las habladurías.

—Anthony estaba esperando a su amante en la puerta de los servicios y creyó que yo iba a reunirme contigo.

—¿Y qué hizo?

—Me encerró en la sala de música y me besó.

—Te besó...

—Me besó para demostrarme que él me gusta más que tú.

—Te dije que sentía celos, Ely, pero no me creíste.

—¿Es que no lo entiendo! ¿Por qué me ha rechazado entonces, Marcus? Si no quiere nada conmigo por qué siente celos de ti?

—No tengo ni idea. En cualquier caso, tengo para ti malas noticias. Hace un rato escuché a tu hermano invitar a los Devonshire a tomar el té en tu casa mañana, y me temo que Huntington también está invitado.

—Ese traidor...

—Tu hermano no sabe qué está pasando entre vosotros, Ely. Pero no te preocupes, me ocuparé de darle una lección. Ahora debemos volver al salón, el próximo baile me pertenece.

Marcus se volvió, pero Eleanor le tiró de la manga de su chaqueta haciéndole detenerse.

—Espera, Marcus. ¿Puedo pedirte un favor?

—Sabes que sí. ¿Qué necesitas?

—¿Podrías... ¿Podrías besarme, por favor?

—Perdona, ¿qué?

—Necesito que me beses. ¿Te importaría hacerlo?

—No creo que sea adecuado, Ely.

—Si vamos a casarnos lo justo es que me beses de vez en cuando, ¿verdad?

—Tienes razón, pero...

—Necesito deshacerme de los besos de Anthony.

Marcus se acercó a ella lentamente y la rodeó con sus musculosos brazos antes de acercar su boca a la suya. Rozó sus labios suavemente un par de veces, y acto seguido se abrió paso entre ellos con la lengua. Eleanor sintió cierta calidez en el estómago, pero nada comparado al volcán que erupcionó en él cuando Anthony la besó hacía un momento. Respondió al beso, pero Vane se separó de ella con una sonrisa.

—¿He pasado la prueba, milady? —bromeó.

—Absolutamente, milord. Ha sido... agradable.

—Es la primera vez que alguien me dice que mis besos son agradables, Ely. No sé si sentirme alagado o insultado.

—Créeme, era un alago.

—En ese caso, volvamos al salón.

Esa misma noche, la despertó el ajetreo de los sirvientes en el pasillo. Se estaba poniendo la bata de seda cuando su hermano irrumpió en la habitación con cara de haber visto un fantasma.

—Es el bebé —dijo sin darle tiempo a preguntar—. Beth te necesita.

—¡Pero yo no sé nada de nacimientos, Fran! —exclamó ella asustada.

—¿Qué? ¡No! —exclamó al comprender— Solo tienes que quedarte con ella hasta que lleguen Ivette y el doctor Brown, Ely.

Eleanor salió a correr en pos de su hermano hasta la habitación que Beth y él compartían y encontró a su cuñada tendida en la cama con cara de dolor y el sudor perlado su frente.

—Ya estoy aquí, mi amor —susurró Fran sentándose a su lado.

Apartó el pelo húmedo de la cara de su esposa con tanta ternura y amor que a Eleanor a punto estuvieron de saltársele las lágrimas. Beth sujetó la mano de su esposo y apretó con fuerza ante la siguiente contracción, y Fran se limitó a besarla en la frente mientras le susurraba palabras de aliento.

—Ya está, mi cielo... ya pasó...

Cuando Beth le miró con el atisbo de una sonrisa, se puso de pie y se dirigió hasta la puerta.

—Voy a avisar al doctor. Ely cuidará de ti. No tardaré, te lo prometo.

Cuando su hermano salió por la puerta, Eleanor abrió las ventanas dejando pasar el aire fresco de la noche, y se acercó al lavamanos para empapar una toalla con la que enjugó el sudor de su cuñada.

—¿Mejor? —preguntó con una tierna sonrisa.

—Mucho mejor —jadeó Beth—. El calor estaba matándome.

—Pronto estará aquí el doctor, Beth. Antes de lo que imaginas sostendrás a tu pequeño entre los brazos.

—¿Y si algo sale mal, Ely? ¿Y si no soy capaz de darle a tu hermano un heredero?

—No digas bobadas, Beth. Mi sobrino es fuerte y nacerá sin complicaciones, ya lo verás. Dios no va a ser tan cruel de arrebatarte otro bebé.

—Decías que era una niña.

—Creo que he cambiado de opinión.

Una nueva contracción hizo que Beth gritara de dolor, y se agarró con fuerza a las sábanas mientras su cuerpo en tensión pasaba por ese trance. Eleanor se mordió el labio preocupada, no sabía qué más hacer para reconfortar a su cuñada hasta que llegase el doctor, y tampoco sabía si era normal tanto dolor en el parto. Pasó de nuevo el paño húmedo por su frente, sus mejillas y su cuello y abrió un par de botones de su camisón para que Beth pudiese respirar mucho mejor. Cuando la contracción remitió, llenó un vaso de agua fresca de una jarra y ayudó a Beth a incorporarse para dársela a beber, cosa que la inminente madre agradeció con una sonrisa cansada.

—Ahora debes intentar levantarte de la cama, Beth. Estás mojada y apuesto a que te sentirás mejor con ropa limpia.

—No tengo fuerzas, Ely. Soy incapaz de levantarme.

—Claro que podrás, yo te ayudaré.

Eleanor ayudó a su cuñada a incorporarse y sentarse en el borde de la cama, y paso a paso la llevó hasta la otomana que había situada junto al fuego. Mientras las doncellas cambiaban las sábanas, ella sacó el camisón de Beth por la cabeza y le pasó la toallita húmeda por todo el cuerpo antes de ponerle un camisón limpio.

—Ahora tenemos que volver a la cama —dijo Ely.

—No puedo levantarme —lloriqueó Beth.

—Solo un esfuerzo más, Beth.

—Nunca te quedes embarazada, Ely —protestó su amiga—. Es horrible el dolor que se sufre para dar a luz a un bebé.

—Sarah me dijo que ver la carita de tu hijo cuando el doctor lo pone entre tus brazos es compensación suficiente para el dolor, Beth.

—Más vale que tenga razón, o mataré a Francis por hacerme pasar por este tormento.

—Fran nos matará a las dos si regresa y te encuentra ahí sentada, así que levanta.

—No tengo fuerzas para mantenerme en pie.

Eleanor salió al pasillo en busca de un lacayo y se topó de bruces con Anthony, que la miró de arriba abajo con una ceja arqueada.

—¡Gracias a Dios estás aquí! —exclamó ella cogiéndole de la mano—  
Ven, te necesito.

Arrastró a Anthony hasta la habitación de Beth, y cuando él se detuvo en seco en la puerta le miró exasperada.

—No voy a entrar ahí, Ely —dijo él—. No es decoroso.

—Necesito que lleves a Beth en brazos hasta la cama. No tiene fuerzas para caminar ella sola y yo no puedo cargarla.

Tras un momento de duda, Anthony asintió y entró en la habitación.

—¡Ey! —susurró besando a Beth en la sien— Tú siempre dando la nota,  
¿verdad pequeña?

—¿Qué haces aquí?

—He venido en cuanto me ha llegado la nota de tu marido. Acababa de llegar a casa y he salido de inmediato.

—Me duele, Tony —se quejó Beth.

—Lo sé, pero te sentirás mejor cuando te lleve a la cama. Pasa tus brazos por mi cuello, ¿de acuerdo?

Beth asintió y Tony pasó un brazo por debajo de sus rodillas y otro por su espalda antes de levantarla sin esfuerzo. En dos zancadas tuvo a su amiga tumbada en la cama, y la cubrió con las sábanas antes de volver a besarla en la frente.

—El doctor está a punto de llegar, así que tengo que irme.

—No te marches, por favor, Tony, quédate.

—No pienso perderme el nacimiento de mi ahijado, te recuerdo que el honor de ser su padrino me corresponde. Estaré en el despacho intentando tranquilizar a tu marido, que seguro que me necesita más que tú —dijo con un guiño.

De los labios de Beth escapó una carcajada que a Eleanor le sonó a música celestial.

—Tienes razón, Fran tiene que estar de los nervios.

—Te dejo en buenas manos —añadió Anthony mirando a Ely—. Tu cuñada se ocupará muy bien de ti.

Eleanor no pudo apartar la mirada de él mientras se acercaba a ella, que permaneció todo el tiempo apoyada en el quicio de la puerta. Por un momento había sido el Anthony de siempre, cariñoso, comprensivo y bromista, pero sabía que eso solo había sido un espejismo fruto del momento.

—Gracias, Tony —susurró cuando pasó por su lado.

Él simplemente sonrió y entró en el despacho de Francis. Eleanor cerró la puerta a sus espaldas más afectada por esa sonrisa que por el beso que le había robado esa misma noche, pero borró de su mente ese recuerdo para centrarse por completo en Beth.

—Se ha acordado —susurró su cuñada.

—¿A qué te refieres?

—No se ha dado cuenta, pero se acuerda de que le pedí que fuera el padrino del bebé.

—¿Y por qué no le has dicho nada?

—¿Bromeas? Así tienes la oportunidad de hablar con él cuando llegue el doctor.

—No creo que deba acercarme a él, Beth.

—¿Y eso por qué?

—Me ha besado. —Beth abrió los ojos como platos—. En el baile de esta noche, me esperó junto a los servicios y me besó.

—¡Pero eso es maravilloso!

—¡No lo es, Beth! Lo ha hecho para incordiarme, no porque le apeteciera. Ese beso me ha dejado las piernas hechas mantequilla, y sin embargo él estaba tan fresco.

—O eso te ha intentado hacer ver.

En ese momento Ivette irrumpió en la habitación deshaciéndose de su gorro y su abrigo.

—He venido todo lo deprisa que he podido —dijo sentándose al otro lado de la cama—. ¿Cómo te encuentras?

—Tony ha besado a Ely —confesó Beth con una sonrisa triunfal.

Ivette levantó una ceja y miró a Eleanor a la espera de una explicación, pero su amiga elevó los ojos al cielo y volvió a humedecer la toallita.

—Creo que tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos ahora mismo, ¿no creéis? —protestó.

—Te aseguro que aún tenemos tiempo de hablar sobre el asunto —dijo Ivette cruzándose de brazos—. El bebé aún tardará en llegar.

—No ha sido un beso romántico, solo lo ha hecho para castigarme.

—¿Castigarte? ¿Por qué? —preguntó Ivy.

—Estuve coqueteando con Vane y no le hizo mucha gracia.



—¿Lo ves? Estaba celoso, por eso te besó —dijo Beth antes de sufrir otra contracción.

El doctor Brown entró en la habitación llevando su maletín, y al ver a Ely resopló haciendo aspavientos para que saliera.

—Lady Levenson, no debe estar aquí —protestó—, este no es lugar para una dama soltera. Vamos, espere en el salón junto con los demás.

Eleanor asintió, humedeció la toallita en el agua una vez más y se la entregó a Ivette antes de marcharse.

—Te veré en un rato, Beth —susurró besándola en la mejilla.

Se acercó a las escaleras y se sentó en los peldaños a esperar el nacimiento del bebé. Era un ritual que había adquirido el día del nacimiento del primogénito de los marqueses de Somerset, cuando Sarah se enfrentó a un parto complicado, porque la aterraba lo que pudiese pasar en la habitación de la madre.

—¿Puedo sentarme?

Levantó la vista para ver a su hermano, que la miraba apoyado en la barandilla de nogal.

Ella asintió y Francis se sentó a su lado, pero permaneció en silencio. Los gritos de Beth comenzaron a resonar por toda la casa, y Ely se tapó los oídos con las manos para evitar escucharlos, pero su hermano se las apartó.

—No es nada malo, Ely. Es normal lo que está pasando ahí dentro.

—Lo sé, pero no termino de acostumbrarme.

—Algún día serás tú quien se encuentre en esa situación y te aseguro que yo estaré tan nervioso como ahora.

—No se te ve nervioso, Fran.

—Eso es porque Anthony me ha obligado a tomarme tres vasos de Whisky antes de permitirme salir del despacho.

—O sea que estás borracho.

—No del todo, pero sí. ¿Cómo van las cosas con Vane?

—¿En serio? ¿Quieres que hablemos de eso ahora?

—Necesito distraerme, Ely. Sé una buena hermana y haz que la espera sea menos tediosa.

—Nos llevamos bien. Es un buen hombre y la verdad es que me hace reír. Pero no es Anthony, así que...

—Cariño —dijo Fran sujetando las manos de Eleanor entre las suyas—, ¿no crees que es tiempo de que te olvides de Anthony?

—Lo sé, pero es difícil.

—No quiere casarse, ni contigo ni con nadie, así que, ¿por qué no te centras en conocer a otros caballeros para elegir un pretendiente adecuado?

—Lo intento pero...

Eleanor se calló abruptamente al caer en la cuenta de que hablaba con su hermano y no con sus amigas.

—¿Pero qué?

—Es difícil cuando debo verle constantemente —mintió.

—Pues tendrás que soportarle, Ely.

—Lo sé, solo necesito tiempo para acostumbrarme a ello.

—Pronto será la fiesta anual en *Lifford Manor*, y sabes que tendrás que pasar mucho tiempo en su compañía.

—¿Cuándo será?

—Supongo que cuando Beth se haya recuperado por completo del parto, ya sabes que a Ivy le gusta que asistamos todos a la fiesta.

Eleanor tragó saliva. Las fiestas anuales de los Devonshire duraban todo un fin de semana. ¡Sería su peor pesadilla! Ver a Anthony a todas horas ya era bastante tormento, pero tendrían infinidad de oportunidades de verse a solas y temía que volviese a repetirse la situación de aquella noche. ¿Acaso Dios conspiraba contra ella? ¿Cómo iba a ser capaz de pasar el fin de semana sin terminar volviéndose loca?

—No será tan terrible, Ely —dijo su hermano palmeándole la espalda ante su expresión—. Te prometo que todo irá bien.

—¿Bien? Desde que Anthony volvió nos hemos llevado como el perro y

el gato, Fran. Se avecina una hecatombe.

Francis echó la cabeza hacia atrás y rió a carcajadas antes de besarla en la frente y volver al despacho. Eleanor permaneció allí, sujetándose fuertemente las rodillas, pensando en la mejor manera de pasar ese fin de semana sin tener que cruzarse demasiadas veces con Anthony... ardua tarea si él se empeñaba en martirizarla como aquella noche en el baile.

## Capítulo 11

Cinco horas más tarde, Beth sostenía entre sus brazos a Marianne Levenson, una preciosa niña regordeta de cabellos rojos como su madre. El orgulloso padre miraba a sus dos mujeres apoyado en el dosel de la cama con una sonrisa de satisfacción, y Eleanor permanecía sentada junto a la cansada madre sujetando la pequeña manita de su sobrina, mirándola con una sonrisa feliz y los ojos anegados por las lágrimas.

—Es tan perfecta, Beth... —susurró Ely después de que Francis abandonase la habitación para ir a celebrar el nacimiento con sus amigos.

Ivette rió ante la expresión de su amiga, que la miró riendo también.

—Sé que soy muy cursi, pero es que es tan bonita... —suspiró Ely.

—Ely, en todos los nacimientos la primera frase que sale de tu boca es esa...

—Es tan perfecta... —añadió Sarah, que había llegado poco después del nacimiento, con voz de falsete.

—¡Yo no tengo la culpa de que tengáis hijos adorables y perfectos! —protestó Ely— Son tan pequeñitos y tiernos que me dan ganas de pasarme la vida entera abrazándolos.

—Eres una cursi, Ely —dijo Beth—, pero aun así te queremos.

—Es cierto, Ely. Te adoramos —se unió Ivette abrazándola.

—Ahora te toca a ti darnos sobrinitos a los que adorar —bromeó Sarah.

—Me temo que aún queda mucho para eso —reconoció Ely un poco triste—. No estoy segura de que sea buena idea casarme con Vane.

—¿Y por qué no? —preguntó Ivette— Es muy apuesto, y además uno de

los mejores partidos de Londres.

—Lo sé, pero la verdad es que le veo más como un amigo que como a un pretendiente. Además, sus besos son agradables, pero...

—Espera —la interrumpió Sarah—. ¿Vane te ha besado?

—Sí, lo hizo anoche en el baile.

—¿Pero cuántos caballeros te besaron anoche, Ely? —preguntó su cuñada sorprendida.

—¿Me he perdido algo? —protestó Sarah— Eso me pasa por ser madre de unos diablillos como los míos. Vamos, contadme todo lo que haya pasado.

Las tres amigas se quedaron mirando a Ely, que elevó los ojos al cielo antes de empezar a hablar.

—Anthony me besó primero porque creyó que iba a un encuentro clandestino con Vane, y después le pedí a Vane que me besara para saber si sus besos me aturdíen tanto como los de Anthony.

Sarah empezó a reír a carcajadas, sujetándose el estómago para no terminar dolorida.

—De todas las locuras que os he visto hacer a las tres, te aseguro que esa es la más graciosa de todas —dijo la marquesa.

—¿Por qué es graciosa? —protestó la aludida— Vane es supuestamente mi pretendiente, ¿no? Lo lógico es que me bese.

—¿Pero no que tú se lo pidas! —contestó Ivette— Gracias a Dios que Vane es un hombre con sentido del humor, porque si se hubiese tratado de otro caballero ahora mismo te verías en el despacho de tu hermano ultimando los detalles de tu inminente boda.

—¿Por un simple beso?

—Ely, no todos los caballeros son como mis hermanos —explicó Sarah sentándose a su lado—. Ellos tienen una visión de la sociedad mucho más... relajada, digámoslo así, que la de otros caballeros.

—Sé que tal vez he pecado de atrevida, pero necesitaba saber lo que me haría sentir Vane al besarme.

—¿Y quedó satisfecha tu curiosidad? —preguntó Beth con una pícaro sonrisa.

—¡Oh, desde luego que sí! Los besos de Vane son agradables, pero en nada comparables con los de Anthony.

—Pero cariño —dijo su cuñada acariciándole el pelo— Anthony no quiere casarse contigo.

—Lo sé, pero ya que no voy a conseguir al hombre que amo al menos quiero que quien se convierta en mi esposo me haga sentir con sus besos lo mismo que siento con los de Anthony.

—Pues mucha suerte, Ely —dijo Ivette—, porque la vas a necesitar.

Un par de semanas más tarde, Eleanor se despertó con los gritos de su hermano. Se puso una bata y bajó corriendo al salón, preocupada porque hubiese pasado algo terrible, pero se detuvo en seco cuando vio a su madre y a Francis enzarzados en una tremenda discusión.

—¡Es demasiado pronto, mamá! —protestaba su hermano— Aún no está recuperada del todo.

—¡Bobadas! Tu mujer se encuentra lo suficientemente recuperada para dar una comida en honor a la pequeña.

—¡Por Dios, mamá! ¡Acabas de llegar y ya estás volviéndome loco!

—¡Deja de tratar a tu mujer como si fuese de porcelana, Francis! Debe cumplir con su deber como duquesa.

Eleanor se acercó a ellos para interrumpir la discusión, porque si seguían así Francis terminaría echando a su madre de la casa.

—Buenos días, mamá —dijo alegremente besando la mejilla de la anciana—. Me alegro de que hayas vuelto.

—Alguien debe ocuparse de esa jovencita.

—Te aseguro que su madre ha sido perfectamente capaz de ocuparse de ella —protestó Francis cruzándose de brazos.

—Su madre no ha sido duquesa —se defendió su madre.

—¡Vamos, mamá! Beth se ha criado en el mejor colegio de señoritas de

Londres, no le hace falta que la instruyas en sus deberes como mi esposa.

—¿Te apetece desayunar, mamá? Apuesto a que no lo habrás hecho todavía —interrumpió de nuevo Eleanor, cogiéndose del brazo de la anciana.

—Gracias, hija —contestó la mujer con voz lastimera, palmeando la mano de Ely—. Tu hermano no ha tenido la decencia de indicarme siquiera dónde voy a alojarme.

—¡Pero si no me has dejado hablar! —gritó Francis frustrado.

—No te preocupes, mamá —dijo Ely ignorando deliberadamente las maldiciones de su hermano—. Ahora mismo subirán tus cosas a la habitación que está junto a la mía, esa que tanto te gusta.

Eleanor se llevó a su madre al salón mientras unos lacayos subían su equipaje a la habitación lavanda, de muebles de palo de rosa y grandes ventanales que daban al precioso jardín. Ely ayudó a sentarse a la anciana y le sirvió un buen plato de comida antes de servirse ella misma y tomar asiento a su lado.

—¿Qué tal te ha ido en Bath? —preguntó sirviéndole una taza de humeante té.

—Mucho mejor que aquí. Si llego a saber el recibimiento que me ha dado tu hermano me habría quedado allí.

—Porque tú no has hecho nada para que Fran se ponga hecho una fiera, ¿verdad?

—¡Claro que no! Solo he sugerido que podríamos hacer una cena en honor a la pequeña.

—¿Sugerir? ¿Tú? —exclamó Francis desde la puerta— ¡Tú siempre exiges, mamá!

—¡Eres un desagradecido! He dejado mi vida de lado para venir a ayudar a tu esposa... ¡Y ni siquiera te has molestado en traerme a mi nieta para que la conozca!

—Aquí está —canturreó Beth a espaldas de Anthony—. Estaba un poco mojada y quería ponerla guapa para su abuela Felicia.

Eleanor apoyó la barbilla sobre las manos, divertida de ver con qué

facilidad su cuñada se llevaba a su madre a su terreno. Beth puso a la niña en los brazos de su abuela, y cuando la pequeña abrió los enormes ojos azules su madre se derritió.

—Pero qué niña tan bonita —canturreó—. Tiene los ojos de los Sutherland. Hola, niña bonita de su abuela...

Felicia acarició la carita de la niña, que con un bostezo se acurrucó en su pecho y cerró los ojos dispuesta a dormirse.

—¡Mira qué buena es! —susurró la embelesada abuela—. Su padre no dejó de berrear durante semanas, pero ella se duerme al momento.

—Eso es porque lleva un buen rato despierta —rió Beth—. Te aseguro que es tan llorona como su padre.

—Como le he dicho al desagradecido de mi hijo, Beth, creo que deberíamos dar una cena para celebrar el nacimiento de la niña.

—He dicho que no y es mi última palabra —dijo Francis.

—¡Es el momento adecuado! —protestó Felicia.

—¡Beth no está recuperada! —alegó Francis.

—Francis, yo me encuentro bien —interrumpió Beth —¿Qué os parece si celebramos una cena familiar?

—No deberías organizar una cena —protestó su marido—. Ha sido un embarazo complicado y no creo que estés lo suficientemente recuperada para eso.

—La organizará tu madre, ¿no es así, Felicia?

—Lo haré encantada —contestó la anciana con una sonrisa.

—Vamos, Fran —rogó Beth con voz zalamera—. Solo nuestros amigos más allegados y la familia. Si me canso demasiado podré irme a dormir sin que nadie se sienta ofendido por ello.

—¿Estás segura, mi amor? —preguntó Francis.

—Me encuentro bien, y solo será una cena con nuestros amigos.

—En ese caso adelante, pero no quiero una reunión social, mamá —advirtió.

—Solo una cena, te lo prometo —contestó su madre.

Eleanor continuó comiendo divertida. Miró el reloj, y se levantó de la mesa a toda prisa para ir a prepararse para su cita de esa mañana. El conde de Vane había solicitado acompañarla a un paseo a caballo por Hyde Park, y se había olvidado por completo. Se puso su traje de montar, se recogió el cabello en una sencilla trenza de raíz y se colocó su sombrerito antes de bajar a las caballerizas. El mozo ya tenía preparada a su yegua, así que le ofreció una manzana al animal y le acarició el cuello con una sonrisa.

—Ya casi está, preciosa. Nos iremos en un momento —susurró.

Subió a la grupa de su caballo con ayuda del mozo y salió a la calle principal. Vane estaba parado en la puerta de su casa con su caballo, impecablemente vestido y con una sonrisa en los labios.

—Buenos días, milord. Es usted tan puntual como siempre —dijo con una sonrisa.

—Buenos días, lady Levenson. Hace un día estupendo para ir a cabalgar, ¿no le parece?

—Así es, estoy deseando llegar a Hyde Park para poner a mi yegua a la carrera.

—¿Nos vamos, pues?

Cabalaron en silencio hasta cruzar las enormes puertas de los jardines, y cabalaron a medio trote hasta el río, donde Vane la ayudó a bajar del animal y pasearon mientras los caballos se refrescaban.

—Hoy ha llegado mi madre a la ciudad —comentó Eleanor con un suspiro.

—¿Y eso es malo? Te noto alterada por ello.

—Lo es si mete las narices en nuestros asuntos. Me temo que ella no entiende que tú y yo solo

nos estamos conociendo, y ha ido proclamando a los cuatro vientos que eres mi prometido.

—No te preocupes por ello, Eleanor, sabré manejar a tu madre.



—Tú no la conoces, Marcus. Es testaruda y mandona, temo que os encontréis en un baile y meta la pata.

—En ese caso, evitaré a tu madre a toda costa —bromeó él—. ¿Qué tal van las cosas con Huntington?

—No le he visto desde el nacimiento de mi sobrina, pero creo que le veré mañana por la noche. Mamá va a organizar una cena familiar para celebrar el nacimiento y él estará invitado.

—¿Y te preocupa?

—¡Ya lo creo que sí! En el baile de la baronesa Berkeley se comportó como un patán y un bruto.

—Pero desde entonces os habéis cruzado en otros eventos y no ha ocurrido nada, ¿no es así?

—Porque no ha tenido ocasión de quedarse a solas conmigo. Pero en casa de mi hermano todo es distinto.

—¿Distinto? ¿Por qué?

—Porque es uno de sus mejores amigos y puede moverse por la casa a voluntad. ¿Y si vuelve a besarme?

—Si lo intenta, le clavas el tacón de tus preciosos zapatos de baile en el pie y sales corriendo — bromeó Vane.

—Hablo en serio, Marcus.

—Creo que se comportará como un caballero y respetará la casa de su mejor amigo. No te preocupes, seguro que no ocurre nada.

—No sé yo... Anthony ha vuelto muy cambiado y no sé si se comportará como un caballero.

—Siempre puedes amenazarle con gritar. No quiere casarse contigo, así que no estará muy dispuesto a que alarmes a tu hermano para que os sorprenda en una situación comprometida.

—Espero que tengas razón... Ya estoy bastante nerviosa por tener que mediar entre mi hermano y mi madre en la cena como para tener que preocuparme por Anthony.

—Para ese cometido cuentas con tu cuñada, ¿no es así?

—Sí... No sabes lo bien que ha manejado la situación en el desayuno. Parece que en la escuela le enseñaron el arte de lidiar con los Sutherland — bromeó.

—¿Ves? Una cosa menos de qué preocuparte.

El día siguiente fue para Eleanor una auténtica tortura. Su madre y su hermano discutían por cualquier cosa, y Beth y ella no eran capaces de lograr que alguno de los dos diese su brazo a torcer para que dejaran de discutir. La última discusión fue en la comida, referente a lo que iban a servir en la cena. Su madre quería servir perdiz rellena, y su hermano tenía antojo de pastel de pichón. Eleanor estaba ya más que harta de su comportamiento pueril y caprichoso, pero prefería permanecer con la boca cerrada a tener que escuchar la reprimenda de su madre por no comportarse como una dama educada. Finalmente, Beth soltó con fuerza el tenedor sobre el plato y se levantó de la mesa.

—¡Se acabó! —gritó— Estoy harta de que os paséis todo el día peleando por tonterías. ¡Parecéis niños pequeños! En vista de que no sois capaces de poneros de acuerdo, yo misma me encargaré del menú, ¡y tened por seguro que no se servirá ni lo uno ni lo otro!

Beth inspiró con fuerza cerrando los ojos, y acto seguido miró alternativamente a su marido y a su suegra.

—No quiero que mi hija crezca viendo cómo su padre y su abuela discuten a todas horas. Felicia, te agradezco enormemente que hayas venido a ayudarme ahora que tengo que estar más pendiente de la niña, pero recuerda que esta es mi casa y aquí soy yo quien da las órdenes.

Felicia agachó la cabeza, compungida.

—En cuanto a ti, Fran, estoy cansada de escucharte discutir por cosas en las que jamás has interferido por el mero hecho de que es tu madre quien las propone.

—Pero...

Beth levantó la mano haciendo callar a su esposo.

—Si no empezáis a llevaros bien, me veré obligada a tomar medidas drásticas al respecto. Así que a partir de ahora, espero que empecéis a ponerlos de acuerdo.

Dicho esto, Beth irguió la espalda y salió del comedor. Eleanor siguió a su cuñada hasta el recibidor, donde la muchacha se dejó caer sobre un sillón y suspiró.

—Lo has hecho de maravilla, Beth —aplaudió—. Estoy segura de que has dejado a mi madre muda del asombro.

—Estaba empezando a darme dolor de cabeza esa absurda discusión. No entiendo cómo dos personas pueden estar todo el día sin parar de discutir.

—Por eso mamá pasa largas temporadas en Bath. Desde que Fran heredó el título escenas como esta son muy frecuentes entre ellos.

—Pues por el bien de todos espero que eso cambie, o me temo que la presencia de tu madre no será bien recibida en esta casa. No estoy dispuesta a vivir en medio de una batalla campal permanente.

Felicia salió en ese momento y se detuvo frente a su cuñada con los dedos entrelazados.

—Siento haber sido una molestia para ti, Elisabeth. No se volverá a repetir mi comportamiento.

—Solo quiero que os llevéis bien, Felicia. Quiero que Marianne conozca a su abuela, pero no a esta abuela que siempre está enfadada, sino a la que vi ayer cuando puse a la niña entre sus brazos. —La anciana asintió—. Sé que ha sido muy dura la pérdida de tu esposo, pero tienes dos hijos maravillosos y ahora una nieta, tienes que empezar a pensar un poco en ellos.

—Tienes razón —reconoció Felicia—. Me he encerrado tanto en mi dolor que he descuidado lo más valioso que tengo, pero te prometo que no volverá a ocurrir. —Se volvió hacia su hija—. Espero que me perdones por no haber estado aquí para apoyarte, Ely. A partir de ahora todo será distinto. —Me alegro mucho de oír eso, mamá.

Madre e hija se abrazaron ante la mirada de Beth, que tuvo que secarse las lágrimas de alegría por haber logrado un pequeño cambio de actitud en su suegra.

Casi eran las ocho cuando Eleanor bajó las escaleras ataviada con su nuevo traje de raso color lavanda. Su madre había recogido el precioso cabello de su hija en un sencillo moño en la nuca y lo había adornado con pequeñas flores blancas a juego con los bordados del cuello del vestido. Ely decidió llevar la cadena en la que lucía el anillo de compromiso que Anthony había comprado para ella antes de su viaje. Estaba nerviosa, muy nerviosa por la reacción del caballero al verla lucir la joya, pero quería saber si con ella recordaría que la amaba.

Su madre ya se encontraba en el salón ultimando los detalles de la cena con los sirvientes, y cuando la vio llegar la miró con una sonrisa radiante.

—¡Mírate, querida! —exclamó cogiéndola de las manos para darle una vuelta completa— Estás preciosa.

—Gracias, mamá. Tú también estás muy bella.

Su madre había elegido para la ocasión un vestido marrón con bordados color marfil. Era la primera vez que su madre se deshacía del medio luto que lucía desde la muerte de su padre, y se alegraba de que por fin se hubiese decidido a dejarlo. Su hermano bajó unos minutos después, con cara de pocos amigos.

—Beth no se encuentra demasiado bien, tal vez no debería bajar a cenar esta noche.

—¿Qué le ocurre?

—Está muy cansada y le duele la cabeza. Le he dicho que se quede en la cama, pero insiste en bajar a cenar.

—Déjala, Fran —exclamó su madre—. Nadie mejor que ella sabe si es capaz de aguantar la cena. Deberías confiar más en su criterio.

—Tal vez tengas razón, pero...

—Acaba de tener un bebé y se pasa la noche en vela para darle de mamar —añadió Ely—. Es normal que esté cansada.

—Estoy cansada, no muerta —dijo Beth con un bostezo desde lo alto de la escalera—, y os aseguro que nadie me arrebatará la oportunidad de lucir este vestido que no tuve tiempo de estrenar.

Los invitados fueron llegando poco a poco. Al final la cena se compuso de crema de alcachofas, lenguado con salsa de crema, guisado de conejo y pastel de limón. Aunque Anthony fue educado y cortés con ella en la recepción, Eleanor sintió sus ojos clavados en ella durante toda la cena. La miraba con tal intensidad que a punto estuvo de dejar caer los cubiertos en varias ocasiones. Apenas pudo probar bocado, tan pendiente estaba de los movimientos del marqués. Tras los postres, las damas se retiraron a tomar una copa de oporto mientras los caballeros se reunían en el despacho de Francis. Todo el escrutinio de la cena le había pasado factura a Eleanor, que se disculpó con las demás damas para ir a refrescarse un poco. Subió las escaleras hasta su habitación con paso decidido, se refrescó el escote y el cuello y salió a los jardines a respirar aire fresco. Estaba tan inmersa en sus pensamientos que no se percató de la punta de cigarro que se iluminó a unos pasos de ella.

—Hace una noche perfecta, ¿verdad?

Eleanor se sobresaltó al oír la voz de Anthony y se llevó una mano al pecho.

—¡Por Dios! —suspiró la joven— Casi me matas del susto.

—Te gusta el peligro, ¿verdad, Ely?

—Estoy en los jardines de mi casa, Anthony. No sé a qué peligro te refieres.

—Al peligro de estar a solas con un caballero.

—Ni siquiera sabía que había alguien aquí. ¿Por qué no estás con el resto de caballeros?

—He salido a tomar el aire. Me temo que no tengo demasiado aguante bebiendo y empezaba a sentirme mareado. ¿Y tú, Ely? ¿Por qué has salido al jardín?

—Necesitaba aire fresco. En la habitación hacía demasiado calor, pero creo que voy a volver adentro.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —preguntó él acercándose cuan felino— ¿Acaso me tienes miedo?

—¡Por supuesto que no! Pero no es decoroso que estemos aquí fuera sin una carabina adecuada.

—¡Ah, la carabina, claro! Se me había olvidado...

—Si me disculpas...

Eleanor se dio la vuelta para entrar en la casa, pero la luz de la luna incidió sobre el anillo haciéndolo brillar, y Anthony sujetó la cadena entre los dedos para examinarlo más de cerca.

—¿Qué es esto? —preguntó sin apartar la mirada de la joya.

—Es un anillo, ¿no lo ves?

—¿Y por qué me resulta tan familiar?

—Porque lo has visto colgando de mi cuello millones de veces —mintió por miedo a las consecuencias.

—No... estás mintiendo —susurró él tirando de la cadena para atraerla a su cuerpo—. Dime la verdad.

—Te la estoy diciendo, suéltame.

—¿En serio? ¿Y por qué te has sonrojado, Ely? Quiero saber quién te ha regalado este anillo.

—¿Qué más te da? Has dejado muy claro que no quieres casarte conmigo.

—¿Ha sido Vane?

—He dicho que me sueltes —protestó ella intentando zafarse.

—Contéstame y te soltaré.

—¡Es tuyo! —confesó— Sarah me lo dio el día que celebramos tu funeral. Ibas a dármelo como regalo de compromiso cuando volvieras.

Anthony dio un tirón de la cadena partiéndola en dos, y se guardó el anillo en el bolsillo de su chaqueta. La soltó de repente como si se hubiese quemado, y se alejó entrando a la casa a toda prisa. Eleanor se dejó caer en el suelo con el pulso acelerado. Las manos le temblaban tanto que era incapaz de recoger la cadena que había quedado olvidada en el suelo. ¿Por qué Anthony le había arrebatado ese regalo?

Anthony inspiró hondo cuando se alejó de Eleanor. Su corazón latía a toda prisa, y se tuvo que sentar en una silla para evitar caer al suelo. Cuando Eleanor le había confesado la procedencia de la joya, una serie de imágenes inundó su mente... imágenes en las que se veía en una joyería eligiendo ese anillo para ella, y no pudo evitar arrebatárselo. Volvió a sacar la joya de su bolsillo para examinarlo mejor. Oro y diamantes con tres zafiros engarzados. Sencillo, elegante y clásico, como Eleanor. Era una joya que él posiblemente habría elegido para ella. Eleanor aún la conservaba, la llevaba colgada del cuello como una reliquia, lo que significaba que aún no había perdido la esperanza de recuperarle. ¿Por qué esa endemoniada chiquilla tenía que ser tan obstinada? Tendría que estar coqueteando con Vane encantada con su compromiso, no persiguiendo a un fantasma al que no iba a volver a tener. Sin embargo, a él le hervía la sangre cada vez que la veía coquetear con el conde, y casi se vuelve loco al creer que había acudido a un encuentro clandestino con él en la sala de música de la baronesa Berkeley. Necesitaba sacarse a Eleanor Levenson de la cabeza, eso era. Tenía que encontrar la manera de lograr que la muchacha no le importase lo más mínimo, para conseguir seguir adelante con su nueva vida sin tener que preocuparse por ella.

## Capítulo 12

Dos semanas más tarde, se celebraba la fiesta anual de los Devonshire en *Lifford Manor*, su casa de campo. Un fin de semana completo organizado para el disfrute de sus invitados: baile, picnic a la orilla del río, paseos a caballo, críquet y hasta había un carrusel para los más pequeños. Anthony había llegado a la propiedad varios días antes con su cuñada para ayudarla a organizarlo todo, pues su hermano tenía asuntos que atender en Londres y llegaría esa misma tarde.

Desde la cena en casa de los Sutherland, había evitado acudir a los bailes a los que sabía que acudiría Eleanor para lograr sacársela de la cabeza, pero había sido inútil. Incluso se atrevió a acudir a su antigua amante, pero ella ya tenía un protector que cuidara de ella. Ahora se veía entre la espada y la pared. Tres días y tres noches viviendo bajo el mismo techo que Eleanor eran demasiado. No sabía si sería capaz de controlar la lujuria que sentía cada vez que ella estaba cerca, ni los celos de verla con el conde de Vane. ¿Por qué

demonios había tenido que invitar su cuñada a ese patán? De buena gana le mandaría él mismo una nota de su puño y letra diciéndole que se abstuviese de acudir, pero si lo hacía tendría que lidiar con Ivette después y no tenía valor de enfrentarse con la banshee de su cuñada.

Se encontraba mirando por la ventana del despacho de su hermano cuando vio aparecer el carruaje con el emblema de los Sutherland en el costado. Sus cuatro caballos blancos tiraban del vehículo con majestuosidad, y se quedó hipnotizado por el movimiento de sus cuartos delanteros al golpear la dura tierra del camino. Cuando el carruaje se detuvo frente a la entrada principal, vio a su amigo bajar para ayudar a su esposa, que portaba en sus brazos a su primogénita. El corazón empezó a latirle con fuerza cuando Felicia Levenson bajó tras su nuera. Sentía la boca seca, sus pupilas se dilataron a la espera de ver bajar a la mujer de sus pesadillas. Tras un minuto, vio el color rosado de su falda aparecer por la portezuela. Eleanor se irguió con una sonrisa hacia el lacayo que la ayudó a bajar del carruaje, y a Anthony le dieron ganas de bajar corriendo las escaleras y separarle la cabeza de los hombros a ese pobre desgraciado de una sola estocada. Se apartó de la ventana y se acercó al mueble para servirse una copa de whisky que bebió de un solo trago.

—¿No crees que es demasiado temprano para empezar a beber? —dijo su hermano, apoyado en el quicio de la puerta.

—¿Cuándo has llegado?

—Al amanecer. Podría haber esperado a esta tarde, pero me moría de ganas de hacerle el amor a mi esposa antes de dormir un poco.

—Bien por ti.

—¿Qué te ocurre, hermano? Desde que volviste te veo atormentado por algo y me gustaría ayudarte.

—No puedes ayudarme, Stef. Nadie puede.

—¿Acaso han regresado los malos recuerdos?

—Ojalá fuera eso. Son los buenos recuerdos de una vida perdida los que me tienen atormentado.

—Así que es por Eleanor —dedujo su hermano sentándose sobre el



escritorio.

—No consigo arrancármela de la cabeza. Por más que lo intento no logro olvidarme de ella, y no sé si seré capaz de aguantar todo el fin de semana sin cometer alguna estupidez.

—La solución es bien sencilla... cástate con ella.

—Ya hemos hablado de eso y una boda jamás será una opción.

—¿Y por qué demonios no?

—¿Crees que lo que siento por ella es un amor puro y verdadero como el que tú sientes por Ivette? ¡Es lujuria, Stefan! Una lujuria salvaje y endemoniada que me quema las entrañas cada vez que ella está cerca. Me muero de ganas de tumbarla en la primera superficie plana que encuentre para follármela como un animal, no como el amante tierno y delicado que ella se merece.

—Espero por tu bien que Francis no te escuche decir eso o te retará a duelo.

—¿Crees que no lo sé? Es por eso que he evitado ir a los bailes a los que sabía que ella acudiría, pero ahora no tengo más remedio que aguantar el tipo y no sé si seré capaz.

—¿Has pensado en recurrir a una amante?

—Mi antigua amante ya tiene un nuevo protector y no tengo tiempo ni ganas de buscarme una nueva.

—Óyeme bien, Tony. Que ni se te pase por la cabeza tocarle a Eleanor un solo pelo de la cabeza si no es con intención de casarte con ella, o yo mismo me encargaré de pegarte un tiro.

—¿Ahora me amenazas? —rió Anthony con amargura.

—No me dejas otra opción.

—Puedes estar tranquilo, Stefan. Hasta donde yo sé, sigo siendo un caballero. Deberías saberlo.

—Desde que volviste no estoy seguro de nada, Anthony. Has cambiado y no me dejas acercarme a ti lo suficiente como para conocer a la persona que

eres ahora.

—Todos teníais muy buen concepto de mí, no merece la pena haceros cambiar de opinión.

Acto seguido, se colocó de nuevo la máscara sobre su rostro dañado, irguió los hombros y bajó a recibir a los invitados como un buen anfitrión.

Cuando llegó a la entrada, su cuñada ya se encontraba allí, saludando a sus amigas y ayudándolas a deshacerse de sus abrigos. Francis se acercó en cuanto le vio para darle un abrazo, que él respondió un poco incómodo, aún molesto por la discusión con su hermano. Stefan bajó poco después y besó a su mujer en la sien como hacía siempre que se encontraban, pero no le quitó el ojo de encima en ningún momento. Anthony saludó a las mujeres con una reverencia y fijó la mirada en Eleanor, una mirada intensa, ardiente, que logró que la joven se diese la vuelta, azorada.

—Espero que el trayecto hasta la casa haya sido agradable —dijo para romper el hielo.

—Ha estado bien, gracias.

—Por suerte, el buen tiempo nos acompañará este fin de semana y podremos disfrutar de las actividades al aire libre.

—¿Recuerda las que le gustan, milord?

—Pues la verdad es que no —contestó con una sonrisa—. ¿Le importaría reunirse conmigo cuando se instale para hablarme sobre mis gustos en ese aspecto? Tal vez podríamos dar un paseo hasta la orilla del río.

Anthony apretó la mandíbula cuando Eleanor dudó, pero acto seguido la joven asintió con un amago de sonrisa.

—En absoluto, milord. Nos vemos dentro de una hora en el recibidor.

Observó alejarse a la muchacha hacia la puerta de entrada, y su hermano se acercó a él con cara de pocos amigos.

—¿Me dices que no puedes controlar tu lujuria y la invitas a un paseo? —espetó su hermano.

—No sé por qué lo he hecho —reconoció—. Ha sido un impulso.

—¿Un impulso? Pues por tu bien espero que cuando estés con ella sientas el impulso de mantener bien cerrados tus pantalones, Tony. Estás jugando con fuego, hermano, y temo que vas a quemarte.

Anthony se quedó mirando el horizonte pensando en la estupidez que acababa de cometer. ¿Para qué había servido que evitase a Eleanor si en cuanto la veía la invitaba a pasear a solas por el bosque? ¿Dónde había quedado su fuerza de voluntad? El ruido de los cascos de un caballo en el camino atrajo su atención. El conde de Vane se acercaba a la casa montado en un bayo marrón, y Anthony cerró los puños con fuerza. Aún quedaban muchos invitados por llegar, pero de todos ellos, Marcus Vane era al que menos ganas tenía de ver, porque sabía que acapararía el tiempo y la atención de Eleanor durante todo el fin de semana. Se sintió mezquino, un traidor. Él había sido quien la había lanzado a los brazos del conde con su negativa a pedirla en matrimonio, así que ahora tendría que apechugar con las consecuencias.

Eleanor se dejó caer en la cama en cuanto los lacayos cerraron la puerta de su habitación a sus espaldas. Anthony acababa de ser educado y cortés con ella, y la había invitado a dar un paseo... ¿o tal vez se había quedado dormida en el carruaje y lo había soñado? Se pellizcó el dorso de la mano para asegurarse de que estaba despierta, y se acercó al espejo de cuerpo entero para observar su aspecto. Aunque estaba un poco despeinada y su traje estaba algo arrugado, su apariencia era bastante buena. Abrió el baúl para colgar los vestidos en el armario cuando su doncella entró.

—¡Señorita Eleanor! —exclamó la mujer arrancándole el vestido de las manos— Traiga aquí, usted debería tumbarse a descansar un poco.

—Ahora mismo sería incapaz de dormir, Molly. ¡No creerás lo que ha pasado!

—No lo sabré si no me lo cuenta —contestó la doncella con una sonrisa.

—Huntington me ha pedido que dé un paseo con él hasta el río.

—¿Y qué tiene eso de especial? Lo hicieron miles de veces antes de que él se embarcara.

—Pero ha cambiado mucho, no es el mismo hombre de antes y te aseguro que ya no me quiere.

—El muchacho habrá olvidado muchas cosas, pero el amor es la fuerza más poderosa que existe, muchacha, y ningún golpe en la cabeza le hará olvidar algo tan grande. Puede que esté confundido, pero el sentimiento volverá tarde o temprano, ya verá.

—¿Y si vuelve demasiado tarde?

—En ese caso, usted estará casada con Vane y él habrá perdido al amor de su vida.

—Aún no he decidido casarme con Vane —protestó ella cruzándose de brazos.

—Pero lo hará al terminar la temporada. Se lo prometió a su hermano, ¿recuerda? Y ahora acuéstese —ordenó la mujer dándole la vuelta para quitarle el vestido—. Duerma un par de horas antes de ese paseo.

Eleanor hizo lo que la mujer le había dicho, pero no fue capaz de pegar ojo. Cuando dos horas después Molly subió a la habitación para ayudarla a vestirse, estaba hecha un manojo de nervios. Se puso un vestido color vainilla y verde y se echó sobre los hombros su capa de terciopelo, pues aunque estaban en primavera tendía a refrescar por la tarde. Cuando llegó al recibidor se quedó sin aliento ante la deslumbrante sonrisa que Huntington le dedicó al verla, pero se recompuso de prisa y bajó los pocos escalones que les separaban.

—Espero que hayas descansado —dijo el marqués tendiéndole su brazo—. Estás bellísima, como siempre.

—Reconozco que no he logrado descansar demasiado.

—Siento oír eso. ¿Problemas de insomnio?

—La verdad es que no entiendo tus cambios tan repentinos de humor respecto a mí. Pasas de tratarme de una vulgar ramera a besarme en cuestión de días, y llevas varias semanas evitándome.

—Solo intento ser cortés por la amistad que une a nuestras familias.

—Así que solo lo haces por la amistad de nuestras familias...

—No creo que sea agradable para ellos vernos discutiendo a todas horas, ¿no crees?

—No, es cierto —contestó ella soltándose de su brazo—, pero me gusta que los caballeros que me llevan a pasear lo hagan porque sienten al menos una brizna de aprecio por mí, no por congraciarse con mi familia. Así que si me disculpas...

Anthony maldijo mientras veía alejarse a Eleanor. ¿Qué demonios quería esa mujer de él? No estaba contenta con nada. Se dirigió con paso decidido a ella y la sostuvo del brazo con fuerza.

—¿Pretendes volverme loco, mujer? —protestó con los dientes apretados — ¿A qué perverso juego estás jugando conmigo?

—¡Suéltame, Tony! ¿Te has vuelto loco?

—No vas a irte dejándome con la palabra en la boca. —Anthony pegó su nariz a la de ella y la miró con furia—. Este fin de semana es muy especial para Ivette y no vamos a fastidiárselo. Ella quiere que nos llevemos bien, así que te comportarás como una dama educada y serás cortés y amable conmigo. ¿Ha quedado claro?

—¿Y si no me da la gana?

—Si no lo haces, te aseguro que te arrepentirás.

—¿Qué vas a hacer, Anthony? ¿Golpearme?

—Te aseguro que hay formas mucho más crueles de castigar a una mujer que un golpe, Ely, así que no me tientes.

—Muy bien —contestó ella zafándose de su agarre—. Seré educada contigo cuando no quede más remedio, pero si solo estamos tú y yo, por mí puedes irte al Infierno. Y ahora, si me disculpas, siento un terrible dolor de cabeza y me voy a mi cuarto.

Cuando Ely cruzó las puertas de la casa, hervía de furia. ¿Cómo se atrevía Anthony a darle órdenes como si fuera de su propiedad? Perdió ese derecho el día que le pidió a su hermano que siguiera adelante con el compromiso con Vane. Ojalá pudiese volver a casa en ese mismo momento. De buena gana se habría quedado sola en Londres si hubiese sabido lo que le esperaba en *Lifford Manor*. Iba tan inmersa en sus pensamientos que no vio a Marcus y terminó dándose de bruces con su musculoso pecho.

—Eleanor, ¿qué ha pasado? —preguntó al verla tan alterada— ¿Te encuentras bien?

—¡No puedo más, Marcus! —gimió— ¡Voy a terminar volviéndome loca!

—Venga, vamos a un lugar más privado. Nadie más tiene por qué verte llorar.

Acompañó a Eleanor hasta el pequeño comedor de la parte de atrás de la casa, una zona íntima donde nadie les molestaría. Acto seguido, salió para volver con su doncella, que se sentó discretamente en un sillón junto a la ventana.

—Es mejor conservar el decoro —aclaró el caballero.

—¿Cómo puede una persona cambiar de parecer de la noche a la mañana, Marcus? —preguntó con un suspiro— Antes era tan dulce, educado y alegre... Ahora ya no le conozco.

—Debes tener en cuenta que no lo está pasando nada bien con su pérdida de memoria, Ely. Tiene que ser un martirio vivir sin recordar nada.

—Eso no es excusa para que sea un maleducado.

—¿Qué ha pasado esta vez?

—Esta mañana me invitó a dar un paseo por el campo. Le he dicho que no entiendo sus cambios de humor y me ha confesado que ha empezado a tratarme bien por la amistad de nuestras familias. He intentado marcharme porque no me gusta pasar tiempo con personas a quienes no agrado, pero me ha sujetado del brazo y me ha ordenado que mantenga su patética farsa para no estropear el fin de semana.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Vane preocupado.

—Solo en mi orgullo. ¿Cómo se atreve a darme órdenes como si fuera mi dueño? Pero lo que más me ha enfadado es que tenga razón. No puedo estar discutiendo con él a cada momento si quiero que los demás disfruten del fin de semana.

—Procura cruzarte con él lo menos posible.

—¿Cómo lo hago? Esta casa es enorme y puedo encontrarle en cualquier

esquina.

—Pues no vayas sola a ningún sitio. Yo puedo acompañarte la mayor parte del tiempo, pero habrá veces que no, así que tienes que pedirle a alguna dama que te acompañe.

—¿Crees que funcionará, Marcus?

—Pues la verdad es que no lo sé, pero es lo mejor que puedes hacer dadas las circunstancias.

—Acaba de empezar el fin de semana y solo de pensar en él ya estoy agotada.

—Vamos... —Le tendió la mano con una sonrisa—. Me ha dicho Devonshire que hay un paseo muy agradable hasta el arroyo. ¿Por qué no vienes conmigo? Prometo ser mejor compañía que Huntington.

Ely sonrió aceptando su mano, pero cuando llegaron al recibidor encontraron allí a Anthony charlando con algunos invitados. Eleanor sintió su mirada clavada en la espalda, pero irguió los hombros, le dedicó una enorme sonrisa a Marcus y pasó por su lado sin tan siquiera mirarle. Sabía que tarde o temprano él le reprocharía ese gesto, pero en ese mismo momento ella estaba disfrutando enormemente de haberle ignorado.

—Buenas tardes, caballeros —dijo Vane deteniéndose junto a ellos—. He convencido a lady Levenson de que me acompañe en un paseo hasta el río. Ha llegado a mis oídos que se pueden encontrar muchas clases de mariposas distintas.

—¿Es usted entomólogo, Vane? —preguntó Anthony mordaz.

—En absoluto, solo soy coleccionista de lepidópteros, Huntington. Si me disculpan, no debo hacer esperar a una dama.

Eleanor sonrió abiertamente cuando salieron al jardín.

—¿En serio coleccionas mariposas, Marcus?

—¡En absoluto! Soy incapaz de matar a una mosca, mucho menos de ensartar a una pequeña mariposa con una aguja.

—Eres un mentiroso, ¿lo sabías?

—Es una de las muchas cosas que tienes que conocer de mí antes de nuestra boda, querida — bromeó.

—Hablando de eso, Marcus...

—No quiero escuchar nada hasta el último día de la temporada, Ely. Ya lo hemos hablado.

—Pero no es justo que te cases conmigo, Marcus. No quiero que por mi culpa te pierdas la oportunidad de tener un matrimonio basado en el amor.

—Mi dulce Eleanor... te aseguro que eso no pasará jamás. Estoy destinado a casarme por conveniencia, no por amor, así que prefiero hacerlo con mi mejor amiga que con una desconocida. ¿De acuerdo?

—¿Por qué no puedes casarte por amor, Marcus?

—Mis gustos son algo... peculiares, en lo que a personas se refiere. Unos gustos que de salir a la luz terminarían con mi vida, ¿entiendes?

—No sé a qué te refieres.

—Aún eres demasiado inocente para entenderlo, querida —contestó él con una dulce sonrisa—.

Pero te aseguro que un matrimonio contigo será mucho más que satisfactorio para mí.

Eleanor siguió caminando a su lado sin decir nada. No sabía a qué se refería su amigo, pero le ponía muy triste pensar que él jamás podría encontrar un amor como el de su hermano y Beth, o como el de Stefan e Ivette. Ojalá pudiese hacer algo para ayudarle...

Eleanor dedicó los siguientes dos días a ejercer de casamentera encubierta. Presentó a Marcus a todas las jóvenes damas que habían acudido al picnic de los Devonshire y no desaprovechó ninguna oportunidad de dejarles a solas para que se conociesen. Todas ellas eran jóvenes bonitas, tímidas y con exquisitos modales que pudiesen atraer la atención del conde, pero él simplemente se comportaba de forma educada con ellas y miraba a Eleanor con reproche. La joven sabía que no estaba muy contento con lo que hacía, pero no pensaba descansar hasta que encontrase una mujer a quien Marcus pudiese llegar a amar. Pero la tarde del sábado su amigo, harto de su



comportamiento, la cogió del brazo y la arrastró hasta un lugar apartado del jardín para enfrentarse a ella.

—¿Se puede saber qué pretendes, Ely? —preguntó.

—No sé a qué te refieres —contestó ella inocentemente.

—¡Oh, sí que lo sabes! Llevas todo el fin de semana desfilando ante mis narices a debutantes deseosas de matrimonio y quiero saber por qué.

—Solo estoy siendo una buena amiga, Marcus. Te presento a las damas de la fiesta, nada más.

—Pero ya conozco a esas damas, he asistido a los mismos bailes que ellas durante días y lo sabes de sobra.

—Lo había olvidado —mintió.

Marcus rió a carcajadas al verla elevar los ojos al cielo con cara de inocente. La abrazó con fuerza y la besó en la frente, un gesto cariñoso e impulsivo que no se había atrevido a tener nunca con ella.

—Mi pequeña Ely... Eres encantadora, pero mientes de pena. No tienes que cuidar de mí, ¿sabes?

—No quiero que te cases conmigo y renuncies al amor, Marcus. No te mereces ser infeliz.

—¿No entiendes que jamás podría ser infeliz contigo, mi niña? Eres mi mejor amiga y te quiero como si fueras una hermana para mí. Créeme, tendría contigo mejor vida que con cualquiera de las damas a las que has hecho desfilar frente a mí.

—Pero...

—No quiero oír ni una sola palabra más al respecto, ¿de acuerdo? —dijo posando un dedo sobre los tiernos labios de la joven—. Cuando termine la temporada vamos a casarnos y te aseguro que ambos seremos muy felices.

—Muy bien —contestó ella bajando la mirada.

—Si por algún milagro divino terminas logrando que Huntington quiera casarse contigo te doy permiso para que busques a una buena mujer para casarme, pero hasta entonces permíteme disfrutar de la temporada con mi

amiga sin interrupciones, ¿de acuerdo?

—Siento haberme puesto un poco pesada con el tema —confesó ella—. No puedo evitarlo.

—No tienes que sentirlo, Ely —contestó él volviendo a abrazarla—. Sé que lo haces porque te preocupas por mí y te lo agradezco de veras. Y ahora, volvamos a la fiesta. Estoy deseando ver cómo se te da el criquet.

Ambos amigos volvieron a la casa sin percatarse de la presencia de Anthony, que había estado observándoles en la distancia durante toda la conversación. No había sido capaz de escucharles, pero sus muestras inequívocas de cariño no dejaban lugar a dudas: Eleanor y él eran amantes. Era lo que quería, ¿no? Entonces, ¿por qué estaba tan enfadado? Había hecho lo imposible por conseguir que Eleanor se olvidase de él, y ahora que lo había conseguido sentía un nudo de rabia en la boca del estómago que no conseguía apaciguar. Sabía que era lo mejor para todos, que Eleanor estaría mejor con Vane y no pensaba hacer nada para evitarlo por mucho que le molestara ese hecho.

Apagó su cigarrillo con la punta de la bota y esperó a que la pareja entrase en la casa para volver a su habitación sin ser visto.

## Capítulo 13

Esa misma noche, tras la cena, se celebró un baile formal. Después de su conversación con Marcus, Eleanor se había dedicado a divertirse, y tenía que reconocer que se lo había pasado en grande jugando al criquet con él. Ahora se preparaba para darse un buen baño antes de arreglarse para la velada. Molly colocó sobre su cama el vestido recién planchado, de color champán adornado con encajes y flores.

—Ha quedado perfecto, milady —dijo admirando su obra—. Va a ser la dama más bella de todo el baile.

—Siempre dices lo mismo, Molly —rió Eleanor metiéndose en la tina—, pero te aseguro que hay muchas damas más bellas que yo.

—Tal vez sean más hermosas, pero desde luego ninguna de ellas tendrá un corazón tan grande como el suyo.

Eleanor sumergió el cuerpo en el agua caliente hasta la barbilla y cerró los ojos disfrutando del placer del baño. Cuando el agua empezó a enfriarse, salió de la bañera y se envolvió en su bata antes de sentarse frente al espejo del tocador. Molly le cepilló el pelo hasta que brilló y le hizo un precioso recogido adornado con lazos y flores frescas, las mismas flores que adornaban el escote de su vestido de noche. Acto seguido la ayudó a vestirse, y cuando Eleanor se puso sus zapatos de baile se puso de pie y dio una vuelta completa ante su doncella, como hacía cada noche.

—¿Cómo estoy? —preguntó.

—Como si no lo supiera... —bufó la criada cruzándose de brazos.

—¿Crees que lograré que algún caballero me pida un baile?

—¿Aparte del conde, quiere decir?

—Sí, aparte de Vane. —Sonrió con cariño—. Es el mejor amigo del mundo y creo que seré feliz con él.

—¡Por supuesto que lo será! Es un caballero rico y apuesto, milady, y por si eso fuera poco la tiene en muy alta estima.

—Pero no me ama —contestó ella con tristeza.

—Créame, el amor no sirve de nada cuando una no tiene nada que echarse a la boca. Es mejor tener un hombre con el bolsillo lleno y la sangre caliente, créame.

—¡Pero qué cosas dices, Molly! —exclamó ella con una carcajada— Te recuerdo que soy una dama soltera, y si mi hermano te oyese...

—Pero no me ha oído, ¿no es cierto? Y ahora váyase a ese baile y disfrute de la noche. Se lo merece.

Eleanor salió de la habitación con la sonrisa todavía en los labios y se encontró con su madre en el pasillo.

—Me alegra verte tan contenta, tesoro —dijo la anciana besándola en la frente—. Molly ha hecho un trabajo excelente esta noche, estás bellísima.

—Gracias, mamá.

—¿Podemos hablar en mi habitación un momento antes de bajar a cenar?

—Claro.

Eleanor siguió a su madre hasta su habitación y se sentó junto a ella en la cama.

—Sé que aún no has aceptado el compromiso con el conde de Vane, Ely —comenzó a decir la anciana—, pero he observado que pasas mucho tiempo con él.

—Es un hombre muy divertido y me hace reír, mamá. Nos hemos hecho muy buenos amigos.

—¿Significa eso que vas a aceptar el compromiso?

—Fran me dio hasta el final de la temporada para decidirme, pero creo que lo aceptaré.

—¿Por qué esperar si lo tienes claro?

—Mamá... no empieces.

—Solo quiero saberlo, hija.

—Quiero disfrutar de la temporada sin presiones, eso es todo.

—¿Seguro? ¿O tal vez es por Huntington?

—Anthony no puede estar más lejos de mis pensamientos en este momento.

—Hija... te conozco y sé que le amabas con todo tu corazón. Un amor como el vuestro no desaparece de la noche a la mañana, cielo.

—Sí desaparece de repente si uno de los dos pierde la memoria.

—Eleanor, el amor nace aquí —susurró poniendo su mano en el corazón de su hija—, no tiene nada que ver con la cabeza. Si Huntington asegura no amarte es porque nunca lo ha hecho, así que no vale la pena esperar un milagro.

—Tal vez tengas razón, pero...

—No voy a presionarte para que tomes una decisión, Ely. Te prometí que sería la madre que no he sido hasta ahora y pienso mantenerlo, pero no quiero verte sufrir por un amor no correspondido.

Eleanor asintió, y su madre se puso de pie y le alargó su mano con una dulce sonrisa.

—Vamos a disfrutar del baile, ¿de acuerdo?

Eleanor siguió a su madre hasta el comedor, pero no pudo dejar de darle vueltas a sus palabras. Tal vez estaba esperando un milagro, y no tenía sentido que alargase más la espera de Vane. Con él tendría una vida plena, de eso estaba segura, así que le comunicaría su decisión en cuanto hablase con él.

La cena se compuso de ensalada con vinagreta de mostaza, rodaballo con salsa de langosta, ternera guisada a fuego lento y tartaletas de fresas con crema. Tras los postres, todos los invitados pasaron al salón de baile, adornado con lámparas de cristal en forma de lirio y flores frescas en bonitos jarrones en todas las esquinas. Eleanor pasó casi toda la noche bailando con varios caballeros, con su hermano e incluso con Stefan, que normalmente solo bailaba con su esposa. Durante el primer vals tuvo oportunidad de hablar con Vane sobre su compromiso. El conde la notó nerviosa y ladeó la cabeza con una sonrisa.

—¿Qué locura te está rondando ahora por la cabeza, Ely?

—He estado hablando con mi madre.

—¿Habéis vuelto a discutir?

—No, esta vez no, pero me ha hecho meditar las cosas durante toda la cena.

—¿Y has conseguido llegar a una conclusión?

—No voy a esperar al final de la temporada para aceptar mi compromiso contigo, Marcus. Voy a casarme contigo.

—¿Estás completamente segura de eso, Ely? Aún tienes tiempo de conquistar a Huntington.

—Lo único que conseguiría sería perder el tiempo y lo sabes. Anthony jamás va a amarme de la misma forma que le amo yo.

—Muy bien, en ese caso anunciaremos nuestro compromiso cuando volvamos a Londres. ¿Has hablado ya con tu hermano?

—Aún no, esperaré a mañana para comunicarle mi decisión.

Marcus se percató de que su amiga sentía una profunda tristeza por haber tenido que tomar una decisión tan drástica, así que la apretó contra su cuerpo y le sonrió.

—Te haré muy feliz, Ely, te lo prometo —susurró.

—No tengo ninguna duda de ello, Marcus, pero ¿seré capaz de hacerte feliz yo a ti?

A la hora de la cuadrilla Eleanor ya estaba muerta de cansancio y se sentó junto a Beth, que permanecía sonriente en un sofá bebiendo champán.

—¿Te diviertes? —preguntó su cuñada con una sonrisa.

—Muchísimo. ¿Y tú por qué no estás bailando?

—Me temo que estos meses en reposo han terminado con mi aguante a la hora de bailar. Tengo los pies destrozados y he tenido que suplicarle a tu hermano que me deje descansar.

—Eres una exagerada —sonrió Eleanor—. Te gusta demasiado bailar para dejarlo por una tontería como esa.

—Es cierto, pero necesito un momento de descanso. Además, quiero subir a ver cómo está la pequeña.

—Estará bien, Beth, no te preocupes.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo.

—¿Quieres que suba yo a verla por ti? Estoy agotada y me temo que si sigo aquí algún caballero me arrastrará hasta la pista de baile.

—Pídele a Vane que te rescate —sugirió pícara su cuñada.

—Estoy segura de que lo haría, pero necesito pasar algo de tiempo a solas ahora que he tomado la decisión de seguir adelante con mi compromiso con él.

—¿Se lo has dicho a él?

—¡Oh, sí! Cuando hemos bailado el primer vals.

—Ese hombre es una auténtica joya, Ely. Me alegra que no le dejes escapar por Anthony.

—Sé que con Anthony no tengo futuro, Beth, ya lo he asumido. Daremos la noticia en cuanto lleguemos a Londres. No tiene sentido esperar más tiempo.

—Serás muy feliz con él, ya lo verás.

—Lo sé. Somos muy buenos amigos y sé que me tratará muy bien.

—Sin embargo, no te veo demasiado feliz con la decisión.

—Me apena que ninguno de los dos hayamos encontrado el amor.

—Hay veces en las que el amor llega con el tiempo, Ely. No todos los matrimonios son por amor, ¿sabes?

—¿Y si no llega?

—Bueno... A veces es mejor el respeto mutuo y la tranquilidad que el amor.

—¿Y qué me dices de la pasión?

Su cuñada bajó la vista sin saber qué contestar, y Eleanor se puso de pie con una triste sonrisa.

—Voy a ver cómo está Marianne.

Eleanor subió las escaleras lentamente, pensando en Vane. Cuando la besó, lo que sintió no fue siquiera una sombra de lo que le había hecho sentir Anthony con sus besos. Tendría un buen matrimonio con él, sí, pero ¿dónde quedaría la pasión? Se acercó con cuidado a la cuna en la que Marianne dormía plácidamente y acarició su carita regordeta. Era una niña preciosa, con cabellos de color bronce que caían en pequeños rizos por su frente. La niña gorjeó en cuanto abrió los ojos y vio a su tía, que sonrió.

—Deberías estar durmiendo, pequeña —susurró dejando que su sobrina le cogiese el pulgar entre sus pequeños dedos—. Eres una monada y la tía Eleanor te quiere muchísimo, ¿sabes?

Meció la cuna mientras susurraba una nana, y al poco tiempo la pequeña volvió a quedarse dormida. Tal vez no tendría pasión en su matrimonio con Vane, pero sí tendrían hijos, y el amor por ellos cubriría cualquier carencia en su matrimonio, incluida la falta de amor y de pasión.

—Se te dan bien los niños.

La voz de Anthony la sobresaltó un poco, pues no esperaba compañía. Se volvió hacia la puerta, pero el marqués se encontraba sentado en una mecedora entre las cunas de sus sobrinos, sosteniendo en brazos a Mary completamente dormida.

—Subí a verles y Mary empezó a llorar —aclaró el marqués—. Ni siquiera sé cuánto tiempo llevo meciéndola. Creo que se me ha quedado dormido el brazo.

Eleanor sonrió y se acercó a él para coger a la niña de sus brazos y meterla de nuevo en su cuna.

—Ya eres libre —bromeó.

—No lo soy tanto como imaginas.

Eleanor se percató del tono atormentado de Anthony y se sentó a su lado.

—¿A qué te refieres?

—Escapé de ese barco, pero me siento tan prisionero como si continuase encerrado en él, Ely. Me esfuerzo por recordar pero todo es inútil. A veces



tengo sueños, pero no sé si son retazos de mis recuerdos. Estoy cansado de no saber quién soy.

—Eres Anthony Cavendish, un hombre fuerte, honrado, divertido a veces, y leal. Eso es lo único que importa.

—¿Vas a aceptar el compromiso con Vane? —preguntó de repente— Os he visto esta tarde en el jardín.

—Así es. Creo que lo anunciaremos cuando volvamos a Londres. No tiene sentido retrasarlo por más tiempo.

—Es lo mejor que puedes hacer, Eleanor. Tendrás un buen matrimonio con él.

—Sí, es un buen hombre y sé que me hará feliz.

—Enhorabuena entonces.

—Gracias.

Anthony se levantó de su asiento y le tendió la mano.

—Volvamos a la fiesta —sugirió—. Ya llevamos demasiado tiempo aquí.

Eleanor aceptó la mano que le tendía con una sonrisa sincera. Pese a la voz de advertencia que resonaba en su cabeza, Anthony se vio atrayéndola hasta su cuerpo, que comenzó a arder ante la dulce presión de los senos de la muchacha contra su pecho. Los ojos de Eleanor se encendieron de deseo, sus labios se entreabrieron un poco y Tony se concentró ávidamente para no sucumbir al deseo de besarla. Pertenece a Vane, anunciarían su compromiso como él había estado deseando desde que volvió, así que no tenía derecho de tenerla entre sus brazos. Pero Eleanor había sido suya... tal vez en otro tiempo, pero le había pertenecido más de lo que jamás pertenecería a Vane y necesitaba saborearla por última vez. Bajó la cabeza despacio, dándole a Eleanor tiempo de apartarse, pero ella permaneció quieta, mirándole a los ojos como si fuera la última vez que se verían. Unió sus labios a los de la joven en un beso tierno, dulce, demostrándole que su boca era para él especial e incomparable. Al principio Eleanor se mantuvo inmóvil, pero pronto enlazó sus brazos al cuello de Anthony y pegó su cuerpo al del caballero por completo. La fascinante dulzura de su osadía le cogió desprevenido, pero rápidamente pasó sus brazos por la cintura de la dama y la

apretó con fuerza. Eleanor le besaba con un entusiasmo y una avidez que aceleraban su sangre, su boca era complaciente y entregada.

Anthony se dejó arrebatarse por su avidez, y profundizó el beso uniendo su lengua a la de Eleanor, haciéndola jadear. Su femenina sensualidad despertaba sus más primarios instintos, pero hizo un esfuerzo y se apartó de ella, jadeante. Eleanor le miraba aturdida y hermosa, con el cabello alborotado, las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes por la pasión. Esa visión le hizo desearla con una ferocidad primitiva que no recordaba haber experimentado nunca, y bajó la vista para intentar controlarse, pero sus ojos se clavaron en los senos de la muchacha, que sobresalían del escote del vestido, y su fuerza de voluntad se esfumó.

Separó la parte delantera del vestido dejando al descubierto su camisola de hilo, en la que sus pezones destacaban de manera audaz. Liberó los encantadores montículos para contemplarlos, y con lentitud levantó las manos hasta que las yemas de sus dedos apenas rozaron los rosados capullos, tensos y fruncidos. Resiguió con el índice la marfileña piel que los rodeaba, sin tocarlos, y Eleanor se estremeció con los músculos de su cuerpo en tensión. Anthony asió la plenitud de su nivea carne sosteniendo el peso en la palma de sus manos y comenzó a amasarla sutilmente. Disfrutaba con el encantador contraste de firmeza y suavidad, y rodeó los pezones con los pulgares. Persistió en las hinchidas crestas, demorando la sensación, y tiró de los tensos capullos haciendo que Eleanor aspirase profundamente mientras su intenso rubor le confirmaba que estaba excitada.

—¿Qué demonios significa esto?

La voz atronadora de Francis resonó por la habitación, haciendo que los pequeños se despertaran asustados y comenzasen a llorar. Anthony subió el vestido de Eleanor a toda prisa y la miró con una mezcla de traición y odio en su mirada que consiguió helar la sangre de la muchacha.

—Felicítame, amigo mío —dijo Anthony con la voz fría como el hielo—. Tu hermana acaba de aceptar ser mi esposa.

—¿Es eso cierto, Ely? —preguntó su hermano sin apartar la mirada de ella— ¡Contesta!

Eleanor sentía un nudo en la garganta que le impedía hablar, así que

asintió. Su reputación había quedado manchada y solo tenía una salida: casarse con Anthony. Era lo que siempre había querido, pero ¿por qué se sentía tan asustada? La mirada de Anthony había sido acusadora, como si creyese que ella lo había orquestado todo para cazarle. No podía creer eso, ¿verdad? Ella sería incapaz de cometer una atrocidad de aquel calibre, habría preferido ingresar en un convento antes que cometer una estupidez como esa y Anthony lo sabía.

—En ese caso, cuando volvamos a Londres publicaremos las amonestaciones —dijo Francis—. Pero por ahora, Eleanor, creo que deberías retirarte a descansar.

Eleanor miró a su hermano con temor, pero Francis no apartó la vista de Anthony en ningún momento.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó asustada.

—Ve a tu cuarto, Ely —ordenó Fran—. Esto no es asunto tuyo.

—Estáis en el cuarto de los niños, Fran.

—En ese caso, bajemos al despacho de Stefan.

Eleanor bajó las escaleras a toda prisa, en busca del único hombre que podía evitar que su hermano y Anthony se matasen. Le encontró hablando con Andrew y Vane en la mesa del ponche. En cuanto Marcus la vio aparecer, se acercó a ella con cara de preocupación.

—¿Qué ocurre, Ely? ¿Qué ha pasado?

—Le va a matar, Stefan —sollozó mirando al duque—. Tienes que impedirlo.

—¿Quién va a matar a quién?

—Francis y Anthony.

Los tres hombres se miraron y salieron a correr escaleras arriba, dejando a una Eleanor desolada en mitad del salón de baile.

—¿Ely? ¿Qué ha pasado? —preguntó Sarah acercándose a su espalda.

—Voy a casarme. —dijo con un hipido—. Con Anthony.

—Eleanor, debes subir a tu habitación —ordenó su madre acercándose.

La joven se dejó llevar por su madre, que le daba palmaditas en la espalda.

—Tranquila, tesoro, todo se arreglará.

—No tiene arreglo, mamá.

—Pero era lo que querías.

—¡No así! ¡Anthony cree que lo he orquestado todo para que Francis nos descubriese!

—¿Te lo ha dicho?

—No ha hecho falta. Lo he visto en sus ojos.

—Bueno, querida, intenta descansar un poco. Por la mañana las cosas serán diferentes, ya lo verás.

Eleanor se dejó desvestir por su madre con la mirada perdida. Ahora que se había decidido a casarse con Vane, todo se iba al traste. ¿Por qué la había besado Anthony si no la quería? ¿Y por qué la había mirado con reproche si había sido él quien había empezado el beso? Todo su mundo se desmoronaba a su alrededor y tenía miedo de lo que pudiese pasar a partir de ahora. Con un sollozo, escondió la cabeza entre las sábanas y lloró hasta quedarse dormida.

En cuanto entraron en el despacho de Stefan, Francis estrelló su puño en el rostro sano de Anthony.

—¿Cómo has podido? —preguntó con los dientes apretados— ¿Cómo te atreves a deshonar a mi hermana?

—Puedes estar tranquilo, sigue siendo virgen.

—¿Eso es todo? ¿Sigue siendo virgen? ¡Me dijiste que la casara con Vane, maldita sea! ¡Me dijiste que no la querías!

—Y no la quiero.

—Debería retarte a duelo por lo que has hecho, Anthony. Debería pegarte un tiro entre los ojos por lo que acabas de hacer.

—Voy a casarme con ella, ¿qué más quieres que haga?

—¡Deberías haberla dejado en paz! ¡Había aceptado casarse con Vane, Tony! ¡Podía haber tenido

un matrimonio feliz!

—¿Insinúas que conmigo no lo será?

—¡Eres tú quien no se cansa de decirlo! ¿Qué quieres que piense ahora? ¿Qué voy a decirle a Vane ahora?

—Creo que no tienes que decirme nada, Sutherland —contestó Vane desde la puerta—. Lo he escuchado todo.

Marcus entró en el despacho y se encaró a Anthony. Ambos caballeros eran de la misma altura, pero Vane era más corpulento.

—Solo voy a advertirte una cosa, Huntington. Si me entero de que la haces infeliz, te mataré.

—No te pertenece, Vane —contestó Anthony.

—Tampoco a ti. Más te vale hacerla feliz, o convertiré tu vida en un infierno. —Se volvió hacia Stefan, que observaba la escena desde la puerta—. Espero que me disculpes, Devonshire, pero como comprenderás me iré mañana a primera hora. Discúlpame ante tu esposa, por favor. —Miró a Francis—. Sutherland...

En cuanto Marcus abandonó la habitación, Francis se volvió hacia Anthony.

—Mañana mismo anunciaréis vuestro compromiso, y por tu bien espero ver una sonrisa feliz en los labios de mi hermana cuando lo hagáis.

Dicho esto, salió también del despacho. Cuando se quedaron solos, Stefan cogió a su hermano por la solapa de la chaqueta de su traje de etiqueta.

—¿En qué demonios estabas pensando? —preguntó.

—No pensé —reconoció Anthony apartando la mirada.

—¿No pensaste? ¿Crees que todo se soluciona porque no pensaste? ¡La has deshonrado, Tony! ¿Por qué no te limitaste a hacer las cosas bien?

—¡No lo sé! ¿De acuerdo? Me dijo que iba a aceptar el compromiso de Vane y yo... —¿Y tú qué, Anthony? ¿Decidiste arruinarle el compromiso?

—Voy a casarme con ella, Stef.

—Y con eso lo arreglas todo, ¿no? Tuviste la oportunidad de comprometerte con ella cuando volviste y en vez de eso la seduces delante de los niños.

—Estaban dormidos.

—¿Qué más da eso? Si en vez de ser Francis quien os ha descubierto hubiese sido otra persona le habrías arruinado la vida.

—¿Y quién me asegura a mí que ella no lo ha orquestado todo, Stefan?

—Si no fueras mi hermano te mataría solo por insinuar esa estupidez — contestó con más calma de la que sentía—. Ahora mismo me avergüenza que seas mi hermano.

—Tendrás que vivir con ello.

Stefan se acercó a su hermano hasta que sus narices casi se rozaron y le miró con furia.

—Has sido muy valiente para seducir a esa inocente muchacha, ¿verdad? Pues ahora sé valiente para cargar con las consecuencias como un hombre.

—¿He dicho que voy a casarme con ella! ¿Qué más quieres que haga?

—Vas a tratarla con la deferencia que se merece. Serás educado, cariñoso y respetuoso con ella, Anthony. Porque como la vea llorando una única vez por tu culpa, yo mismo te retaré a duelo. ¿He sido lo suficientemente claro?

Anthony vio salir a su hermano de la habitación dando un portazo. Estampó el puño contra la pared en un intento de calmar su rabia, pero todo fue inútil. ¿Por qué demonios tenía que haberla besado? De todas las cosas estúpidas que había hecho en su vida esa era la peor de todas. Estaba furioso con ella, pero sobre todo lo estaba consigo mismo. Había hecho lo imposible porque Eleanor se alejase de él, y cuando lo había conseguido no se le ocurre otra cosa que seducirla en la habitación de los niños. Que Dios le perdonase, pero si Francis no hubiese llegado en ese momento no se habría detenido hasta arrebatarle su virginidad. Ahora nada importaba, ¿verdad? En tres semanas estaría casado con ella y toda su vida estaría patas arriba. En cuanto fuese su esposa, Eleanor insistiría en ver su rostro desfigurado y se horrorizaría al descubrir que se había casado con un monstruo.

Se llenó un vaso de whisky y lo vació de un solo trago antes de volver a llenarlo. Tras tres copas, decidió coger la botella. Se dejó caer en el sillón de piel de su hermano y bebió hasta perder el sentido.

## Capítulo 14

Eleanor fue incapaz de dormir mucho esa noche. No podía quitarse de la cabeza la mirada de reproche que Anthony le lanzó cuando su hermano entró en la habitación la noche pasada y tenía miedo de que la odiase. Llevaba un buen rato dando vueltas en la cama cuando Molly entró en la habitación. Abrió las cortinas de par en par y se volvió hacia ella con una sonrisa.

—Despierte, milady. Ha llegado a mis oídos que esta tarde se anunciará su compromiso.

—¡Ay Molly! —sollozó— He sido tan estúpida...

—¿Pero qué ha pasado? —preguntó su doncella sentándose junto a ella en la cama— Vamos, cuénteselo a la vieja Molly.

—Anoche dejé que Anthony me besara y Francis nos descubrió. Ahora me veo obligada a casarme con él... ¡Y creo que me odia!

—Vamos, señora. ¿Cómo va a odiarla? Si la besó sería por algo.

—Creo que piensa que yo lo organicé todo para obligarle a casarse.

—Ningún caballero con dos dedos de frente pensaría esa estupidez, lady Eleanor. Es usted una dama demasiado dulce como para urdir un plan tan macabro.

—Me miró con reproche, Molly.

—Seguramente el reproche era para sí mismo por haberse atrevido a tocarla. No se preocupe, señora. Si un caballero se toma tales libertades con una dama es porque está interesado en ella. Si no, se habría metido las manos en los bolsillos de su elegante traje y se habría marchado en cuanto la vio aparecer en la habitación.

—¿Tú crees?

—Por supuesto que sí. Ahora debe vestirse para bajar a desayunar con una sonrisa. Nadie tiene por qué enterarse de la situación especial por la que

se casan, ¿verdad? Al fin y al cabo solo les vio su hermano.

Eleanor se levantó de la cama con gesto cansado, se lavó la cara en el lavamanos y dejó que Molly la vistiese. No tenía fuerzas ni para elegir un vestido, así que la doncella tuvo que hacerlo por ella. Cuando estuvo lista, Molly le pellizó suavemente las mejillas para darles un poco de color y la miró con los brazos en jarras.

—Lista. Una preciosa novia tiene que estar radiante el día del anuncio de su compromiso.

—Ojalá tengas razón, Molly. Si Anthony me detestara yo...

—No piense en ello ahora. Baje a desayunar como si nada. Verá como todo se soluciona tarde o temprano.

Cuando llegó al salón del desayuno, encontró a Anthony leyendo el periódico con una taza de café. Se acercó temblorosa hasta la mesa y se sentó sin atreverse a mirarle.

—Buenos días —susurró atrayendo su atención.

—Buenos días, Eleanor. Espero que hayas dormido bien.

—No mucho, la verdad.

—Anunciaremos el compromiso en la comida, si no te importa. Tengo asuntos importantes que atender en Londres y debo partir lo antes posible.

—Muy bien. —Anthony se levantó de la mesa dispuesto a marcharse—. Tony... —Él se detuvo sin mirarla—. Lo siento mucho.

Anthony asintió y siguió su camino. Eleanor suspiró. Su primer encuentro después del desastre no había ido demasiado mal... aunque tampoco había ido bien. Anthony se mostraba distante, aunque la verdad es que desde su vuelta no es que se hubiese mostrado de otra forma con ella. Con un suspiro, dio buena cuenta de su desayuno, pero la interrumpió un lacayo que portaba una carta en una bandeja de plata.

—Lady Levenson —comenzó a decir el hombre—, el conde de Vane ha dejado esta nota para usted?

—¿Vane? ¿Acaso se ha marchado?



—Al alba, milady.

Tragó saliva para evitar que las lágrimas brotasen de sus ojos. Había ofendido a su amigo y no se lo perdonaría nunca. Con manos temblorosas desdobló la carta.

*Mi querida Eleanor:*

*Tras tu inminente compromiso con el marqués de Huntington, era imperativo que me marchase para simular una ofensa que en realidad no siento. No te preocupes, mi niña, sé que eres inocente en todo este asunto y no quiero que pienses que me has fallado, porque no ha sido así. Has conseguido al amor de tu vida, aunque no haya sido de la manera más idónea, y ahora tienes que centrarte en lograr que Anthony recuerde ese amor.*

*En cuanto a mí... siempre me tendrás como amigo, lo sabes, y te doy permiso para que me busques una dama adecuada con la que casarme. Solo tengo un requisito: que sea lo más parecida a ti, querida, porque seré incapaz de compartir mi vida con una dama menos perfecta que tú.*

*Aunque mi posición como caballero despreciado no me permite asistir a tu boda, estaré observándote desde la distancia, porque no puedo perderme ver a la mujer más bella del mundo desfilar con un precioso vestido de novia.*

*Ahora me despido hasta tu vuelta a Londres, y aunque no podremos vernos con la misma familiaridad que antes, espero que sigas contando conmigo siempre que lo necesites.*

*Tu amigo, Marcus.*

Eleanor apretó la carta contra su pecho con lágrimas en los ojos y una sonrisa en los labios. Su corazón estaba un poquito más ligero ahora que sabía que no le había hecho daño a su amigo, y sus palabras la habían llenado de fuerzas para seguir adelante. Se guardó la nota en el bolsillo cuando su cuñada e Ivette entraron al comedor y las miró con una triste sonrisa.

—¿Qué son esas lágrimas, Ely? —preguntó su cuñada.

—Una dama debería estar feliz el día de su compromiso —añadió Ivette abrazándola.

—Anthony está muy enfadado y no se lo reprocho.

—¿Enfadado? —preguntó Ivette— Todo esto ha sido culpa suya.

—También es culpa mía. Debería haberme marchado en cuanto vi que él también se encontraba en el cuarto de los niños.

—Sois amigos desde hace tiempo, Ely —dijo su cuñada—. Confiabas en él y debería haber tenido el sentido común de dejarte en paz.

—Yo no debería haberle dejado tomarse esas confianzas.

—En eso tienes razón —contestó Ivette sentándose a la mesa—. Lo importante es que ahora seremos cuñadas. ¿No es emocionante?

Las tres mujeres se echaron a reír, y Eleanor se sintió mucho mejor.

—Siento que Vane haya tenido que marcharse —dijo Ely—. Él no se merecía esto.

—Vane es adulto, Ely —contestó Beth—. Sabe perfectamente que eres inocente en todo este asunto. Estoy segura de que seguiréis siendo amigos.

—Pero todo será diferente, ahora soy una dama comprometida. ¿Cómo está mi hermano, Beth? ¿Está muy enfadado conmigo?

—Es con Anthony con quien está enfadado, pero ya se le pasará. Ya sabes lo cabezota que es, yo me encargo de él.

—Lo único que he conseguido con todo esto ha sido enfadar a todo el mundo —suspiró—. Anthony se ha marchado sin tan siquiera mirarme.

—Te aseguro que también se le pasará, Ely —dijo Ivette—. Está enfadado consigo mismo por no haber hecho las cosas bien. Anoche discutió con Stefan sobre el asunto y sé que se siente culpable. Además, está la cuestión de su cicatriz.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Eleanor sin comprender.

—Apenas es una fina línea blanquecina en su piel, pero él se empeña en verla como algo más grave —explicó Ivette—. Cree que ninguna mujer le querrá porque tiene un defecto.

—Eso es absurdo —protestó Eleanor.

—Nosotros lo sabemos, pero debe darse cuenta de ello él mismo. Me

temo que tendrás que tener mucha paciencia con él, tesoro.

—Lo sé.

Eleanor pasó el resto de la mañana en su habitación, descansando. No pudo dormir demasiado, pero pensó mucho en lo que le había contado Ivette. Ella no había visto su cicatriz, siempre que se encontraban el marqués llevaba puesta esa estúpida máscara de piel, pero si lo que Ivy le había contado era cierto, ahora entendía su comportamiento respecto a ella. Tendría que ser cauta, tener mucha paciencia y darle todo el amor que llevaba dentro si quería demostrarle que nada podría cambiar lo que sentía por él. Poco antes del almuerzo Eleanor bajó al jardín, incapaz de seguir ensimismada en sus pensamientos ni un segundo más. Recogió algunas flores para combinarlas con su vestido naranja y se sentó en un banco junto al río con los ojos cerrados para respirar la paz de ese lugar.

—¿Puedo sentarme? —dijo Stefan, que la había visto salir de la casa.

—Claro.

—Venía para ver cómo te encuentras. Sé que la situación en la que te ha colocado mi hermano no es la idónea, pero quiero que sepas que puedes contar con nosotros para lo que necesites.

Eleanor sonrió a Stefan y volvió a cerrar los ojos.

—Le amo, Stefan, ya lo sabes. Si bien la situación de nuestro matrimonio no es la que esperaba, al menos seré su esposa. —Volvió a mirarle—. Hasta esta mañana no he sabido lo de su cicatriz.

—¿Lo de su cicatriz?

—Ivette me ha contado que piensa que es más terrible de lo que en realidad es.

—Así es, Ely. Tuve que ordenarle que dejase de hablar del asunto, porque estaba empezando a obsesionarse.

—¿Crees que esa puede ser la razón por la que se negó a comprometerse conmigo, Stefan?

—Es muy probable. De hecho esa fue una de las razones que dio para hacerlo.

—No me recuerda, pero sus actos demuestran que al menos se siente atraído por mí.

—Es evidente que sí.

—Tal vez nuestro compromiso funcione después de todo.

—Yo también lo creo, pero para ello Anthony tendrá que empezar a confiar en ti, y me temo que ahora mismo no confía más que en sí mismo.

—Pero tú eres su hermano...

—Y créeme, después de la discusión de anoche estoy en el puesto número uno de su lista de personas *non gratas*. —Miró su reloj de bolsillo—. Deberíamos volver. La comida se servirá pronto y deberías cambiarte.

—Si no te importa, me gustaría quedarme un momento más.

Stefan asintió y se alejó. Eleanor inspiró con fuerza, se levantó de su asiento y volvió con paso lento hasta la mansión. Molly ya tenía estirado sobre su cama el vestido y asintió satisfecha al ver las flores blancas que llevaba en las manos.

—Son perfectas para el vestido, lady Eleanor —dijo la doncella con una sonrisa—, estará preciosa.

—Estoy un poco nerviosa, Molly.

—No debe estarlo. Su hermano y su cuñada están aquí, y también su madre. Nada puede salir mal.

—Eso espero.

Bajó las escaleras lentamente, rezando en silencio porque todo saliese bien a partir de ese momento. Vio a Anthony parado al final de la escalera, con gesto serio, e inspiró hondo cuando llegó a su lado.

—¿Estás lista? —preguntó el marqués.

Ella asintió y aceptó el brazo que él le tendió. Se sintió mucho mejor cuando Anthony apretó su mano con fuerza, como intentando darle ánimos, y entraron en el salón con una sonrisa forzada. Ni siquiera se percató de la comida y apenas probó bocado debido al nudo que sentía en la boca del estómago. Anthony fue extrañamente atento con ella durante toda la velada,

incluyéndola en la conversación que mantenía con el conde de Perth. En los postres, el marqués se puso de pie y golpeó suavemente su copa con la hoja del cuchillo.

—Préstenme atención, por favor —dijo con voz serena—. Iba a esperar a volver a Londres, pero me temo que no puedo callarme por más tiempo las buenas noticias. —Miró a Eleanor con una sonrisa y le extendió la mano para ayudarla a levantarse—. Tengo el placer de anunciar que lady Eleanor Levenson me ha concedido el honor de aceptar ser mi esposa.

Los asistentes aplaudieron y elevaron sus copas en un brindis.

—Nos casaremos dentro de tres semanas en la iglesia de Saint Giles. —Alzó su copa—. Por mi adorable futura esposa.

Eleanor dio un sorbo de champán, agradecida porque la farsa hubiese terminado. Cada palabra que salía de la boca de Anthony la sintió como si fuese un dardo envenenado dirigido a ella y no sabía cuánto tiempo más podría aguantar sentirse así. Volvió a sentarse para degustar su porción de pastel de manzana, y cuando se llevó el primer trozo a la boca Anthony se acercó a su oído, provocándole un escalofrío.

—Sonríe un poco, Ely. No creerás que piensen que es una boda no deseada, ¿verdad? —susurró mordaz.

Eleanor le miró y forzó una sonrisa dulce y tierna, pero sus ojos estaban cargados de reproche por sus palabras.

—Así me gusta... que seas una buena chica —respondió el marqués antes de besarla en la sien.

—Lo que sea por contentar a mi futuro esposo —espetó ella con sorna.

Por fortuna, pudo retirarse del comedor tan pronto como terminó la comida y se refugió en su habitación. Media hora después, un golpe en la puerta la hizo levantarse rápidamente de la cama. No se sorprendió de ver a Anthony entrar en su cuarto, ni tampoco de que cerrase la puerta a sus espaldas.

—Me marcho ya —dijo el marqués.

—Buen viaje entonces —contestó ella volviéndose hacia la ventana.

—Me reuniré contigo en el baile de los Montrose, la noche del miércoles.

—Muy bien.

—Mi madre ha insistido en organizar un baile de compromiso, espero que no te importe. Ella no sabe las condiciones extraordinarias de nuestro matrimonio y espero que siga siendo así.

—Me parece bien.

—¿Vas a seguir sin mirarme, Eleanor? —preguntó Anthony exasperado.

—Tú no me has mirado esta mañana cuando me he disculpado.

—Eres mi prometida y merezco algo de respeto por tu parte, ¿no crees?

—¿Y yo, Anthony? —preguntó Eleanor dándose la vuelta— ¿Qué merezco yo?

—Tienes lo que querías, ¿no es así?

—¿Eso crees? ¿Qué quiero casarme contigo a toda costa?

—Te dije muchas veces que no quería casarme contigo, y aun así...

—¿Aun así qué, Tony? ¿Te seduje como una vulgar ramera en el cuarto de los niños?

—Yo no he querido decir eso.

—¿Entonces qué demonios querías decir?

Anthony se mordió el labio para no continuar discutiendo con Eleanor. Cerró los ojos un segundo e inspiró hondo antes de medir muy bien sus siguientes palabras.

—Mira, Ely, en cualquier caso todo eso ya no importa. Hemos metido la pata y estamos obligados a casarnos, así que procuremos discutir lo menos posible, ¿de acuerdo?

—¡Como si eso fuese tan fácil contigo!

—¡Tú también me lo pones muy difícil! ¡He venido con la intención de despedirme de ti de forma razonable y no has dejado de provocarme para que discutiéramos!

—Márchate —susurró Eleanor—. Vuelve a Londres y disfruta de tus

últimos días de libertad, Anthony.

—Ely...

—¡He dicho que te marches!

Anthony apretó los dientes y salió de la habitación dando un portazo. Recogió de su habitación el sombrero y el abrigo y se dirigió hacia la puerta con paso decidido. Estaba furioso, no sabía cómo había podido enamorarse alguna vez de esa condenada mujer. ¿Por qué demonios se empeñaba en provocarle? ¿Acaso no podía ser una dama dócil y callada que le hiciera la vida más fácil? Desde luego que no... Eleanor Levenson tenía que poner su vida patas arriba.

—¿Te vas sin despedirte?

Anthony suspiró antes de volverse hacia su hermana, que le miraba con reproche desde la puerta de la sala de estar.

—Lo siento, Sarah, pero tengo un poco de prisa. Tengo asuntos importantes que resolver en Londres.

—Seguro que tienes cinco minutos para hablar con tu hermana antes de irte.

Tony puso los ojos en blanco, pero su boca esbozó una sonrisa mientras se acercaba hasta donde se encontraba Sarah, a quien besó en la frente antes de ofrecerle su brazo y llevarla hasta un sillón cercano.

—Tú dirás...

—No voy a reprenderte por lo que has hecho, porque sé que Stefan se cebó suficiente contigo anoche.

—Es su deber como cabeza de familia, supongo.

—¿Cómo te sientes, Tony? Sé que todo esto no es lo que planeabas, pero...

—Todo es culpa mía, Sarah. Debería haberla felicitado por su compromiso con Vane y haberme marchado de allí, pero no lo hice.

—¿Por qué lo hiciste? Desde que volviste no has querido casarte con ella, así que ¿Por qué la besaste?

—Que no quisiera casarme no significa que no me sienta atraído por ella, Sarah. Estábamos solos, sonrió y... la besé. Ni siquiera sé por qué lo hice, tal vez porque sabía que ya nunca podría volver a hacerlo. El caso es que nos descubrieron y ahora es mi prometida.

—Pero casarte con ella no es tan terrible, Tony.

—Yo no estoy tan seguro. No hay una sola vez que nos encontremos a solas y no terminemos discutiendo. ¿Qué matrimonio nos espera?

—¿Crees que Andrew y yo no discutimos? Te aseguro que a veces tenemos peleas que duran días, pero al final la reconciliación es mucho más dulce y hace que la discusión merezca la pena.

—Siempre parecéis estar tan compenetrados que nadie creería lo que acabas de decir.

—El problema es que ninguno de los dos se para a pensar en lo que siente el otro. Debéis empezar a hacerlo, tanto tú como ella, para que esas pequeñas peleas no sean otra cosa que el preludeo de la maravillosa reconciliación.

—Pero Eleanor es tan cabezota... Todo lo que le digo le sienta mal, parece que crea que soy su enemigo.

—¿Y te has parado a pensar en la forma en la que tú dices las cosas? No eres ningún santo, Tony. Deberías empezar a medir tus palabras para no ofenderla a cada momento.

—¡Yo nunca he querido ofenderla!

—¿No? ¿Ni siquiera cuando la llamaste ramera?

—No fue exactamente así —contestó él algo avergonzado—. Vamos, debería marcharme ya.

Ambos hermanos se levantaron del sillón y se dirigieron a la puerta de entrada.

—Tu problema es que actúas sin pensar —dijo Sarah de repente— y con las damas tienes que ser más precavido.

—Tal vez tengas razón, es solo que...

Tras un leve silencio, Sarah le tiró del brazo.



—¿Es solo que qué? —preguntó la dama.

—Cuando desperté después del accidente había una mujer, Gillian, que me cuidó hasta que estuve lo suficientemente recuperado para volver. Con ella no tenía que medir mis palabras, Sarah. Podía ser franco con ella y nunca discutimos por nada.

—¿La amas?

—¿A Gil? No. Es una buena amiga y le tengo mucho cariño, pero no estoy enamorado de ella. Es solo que a veces la echo de menos.

En ese momento vieron a Eleanor pasar a toda prisa montada en un caballo.

—¿Esa es Ely? —preguntó Sarah asombrada.

—¿Ves lo que te digo? —protestó su hermano montándose en su caballo — Iré tras ella, no quiero que termine rompiéndose la crisma.

—No seas muy duro con ella, Tony. Piensa en lo que hemos hablado.

El marqués asintió y puso a su caballo a correr tras su prometida. Por suerte, el caballo de la muchacha era bastante manso y no llegaría muy lejos antes de que él la alcanzase.

Ely puso a su caballo a la carrera con la rabia bullendo en su interior. ¿Cómo podía ser un hombre tan ciego y obstinado? ¿Creía que porque ella deseara casarse con él todo el asunto le parecía un cuento de hadas? ¡Estaba asustada! Desde que había vuelto Anthony no era el mismo y no sabía qué se iba a encontrar en su vida en común. Tal vez todo fuese bien, pero ¿y si no era así? El carácter de Anthony era inestable, podía estar contento un minuto y al minuto siguiente estallaba en un arranque de ira, y no sabía cómo iba a lidiar con eso.

Sintió, más que vio, los cascos del purasangre de Anthony golpear la tierra seca del camino. Se atrevió a mirar hacia atrás y descubrió con pesar que su prometido se acercaba a ella muy deprisa, y estaba segura de que la alcanzaría antes de llegar al riachuelo. Espoleó a *Sugar* para que el animal corriese más deprisa, pero no era un caballo de carreras y corcoveó asustada, logrando que su jinete terminase de culo en el agua.

—¿Estás bien? —preguntó Anthony llegando hasta ella— ¿Te has hecho daño?

—Solo en mi orgullo —reconoció poniéndose de pie.

—Solo a ti se le ocurre poner a la vieja *Sugar* a correr —rió Anthony—. Vamos, te acercaré a la casa.

Tony le tendió la mano para subirla a su caballo, pero ella la golpeó y empezó a andar hacia la casa con su vestido chorreando agua. El marqués, exasperado, ató las riendas de *Sugar* a su silla, dio la vuelta a su caballo y la cogió de la cintura sin esfuerzo para dejarla cruzada en la grupa.

—Mujer cabezota... —susurró.

—¡Suéltame, Anthony! —gimió Eleanor intentando sujetarse las faldas.

—Si me hubieses hecho caso ahora no estarías bocabajo.

—Estamos cerca de la casa y tú tienes que irte. No quería retrasarte más.

—Es tarde para eso, ya se ha encargado mi hermana de hacerme llegar tarde a mi cita.

—¿Puedes parar el caballo para que me siente como es debido? —protestó ella— No quiero que todos me vean cruzada en tu caballo como si fuera un saco de alfalfa.

Anthony detuvo el caballo y ayudó a Eleanor a deslizarse hasta el suelo para acto seguido subirla en el caballo. La sentó delante de él y asió las riendas rodeando la cintura de la joven, que se sonrojó ante su cercanía.

—¿Te sonrojas por estar sentada sobre mis piernas, Ely? —aguijoneó Tony.

—Estoy mojada y el vestido se pega a mi cuerpo de manera indecorosa.

—Si no hubieses huido de mí...

—¡No huía de ti! Solo necesitaba salir a montar.

—¿Vas a decirme que no me has oído llamarte?

—No —reconoció—. Estaba absorta en mis pensamientos.

—Si tú lo dices...

Llegaron a la casa y Sarah se echó a reír al ver las pintas de su futura cuñada.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —preguntó entre carcajadas.

—*Sugar* se encabritó y la mandó al agua —contestó Anthony con una sonrisa.

—Vamos, Ely... vamos a secarte. No vayas a coger un resfriado.

Eleanor intentó bajarse del caballo, pero Anthony la sostuvo de la cintura con fuerza.

—¿No vas a darme un beso de despedida? —ronroneó.

—¿Ahora? —preguntó ella sin quitar la vista de Sarah.

—Mi hermana no mirará.

Eleanor se acercó al marqués y posó un leve beso en sus labios. Apenas duró un segundo, pero pareció suficiente para Anthony, que le dedicó una de sus sonrisas de medio lado antes de ayudarla a bajar del caballo.

—Nos veremos en Londres en un par de días, señoras —dijo antes de darle la vuelta al caballo y poner rumbo a la ciudad.

## Capítulo 15

Las siguientes tres semanas fueron para Eleanor una auténtica locura. Apenas tenía tiempo para pensar en la boda, todo eran citas para confeccionar su nuevo guardarropa, primero con la modista, más tarde con el zapatero y por último con la tienda de sombreros. La hora del té era su peor pesadilla. La mayor parte de las matronas de la ciudad pasaron por su casa para tomar el té y felicitarla por su boda, aunque ella sabía que en el fondo la envidiaban por haberse llevado al mejor partido de la temporada. Durante ese tiempo apenas tuvo ocasión de ver a Anthony, a excepción de los bailes a los que ambos acudían. Anthony aparentaba ser un prometido atento y enamorado cuando estaban en público, pero las contadas ocasiones en las que se vieron a solas apenas cruzaron un par de palabras. Y Eleanor estaba más confundida que nunca. Tras su chapuzón en el río Tony le había pedido un beso, y ella creyó que ese gesto sería el principio de una nueva relación entre ellos, pero desde que volvió a Londres ni siquiera le había sonreído.

En el baile que la duquesa de Hamilton dio para celebrar el compromiso, Anthony le regaló un precioso anillo de compromiso, un diamante engarzado en oro con forma de rosa. Era una joya ostentosa y preciosa, aunque a ella le hubiese gustado recuperar su sencillo anillo de zafiros. Cuando se lo puso en el dedo anular, la besó delante de todos sus amigos como si fuese el hombre más afortunado del mundo y no se alejó de ella en ningún momento. Por un momento Eleanor recuperó a su amor, disfrutó del baile como si Anthony nunca se hubiese marchado, como si sus vidas no se hubiesen vuelto del revés, pero en cuanto la velada terminó Anthony volvió a ser el hombre serio y taciturno de costumbre.

Recordó con nitidez su encuentro en el cuarto de los niños. Por un momento Anthony la había visto como a una mujer, no como a la molestia con la que tendría que cargar el resto de su vida, y su beso había despertado en ella sensaciones nuevas que estaba deseando experimentar. Su boca y sus manos habían creado magia sobre su piel, y las mariposas que sintió en el estómago la hicieron desear algo, pero no sabía qué. Ahora, a pocas horas de su boda, se preguntaba cómo sería su noche de bodas. Ivette y Beth le habían contado detalles de las suyas, cómo se habían sentido en los brazos de sus esposos, cómo las habían llevado a rozar el cielo con las manos después de hacerlas sentir un placer indescriptible.

—Querida, vamos, tienes que empezar a prepararte —dijo su madre entrando en la habitación.

Tras ella, varios sirvientes entraron en la estancia portando cubos de agua caliente que vaciaron en la bañera de cobre que había tras un biombo. Eleanor se deshizo de su camisón y se metió en el agua, suspirando cuando el cálido líquido con olor a rosas y jazmín relajó sus músculos tensos. Su madre se arrodilló junto a ella y lavó su cabello con cuidado mientras tarareaba una canción. Cuando el agua se enfrió, la ayudó a salir de la bañera y la envolvió en una bata de seda antes de llevarla a una silla junto al fuego, y cepilló su cabello hasta que estuvo seco, sedoso y brillante. Se lo recogió en un moño alto adornado con perlas y pequeñas flores de jazmín, y sujetó con horquillas la corona de lirios y jazmín a la que iría sujeta el velo.

—Ya está —susurró mirándola a través del espejo—. Vas a ser la novia más bella del mundo, hija mía.

Eleanor sonrió a su madre y se acercó a la cama para ponerse su vestido de novia, un vestido de color marfil adornado con lazos y encaje. Bajó las escaleras despacio, y su hermano le sonrió con cariño al verla acercarse a él con paso vacilante.

—Estás preciosa, Ely —dijo antes de besarla en la frente—. Anthony es un hombre muy afortunado.

—Espero de todo corazón que él también lo vea así —deseó ella.

—Anthony sabe muy bien la suerte que tiene. Otra cosa es que quiera reconocerlo... Francis cubrió su rostro con el velo y le ofreció su brazo.

—¿Vamos allá?

Ella asintió y se dejó llevar hasta la capilla, adornada con flores frescas y lazos a juego con su vestido, donde Anthony les esperaba junto al cura acompañado de su hermano. Eleanor se quedó sin respiración al verle tan guapo. Le había visto con traje de etiqueta en numerosas ocasiones, pero nunca tan imponente como en su boda. Se percató de que llevaba en la solapa de su chaqueta un lirio blanco similar a los que ella llevaba en el ramo de novia y sonrió. Un detalle así solo podía ser cosa de Ivy y Sarah. Sus amigas se habían volcado en hacer de este día el más especial de su vida y por ahora lo habían conseguido. La ceremonia pasó casi sin darse cuenta, y antes de lo que imaginaba el cura les declaraba marido y mujer. Se volvió hacia Anthony para recibir el beso que sellaría su matrimonio, pero en vez de besarla en los labios como ella esperaba, la besó en la frente y se volvió hacia los invitados. Ella se quedó muy confundida, pero fue capaz de esbozar una sonrisa cuando los asistentes se acercaron a felicitarles.

Durante el banquete, Anthony tampoco le prestó demasiada atención, a no ser que los invitados exigieran alguna muestra de cariño entre ellos, y tras el primer baile, apenas cruzaron un par de palabras. Por suerte, pronto llegó la hora de que ella se retirase a sus aposentos, tarea que insistieron en realizar sus amigas. Subió del brazo de Ivette, pero su cabeza no paraba de darle vueltas al comportamiento de Anthony durante la celebración.

—Alegra esa cara, Ely —dijo Beth alegremente—. Ahora eres una mujer casada y disfrutarás de los privilegios que ello conlleva.

—Cierto, a partir de esta noche formarás parte del exclusivo club de las mujeres satisfechas en el lecho conyugal —bromeó Sarah.

—Ni siquiera creo que lleguemos a consumir el matrimonio... —se lamentó.

—¡Ely! ¿Por qué dices eso? —preguntó Ivette.

—¿Es que no le habéis visto? Apenas ha reparado en mí durante toda la celebración. Soy un estorbo para él, no quiere estar casado conmigo y dormirá en su habitación.

—Si hay algo que sé de los hombres —dijo Beth— es que ninguno es capaz de mantenerse alejado del lecho conyugal demasiado tiempo.

—Ely, se tomó ciertas libertades contigo cuando no estabais casados —añadió Sarah—. ¿Crees de verdad que ahora que puede intimar contigo siempre que quiera no va a hacerlo?

—Además —continuó Ivette—, si él no viene a tu cama, bien puedes ir tú a dormir a la suya. No tienes que esperar a que a él le apetezca yacer contigo, ¿sabes?

—Es cierto —dijo Beth—. Fran y yo compartimos la habitación, a él no le gusta dormir lejos de mí —añadió con una sonrisa traviesa.

—Yo conservo las dos habitaciones —dijo Sarah—, pero Andrew solo utiliza la suya cuando tiene que trabajar hasta tarde para no despertarme al acostarse.

—Ahora mismo os envidio tanto... mi matrimonio no va a ser un camino de rosas.

Las tres mujeres se miraron y rompieron a reír a carcajadas ante la atónita mirada de Eleanor.

—¿Tengo que recordarte que mi matrimonio fue de conveniencia? —preguntó Ivette— Ni siquiera conocía a Stefan cuando llegué frente al altar, y si mi matrimonio es feliz es porque ambos nos hemos esforzado en que así sea.

—Francis y yo nos odiábamos cuando la reina nos obligó a casarnos —dijo Beth—. Tampoco el mío empezó siendo un camino de rosas.

Todas se quedaron mirando a Sarah, que al ver la atención de las tres mujeres puesta en ella negó con una sonrisa.

—Lo siento, pero Andrew y yo estábamos enamorados cuando nos casamos, pero nuestra relación empezó siendo un auténtico caos.

—¿Lo ves? Todas las relaciones empiezan de manera desastrosa —dijo Ivette atando los últimos lazos de su camión de seda—. Es cosa tuya lograr que se convierta en un camino de rosas o en un lecho de espinas.

Sus amigas se marcharon y ella se metió en la cama a la espera de la llegada de su esposo, pero las horas pasaron sin que Anthony apareciera en su habitación. Se levantó y se acercó a la ventana para comprobar que aún quedaban algunos coches en la puerta, señal de que los invitados más rezagados se negaban a marcharse. Con un suspiro, cogió un libro de su baúl y se dejó caer en una hamaca junto al fuego para leer un rato.

Cuando Anthony entró en la habitación de Eleanor horas más tarde, la encontró sentada junto al fuego leyendo un libro.

—¿Aún despierta? —susurró.

Ella le miró con una sonrisa cerrando el libro y dejándolo en su regazo.

—No podía dormir y creí que leyendo un poco lograría conciliar el sueño.

—¿Es un libro interesante?

—Uno de mis favoritos, pero apuesto que a ti no te gustaría.

—Creo que es hora de que dejes el libro, ¿no crees?

Ella sintió y lo dejó sobre la mesa, pero no se acercó a Anthony. Se miraba las manos, nerviosa, y el marqués se sintió embargado de ternura ante su inocencia.

—Ven aquí, Ely, por favor.

Ella se levantó presta a cumplir su petición, y se colocó a unos pasos de su ahora esposo.

Anthony movió la mano lentamente hasta posarla sobre su cuello y la deslizó por su garganta hasta explorar el contorno de sus senos bajo el cuello del camión. Aunque era sexualmente inexperta, Eleanor era más mujer que

cualquiera de las meretrices que vivían en Londres. Era vibrantemente sexual, y eso excitaba no solo su cuerpo, sino también sus sentidos. Ahora que estaban casados le haría el amor tantas veces como quisiera, le haría probar las mieles del lecho conyugal, pero nunca le entregaría lo que la muchacha más anhelaba: su amor y su alma.

Anthony bajó la camisola de Ely dejando sus pechos al descubierto para moldearlos suavemente con las palmas de sus manos. La joven exhaló un breve y estremecido suspiro, arqueándose ante el contacto en busca del más delicioso placer que Anthony estaba despertando en ella. El marqués la asió suavemente de la nuca y la atrajo hacia sí para unir sus labios en un beso lento, erótico e intenso. Le separó levemente los labios y deslizó la lengua en su boca, creando un profundo anhelo en su interior. La saboreó a conciencia, mientras sus nudillos rozaban la piel clara de sus pechos, logrando aturdir la con sus precisas caricias. Cuando terminó el beso, levantó la cabeza para contemplarla.

Eleanor se ruborizó ante su descarado escrutinio e intentó cubrirse los pechos con las manos, pero él la cogió por las muñecas y se las apartó del cuerpo.

—Deja que disfrute de lo que es mío —susurró Anthony.

El destello de dolor que sufrió Eleanor por sus palabras se vio ensombrecido por el roce de la yema de sus dedos en sus pezones, lo que le provocó un leve jadeo. Tony tiró de los capullos rosados pellizcándoselos ligeramente y mitigando el dolor con una caricia de sus pulgares, haciéndola gemir ante el dulce tormento. Anthony levantó su camisón hasta las rodillas y pasó la mano por su pantorrilla hasta la piel desnuda del muslo. Cuando le separó las piernas con la rodilla y presionó el núcleo de su sensualidad, una descarga de placer recorrió todo su cuerpo.

Anthony acarició el pulso frenético de su cuello con la lengua y hundió la mano entre sus piernas para comprobar que estaba lista para él. Cuando Ely gimoteó ante el contacto, Tony la besó lánguidamente, un beso lento y posesivo que la hizo estremecerse al mismo tiempo que con el dedo bordeaba la suave y húmeda hendidura de su sexo, jugueteando con el pequeño capullo oculto en ella. Ely se aferró a sus hombros y se tensó contra su mano mientras él proseguía con su delicado recorrido, deslizando los dedos por sus



pliegues, bebiéndose sus jadeos, atesorando los gemidos que le arrancaba.

Anthony interrumpió entonces el beso para trasladar sus atenciones a la parte baja de su cuerpo. La tumbó sobre la cama con cuidado y se colocó a su lado, introduciendo una de sus piernas entre los muslos de su esposa para impedirle que cerrase las piernas. Rodeó uno de sus senos con los dedos e inclinó la cabeza para acercar su cálida lengua hasta el pequeño botón rosado que lo coronaba, chupando, lamiendo la pequeña perla con parsimonia, deleitándose al oír los gemidos de Eleanor resonar por la habitación. Sembró un reguero de besos desde el pecho hasta el ombligo, bajando un poco más hasta acercar la boca al interior de sus muslos, donde comenzó a moverse recorriendo el mismo sendero que momentos antes habían recorrido sus dedos, depositando ardientes besos sobre la cálida piel de su sexo.

Ely se sintió azorada cuando Anthony levantó su camisón hasta la cintura y su cálido aliento acarició los rizos castaños de su sexo. Ante el suave roce de su lengua sobre su carne sensible, levantó las caderas intentando zafarse, pero él posó la palma de su mano abierta sobre su estómago para mantenerla anclada a la cama.

—Estate quieta —protestó él.

Siguió acariciándola con la lengua y sorbió el henchido capullo entre sus labios mientras deslizaba un dedo en su interior. Ely cerró los ojos mientras movía con desesperación la cabeza sobre la almohada. Agarró con fuerza la sábana, insoportablemente excitada y avergonzada a la vez por las íntimas caricias de su esposo. Necesitaba algo que ni siquiera atinaba a imaginar, el calor la abrasaba por dentro como lava fundida, y sin embargo no deseaba que esa dulce tortura terminase jamás.

Anthony siguió lamiéndola, acariciándola, excitándola hasta que Eleanor pensó que moriría a causa de ese salvaje placer, y de repente sus sentidos estallaron y su cuerpo se deshizo consumido por un calor abrasador. Su esposo besó una última vez la carne de su sexo y unió su boca a la de ella, que pudo saborear su propia miel en los labios de él. Anthony la hizo sentarse en la cama para deshacerse de su camisón y se puso de pie para deshacerse del pantalón de seda de su pijama, quedando completamente desnudo. Su miembro, grueso y rígido, sobresalía entre el rizado vello negro de su entrepierna. La visión de su henchida excitación le reseco la garganta e hizo

que se le encogiese el estómago pensando en lo que se avecinaba.

Anthony, al ver su cara de preocupación, rió quedamente.

—No te preocupes, Ely. Entrará.

—Yo creo que no.

—¿Quieres apostar?

Anthony se tumbó sobre ella dejando descansar el peso sobre sus codos para no aplastarla, y hundió la lengua en su boca a la vez que hundía su miembro lentamente en ella. Los minutos le parecieron horas, cada centímetro de carne que introducía en su interior era para él una dulce tortura, pero su esposa era virgen y lo último que quería era hacerle daño. Eleanor se tensó ante la sensación que la recorrió cuando Anthony comenzó a hundirse en ella. Se sentía deliciosamente llena, tensa, como si su carne estuviese a punto de rasgarse, e hincó sus uñas en la espalda de Anthony esperando un dolor que nunca llegó. Tan solo sintió una leve quemazón cuando Anthony se enterró por completo en ella, y la molesta sensación quedó ensombrecida por el placer que le proporcionaban los húmedos besos de su esposo sobre su cuello.

Con un gemido, apartó la cabeza para dejarle mejor acceso, y Tony comenzó a mover las caderas despacio, saliendo poco a poco de ella para volver a entrar con la misma lentitud. El placer que Eleanor sintió con el roce de sus cuerpos no era suficiente, y comenzó a moverse debajo de su esposo instintivamente, gimiendo ante la sensación. Anthony no necesitó más, y sus lentas embestidas se convirtieron en movimientos frenéticos que arrancaron de la garanta de su esposa gemidos desesperados de placer. Su miembro entraba y salía de su cuerpo lanzando dulces descargas por su espalda y apretó los dientes para atesorar el placer el mayor tiempo posible.

Eleanor se retorció debajo de su cuerpo recorrida por latigazos de placer, desesperada por llegar al clímax nuevamente, y tras unas pocas embestidas más se tensó recorrida por un nuevo orgasmo. Anthony continuó moviéndose de manera desenfrenada y con un ronco gemido se dejó ir, cayendo sin fuerzas junto a su esposa. Ely yació mirando el techo hasta que los latidos de su corazón se fueron calmando, lánguida e impasible. Sentía el cuerpo gloriosamente débil y satisfecho, se había sentido arrastrada por un vendaval

de emoción y sensaciones. Miró entonces a su marido, que permanecía tumbado junto a ella con los ojos cerrados. Respiraba como si hubiese estado corriendo durante kilómetros y sus rasgos se habían suavizado a causa del cansancio. Alargó su mano para apartar la máscara, que no se había quitado en ningún momento, pero de pronto él abrió los ojos y la miró fijamente.

—Debería marcharme —dijo sentándose en la cama.

—¿No te quedas conmigo?

—Necesitas descansar.

Acto seguido, se puso de pie, se vistió y salió por la puerta que comunicaba sus habitaciones sin tan siquiera mirarla. Eleanor se envolvió en la sábana y se sentó en la hamaca frente al fuego. Lo que acababan de hacer era algo bello, la unión más íntima que puede haber entre un hombre y una mujer. Ella se sentía feliz, completa, y sin embargo Anthony había huido de la habitación como si hubiese visto a un fantasma. ¿Acaso ella había hecho algo mal? ¿Acaso su marido no se había sentido tan satisfecho como ella? Se dirigió a la puerta que conectaba sus habitaciones y alargó la mano temblorosa para abrirla. La habitación de su marido estaba a oscuras, pero él no se encontraba en la cama. Se dio la vuelta para marcharse, pero vio la punta de un cigarro encenderse en la esquina opuesta de la habitación.

—Le dije a Stefan que ya no fumaba, pero casi sin darme cuenta me veo con un cigarro en la boca —dijo Anthony—. ¿Qué haces aquí, Ely? Deberías estar durmiendo.

—Quiero dormir contigo —confesó.

—No es buena idea, vete a tu cama.

—¿Es que... ¿Es que no he sabido satisfacerte?

Eleanor vio encenderse de nuevo la punta del cigarro, pero Anthony no se movió de su sitio. Por el rabillo del ojo vio la máscara abandonada sobre el escritorio y dio un par de pasos hacia él.

—No podrías haberme satisfecho más aunque quisieras —reconoció Anthony.

—Entonces, ¿por qué no quieres dormir conmigo?

—Porque prefiero estar solo.

—¿Es por la cicatriz? ¿Te da vergüenza que la vea?

—Eleanor... márchate.

—Quiero verla —pidió.

—Ni lo sueñes.

—¿Por qué? Soy tu esposa.

—Tú lo has dicho. Eres mi esposa y me debes obediencia, y si te digo que quiero estar solo tienes que respetar mis deseos.

El tono calmado de su voz no engañó a Eleanor, que sintió un atisbo de amargura y dolor oculto tras sus palabras. Decidió que esa noche ya había tentado demasiado al diablo, así que volvería a su cuarto.

—Muy bien, volveré a mi habitación. Pero no pienses ni por un instante que voy a darme por vencida, Anthony. Noche tras noche insistiré para que duermas conmigo y no me detendré hasta que lo consiga.

—Perderás tu precioso tiempo, Ely.

—Eso ya lo veremos.

Dicho esto, la joven se dio la vuelta y regresó a su habitación, cerrando suavemente la puerta a su espalda. Cada vez estaba más convencida de que lo que la separaba de Anthony no era otra cosa que su orgullo y su estúpida cicatriz, y lucharía con todas sus fuerzas por lograr derribar las barreras que él mismo había interpuesto entre ellos.

## Capítulo 16

A la mañana siguiente, Eleanor se despertó dispuesta a empezar su lucha para ganarse el corazón de su esposo. Estaba dolorida debido al encuentro íntimo de la noche anterior, pero de buena gana habría repetido esa misma mañana. Se estiró en la cama y llamó a su doncella, que entró en la habitación con una sonrisa.

—Buenos días, lady Eleanor —canturreó—. ¿Cómo se encuentra?

—Me siento dolorida, Molly, pero... ¡Ay!

La mujer rió a carcajadas ante la expresión risueña de Ely, y abrió las cortinas de par en par.

—Veo que el marqués ha sido gentil con usted.

—No solo eso, Molly. Nunca imaginé que yacer con mi marido fuese tan... explosivo.

—Ha tenido suerte, señora. La mayoría de los caballeros solo piensan en su propia satisfacción y se olvidan de nosotras.

—¿Fue así con su esposo?

—Henry era muchas cosas, pero desde luego no fue el mejor de los amantes. Me costó mucho esfuerzo lograr que se ocupase de mí antes de ocuparse de sí mismo, no sé si me entiende.

—Creo que sí —rió Ely.

—Su esposo ha ordenado recoger de inmediato sus cosas. Viajarán a su nueva casa hoy mismo.

—Mucho mejor, si estamos a solas me será más fácil conseguir mi propósito.

—¿Ya está urdiendo planes macabros, señora? —la regañó la mujer— Debería sentirse feliz por estar casada con un hombre como Huntington en vez de inventando fechorías.

—No son fechorías, Molly. Anoche se marchó a su habitación después de... ya sabes.

—Como todos los nobles, lady Eleanor.

—Francis nunca duerme en una habitación diferente a la de Beth, y quiero que mi marido haga lo mismo.

—Su hermano es una gota de agua en el océano, señora. Es muy inusual que un matrimonio comparta el lecho conyugal para dormir. Además, de esa forma se ahorrará tener que soportar los ronquidos del marqués.

—¡Anthony no ronca! —rió Eleanor.

—¿Y usted cómo lo sabe? Hágame caso, no hay nada mejor que dormir en camas separadas, se ahorra una muchos dolores de cabeza.

—Pues mi marido terminará durmiendo en la misma cama que yo, ya lo verás.

La conversación quedó interrumpida cuando dos sirvientes entraron cargando cubos de agua caliente. Llenaron con ella la bañera, a la que Molly echó aceite de lavanda y pétalos de rosa. Eleanor se metió en el agua y suspiró cuando el calor relajó su carne dolorida. Permaneció en la bañera hasta que el agua se enfrió y se untó crema de almendras por todo el cuerpo. Se vistió con esmero, recogió su cabello en una sencilla trenza y se colocó un poco de perfume detrás de las orejas y en las muñecas, como Ivette le había enseñado. Se miró al espejo para comprobar que su aspecto era impecable y bajó a desayunar. Su esposo ya se encontraba allí y bajó el periódico para dedicarle una mirada antes de seguir bebiendo su café.

—Buenos días, Anthony —dijo ella alegremente—. Espero que hayas podido dormir bien.

—Buenos días, Ely. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, gracias. He descansado mucho y me encuentro bastante despejada.

—No me refería a eso —dijo él soltando el periódico—. Quiero saber si estás dolorida.

—¡Oh! —contestó ella sonrojándose— Solo un poco, pero el baño caliente me ha sentado muy bien.

—En ese caso volveremos a casa en carruaje. No creo que estés en

condiciones de montar a caballo.

—Estoy bien, de verdad, y no estamos demasiado lejos.

—No vamos a nuestra casa de la ciudad, sino a *Hampstead Hall*, nuestra casa de campo de Dartford.

—¿Nos vamos a Kent? —preguntó ella sorprendida.

—A menos que quieras terminar la temporada...

—No, claro que no. La verdad es que ya estoy un poco cansada de tanto ajetreo. Me vendrá bien un poco de descanso en el campo.

Anthony volvió a centrar su atención en el periódico y Eleanor desayunó en silencio. Estaba contenta con la decisión de Anthony de irse unos días al campo. Dartford se encontraba a un par de horas de Londres a caballo, así que pasarían mucho tiempo juntos a solas y podría aprovechar para ganarse de nuevo su confianza. Observó el perfil de Tony, iluminado con un rayo de sol que entraba por la ventana. Sus ojos brillaban como mercurio líquido, y cuando su lengua mojó distraídamente sus labios carnosos Eleanor tuvo que reprimir un gemido. Aquel inocente gesto le recordó la noche pasada, cuando esa misma lengua recorrió su piel entera haciéndola estremecer.

Anthony, al sentirse observado, miró a su mujer con una ceja arqueada. Eleanor estaba apoyada sobre sus manos, mirándole fijamente con una sonrisa en los labios.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—No, ¿por qué lo preguntas?

—¿Entonces por qué me miras así?

—¿Así, cómo?

—Como si tú fueras un gato y yo el ratón de tu cena.

Eleanor se echó a reír a carcajadas y Anthony no pudo reprimir una sonrisa. Le gustaba verla así, feliz y relajada aunque la causa fuese él mismo.

—Simplemente observaba lo guapo que eres —contestó ella al fin.

—¿Seguro que era té lo que había en tu taza? —preguntó él levantando el recipiente para oler su contenido.

—¿Qué iba a ser si no?

—Viéndote ahora mismo, tiendo a pensar que era oportuno.

—¿Por decir que mi esposo es guapo? Supongo que ahora que estamos casados tengo la libertad de decirlo, ¿no es así?

—Tal vez, pero me incomoda que lo digas.

—¿Por qué?

—Para ya, Ely, por favor.

—¿Y qué harás si no paro?

—No sé... ¿tal vez darte unos buenos azotes?

—No serías capaz.

—¿Eso crees? Te recuerdo que como tu esposo tengo ese privilegio.

—Sé que no lo harías.

—Tienes razón. Hay castigos mucho más terribles para ti que un par de azotes.

—¿Como cuáles?

—Será mejor que no tientes a tu suerte, querida.

—Me gustaría saberlo para estar preparada.

—¿Y dónde estaría la gracia si lo estás?

Dicho esto, Anthony se levantó de la mesa y se dirigió hacia la puerta.

—Nos marcharemos en una hora —añadió—, ve a despedirte de todos.

Eleanor aún sonreía cuando Ivette llegó al comedor. Su amiga la miró interrogante, pero se limitó a poner a los pequeños en sus troncos y servirse un plato de comida.

—Buenos días, lady Huntington —dijo sonriente.

—¡Ay! ¡Qué bien suena mi nuevo nombre!

—¿Soy yo o estás muy contenta esta mañana?

—No eres tú. Estoy muy feliz.



—Así que la noche de bodas fue bien...

—No solo la noche de bodas, Ivy. He desayunado con Anthony y hemos mantenido una conversación tranquila. Incluso ha bromeado conmigo... — Me alegro de que todo empiece bien.

—Solo hay un pequeño inconveniente. Anoche se marchó a su habitación después de... ya sabes, pero estoy segura que fue por la cicatriz. Tengo que conseguir que confíe en mí lo suficiente como para que se quite esa dichosa máscara en mi presencia sin pudor.

—Tendrás que tener paciencia y darle tiempo, Ely. No puedes pretender que los cambios se produzcan en dos días.

—¡Oh, claro que no! Ahora que soy su esposa tengo todo el tiempo del mundo.

Sin embargo, la determinación de Eleanor quedó en el olvido cuando llegaron a *Hampstead Hall*. La mansión, de estilo Tudor, estaba fabricada en ladrillo rojo y piedra, con grandes ventanales y varias chimeneas. Se llegaba a la casa a través de una pequeña avenida que cruzaba un jardín de estilo clásico con parterres de flores y árboles. La vivienda estaba compuesta por catorce habitaciones con baño privado, seis salones, una enorme biblioteca, una sala de esgrima, un salón de baile y un invernadero. Anthony precedió a Eleanor dentro y le hizo una visita guiada por toda la casa.

—Deberías decorarla a tu gusto —dijo al llegar de nuevo al recibidor—. Tengo que volver a Londres, hay asuntos que requieren mi atención.

—¿Te marchas? —preguntó ella sorprendida— ¿Y por qué me has traído entonces?

—Pensé que necesitarías un poco de tranquilidad después del revuelo por la boda.

—Bueno, sí... pero creí que pasarías unos días aquí, conmigo.

—Como he dicho, hay asuntos que requieren mi presencia en Londres. Volveré en un par de días.

Eleanor le vio recoger de nuevo su abrigo y su sombrero y le siguió con la mirada hasta que desapareció por la puerta de entrada. Ni una palabra de

despedida, ni un beso... nada.

—¡Maldita sea!

Se volvió furiosa hacia las escaleras y puso rumbo a su habitación. ¿Acaso se creía que podía deshacerse de ella como si fuese un objeto? Golpeó el colchón con los puños en un intento inútil de calmar su rabia. ¿Cómo iba a poder ganarse su confianza si su esposo se alejaba de ella? Inspiró hondo y recapacitó. A fin de cuentas Anthony solo estaría fuera un par de días, así que aprovecharía ese tiempo para remodelar la casa y hacer de ella su nuevo hogar. Se levantó con determinación, se acercó al despacho y hurgó por los cajones hasta encontrar papel y pluma. Dedicó el día a tomar apuntes sobre los cambios que quería en la casa, y se acostó temprano para empezar a trabajar en las reformas al día siguiente. Cuando se levantó, al alba, bajó al pueblo a encontrar a un carpintero que fabricase los nuevos muebles y a un sastre que se ocupara de vestir las camas y las ventanas. Dedicó la mayor parte del día a organizar el trabajo y a decorar las estancias que no iba a remodelar. Esa noche se acostó temprano, deshecha por el duro trabajo realizado, pero no pudo pegar ojo pensando que al día siguiente su esposo volvería de Londres.

Se levantó temprano para hacer una tarta de melocotones y crema para Anthony. Descubrió un huerto en la parte de atrás de la casa muy bien cuidado y surtido y recogió las frutas más sabrosas antes de ponerse a trabajar. Un par de horas después, toda la casa olía a deliciosa tarta, y Eleanor subió a darse un baño para estar lista para su esposo. Se bañó con jabón de lavanda, suavizó su piel con crema de almendras y puso perfume en su piel desnuda. No sabía a qué hora volvería Anthony, así que dedicó el resto de la mañana a cepillar los sillones y a sacudir las alfombras. Por la tarde, ocupó su tiempo leyendo un libro en la biblioteca y preparó la mesa de la cena con esmero.

Pero dieron las doce y Anthony no apareció. El mayordomo la miraba con tristeza, sentada en el salón con la mirada perdida en las velas, casi gastadas. Eleanor se levantó por fin dispuesta a no esperarle ni un minuto más. Apagó las velas con un golpe seco y pasó junto al mayordomo sin mirarle.

—Señora, no ha comido nada —dijo el hombre—. Le diré a la cocinera que... —He perdido el apetito.

Subió a su habitación y se puso el camisón con un nudo en la garganta. En cuanto su cabeza tocó la almohada, las lágrimas empezaron a brotar sin control. Se sentía desilusionada, dolida... fracasada. Su esposo prefería estar en Londres a pasar tiempo con ella, y sin embargo Eleanor no deseaba otra cosa que estar entre sus brazos. Tal vez esos asuntos tan importantes le habían retrasado... quizás volviese al día siguiente.

Eleanor se estuvo repitiendo esas mismas palabras durante los siguientes ocho días. Las reformas en la casa habían terminado hacía tiempo y cada día que pasaba estaba más segura de que Anthony la estaba evitando deliberadamente. Todas las mañanas Ely se despertaba temprano para cocinar una tarta de melocotones y crema para Anthony, y todas las noches esas tartas iban a parar a manos de los sirvientes, que ya debían haberlas aborrecido. Se pasaba los días recorriendo la casa, colocando un cojín aquí y moviendo una estatuilla allá, esperando pacientemente que Anthony recordara que tenía una esposa esperándole en *Hampstead Hall*. Pero su paciencia tenía un límite, y ese límite llegó la mañana en la que vio en el periódico a Anthony sonriéndole a una dama en los jardines de *Vauxhall*.

¿Esos eran los asuntos de suma importancia que tenía en Londres? ¿Pasearse públicamente con su amante mientras ella permanecía oculta en Kent?

—¡Richard! —gritó bajando a toda prisa las escaleras— ¡Richard!

—¿Me buscaba, milady? —preguntó el mayordomo apareciendo por la puerta de las cocinas.

—Que preparen el carruaje de inmediato. Volvemos a Londres hoy mismo.

—Pero el marqués ordenó...

—Me importa muy poco lo que ordenase el marqués. Ya estoy cansada de permanecer aquí encerrada marchitándome mientras él se divierte en Londres. Estaré lista en una hora.

—Como ordene, milady.

Eleanor subió a su habitación y empezó a meter con furia sus trajes en el baúl.

—¿Señora? —preguntó Molly al entrar en el dormitorio— ¿Qué está haciendo?

—¡Volvemos a Londres! Mi marido se cree que puede dejarme aquí encerrada mientras se pasea por Londres con esa... esa...

Le dio un puntapié al baúl en un arranque de ira y terminó aullando de dolor sentada sobre la cama.

—Deje, yo me ocupo de su ropa. Si sigue metiéndola así en el baúl pasaré tres días intentando alisar algún vestido.

—¡Estoy tan furiosa que le abofetearía!

—Entiendo que esté enfadada, pero no debe sacar conclusiones precipitadas.

—Esa fotografía no dejaba opción a error, Molly.

—Solo estaba paseando con una dama, lady Eleanor.

—No es el hecho en sí, sino la mirada de mi esposo lo que me ha puesto de tan mal humor.

—¿Sabe? Mi madre tenía un dicho: se cazan más moscas con miel que con vinagre. Si llega a Londres hecha una furia y se enfrenta al marqués, lo único que conseguirá es alejarle más de usted.

—Es imposible que se aleje más de mí, Molly.

—Debe ser cauta y actuar con picardía. Las palabras azucaradas y las insinuaciones veladas atraerán a su esposo de nuevo a su lecho, y a partir de ahí podrá hacer con él lo que quiera.

—¿Tú crees?

—Créame, milady, las mujeres manejan a los hombres desde que el mundo es mundo, solo hay que hacerles creer que las cosas son idea suya.

Anthony se encontraba absorto en los libros de cuentas cuando recibió una visita muy especial. Su ayuda de cámara, el único sirviente que se había quedado en Londres, entró en su despacho con un carraspeo.

—¿Sí, Nicholas? —preguntó Anthony sin mirarle.

—Una dama ha venido a verle, milord.

—¿Una dama?

—Dice que es una vieja amiga y que viene a darle las gracias por su generosidad.

—¿Ha dicho su nombre? —preguntó sin tener ni idea de quién se trataba.

—Gillian Mallory, milord.

Anthony dejó la pluma caer a la alfombra y se levantó a toda prisa para ir a recibir a su amiga, que le esperaba en el salón. En cuanto la vio, se acercó a ella en dos zancadas y la levantó por los aires, haciéndola reír.

—¡Dios mío! ¡Cuánto te he echado de menos! —susurró el marqués.

—¡Pero mírate! ¡Si hasta pareces un marqués! —contestó ella haciéndole volverse para admirarle bien.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a comprar material para la escuela y decidí pasarme a saludar.

—Vamos, quédate a tomar el té y me cuentas cómo van las cosas por el pueblo.

Acompañó a Gillian hasta el sofá y se sentó junto a ella.

—Las cosas por el pueblo están como siempre, Tony. ¿Cómo estás tú? ¿Has logrado recuperar la memoria?

—Solo pequeños retazos de mi vida anterior, pero nada más. Mi vida es un completo caos, Gil. He terminado casado con la mujer que me esperaba pero... —Espera, ¿qué?

—Tengo muchas cosas que contarte —se disculpó él con una sonrisa—. ¿Cuánto tiempo te quedarás en Londres?

—Un par de días. Me hospedo en casa de la baronesa Mowbray, que es la benefactora de la escuela.

—¿Por qué no vienes esta tarde conmigo a dar un paseo por *Vauxhall*?

Habr  un concierto de piano y podremos ponernos al día.

— Y tu esposa?

—Está pasando unos días en Kent. Vamos, di que sí.

—De acuerdo, pero antes déjame ver esa cicatriz.

Anthony sonrió ante el tono autoritario de Gillian y se quitó la máscara, dejándola sobre la mesa. Si Nicholas se sorprendió de ver a su señor tan relajado con una dama no lo demostró, se limitó a permanecer de pie junto a la puerta. Gillian tiró de Anthony hasta la ventana y observó la cicatriz a la luz del sol.

—Casi ha desaparecido —comentó volviendo su cara un poco más—. Apenas se nota si no es a plena luz del día.

—Lo dices para hacerme sentir mejor.

—Lo digo porque es cierto.  Acaso no la has visto?

—Evito mirarme en el espejo —reconoció el marqués.

—Eres un tonto —protestó ella tirando de él hacia la puerta—.  D nde hay un espejo?

—En el recibidor.

Gillian llevó a Anthony hasta el espejo y le obligó a mirarse en él. Al principio el marqués se negó a hacerlo, pero cuando vio el estado de su cicatriz se llevó la mano al rostro, sorprendido por lo poco que se notaba el corte.

—Casi no se nota... —susurró.

—Así es. Te dije que los médicos harían milagros,  no es cierto?

— C mo es posible?

—Anthony, mírame. —El marqués obedeció—. Est s curado, ya no te hace falta llevar esta estúpida máscara.

—Es cierto.

—Vamos, t rala al fuego de la chimenea —rió ella—. Deja que arda.

Anthony corrió hasta el salón e hizo lo que Gillian le pedía. Mientras

observaba el cuero encogerse, pensó en Eleanor. Había sido un marido pésimo dejándola sola en el campo tanto tiempo, pero no se sentía con fuerzas de enfrentarse a ella por miedo a que se colase en su cuarto una vez más y le descubriese sin la máscara. La amaba... no podía negar que esa dulce muchacha se había metido bajo su piel, pero el miedo al rechazo le había hecho apartarla de su lado. Tenía que volver a *Hampstead Hall*, había descuidado a su esposa demasiado tiempo y no pensaba alargar la situación más... pero al día siguiente tenía una reunión importante con el futuro comprador de su flota y no podría volver tan pronto.

—¿En qué piensas? —preguntó Gillian.

—En mi esposa.

—Vamos, cuéntamelo todo.

Le contó cómo había rechazado su compromiso con ella a pesar de que su presencia conseguía desestabilizarle. Le contó cómo la sedujo, lo que le obligó a casarse con ella, y cómo la dejó sola en su casa de campo para huir cuando se dio cuenta de que la amaba. Fue aquella noche, cuando Ely se enfrentó a él envuelta en una sábana reclamándole que durmiera junto a ella, cuando se dio cuenta de que la amaba. No sabía si era un reflejo del amor que sentía por ella en el pasado o si la joven había conseguido llegar a su corazón una vez más, pero el caso era que ya no podría vivir sin ella. Por eso huyó a Londres, porque prefería vivir alejado a perderla por su aspecto. Un aspecto que había sido solo fruto de su imaginación.

—Todos intentaron hacerme ver que mi cicatriz no era tan terrible como yo creía, pero no quise hacerles caso —se lamentó.

—Ahora tendrás que disculparte con ellos y volver a Kent para recuperar a tu esposa —dijo Gil.

—Lo sé. Volvería mañana mismo, pero no podré hacerlo aunque quiera. Tengo una cita con el comprador de la naviera. Quiero deshacerme de ella cuanto antes.

—¿Malos recuerdos?

—La otra noche recordé algo más. Contraté a un capitán para mi barco, Ian Monroe. Los piratas nos atraparon a ambos y le mataron cuando

intentábamos escapar. Le dispararon en el corazón.

—Lo siento, Tony...

—Ha sido el recuerdo más doloroso que he recuperado, Gil. No sé si estoy preparado para seguir recordando. Al fin y al cabo he recuperado mi vida y me voy acostumbrando a ella aunque no la recuerde.

—No depende de ti recordar o no, Tony, sino de Dios. En cuanto a la venta de la naviera... siempre puedes pedirle a tu hermano que lo haga por ti.

—¿Sabes qué? Que tienes razón. Voy a hablar ahora mismo con Stefan para que se ocupe del asunto y volveré mañana mismo a Dartford. Es hora de que me ocupe de mi mujer.

Anthony despidió a Gillian y quedó con ella para verse esa misma noche, y se acercó a casa de su hermano. Le encontró sentado en el suelo del salón jugando con sus hijos y le miró divertido desde el quicio de la puerta.

—Te sienta muy bien ser padre, Stef —dijo.

—Créeme, la mayor parte del tiempo son un par de diablillos, pero cuando están tranquilos... —Pronto les daré un primito con quien jugar.

Stefan se dio la vuelta para mirar a su hermano, y se sorprendió de verle sin la máscara que le solía cubrir el rostro.

—¿Dónde has dejado la máscara? —preguntó como si tal cosa.

—La he quemado.

—Veo que por fin has entrado en razón.

—Digamos que la visita de una antigua amiga me ha hecho ver lo que todos veáis.

—¿Qué amiga? —preguntó su hermano poniéndose de pie.

—Gillian, la mujer que me cuidó cuando me rescataron.

—¿Está en Londres?

—Sí, ha venido a comprar material para su escuela. Le he pedido que me acompañe esta noche a *Vauxhall*.

—¿Te has acostado con ella?



—¿Qué? ¡No! Gil es solo una buena amiga, nada más. ¿Acaso crees que sería capaz de engañar a mi esposa?

—El Anthony de antes no lo haría, pero el de ahora...

—El de ahora tampoco, te lo aseguro. Voy a llevarla a los jardines para agradecerle lo que ha hecho por mí, eso es todo. Mañana a primera hora volveré a Dartford. Ya la he dejado sola demasiado tiempo.

—Gracias a Dios has recuperado la razón.

—Me he dado cuenta de que la quiero, Stefan. No sé si he recordado lo que sentía por ella o si me he enamorado de nuevo, pero el caso es que no puedo seguir viviendo sin ella.

—¿Y entonces por qué demonios la dejaste sola?

—Porque no quería perderla.

—Tu lógica se me escapa, Tony. ¿No quieres perderla y aun así la abandonas?

—Me he comportado como un estúpido, lo sé, pero voy a enmendar las cosas. Pero antes necesito que hagas algo por mí, Stef.

—Tú dirás.

—He quedado mañana a las diez con el comprador de la naviera para debatir una oferta. ¿Puedes ir tú por mí?

—Con tal de que arregles tu matrimonio, lo que sea.

—Te lo agradezco, Stef.

Anthony se volvió para salir del despacho, pero en el último momento se detuvo.

—Cuando me preparaba para volver a Londres le pedí a Gil que se casara conmigo por miedo a lo que pudiese encontrar a mi regreso, creo que deberías saberlo.

—¿Se negó?

—Así es, y ahora me alegro de que lo hiciera. Mi sitio está aquí, con Eleanor, ahora lo sé.

—No le hagas más daño, Anthony. No se lo merece.

—Te juro que a partir de ahora me voy a dedicar a compensarla por todo lo que le he hecho pasar estos meses.

—Pues creo que vas a tener que esmerarte mucho, hermano.

—Contaba con ello.

## Capítulo 17

A la mañana siguiente, Anthony se despertó al alba para poner rumbo a *Hampstead Hall*. Estaba deseando ver a su esposa, besarla hasta hacerla perder el sentido y hacerle el amor, aunque sabía que Eleanor estaría furiosa con él por haberla dejado sola tanto tiempo. Recordó con nitidez su noche de bodas y se dijo que en cuanto volviese trasladaría sus cosas al dormitorio de su esposa. Llamó a Nicholas como cada mañana, pero ese día tenía una petición especial para él: quería hacer desaparecer esa estúpida barba. Ya no necesitaba ocultarse detrás de ella y tampoco tras la máscara que le había acompañado durante todo este tiempo.

—Buenos días, milord —dijo el sirviente abriendo las cortinas de la habitación.

—Buenos días Nicholas. Prepárame el traje de montar, por favor. Volvemos a *Hampstead Hall*.

—Me alegra oír eso, milord.

—He dejado a mi esposa desatendida demasiado tiempo y tengo muchas cosas que enmendar con ella.

—Me alegra que se haya deshecho de la máscara por completo.

—Gil me ha hecho ver que la marca de mi cara no es tan terrible como yo creía. Por eso quiero que me quites esta estúpida barba, estoy cansado de ocultarme.

—Perdone mi impertinencia, milord, pero le recuerdo que su familia ha intentado eso mismo mil veces sin éxito. Incluida su esposa.

—Pero sé que Gillian jamás me mentiría. Mi familia me quiere y sería capaz de cualquier cosa con tal de hacerme sentir mejor.

—Su familia no le mentiría.

—Tal vez, pero aún no les recuerdo.

—Con todos mis respetos, está siendo injusto con ellos. Se han esforzado mucho para hacerle sentir como en casa a pesar de su pérdida de memoria y usted no ha hecho nada por aceptarles.

—Eso no es cierto —protestó Anthony.

—¿En serio? ¿Cuántas veces ha ido a ver a su hermano por el simple hecho de disfrutar de su compañía desde que volvió? Ni una sola.

—Le he visto en todos los bailes a los que he asistido —intentó defenderse.

—No es lo mismo, y lo sabe. Su hermano es el único que se esfuerza en llevarse bien con usted. Y lo mismo pasa con su cuñado, a quien no ha visto desde la boda. Acaba de ser padre y usted debería ser quien vaya a ver a su nueva sobrina.

—Tienes razón.

—Y en cuanto a su esposa... Abandonarla de esa forma en Kent el mismo día de su boda ha sido una canallada por su parte. Entiendo que haya sido un matrimonio forzado, pero la culpa fue solo suya por intentar seducir a una muchacha inocente.

Anthony no levantó la cabeza, pero asintió.

—Entiendo que todo el asunto de su pérdida de memoria sea frustrante, pero debería centrarse en el presente y agradecerle a Dios lo que tiene. Y ahora, si me disculpa, voy a recoger mis cosas.

—¿Tus cosas? —preguntó Anthony sin entender.

—Me he excedido y soy consciente de ello, así que supongo que estoy despedido.

—¿Por decirme la verdad a la cara? No pienso despedir a un sirviente por atreverse a hacerme entrar en razón. Y ahora deshazte de esta barba. Tengo algunos asuntos que atender antes de nuestro viaje.

Una hora después, Anthony cruzaba la puerta de la residencia de los Devonshire en Mayfair. Su mayordomo se había resignado a esas visitas a horas intempestivas, así que se limitó a acompañarle hasta el despacho de Stefan farfullando por lo bajo.

—Buenos días, herma... —Anthony se quedó en silencio al ver la furia en el rostro de Stefan—. ¿Ocurre algo?

El duque le miró con reproche y lanzó con bastante fuerza el periódico de

la mañana contra el escritorio.

—¿Me explicas cómo demonios piensas arreglar esto? —espetó.

Anthony cogió el periódico, y sus ojos se abrieron como platos al ver en la portada una fotografía de él y de Gillian paseando por *Vauxhall*, con un pie de foto alarmante.

*“El marqués de Huntington disfruta de la compañía de una señorita desconocida mientras su esposa permanece escondida en Kent”*

—¡Maldita sea! —susurró Anthony leyendo el escandaloso artículo, en el que insinuaban que Gillian no era otra que su nueva amante.

—Me encantará ver cómo le explicas esto a Eleanor, Tony. Porque te aseguro que tendrás que hacerlo.

—Tal vez no se haya enterado.

—De ser así, cosa que francamente dudo mucho, lo sabrá en cuanto vuelva a Londres.

—Para entonces habré tenido tiempo de explicárselo.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? ¡Será el hazmerreír de la sociedad!

—¿Y qué demonios quieres que haga? ¡No puedo volver en el tiempo para arreglar las cosas!

—¡Eres el marqués de Huntington y el título conlleva unas responsabilidades, maldita sea! —gritó su hermano— No puedes hacer lo que se te antoje, ¿sabes? Tienes que ajustarte a las normas de la alta sociedad, ¡o toda la familia quedará manchada por el escándalo!

—¡Lo siento! ¿De acuerdo? Yo solo quería...

—¡Exacto! ¡Tú querías! —Stefan se acercó a su hermano y clavó el dedo índice en su pecho—.

Desde que volviste no piensas más que en ti mismo, en tus problemas y en lo que tú sientes. ¿Acaso crees que para nosotros ha sido fácil? ¡Te enterré, Anthony! ¡Te di por muerto y de repente regresaste de entre los muertos! ¡También yo estaba abrumado por la situación, maldita sea! También yo necesitaba a mi hermano.

El duque se quedó en silencio, el nudo que tenía en la garganta le impedía continuar hablando.

—Yo... Lo siento, Stefan —susurró Anthony apretándole el hombro—. He sido un egoísta y lo siento mucho.

—He tenido que ver cómo me apartabas de ti día tras día por mucho que me esforzaba en ponerte las cosas más fáciles. Con sentirlo no arreglas nada.

—Ahora todo es distinto, Stef. Ahora sé que no me pasa nada malo y...

—¡Y ha tenido que venir una extraña a decírtelo! ¿Cómo crees que me hace sentir eso, Tony? ¡Eres mi hermano! Jamás te mentiría.

—No te recuerdo —intentó defenderse.

—¿Y crees que te mentiría solo por no acordarte de mí? ¿Acaso no te he demostrado ya que puedes confiar en mí?

—Por supuesto que sí —reconoció agachando la cabeza.

Stefan inspiró hondo y le dio la espalda y se dirigió a la ventana.

—Ve a ver a tu mujer, Anthony. Creo que tienes que arreglar más cosas con ella.

—No quiero marcharme así, Stefan. No quiero que discutamos.

—Es inevitable hacerlo cuando quieres a alguien.

—Sé que estás enfadado, pero...

—No estoy enfadado, Anthony. Me siento frustrado con la situación.

—A partir de ahora las cosas van a cambiar. Te lo prometo, hermano.

—Ve a buscar a tu esposa.

Anthony asintió y se marchó, pero no podía sacudirse la culpa. Debería haber pensado también en los sentimientos de su familia, y en vez de ello se había ahogado en la autocompasión. Cabalgó a toda prisa para llegar cuanto antes a su casa de campo, pero cuando llegó la encontró en absoluto silencio.

—¿Ely? —llamó subiendo las escaleras— ¡Ely!

Buscó a su esposa por toda la casa, pero no había ni rastro de ella... y tampoco del servicio. Extrañado, salió al jardín para ir a ver a los guardianes

de la casa, que vivían en una pequeña casita al norte de la propiedad. La mujer, al verle, se sorprendió.

—¿Milord? ¿Qué está haciendo aquí?

—Buenos días, Matilde. ¿Has visto a mi esposa?

—¡Pero milord, partió hacia Londres al alba! ¡Deben haberse cruzado por el camino!

Anthony rompió a reír a carcajadas.

—Debí suponer que mi esposa no se contentaría con esperar mi regreso sentada haciendo punto. Gracias, Matilde. Por favor, pídele a tu esposo que prepare un caballo para mí, *Diamante* ha hecho hoy un largo camino y necesita descansar.

—En seguida, milord.

—Mientras tanto, voy a refrescarme un poco. ¿Podría prepararme algo para comer? Estoy famélico.

—Estoy preparando un guiso de venado para George y para mí, pero si no le apetece puedo prepararle otra cosa.

—El guiso estará bien, gracias.

Para cuando Anthony llegó a su casa de Londres, el sol hacía rato que se había escondido. En cuanto dejó al caballo en la cuadra llamó a Richard, que había viajado con su esposa.

—Buenas noches, milord —dijo el anciano con cara de pocos amigos.

—¿Dónde está mi esposa, Richard?

—La abandona durante semanas, ¿y ahora le interesa su paradero?

—Sé que no he sido el mejor marido del mundo, pero quiero retractarme. He viajado hasta *Hampstead Hall* para arreglar las cosas, pero cuando he llegado ya os habíais marchado.

—La señora vio que estaba usted muy ocupado divirtiéndose con su amante y decidió hacer lo mismo.

—¿Cómo que hacer lo mismo? —El color abandonó el rostro de Anthony al pensar en Eleanor con su amante— ¿Se ha buscado un amante?

—No señor, se está divirtiendo. Y ahora, si me disculpa... —¿A dónde ha ido mi mujer, Richard?

—Mmm... Lo he olvidado, milord. Usted sabe lo que es eso, ¿verdad? Se olvidó de que tenía una esposa durante días, así que...

—Sé que te agrada Eleanor, pero necesito saber a dónde ha ido para arreglar las cosas con ella.

—¿Y cómo piensa arreglarlas después de la foto del *Times*?

—La mujer de la foto no es mi amante, Richard. Yo no tengo más amante que mi esposa.

—Bonita forma de demostrarlo, milord.

—¡Richard, por favor! —Anthony inspiró hondo para calmarse—. ¿Dónde está mi esposa? —preguntó de nuevo con los dientes apretados.

—Ha acudido a un baile con los duques de Sutherland, milord. Es todo lo que sé.

—¿Está seguro?

—Al menos, es todo lo que le diré.

Anthony subió a su habitación a darse un baño y prepararse para una larga noche. Ya que su mayordomo se había puesto del lado de su esposa, no le quedaba más remedio que acudir a todos los bailes que se celebraban esa noche para encontrarla. Con suerte, lo haría antes de que despuntara el alba...

Eleanor se dejó caer en una silla con una sonrisa en los labios. Cuando llegó a su casa de Londres la había encontrado vacía, y sintió tal mezcla de rabia y desolación que estuvo a punto de ahogarse. ¿Acaso su esposo había sido capaz de dormir con su amante? No había rastro de él y tampoco de Nicholas, su ayuda de cámara. Al principio había pasado horas llorando sobre la almohada, y le envió una nota a su cuñada quejándose de su mala suerte. Beth, en vez de consolarla, la reprendió por su actitud y la obligó a asistir con ella y con Francis al baile que daba esa noche la condesa de York. Aunque al principio creyó que no sería buena idea, ahora se alegraba de haberle hecho caso. Había pasado toda la noche bailando y sus pobres pies doloridos serían



incapaces de soportar una sola cuadrilla más.

Beth se sentó a su lado con una sonrisa.

—¿Te diviertes? —preguntó.

—Mucho. Gracias por obligarme a venir, Beth. Al menos has conseguido que me olvide de mis problemas por un rato.

—En cuanto me eche a la cara a Anthony le voy a decir cuatro cosas. ¿Cómo se atreve a tratarte así después de haber comprometido tu virtud?

—No quería casarse conmigo, Beth. Sucumbió a la lujuria y creo que sigue echándome la culpa de lo que ocurrió.

—¡Menuda estupidez!

—Solo espero que no se le ocurra aparecer aquí con su amante, no sé si sería capaz de soportarlo.

—Te juro que si lo hace le daré tal puñetazo que le haré recuperar la memoria de golpe.

Eleanor rió ante la amenaza de su amiga, que no levantaba más de dos palmos del suelo.

—Gracias, pero creo que tu marido te mataría por montar un escándalo.

—No me importa, eres como una hermana para mí y no pienso permitir que ese patán te haga daño.

—¿Sabes qué es lo que más me duele de todo? En esa foto del periódico aparece sin la máscara, Beth. Confía en su amante lo suficiente como para dejarse ver sin ella pero no es capaz de quitársela para hacerle el amor a su mujer.

—No pierdas más tiempo pensando en ese canalla, Ely. Ahora piensa en divertirte y disfrutar de la velada.

En ese momento el mayordomo anunció la llegada del conde de Vane, y Eleanor sonrió ampliamente a su amigo cuando le divisó entre el gentío. Marcus se acercó a ella devolviéndole la sonrisa, y tras saludar a su cuñada con una impecable reverencia, cogió la mano de Eleanor y la besó en el dorso lanzándole un guiño, una costumbre que habían adquirido cuando se

conocieron.

—Me alegra de verla de nuevo, milady. Ha estado desaparecida desde su apresurada boda con Huntington. Por cierto, ¿dónde está?

—Ni lo sé ni me importa —contestó Ella—. Esta noche he asistido al baile con mi hermano y mi cuñada.

—Veo que tenemos que ponernos al día de muchas cosas. ¿Le apetece acompañarme a un paseo por el jardín?

—Me encantaría, milord. ¿Me disculpas, Beth?

—Ten cuidado con lo que haces —susurró su cuñada.

—Tranquila, no soy como mi marido.

Eleanor se cogió del brazo de Vane y le siguió hasta las enormes cristaleras que daban paso a los jardines.

—¿Te importa que nos sentemos un rato, Marcus? No siento los pies —pidió Ely.

Marcus asintió y la llevó hasta un banco junto al estanque, iluminado por una enorme farola.

—¿Qué ha ocurrido, Ely? Llevo más de una semana sin verte y pensé que todo iba bien entre Huntington y tú.

—Me he casado con un canalla, Marcus. Mi marido me abandonó en Kent para volver a Londres a tontear con su amante.

—Sí, he visto la noticia en el periódico, pero no creo que debas hacer demasiado caso a los chismes de la alta sociedad. De hecho, no he visto a Anthony desde vuestra boda.

—¿En serio?

—De verdad. Creía que estabais de luna de miel.

—Ni siquiera fue capaz de deshacerse de la máscara en nuestro lecho, ¿sabes? Y esta mañana veo que ha salido con su amante sin ella.

—¿De veras se la ha quitado? —Ella asintió—. Vaya... creía que tú serías la única capaz de convencerle de una cosa así, pero...

—Me hizo el amor una sola vez y cuando le pedí que se quedase conmigo me echó de su habitación. Soy la última persona a la que haría caso.

—¿Has hablado con él?

—No había ni rastro de él ni de su ayuda de cama cuando he llegado a casa.

—Tal vez se ha quedado con su hermano.

—Sé que está con ella, Marcus.

—¿Y sabes quién es la dama de la foto? Tal vez sea alguna prima lejana que ha venido a la ciudad.

—No he visto a esa mujer en mi vida. ¿Y si es la maestra que le salvó de morir ahogado? Tal vez

se ha enamorado de ella, y...

—Ely —dijo Marcus cogiéndola por los hombros—, no saques conclusiones precipitadas. Tienes que hablar con él.

—¿Cómo voy a hacerlo si no está en casa?

—Ve a buscarle a casa de su hermano por la mañana. Ahora sonríe un poco, por favor. Nadie tiene que verte afectada por lo que ha hecho tu esposo.

—¿Y qué más da?

—Si no te ven afectada pensarán que solo son habladurías y podréis solucionarlo.

—No sé si quiero solucionarlo, Marcus. Estoy cansada de intentar llegar a su corazón.

—Deberías haberte casado conmigo —bromeó.

—Es cierto. Me habría ahorrado muchos quebraderos de cabeza.

—Venga, volvamos a la fiesta y olvídate de tu marido por un momento, ¿de acuerdo?

—Es que me siento tan sola, Marcus...

—Ahora estoy aquí, querida —dijo el conde apretándole la mano.

Eleanor se sintió un poco mejor tras hablar con su amigo. Aún sonreía al volver al salón de baile, pero la sonrisa murió en sus labios al ver a su marido hablando con un grupo de caballeros. Se quedó sin respiración al verle. Estaba tan guapo con su traje de etiqueta...

—Disimula, querida —susurró Vane en su oído—. Ignórale, verás cómo vuelve corriendo bajo tu falda.

Eleanor hizo lo que su amigo le aconsejaba y pasó por su lado sin tan siquiera mirarle. Volvió junto a Beth, que estaba en la mesa de los refrigerios bebiendo una copa de ponche. En cuanto la vio acercarse, llenó una nueva copa y se la dio.

—Tú la necesitas más que yo —dijo.

—¿Ha venido con ella? —preguntó Ely.

—No, ha venido solo.

¿Te encuentras bien? —

La verdad es que no,  
estoy hecha un flan.

—Pues lo estás haciendo muy bien. Le has ignorado y ahora no deja de mirar hacia aquí.

—Pues que siga mirando.

—Se está acercando, Ely. Prepárate.

Eleanor acercó la copa a sus labios para que Anthony no viese temblar su pulso cuando se acercó. En cuanto sintió la mano de su esposo posarse en la base de su espalda su pulso se aceleró, pero inspiró hondo y le miró con una sonrisa indiferente.

—Buenas noches, querida —ronroneó su marido—. Me he vuelto loco buscándote.

—Pues ya me has encontrado —contestó ella llevándose de nuevo la copa a los labios.

—Nuestro mayordomo ha decidido olvidar a qué baile asistías y he tenido que visitar cuatro bailes antes de encontrarte.

—Richard es muy mayor, es normal que olvide cosas.

—¿Sabes? Esta mañana he viajado a *Hampstead Hall* con la idea de pasar algún tiempo a solas con mi esposa, y cuál ha sido mi sorpresa al encontrar la casa vacía.

—Me aburría horriblemente en el campo y decidí volver a la ciudad.

—Ya lo veo. ¿Y no podrías haberme mandado una nota? He hecho un largo viaje para nada.

—Estabas demasiado ocupado asistiendo a *Vauxhall* y no quería molestarte —contestó su esposa mordaz.

—Hablaemos de eso cuando regresemos a casa.

—No hay nada de qué hablar, milord. Sé cuál es mi lugar, pero no pienso marchitarme en Kent por ello.

—Eleanor, no montes un escándalo.

—Querido, ya te has ocupado tú muy bien de ello dejándote ver en público con tu amante.

—No es...

Eleanor se dio la vuelta y le dejó con la palabra en la boca. Hervía de furia. ¿Iba a atreverse a negarlo todo? Se dirigió con paso decidido hasta los aseos para calmarse un poco. Se refrescó la nuca y se miró al espejo un momento. Sus mejillas se habían enrojecido por la furia que bullía en su interior, pero debía permanecer fría y distante si quería que su esposo la tomara en consideración. Decidió entonces volver a casa sin él. Nadie se extrañaría si abandonaba el baile con su hermano, pues había asistido con él en primer lugar.

Beth entró en ese momento en el baño y se apoyó en la pared para mirarla.

—¿Te encuentras bien, Ely? —preguntó— He visto tu encuentro con Anthony.

—Quiero irme a casa. ¿Te importa que nos vayamos ya?

—En absoluto, pero creo que deberías irte con tu esposo.

—He venido con vosotros, Beth. Además, nadie se extrañará de verme marchar sin él. A fin de cuentas, ha asistido a todas partes sin mí, ¿no es así?

—Solo le vi en *Vauxhall* con esa mujer, Ely. Al resto de eventos acudí con Stefan e Ivette.

—Debería haberlo hecho conmigo.

—En eso tienes razón. Iré a hablar con tu hermano, espérame aquí mismo.

—Antes tengo que despedirme de Vane.

—Si lo haces te arriesgas a que Anthony te retenga a su lado hasta que finalice la velada. Vane entenderá que te hayas marchado así, Ely, no te preocupes. Tardaré diez minutos, ¿de acuerdo?

Eleanor asintió y entró en uno de los excusados para permanecer escondida hasta que su cuñada volviese por ella. Mientras esperaba, escuchó a un grupo de mujeres entrar en el tocador.

—Parece que Huntington ha decidido no poner en ridículo a su esposa más de lo que ya lo ha hecho —decía una.

—Ha llegado a mis oídos que tuvo que casarse por obligación —dijo otra.

—No me extraña que dejara a su esposa en el campo para venir a disfrutar de la ciudad — contestó la primera—. Esa pobre niña debe estar pasándolo terriblemente mal.

—Si no se hubiese dejado seducir en el baile de los Devonshire ahora no estaría pagando las consecuencias —espetó una tercera mujer.

Eleanor se llevó el puño enguantado a los labios para no romper en sollozos. Se había convertido en el hazmerreír de la ciudad por culpa de Anthony. ¿Cómo se había atrevido a hacerle una cosa así? Ella siempre le había apoyado, siempre había estado de su parte a pesar de sus desprecios, ¿y así se lo pagaba?

—Señoras, permítanme sacarlas de su error. —Era Ivette, que debía haber llegado al baile en ese momento—. Mi cuñado habló con la reina Victoria antes de marcharse para pedirle su consentimiento para casarse con Eleanor Levenson. Nadie sedujo a mi ahora cuñada, y desde luego su matrimonio ha

sido por amor.

Un silencio sepulcral se extendió por la sala.

—Por otra parte —continuó su amiga—, lady Huntington se encontraba un poco delicada de salud, así que decidió permanecer en el campo hasta recuperarse por completo. Y la dama con la que mi cuñado acudió a *Vauxhall* la noche pasada no es otra que la mujer que le sacó de las garras de la muerte, de ahí que le mostrase su gratitud haciéndole de guía. Y ahora, si me disculpan...

Eleanor escuchó los zapatos de tacón de las damas resonar hasta salir de la estancia, pero aun así permaneció escondida.

—Ya puedes salir, Ely —dijo Ivette—. Beth me lo ha contado todo.

Eleanor hizo caso a su amiga y se abrazó a ella con un sollozo en cuanto la vio.

—¡Oh, Ivy! ¡Ha sido tan bochornoso!

—Cálmate, querida. Ya está todo arreglado. Esas cotillas no tardarán demasiado en difundir lo que acabo de decirles y todo quedará en el olvido.

—¿Es cierto lo que has dicho sobre esa mujer?

—Sí, Ely. Era la maestra que le salvó la vida a Anthony. Vino a la ciudad a comprar material para la escuela y decidió pasarse a visitarle.

—Entiendo.

Ante la cara de desolación de su amiga, Ivette sonrió levantándole el mentón.

—Todo lo que he dicho es cierto, Ely. No pasó nada entre ellos, te lo prometo. Anthony solo quiso mostrarle su gratitud llevándola a ver los jardines, pero nada más.

—¿Han sido amantes alguna vez?

—No lo sé, pero Stefan me contó que Anthony le había pedido matrimonio antes de volver y ella se negó.

—¿Matrimonio?

—Deja de preocuparte, ¿quieres? Ahora tú eres su esposa y eso es todo lo

que importa.

—Quiero irme a casa.

—¡Pero ahora no puedes marcharte! Tienes que aparentar estar bien con Anthony o de lo contrario los esfuerzos que he hecho para disipar los rumores no habrán servido para nada.

—¿Y cómo voy a hacerlo si de lo único que tengo ganas es de abofetearle? —Ivette rió a carcajadas.

—Pues querida, vas a tener que poner en práctica tus dotes para el teatro. Ya tendrás tiempo de abofetearle después.



## Capítulo 18

Anthony respiró tranquilo cuando vio acercarse a su esposa con una sonrisa en los labios. No tenía ni idea de lo que había pasado, pero no iba a desaprovechar la oportunidad de acercarse de nuevo a ella. Cuando la tuvo a unos escasos centímetros, levantó su mano enguantada y posó un beso en el dorso de su muñeca, provocándole un escalofrío.

—Creo que el próximo baile es un vals, querida. ¿Bailamos?

Ella asintió con una sonrisa y Tony posó su mano en el hueco de su espalda para conducirla hasta la pista de baile. En cuanto la música comenzó a sonar, empezaron a dar vueltas por la habitación. De pronto, todo lo que había a su alrededor desapareció. Solo estaban ellos dos en esa sala, Anthony podía escuchar el pulso acelerado de su corazón resonando en sus oídos. Un recuerdo le vino entonces a la memoria. Se encontraba así, bailando el vals con la mujer a la que amaba. Se vio susurrándole algo al oído, y la risa de Eleanor resonó en su cabeza como música celestial. Sus ojos castaños se clavaron en los suyos y su boca dibujó una dulce sonrisa dedicada solo a él. Carraspeó para apartar esos pensamientos de su cabeza. Ahora se centraba en el presente y sabía que a pesar del aspecto dulce y apacible de su esposa aún se sentía furiosa y traicionada.

—¿Te he dicho lo guapa que estás esta noche? —susurró.

—No te molestes, Tony. Si estoy bailando contigo es solo para acallar las habladurías respecto a tu maldita salida de ayer. En cuanto lleguemos a casa dejaré de dirigirte la palabra.

—Gillian no es mi amante, Ely. Intenté decírtelo antes pero me has dejado con la palabra en la boca.

—¿Le pediste matrimonio?

—¿Cómo lo sabes?

—Ivette me lo contó.

—Sí, lo hice, pero solo porque estaba asustado. No sabía lo que me iba a encontrar a mi vuelta y pensé que si ella venía conmigo todo sería más fácil.

—¿Habéis sido amantes, Tony?

—¡Claro que no! Gillian es como una hermana para mí, Ely. No es como tú.

—¿Como yo? ¿Y cómo soy yo, dime?

—Eres mi esposa y me gusta estar contigo.

—¿En serio? Pues has disimulado condenadamente bien durante todo este tiempo.

—Sé que me he comportado como un canalla, pero...

—No creo que este sea el momento ni el lugar para hablar de eso, ¿no crees? —dijo ella con una sonrisa azucarada que no engañó en absoluto a su esposo.

—Tienes razón, lo siento.

El resto de la velada transcurrió en absoluta calma entre ellos, sin embargo Anthony sentía que estaba junto a una bomba a punto de estallar. Sabía que las sonrisas, las caricias y las palabras de cariño de Eleanor no eran otra cosa que un intento de llevar a cabo la farsa que Ivette y ella habían urdido para acallar las habladurías, y temía que al llegar a casa su esposa no le diese la oportunidad de explicarse. Y necesitaba hacerlo al igual que necesitaba el aire para respirar. Tres horas más tarde llegó el temido momento en el que Eleanor le pidió volver a casa. Tras despedirse de sus anfitriones y sus amigos, colocó la capa de zorro sobre los hombros de su esposa y la escoltó hasta su carruaje. En cuanto las puertas se cerraron, Ely abrió el cortinaje de la ventana y se dispuso a mirar por ella sin prestarle atención. Anthony decidió permanecer en silencio durante el viaje, pero cuando llegaron a casa la siguió hasta su habitación. Eleanor no se dignó a mirarle ni una sola vez, se dispuso a deshacerse de las medias y los zapatos antes de llamar a su doncella.

—Sé que estás enfadada —dijo el marqués—, pero...

—No quiero escuchar tus excusas, Tony. Ya es demasiado tarde para eso.

—Ya te he dicho que Gillian no es mi amante.

—¿Crees que estoy enfadada solo por eso? Me abandonaste, Anthony.

Me dejaste tirada como a un perro en el campo porque no soportabas haberte casado conmigo.

—Eso no es cierto.

—¿No? Me dijiste que volverías dos días después de tu marcha y han pasado ya ocho. Los cambios en la casa terminaron hace días y me he marchitado esperando que mi esposo entrase en razón y viniese a buscarme, pero en vez de eso estabas divirtiéndote con tu amiga en *Vauxhall*.

—Ella me hizo entrar en razón respecto a nosotros —reconoció.

—¿Dónde está tu maldita máscara ahora, Anthony?

—¿A qué viene eso ahora?

—Te la has quitado porque ella te lo dijo, ¿no es cierto?

Anthony no contestó, se limitó a agachar la cabeza, avergonzado.

—Confiaste en ella más que en mí. Llevo semanas diciéndote que me muestres tu rostro y ni siquiera quisiste dormir conmigo por miedo a que te quitase la máscara. ¡Cerraste las puertas de tu habitación con llave en cuanto me marché! ¿Es que yo no merezco la misma confianza que ella?

—Es distinto.

—Claro que es distinto. Ella te importa y yo no.

—¿Eso no es verdad, maldita sea!

—¡Claro que lo es! No he sido más que un estorbo en tu vida desde que volviste, ¿verdad? Esa niña estúpida que no para de correr tras de ti. Ojalá hubiese sido Vane quien me deshonrase, al menos él me aprecia y me hace feliz.

Anthony se acercó a ella hecho una furia. Solo de pensar en Vane tocándola, tomándose las libertades que él mismo se había tomado aquella noche, sentía ganas de matarle. Sujetó con fuerza a su mujer del brazo y la atrajo hacia su cuerpo.

—Jamás voy a consentir que ese desgraciado te toque.

—¡Suéltame, me haces daño!

—No pienso soltarte jamás, Eleanor. Eres mía, ¿me oyes? Eres mía.

El marqués unió sus labios a los de su esposa con fuerza. Eleanor empezó a forcejear para zafarse de su agarre, pero Anthony la inmovilizó hasta que su cuerpo se relajó entre sus brazos. El beso se tornó entonces más suave, un delicado roce de sus labios contra los de ella. Ely sintió su cuerpo arder ante la dulce presión de la boca de su esposo y no pudo evitar entreabrir los labios para dejar entrar a su juguetona lengua, que recorrió todos los recovecos de su boca, dándose un festín con sus gemidos.

Anthony rodeó la delgada cintura de su esposa con los brazos y pegó su cuerpo al de él. Las curvas de su Eleanor se amoldaban completamente a su musculoso cuerpo y podía sentir sus senos aprisionados contra su pecho. Los latidos de la joven resonaban en sus oídos, y subió lentamente los brazos por el pecho de su esposo, amasando, palpando la carne por encima de la camisa de batista hasta entrelazarlas alrededor de su cuello. Sus mágicos dedos masajearon la nuca del marqués con suavidad, haciéndole cosquillas, y gimió cuando ella se puso de puntillas para acercarse más a su cuerpo.

Eleanor estaba a punto de entrar en erupción. Su marido conseguía derretirla con un simple beso y estaba ansiosa por sentir sus manos sobre su piel ardiente. La erección del marqués comenzó a cobrar vida y se encajó entre los muslos de su esposa, presionando la tela de su vestido contra su sexo y haciéndola estremecer. Los labios de Anthony eran suaves, dulces, y el sabor del champán que había tomado en la fiesta la embriagó como si fuera el más fuerte licor. Deseaba a su esposo tanto que dolía, se había sentido perdida durante su estancia en *Hampstead Hall* y necesitaba sentir que ella le importaba.

Su marido la levantó en brazos sin apenas esfuerzo y la dejó de pie junto a la cama. Fue entonces cuando apartó sus labios de los de ella y deshizo los lazos del escote de su vestido de baile con su mirada ardiente fija en ella. Eleanor se lamió los labios, tan excitada estaba, y su marido la besó de nuevo, un beso intenso y fugaz que la dejó mareada y con ganas de más. Su vestido cayó alrededor de sus pies como un lago de seda y satén, quedando solo con la camisola. Sus pezones enhiestos se transparentaban a través de la fina tela, y Anthony acercó lentamente su boca a uno de ellos sin apartar su mirada de la de Eleanor, hasta que lo atrapó entre sus labios haciéndola echar la cabeza hacia atrás con un suspiro. Los labios de su esposo martirizaron la

pequeña protuberancia lamiéndola, chupándola, tirando suavemente de ella con los dientes, humedeciendo la tela en el proceso. Acto seguido le dedicó la misma atención al otro pecho, y los dedos de Ely se enredaron en su pelo, tirando suavemente de los mechones que se enredaron en sus uñas.

Anthony estaba deseando enterrarse en ella, pero no quería que el sexo entre ellos fuese un mero choque de voluntades. Quería persuadirla, seducirla hasta que se rindiese al placer, hasta que las diferencias entre ellos quedasen relegadas al otro lado de la puerta de la alcoba. Apretó los glúteos tiernos de su esposa con la mano y dejó un reguero de besos desde su pecho hasta el lóbulo de su oreja, adornado con un pendiente de diamantes. Lamió su lóbulo despacio, atrapando el pendiente entre sus labios para tirar con suavidad. Eleanor no podía parar de gemir, las sensaciones que su esposo le estaba haciendo sentir eran tan excitantes que no deseaba que terminasen jamás. La boca de Anthony era húmeda y cálida, y sus besos despertaban su deseo a su paso por su piel. Se recreó en el hueco de su cuello, succionando la sensible piel hasta enrojecerla, y un cosquilleo recorrió la espalda de su esposa cuando introdujo la mano por debajo de su camisola hasta apretar entre sus dedos la suave carne de su muslo.

Eleanor se sentía arder, el centro de su ser hormigueaba buscando la liberación y necesitaba que Anthony apagara el fuego que la estaba consumiendo por dentro. Los leves gemidos que escapaban de su boca se convirtieron en gritos ininteligibles cuando su marido acarició sin pudor el vello de su carne sensible, apartando los hinchados labios para encontrar el pequeño botón que la hacía estremecer.

—Eres mía, cariño —susurró besando su mejilla, su sien, su cuello—. Tu cuerpo y tu corazón me pertenecen y jamás te tocará más hombre que yo.

Introdujo la yema del dedo anular en el cuerpo de su esposa, que se sintió desfallecer. Sus piernas dejaron de responderle y se vio atrapada entre los brazos de su esposo, que la tumbó con delicadeza sobre la cama. Anthony levantó la camisola hasta su estómago y sembró de besos su pierna, subiendo por su pantorrilla hasta el hueco de la rodilla.

—Dilo —dijo antes de besar la cara interna del muslo de su esposa.

Eleanor permaneció en silencio, pues estaba demasiado ocupada

intentando reprimir el ardor que la recorría por dentro. Se mordió el labio con fuerza cuando su marido acercó su boca hasta su ingle y levantó las caderas buscando la delicada caricia en el centro de su ser, una caricia que nunca llegó.

—Dilo, Eleanor —repitió el marqués.

Su esposa gimoteó ávida de sus caricias, y le agarró del pelo para intentar acercarle hasta donde deseaba ser besada, pero su marido se detuvo.

—No voy a hacerlo hasta que repitas lo que te he dicho, Ely.

—¡Soy tuya, maldita sea! —lloró ella— ¡Te pertenezco!

El marqués hundió entonces la lengua entre los pliegues húmedos de su mujer y la lamió allí. Pasadas rápidas de su lengua aumentaron el placer en el cuerpo de su esposa, que lloraba de puro placer. Cuando sintió que su mujer se tensaba, Anthony se deshizo a toda prisa de su ropa y se colocó sobre ella para penetrarla de una sola estocada.

—Yo también te pertenezco —susurró el marqués en su oído antes de comenzar a moverse.

Las embestidas de su marido casi la hacen perder la cordura. Sentía su espalda ondularse en cada movimiento de su pelvis y jadeó antes de aprisionarle con sus brazos y extender las manos sobre sus músculos tensos. El aliento de Anthony le cosquilleaba el cuello, sus manos apretaban con fuerza la sábana a ambos lados de la cabeza de la joven, y sus jadeos resonaban en su oído como música celestial. En ese momento Anthony le pertenecía por completo. Nada ni nadie se interponía entre marido y mujer cuando hacían el amor. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos castaños y Anthony las borró a besos sin dejar de bombear en su interior. Entonces, de un solo movimiento, el marqués quedó tendido sobre la cama con su esposa sentada a horcajadas sobre él. Eleanor apoyó las manos en su pecho y comenzó a moverse despacio, hacia delante y hacia atrás, sintiendo el cálido y duro miembro de su esposo rozar las paredes de su interior. Las manos de Anthony apretaban su cintura guiándola, mostrándole cómo debía moverse, y pronto Eleanor no necesitó más ayuda que la de su instinto. Sus caderas se ondeaban cada vez más deprisa, sus piernas abiertas tensaban sus ingles hasta el límite del dolor, pero ella solo quería montar a su esposo.

Demostó ser una experta amazona, acarició las tetillas de Anthony mientras su cabello rozaba la piel de sus muslos, y el marqués jadeó ante el estallido de placer que eso le ocasionó.

Anthony estaba a punto de perder la cabeza. Necesitaba llegar a la culminación y su esposa le estaba torturando demasiado, así que la tumbó sobre su pecho y uniendo su boca a la de ella la sostuvo de las caderas y apoyó la planta de los pies en el colchón para comenzar a moverse. Sus embestidas eran frenéticas, erráticas a veces, y su mujer no podía parar de gemir en su oído, llenándole de una satisfacción nueva y diferente. El placer comenzó a serpentear por su espalda, lento, cálido, y cuando su esposa se convulsionó entre sus brazos le llevó de cabeza al Paraíso. Permanecieron abrazados sin moverse hasta que la respiración de ambos se normalizó. Después Eleanor se apartó de su cuerpo y se tumbó de espaldas a él, a la espera de que se marchase, pero en vez de eso Anthony tiró de las sábanas para cubrir sus cuerpos y pasó el brazo por su cintura con la intención de dormir.

—¿Qué haces? —preguntó Eleanor.

—¿Tú qué crees? Intento dormir.

—¿En mi cama?

—En nuestra cama —aclaró él con un bostezo—, se acabó dormir separados.

—Resulta que ahora es a mí a quien no le apetece dormir contigo.

—Resulta que eres mi esposa y harás lo que yo diga.

—¿Eso crees?

Eleanor se levantó de la cama y se dirigió a la habitación donde antes dormía su esposo. Anthony sonrió al escuchar el cerrojo, pero se desperezó con un bostezo y se puso de pie lentamente para ponerse el pantalón de su pijama. Se acercó a la puerta con parsimonia, y cuando bajó el pomo un par de veces, Eleanor sonrió complacida. Pero su marido empujó la puerta con el hombro sacándola de sus goznes, la apoyó en la pared junto al escritorio y se metió en la cama a su lado.

—Entre nosotros no habrá más puertas cerradas, Ely.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó, aún asombrada por lo que su marido acababa de hacer.

—Si te soy sincero, creo que he recuperado la cordura.

Ely intentó levantarse de nuevo, pero el pesado brazo de su esposo se cruzó sobre su estómago impidiéndole moverse.

—No tengo ganas de seguir jugando al gato y al ratón, mi amor, así que sé una buena chica y duérmete de una vez.

—¡Eres un salvaje!

—Tal vez, pero en vista de que mi querida esposa se niega a dormir en la misma cama que yo debo tomar medidas drásticas.

—¡Te odio!

—¡Oh, cielo, desde luego que no! Me amas y entiendo que estés molesta conmigo por haberte dejado sola en el campo, pero intento enmendar mi error y no podré hacerlo si no colaboras. —¿Molesta? —preguntó ella golpeándole en el pecho— ¡Estoy furiosa, maldita sea! ¡Y ya no siento ni un ápice de amor por ti!

—Lo que tú digas, mi amor, pero estoy muy cansado y necesito dormir.

Eleanor se cruzó de brazos y bufó frustrada. Pero no se iba a quedar de brazos cruzados permitiendo que su esposo la manejase a su antojo. Cerró los ojos e intentó calmarse con la esperanza de que su esposo se durmiese antes que ella, pero se sentía tan cansada que antes de lo que imaginaba se quedó completamente dormida.

A la mañana siguiente, Anthony se despertó sintiéndose solo en la enorme cama. Estiró el brazo buscando a su mujer, pero lo único que encontró fue la sábana vacía. Sonrió gratamente satisfecho por la noche anterior. Su esposa estaba enfadada, pero en cuanto él la tocaba toda su determinación quedaba reducida a cenizas. Lo había vuelto a comprobar al alba, cuando los pechos de su esposa le despertaron presionándose contra su espalda. Estaba tan guapa así, dormida, que casi sintió remordimientos por despertarla, pero en cuanto su boca se unió a la de ella Eleanor respondió con tantas ganas como él. Pero en esta ocasión su esposa había sido más lista que la noche anterior. Estaba seguro de que se había marchado de la cama en



cuanto se quedó dormido para declarar su disconformidad, pero él tenía suficiente con la pequeña victoria sobre las sábanas... por ahora.

Se levantó de la cama sin hacer apenas ruido y se coló de puntillas en la otra habitación. Su esposa estaba plácidamente dormida sobre la cama, hecha un ovillo con la sábana y abrazando la almohada. Los pequeños ronquidos que emitía casi le hacen reír, pero se tapó la boca con la mano antes de despertarla. Lentamente se sentó sobre la cama y se estuvo quieto a la espera de algún movimiento, pero Ely permaneció completamente dormida. Poco a poco apartó las sábanas atrapadas bajo su esposa y se metió bajo ellas sin apenas rozarla, para que siguiese creyendo que había ganado esta batalla. Le encantaría ver su cara cuando se despertase... Sería toda una victoria.

Eleanor había podido dormir lo suficiente cuando se pasó a su propia cama. Se desperezó con una sonrisa, satisfecha por haber sido capaz de burlar a su esposo. Si él quería guerra, ella se aseguraría de que así fuera. Se volvió hacia la mesita de noche para llamar a su doncella y se dejó caer en la cama con un suspiro antes de estirarse. Cuando sus brazos chocaron con algo duro, gritó con fuerza y se lanzó hacia atrás, aterrizando con un golpe sordo sobre la alfombra. Su marido bostezó y se apoyó en el codo para mirarla con una ceja arqueada y una sonrisa triunfal en los labios.

—¿Se puede saber qué demonios haces en el suelo, Eleanor? —se jactó.

—¡Me has dado un susto de muerte! —contestó ella llevándose la mano al corazón.

—Espero que así aprendas a obedecerme. Si he dicho que no quiero que duermas en otra cama que no sea la mía no tendrías que haberte cambiado.

—Roncabas demasiado y no podía dormir —mintió.

—Mentirosa —susurró su marido sacando el tronco de la cama para besarla en el cuello—. Te has ido porque querías quedar sobre mí.

—Márchate. Molly llegará en cualquier momento —protestó ella levantándose.

—Dudo que Molly se escandalice por ver a un hombre desnudo, Ely.

—¡Pero no sería apropiado! Además, tengo que asearme y no pienso hacerlo si tú estás delante.

Anthony se levantó de la cama y caminó hasta la puerta de la habitación sin vestirse siquiera. Cuando la doncella llamó, abrió la puerta de par en par dejándole ver su desnudez.

—Molly, por favor. La marquesa tiene ganas de tomar un baño. Dígale a Richard que nos prepare la bañera.

—Cla... claro, milord.

Anthony le lanzó un guiño a la anciana y cerró la puerta en sus narices, volviéndose hacia su esposa.

—¿Ves? Arreglado.

—No tienes vergüenza, ¿lo sabes?

—Será que no la recuerdo —bromeó él.

—No pienso bañarme contigo, Anthony.

—Oh, mi amor, sí que lo harás. Porque no pienso dejarte salir de aquí hasta que te metas en la bañera conmigo, así que tú sabrás.

—Eres odioso.

—Tal vez, mi amor, pero me amas.

—No te lo crees ni borracho.

Anthony sonrió apoyado en la puerta. Se estaba divirtiendo intentando domarla, pero no quería que Eleanor siguiese enfadada con él por más tiempo. Debía decirle que la amaba, era hora de que solucionase de una vez por todas sus problemas con ella.

## Capítulo 19

Eleanor se puso su bata de seda y permaneció sentada en la cama con los brazos cruzados mientras los sirvientes llenaban la bañera de la habitación contigua y su esposo la miraba divertido. ¿Qué demonios se había propuesto Anthony? ¿Primero la ignoraba y ahora pretendía que ella fuese toda adoración y felicidad junto a él? Seguía muy enfadada con él, que hubiesen hecho el amor dos veces la noche pasada no significaba que le hubiese perdonado.

Cuando los sirvientes se marcharon de la habitación, su esposo le tendió la mano con una sonrisa. —Vamos, te vendrá bien un baño.

La acompañó al cuarto de aseo y deshizo lentamente el nudo de su bata, sin apartar su mirada de sus pechos turgentes. Cuando dejó caer la prenda hasta el suelo, besó cada una de las cimas antes de besarla de nuevo en los labios, pero Eleanor le empujó para apartarse.

—Basta, Anthony. No vas a doblegarme de nuevo haciéndome el amor.

—¿Eso crees que hago? ¿Intentar doblegarte? —preguntó él asombrado.

—¿Qué si no? ¿O acaso vas a decirme que de la noche a la mañana has decidido que te gusto lo suficiente para hacerme caso?

—Si me dejaras explicarme...

—No quiero oír tus excusas. Quiero que me dejes en paz. —Eleanor inspiró hondo intentando calmarse—. Nos hemos visto obligados a casarnos, pero eso no significa que tengamos que soportarnos. Me gustaría que cada uno hiciese su vida por su lado, Anthony.

—No... ni hablar. No pienso consentirlo, ¿me oyes?

—No estoy diciendo que quiera tener un amante. Tú eres libre de tenerla, por supuesto, siempre que seas discreto.

—¿Estás segura de eso? —preguntó con los dientes apretados— ¿Serás capaz de soportar que otra mujer me toque?

—No necesito saberlo.

Intentó parecer indiferente, pero el temblor de su voz la delató. Anthony pasó las yemas de los dedos por su cuello, y sintió el acelerado ritmo de su corazón.

—¿Soportarás que toque a otra mujer de la misma manera que te toco a ti, Ely? —preguntó el marqués besando el pulso de su cuello— No, yo creo que no. —Anthony, por favor... —¡He dicho que no!

Anthony la aprisionó entre sus brazos pegando sus cuerpos desnudos y acercó su boca a la de ella, pero sin llegar a besarla todavía.

—Nadie más que yo va a tocarte, Ely. Y te aseguro que en mi cama no

habrá más mujer que tú.

Estamos casados y no pienso permitir que este matrimonio sea una farsa.

Anthony soltó a su mujer y se alejó hasta la puerta de su habitación.

—Volveré a la hora de la cena, tengo asuntos que atender.

—¿Ahora te marchas? ¡No hay quien te entienda, maldita sea!

—Si te soy sincero, se me han quitado las ganas de tocarte.

Eleanor vio cómo su marido cerraba la puerta a sus espaldas y golpeó con furia el agua de la bañera, llenando toda la habitación de salpicaduras. No era capaz de entender a Anthony, y se temía que nunca lo haría.

Anthony caminó hasta la casa de su hermano pensando en Eleanor. Las cosas iban de mal en peor entre ellos y no sabía cómo demonios arreglarlo. Cuando llegó a casa de los Devonshire, el mayordomo le llevó hasta el despacho de su hermano, que se encontraba revisando el libro de cuentas.

—¿Interrumpo, hermano? —preguntó con una sonrisa.

—En absoluto —contestó Stefan cerrando el libro—. Me viene bien tu visita para tomarme un respiro. ¿Has desayunado?

—No, he discutido con Eleanor esta mañana y no he querido quedarme en casa.

—Vamos, bajemos al comedor.

Ambos hermanos se sentaron a la mesa, Anthony con un buen plato de comida y Stefan con una taza de humeante café.

—Así que las cosas no van bien entre Eleanor y tú.

—Me temo que no. Está furiosa porque la dejé sola en Kent y la verdad es que no se lo reprocho.

—Verte con otra mujer del brazo no creo que ayudase demasiado.

—Lo que más le molesta de ese asunto es que haya sido Gillian la que haya conseguido hacerme ver que mi cara no está tan mal como creía. Siente que no confío en ella, pero no es así.

—¿Se lo has dicho?

—No he podido. No me deja explicarme, Stef. He intentado decirle que la quiero pero ha sido imposible hacerlo.

—¿Dónde está Eleanor ahora?

—Supongo que en casa, respirando tranquila sin mi presencia.

—Tienes que contárselo, Tony. No puedes huir cada vez que las cosas se ponen difíciles.

—Tienes razón, pero en el estado en el que se encuentra no me creerá.

—Pues discúlpate con ella.

—¿Crees que no lo he hecho ya?

—Mira, si realmente la amas debes hacer cualquier cosa para que te perdone cuanto antes, Tony.

Cuanto más tiempo pase enfadada más difícil te será recuperar su confianza.

—Veo que eres experto en la materia —bromeó Anthony.

—Cuando Ivette estuvo en peligro al poco de casarnos fui muy duro con ella y pasó varios días sin hablarme.

—No me lo habías contado.

—No es algo de lo que me enorgullezca hablar. No me permitió dormir con ella durante el tiempo que estuvo enfadada, y fueron las peores noches de mi vida.

—¿Y qué hiciste?

—Andrew me aconsejó que suplicara —recordó el duque con una sonrisa — pero bastó con que le hiciera el amor.

—Pues me temo que solo me queda la primera opción. Esta mañana no me ha dejado tocarla porque piensa que le hago el amor para doblegarla.

—¿Y no es así?

—Un poco sí, pero...

Su hermano se quedó mirándole con una ceja arqueada.

—He sido un estúpido, Stef —reconoció Anthony.

—Desde que volviste.

—Me centré más en recuperar mis recuerdos...

De pronto se quedó callado, muy callado. Imágenes de su vida empezaron a vagar por su mente de manera errática, pero poco a poco se fueron ordenando en su cabeza. Se vio de niño, jugando con su hermano y con Francis a la pelota mientras Victoria correteaba tras ellos. Vio su primer día en el colegio, cuando su hermano y su cuñado le defendieron de unos matones. Vio el rostro de Eleanor cuando se encontró con ella por primera vez después de dos años en alta mar, y sintió su corazón detenerse cuando le dio el primer beso. Miró a su hermano con los ojos como platos, anegados en lágrimas, y Stefan se levantó de la silla a toda prisa para atender a su hermano.

—¿Qué tienes, Tony? ¿Qué ocurre?

Pero Anthony fue incapaz de articular palabra.

—¡Christopher! —gritó Stefan corriendo hacia la puerta— ¡Llama al doctor Brown, rápido!

—No —logró decir por fin Anthony—. Estoy bien. Estoy bien.

—¿Que estás bien?

—Ha vuelto —susurró tapándose la boca con la mano—. Mi memoria ha vuelto.

Stefan se dejó caer en la silla con un suspiro.

—¿Del todo? —Anthony asintió.

—Aún hay recuerdos desordenados en mi cabeza, pero te recuerdo, y recuerdo a Eleanor.

Stefan abrazó con fuerza a Anthony con los ojos anegados en lágrimas también.

—Por fin te tengo de vuelta, hermano —sollozó—. Por fin te he recuperado.

—Siento haber sido un estúpido, Stef. Debería haber confiado más en ti y en vez de eso...

—Ya nada importa, Tony. Lo único importante es que estás recuperado del todo. Llamaré al doctor Brown, debería examinarte.

—Cuando vuelva —dijo levantándose—, tengo que volver con mi esposa. Debo contarle la buena noticia.

—Suerte con ella, Tony. La vas a necesitar.

Anthony corrió hasta su casa para encontrar a Eleanor, pero ella ya había salido a visitar a su tía Regina. Incapaz de soportar la espera, decidió ir a buscarla, pero cuando llegó a la residencia de lady Pembroke ambas mujeres habían salido. Se dirigió entonces al despacho de sus abogados para firmar los papeles de la venta de la naviera. Tras no haber llegado a un acuerdo con el comprador inicial, había venido un nuevo comprador norteamericano que había ofrecido una suma de dinero exagerada por sus barcos, y aunque no lo necesitaba decidió aceptar el trato y enviar el dinero a los habitantes de Telby para que sus vidas fueran un poco mejores.

Recordó entonces que el capitán Williams le había confesado que un norteamericano había pagado para que asaltasen su barco. ¿Y si era el nuevo comprador? Cuando entró en el despacho, se encontró con una dama ataviada con ropa de hombre.

—¿Y usted es...—preguntó el marqués.

—Soy Megan Anderson, propietaria de la naviera con mi nombre.

—¿Una mujer?

—Mi padre murió hace unos meses dejándome toda su fortuna y he decidido seguir el negocio familiar.

—Así que es usted la compradora, ¿no es cierto? Pensé que trataría con un hombre.

—Envié a uno de mis capitanes a hablar con sus abogados porque sabía que se negaría a venderle la naviera a una mujer, pero ya que ha aceptado a hacerlo no hay necesidad de seguir escondiéndome.

—Podría retractarme.

—Pero no lo haré, Huntington. Le conozco y sé que es usted un hombre de honor.

—¿Me conoce?

—Desde luego. Aunque usted no lo supiera, era el principal oponente de mi padre en el mercado de la seda. Crecí oyendo hablar de usted.

—Y si compra mi naviera se garantiza usted el no tener competencia, ¿no es cierto?

—No me culpe por ser inteligente —dijo ella con una sonrisa traviesa.

Anthony sonrió y firmó los papeles de la venta después que la mujer.

—Enhorabuena, milady —dijo con una inclinación de cabeza—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Por qué ha ofrecido una cantidad tan exagerada de dinero por mis barcos? Sabe Dios que no valen ni la mitad de lo que ha pagado por ellos.

—Verá... me siento culpable por lo que le ocurrió a su regreso de Nueva York, Huntington. Fue mi padre quien ordenó que atacaran su barco. —Anthony asintió—. Debe saber que su intención no era dañarle, sino arrebatarle la mercancía y dejarle volver a su casa. Pero los marineros que contrató se excedieron.

—Créame, ellos ya han pagado las consecuencias.

—También mi padre. Cuando se enteró de lo que habían hecho con usted se sintió tan culpable que el arrepentimiento terminó con su vida.

—Siento no poder sentir lástima por él.

—No le pido que la sienta, solo le explico mis motivos para comprar sus barcos. Es mi forma de compensarle por el daño que mi familia haya podido hacerle.

—El daño no puede ser compensado con nada, milady, pero el dinero que ha pagado por mi naviera servirá para agradecer como se merece los cuidados de las personas que me rescataron del mar. Y ahora, si me disculpa, tengo asuntos que atender.

Anthony volvió a casa con un peso menos sobre los hombros. Encontró a Eleanor sentada en la sala de estar bordando un babero, y por un momento



Anthony deseó que fuese para su hijo aunque sabía que aún era imposible que su mujer estuviese embarazada.

—Hola —susurró sentándose junto a ella— ¿Qué haces?

—Estoy bordándole un babero a Marianne. Bien sane Dios que Beth es pésima con la aguja y quiero que mi sobrina tenga unos baberos preciosos.

—¿Podemos hablar un momento, por favor?

—Si es sobre lo de esta mañana es mejor que lo olvides. Ya te he dicho que no quiero oír tus disculpas.

—¿Me dejarás al menos explicarte por qué te abandoné en Kent?

Eleanor suspiró y depositó la labor en su regazo antes de mirarle.

—¿Por qué lo hiciste?

—Estaba asustado —reconoció el marqués—. Tenía miedo de lo que me estabas haciendo sentir, Ely. No quería enamorarme de ti y que terminases odiándome por mi aspecto.

—Te dije muchas veces que tu aspecto no me importaba y no quisiste creerme —se lamentó Eleanor.

—Hasta que Gillian vino a verme creía que la cicatriz de mi cara era tan horrible como al principio. Sé que debería haber confiado en ti, Ely, pero pensaba que lo decías solo porque me amabas.

—Precisamente porque te amaba no me importaba el aspecto de tu maldita cicatriz, Anthony.

—Ahora lo sé. He tenido que darme cuenta de que te quiero para saber que no serías capaz de mentirme en algo tan importante.

—¿Que me quieres? ¿Ahora resulta que me quieres?

—Te quiero, y no porque haya recuperado la memoria, sino porque has conseguido colarte de nuevo en mi corazón, Ely.

—No te creo —dijo ella levantándose—. Solo lo dices porque quieres que te perdone.

Anthony inspiró hondo pensando la manera de convencerla de que decía la verdad, pero se le ocurrió una idea mejor.

—Ven conmigo —dijo ofreciéndole la mano—. Te demostraré que digo la verdad.

Aunque reticente, Eleanor aceptó la mano que su esposo le ofrecía y le siguió hasta las cuerdas, donde ambos montaron en el cabriolé. Anthony no decía nada, cada vez que ella le preguntaba dónde iban, él se limitaba a mirarla con una sonrisa. Se adentraron en *Hampstead Heath* y Anthony detuvo a los caballos junto al lago. Ayudó a su esposa a bajarse del cabriolé y le dio unas monedas al joven que vigilaba las barcas.

Eleanor no entendía las ganas de Anthony de ir a montar en barca en ese preciso momento, pero hizo lo que le pedía. Anthony remó hasta un lugar apartado de las miradas indiscretas. Estaban rodeados de helechos y árboles y apenas se oían las voces del resto de parejas que paseaban en barca. Ese había sido un lugar muy especial para ellos antes de que Anthony se marchara. Solían ir a ese lugar para tener un poco de intimidad y poder dar rienda a su amor sin dar lugar al escándalo. Eleanor tragó saliva intentando contener las lágrimas. Debía ser una casualidad que Anthony la llevase a aquel lugar, y no quería que se diese cuenta del efecto que su gesto había causado en ella, así que le miró con indiferencia.

—¿Ahora vas a dejarme caer de la barca? —preguntó Eleanor—. Seguro que es una forma eficaz de deshacerte de una esposa indeseada.

—Claro que no —sonrió él—. Solamente he traído a la mujer que amo a nuestro lugar favorito.

Eleanor le miró con los ojos como platos, y las lágrimas brotaron sin control de sus ojos castaños.

—Fue en este lugar donde te pedí que te casaras conmigo —susurró el marqués cogiéndole las manos— y me dijiste que sí.

—¿Lo recuerdas? —susurró ella.

—Lo recuerdo todo, mi amor. Recuerdo las tartas de melocotón que me hacías con la excusa de que eran para Ivy, y nuestros paseos a la luz de la luna por el campo. Recuerdo cómo sonreías cuando algún pececillo rozaba tu mano al meterla en el agua, pero sobre todo recuerdo lo maravilloso que era amarte.

—¡Oh, Anthony! —lloró ella lanzándose a sus brazos.

—¡Cuidado! —rió él atrapándola— Intentemos que la barca no se mueva demasiado o terminaremos en el agua.

—¡Has vuelto! —sollozó Eleanor— ¡Has vuelto!

—Lo que te he dicho antes es cierto, Ely. Te amaba antes de recuperar la memoria. De hecho la he recuperado en casa de mi hermano, cuando he ido a pedirle ayuda.

—¿Ayuda? ¿Para qué?

—Para lograr que me perdonases por haber sido un estúpido. Debí casarme contigo en cuanto regresé a Londres, Ely. Mis sentimientos por ti siempre han estado ahí, atormentándome para que los recordase, pero fui un necio y no quise hacerlo. ¿Podrás perdonarme, mi amor?

—Ahora que te he recuperado no tengo nada que perdonarte.

Anthony metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó el anillo que había comprado antes de marcharse para ella.

—Eleanor Cavendish, ¿quieres casarte conmigo? —dijo introduciendo el anillo en el dedo anular de su esposa.

—Ya estamos casados —contestó ella riendo entre lágrimas.

—Lo sé, mi amor, pero no por los motivos adecuados. Haremos una fiesta en *Hampstead Hall* e invitaremos solo a nuestra familia. ¿Qué te parece?

—Haremos lo que tú quieras, Anthony.

—Te amo, Ely, y te juro que voy a pasar el resto de mi vida demostrándote cuánto.

## Epílogo

Eleanor estaba sentada junto a la chimenea de la sala de estar haciendo punto. Miró el reloj de la pared para comprobar que apenas eran las siete de la tarde. Anthony estaba a punto de llegar del club para la cena y aún le quedaban un par de vueltas para terminar el regalo que estaba haciendo para él. Hacía varios meses que su esposo había vuelto a ser el mismo que antes y su vida no podía ser más feliz.

Apenas hacía un par de días que sabía que estaba embarazada, pero quería que la noticia de su primer hijo fuese algo especial para su esposo y por eso dedicaba todo el tiempo libre del que disponía a solas para hacer punto a marchas forzadas con la intención de tener terminados un par de calcetinitos de bebé para ponérselos en lugar del postre de la cena.

Dio los últimos puntos antes de colocar el lazo alrededor de la parte del tobillo, uno en color rosa y otro en azul cielo, por si Dios les enviaba una niña en vez de un heredero. Sabía que a Anthony le daba igual si era niño o niña, se lo había dicho cada vez que salía el tema al ir a visitar a sus sobrinos. Escuchó la voz de su marido en el recibidor y se apresuró a ir a su encuentro. Apretó sus labios contra los de él mientras le pasaba con disimulo los calcetines a Richard, que se alejó hacia la cocina con disimulo para preparar la sorpresa.

Anthony apretó a su esposa contra su pecho en cuanto se acercó y alargó el beso lo suficiente como para conseguir calentar la sangre de su esposa. La cogió en brazos para subir a su habitación a terminar lo que habían empezado, pero ella rió y se bajó de un salto.

—De eso nada, milord —bromeó—. La cena está casi lista y no podemos dejar que se enfríe.

—Que espere, la cena, Ely... porque yo no puedo hacerlo.

—Ya sabes cuánto odia Eloise que se enfríe la comida.

—Pues que vuelva a calentarla —respondió él intentando volver a atraparla sin éxito.

—Vamos, ve a cambiarte. He preparado tarta de melocotón para ti.

Anthony la miró con una sonrisa traviesa y subió las escaleras deshaciéndose de su chaqueta.

—Está bien, pero quiero comerme el postre en nuestra habitación, sobre tu cuerpo.

Ella rió encantada y se dirigió hacia el comedor.

—¿Está todo listo, Richard? —preguntó al mayordomo.

—Así es, milady. Eloise lo tiene todo controlado.

—Perfecto, Richard, gracias.

Esperó pacientemente el regreso de su esposo, que no tardó demasiado en acercarse a su silla y besarla en el cuello. Ella apartó la cabeza para dejarle hacer, pero Richard carraspeó a su espalda como habían previsto.

—La cena está lista, milord.

—Que la sirvan, Richard —contestó su marido con un bufido, sentándose en la cabecera de la mesa.

Eleanor estaba hecha un flan, pero consiguió mantener una conversación amena durante toda la cena sin levantar las sospechas de su marido. Cuando llegó la hora del postre, Richard colocó delante de su patrón un plato escondido bajo una campana de plata.

—¿Y esto? —preguntó Anthony— ¿Dónde está mi tarta de melocotón?

—Es una nueva creación de Eloise, milord. Ya sabe cómo se pone cuando inventa algo nuevo.

Eleanor esperó expectante a que su esposo levantase la campana, pero en vez de eso cogió el plato con una mano y tiró de ella con la otra.

—Creo que disfrutaremos del postre en privado, Richard. Que nadie nos moleste, por favor, y podéis retiraros.

Eleanor reía convulsivamente mientras su esposo la llevaba escaleras arriba. Una vez en su habitación, dejó la bandeja sobre la mesita de noche y se acercó a su mujer como si él fuera el cazador y ella su presa.

—Llevo todo el día pensando en desnudarte, mi amor —susurró deshaciendo el nudo del lazo de su vestido—. No dejaba de imaginarte

tumbada en la cama cubierta de crema batida.

Eleanor jadeó cuando Anthony dejó caer su vestido al suelo seguido de su camisola. Se olvidó por completo de la sorpresa y se concentró en su respiración errática. Su marido la llevó hasta la cama y la tumbó sobre la colcha antes de empezar a desnudarse lentamente. Su miembro estaba ya erecto y duro, y Eleanor sabía que Anthony no sería capaz de esperar demasiado antes de enterrarse en ella.

Le observó gatear sobre su cuerpo y gimió cuando su esposo atrapó un pezón entre los dientes para soltarlo al momento.

—Hoy pienso comerte entera, mi amor. Estoy deseando pintar tu cuerpo con la tarta.

Eleanor se tensó expectante cuando Anthony levantó la campana que cubría el plato. Al principio, la duda nubló su mirada cuando vio los diminutos calcetines, pero en cuanto entendió lo que significaban sus ojos se anegaron en lágrimas.

—¿Estás embarazada, Ely? —preguntó con un nudo en la garganta.

Ella asintió con una sonrisa y su marido la abrazó con fuerza, enterrando la cara en su cuello y dándole las gracias una y otra vez. Después, apartó el cabello de su rostro y la miró con tanto amor en sus ojos que fue el turno de ella de llorar.

—¿Estás contenta? —preguntó el marqués sonriendo.

—Mucho, ¿y tú?

—¿Bromeas? Es la mejor noticia que me han dado en mi vida. Un bebé, Ely... vamos a tener un bebé.

Anthony unió de nuevo sus labios a los de su esposa y se dedicó a demostrarle lo encantado que estaba con la buena nueva. Había recuperado su memoria... y con ella al amor de su vida.